MASTER NEGATIVE NO. 92-81110-2

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

EURIPIDES

TITLE:

EURIPIDES: TRAGEDIAS

PLACE:

[MEXICO]

DATE:

1921

Master Negative #

92-81110-2

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

88EJ
O

Works. Spanish.

Euripides.
Eurípides: Tragedias... Universidad Nacional de México, 1921.
433 p. 19 cm.

Contents: Medea.--Hipólito-.. Las Troyanas.-- Las Bacantes.-- Ifigenia en Aulide.-- Ifigenia en Táuride.-- Hécuba.

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11 x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 2/27/93 INITIALS M.D.C
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

Centimeter

Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

EURIPIDES

THE LIBRARIES

COLUMBIA UNIVERSITY

GENERAL LIBRARY

Given by
Mexico Ministry of Public
Education and the University

EURÍPIDES

Tragedias

Medea-Hipólito-Las Troyanas-
Las Bacantes-Ifigenia en Aulide
Ifigenia en Tauride-Hécuba-

Universidad Nacional
de México
1921

Gift of
Peabody Museum of Natural History
and the University
6-28-34

NOTA PRELIMINAR

QUINCE años más joven que Sófocles, Eurípides contendió con él en los concursos trágicos por más de cincuenta años, y murió uno antes que él. De suerte que, con muy poca diferencia, son hombres de la misma generación. Sin embargo, a juzgar por sus obras, parece que hubiera entre ambos una notable distancia de tiempo. Sófocles, hasta en sus innovaciones se ciñe respetuosamente a la tradición; Eurípides la soporta, cuando no puede hacer otra cosa; pero, con todos sus instintos, se opone

a ella. Lo mismo en religión que en filosofía y en política, como en arte, es un independiente a quien no retiene en último análisis, ninguna disciplina hereditaria. En sus manos, la tragedia se modifica hasta en su contenido más íntimo y se despoja de cuanto había guardado hasta entonces de arcaico, para hacerse cada vez más moderna.

Nació Eurípides en 480, en Salamina, y no parece que haya pertenecido a la aristocracia, como Esquilo, ni a la alta burguesía, como Sófocles. Pero, quienesquiera que hayan sido sus padres—lo que nosotros ignoramos —(pues no es posible aceptar los testimonios de la comedia a este respecto), su extracción fué probablemente popular. No tuvo de su cuna ninguna tradición de raza que pudiera ligarlo al pasado. Recibió sin duda la educación que se daba de ordinario a los jóvenes atenienses; pero según todo parece indicarlo, la completó por sí mismo desde que estuvo en edad de hacerlo; y no cabe dudar que debió su alta cultura intelectual a sus lecturas, y a sus reflexiones personales, y quizás al trato intermitente con algunos hombres distinguidos. Se le pinta como un solitario, como un meditativo y esto se percibe en todas sus obras. Por tanto, resulta poco verosímil que

hubiese tenido maestros, en el sentido estricto de la palabra. Heráclito, Anaxágoras, Pródico, a quienes se cita como tales, ejercieron en verdad influencia sobre su espíritu; pero no hay motivo para creer que ésta se hubiese ejercido en la forma de trasmisión oral y directa. Se dice que reunió una de las primeras grandes colecciones de libros de que se tenga noticia. A través de los libros, llegaron hasta él las ideas de su tiempo.

Cuéntase que tuvo dudas al escoger su carrera. En su *Vida* anónima leemos que quiso ser atleta, y después pintor. Nada de esto es seguro. De todos modos parece que se inició en el teatro muy temprano. En 455, a la edad de veinticinco años, se hizo recibir en el concurso trágico con una trilogía de que formaba parte la tragedia titulada *Las Hijas de Pelias;* pero no alcanzó sino el tercer lugar. Desde 455 hasta su muerte, en 406, no cesó casi de concurrir a los certámenes. Las fechas principales de su carrera dramática, son: *Alcestes* (438), *Medea* (431), *Hipólito Coronado* (428), *Las Troyanas* (415), *Helena* (412), *Orestes* (408), *Ifigenia en Aulide y las Bacantes,* representadas un año después de su muerte, en 405. Al principio sus éxitos fueron medianos. Su primer triunfo data de 442; no ganó sino

cuatro más en los treinta y cuatro años que siguieron. Esto prueba que sus obras extrañaron al principio al público ateniense y no se impusieron sino poco a poco. No vino a ser completamente popular ni absolutamente dueño de la opinión hasta después de muerto.

Fuese por amor al estudio, por desdén de los honores, o por cualquier otro motivo, Eurípides se mantuvo siempre apartado de la vida pública. Se afirma que su vida privada estuvo ensombrecida por contrariedades domésticas. Ya decrépito, se alejó de Atenas y se retiró primero al país de los magnesios, y después a la corte de Pella, del rey de Macedonia, Arquelao, quien le recibió con magnificencia. Allí murió, a la edad de 75 años, en 406. Dejó tres hijos, de los cuales el último, que llevaba su nombre, fué también poeta. Arquelao le hizo levantar un monumento en Macedonia, en el valle de Aretusa; Atenas, privada de sus restos, no pudo consagrarle más que un cenotafio; pero, en el siglo siguiente, erigió su estatua con las de Esquilo y Sófocles en el teatro de Dionysos, concluído por los cuidados del orador Licurgo.

Eurípides, naturaleza móvil e impresionable, dotada de instinto y facultades a veces contradictorias, es más difícil de caracterizar

en pocas palabras que Esquilo y Sófocles. Viva sensibilidad, quizás algo femenina; simpatía extraordinaria por todos los afectos naturales; el dón de lo patético más simple y conmovedor, y además, una imaginación encantadora, llena de gracia, de dulzura y de fantasía: tales son las cualidades esenciales del poeta. Pero la poesía propiamente dicha lejos estaba a absorber todo su genio. Había en él una extrema curiosidad de espíritu que le llevaba a tratar todas las cuestiones; todo le interesaba y atraía, la naturaleza, la sociedad, el hombre; le gustaba interrogarse a sí mismo y a los otros respecto a los problemas más diversos. Muy independiente e inquieto, las soluciones tradicionales rara vez le satisfacían; le tentaban, por el contrario, las visiones y los sistemas ingeniosos. Su inteligencia rápida, penetrante, atrevida y aun temeraria, sobresalía en suscitar dudas, lo mismo que en notar los defectos de las cosas. No es seguro que tuvo vigor y firmeza suficientes para reunir en una doctrina sus ideas, ni menos para persistir en ellas. Era un pensador más bien que un filósofo, un indagador, y no un dogmático. Esta actividad incesante del espíritu se convertía para él con frecuencia en un juego, lo que es un inconveniente en un

poeta. Su obra pierde por ello a veces en seriedad y sinceridad. Se complacía en la paradoja, en la disertación brillante aunque inútil, en la sutileza fuera de lugar. Mas cuando su agudeza y clarividencia las aplicaba a ciertas regiones obscuras del alma humana, se tornaba un moralista singularmente avisado. En suma, menos grandioso que Esquilo, menos armonioso que Sófocles, equilibraba en parte esta doble inferioridad con la variedad de sus cualidades, principalmente por su libertad de espíritu, por la riqueza infinita de sus emociones, y, en fin, por el sentido más delicado de las miserias humanas.

El número de piezas que se le atribuyeron, tragedias o dramas satíricos, varía según los testimonios entre setenta y cinco y noventa y dos. Diecinueve no más han llegado hasta nosotros. En estas diecinueve piezas se encuentra un drama satírico, *El Cíclope;* además una tragedia, *Rheso,* que seguramente no es suya. Compuso también algunas poesías elegíacas y líricas. Se cita, en particular, un poema fúnebre sobre los atenienses muertos en Sicilia, y una oda triunfal en honor de Alcibíades, vencedor en los juegos olímpicos. No nos queda sino un breve fragmento de cada una de estas composiciones.

Los trozos de sus tragedias perdidas son numerosos; muchos de ellos se componen de sentencias o de disertaciones cortas que ofrecen bastante interés poético y moral. Pero no es posible reconstruir con ellos la estructura general de las piezas desaparecidas, ni siquiera discernir siempre con seguridad el asunto. Los más importantes provienen de las tragedias tituladas *Eolo, Antíope, Belerofonte, Erecteo, Hipsipila, Faetonte, Filoctetes.* En general, parece que Eurípides prefería a los grandes acontecimientos épicos, los sucesos secundarios que arreglaba, por otra parte, muy libremente. Se decidía, antes que todo, por el carácter patético de los asuntos. Utilizaba, tanto como podía, las situaciones violentas, fecundas en pasiones y sufrimientos. Es lo que encontramos en la mayor parte de sus piezas existentes.

Ocho de ellas tienen fecha cierta. Son las siguientes, en orden cronológico:

Alcestes (438), que fué representada a guisa de drama satírico. Alcestes, esposa del rey de Tesalia, Admeto, consiente en morir en su lugar. Muere en efecto; pero Heracles, arrancándola a Tánatos, el genio de la muerte, la devuelve a su marido. El papel de Alcestes es uno de los más delicados que creó Eurípides

El de Admeto confina por momentos con los de la comedia seria lo mismo que el de su padre, Feres. Heracles, como en el drama satírico, es a la vez heroico y bufón. La pieza puede representarse por dos actores.

Medea (431) tiene por argumento la venganza de Medea, abandonada por Jasón, que quiere desposarse con la hija del rey de Corinto. Furiosa, hace perecer a su rival y mata en seguida a sus propios hijos. Antes que Eurípides, Neofrón de Sición había llevado a las tablas el mismo tema. Pero Eurípides pintó insuperablemente el sombrío furor de Medea, su disimulo, sus combates interiores, y, por último, el arrebato salvaje que ahoga en su alma la ternura maternal. Nada más bello que el monólogo que precede al asesinato.

Hipólito Coronado (428) es una refundición del *Primer Hipólito* o *Hipólito Velado*, cuya fecha ignoramos. El joven Hipólito, hijo de Teseo y de la amazona Antíope, inspira a Fedra, su madrastra, un amor incestuoso que él rechaza. Fedra, abrumada de vergüenza, se mata. Teseo, engañado por una denuncia calumniosa que ella deja, cree en el crimen de Hipólito: lo echa de su casa y lo maldice, implorando contra él la cólera de Poseidón. Hipólito perece, pero antes de morir hace reconocer su inocencia a su padre, y le perdona. El papel de Hipólito, que es el primero en importancia, ha sido alabado acertadamente por su altivez algo salvaje, gracia ingenua y nobleza. El de Fedra es admirable por la fuerza de la pasión, por la pintura del delirio que extravía la imaginación y traiciona la voluntad, por la contradicción secreta de un corazón que quiere y no quiere al mismo tiempo. Únicamente es de sentirse que, relegándolo a segundo término, Eurípides se haya negado a sí mismo la ocasión de desarrollarlo tanto como merecía. En el *Primer Hipólito*, la había hecho más audaz; esto causó escándalo; corrigiéndose luego prescindió de un efecto dramático que aprovecharon Séneca y Racine.

Las Troyanas (415), más bien que una tragedia propiamente dicha, es una serie de escenas patéticas de gran belleza, en que Eurípides ha reunido, alrededor del personaje de Hécuba, algunos de los episodios más emocionantes del día siguiente a la toma de Troya: el reparto de las cautivas, el delirio de Casandra, la muerte de Astianax.

Helena (412), está fundada en un dato singular, que remonta por lo menos a Estesícoro. Helena ha sido transportada por Hermes a Egipto, mientras que Paris, engañado, no lle-

va a Troya sino su fantasma. Después de la toma de Ilión, Menelao, arrojado por los vientos hacia las playas de Egipto, encuentra allí a su mujer, cuando el rey del país, Teoclímeno, iba a desposarse con ella. Se reconocen, engañan al rey por medio de un ardid y logran al cabo huír, gracias a la intervención de los Dioscuros. A pesar de la inverosimilitud de estas aventuras, la pieza agrada por el encanto del papel de Helena.

Orestes (408) tiene por argumento el juicio del parricida Orestes, por el pueblo de Argos. Aquí también la invención de los sucesos es mediocremente novelesca. Asistimos a una conjuración por la cual Orestes, Electra y Pílades se adueñan del palacio y obligan a sus adversarios a aceptar sus condiciones. Las mejores escenas son las del comienzo, en las que vemos a Orestes, enfermo, cuidado tiernamente por su hermana Electra, y asistimos a su delirio. En el resto, Eurípides se revela casi como poeta satírico, haciendo desfilar ante nuestros ojos, por una parte, las peripecias de un proceso capital en una democracia, donde el capricho del pueblo es omnipotente; y, además, las cobardías de los políticos, personificadas en Menelao.

En *Ifigenia en Aulide* (405), Eurípides vuel-

ve a ocuparse en la leyenda del sacrificio de Ifigenia, ya tratada por Esquilo y Sófocles; ha modificado el desenlace únicamente, imaginando a la doncella salvada por Artemisa, quien pone en su lugar una cierva bajo el cuchillo del sacrificador. Por la descripción de los sentimientos, esta es una de las más bellas tragedias. Ifigenia desempeña en ella el primer lugar y conmueve profundamente al espectador, primero por su gracia, su ternura filial, su candidez, después por su apego a la vida y sus ruegos, y, finalmente, por su heroísmo. A su lado aparecen Agamenón, presa de dolorosas dudas y muy humano en su flaqueza misma; Clitemnestra, alternativamente desconfiada, suplicante, arrebatada, amenazadora; Aquiles, altivo, generoso, presto a luchar sin esperanza de triunfo.

Las Bacantes (405 igualmente) tienen por argumento la resistencia de Penteo, rey de Tebas, al establecimiento del culto de Dionysos, y su castigo. El efecto dramático resulta principalmente del contraste entre la ceguedad del joven Penteo, rebosante de desdén hacia una superstición extranjera, que considera embriaguez y locura, y el poder oculto del dios, que se manifiesta a la vez por la exaltación mística de sus adoradores, por su sereni-

dad altanera e irónica, y, en fin, por la muerte horrible de Penteo, desgarrado por su propia madre. Excepcionalmente, el poeta acepta sin protesta el espíritu de misticismo entusiasta que era el de su argumento.

Las nueve piezas restantes no tienen fecha cierta; mas es de creerse que pertenecen todas a la época de la guerra del Peloponeso, es decir, a la segunda parte de la vida de Eurípides.

Andrómaca parece ser del comienzo de este período. Hallamos allí a la viuda de Héctor convertida en esclava de Neoptolemo, de quien ha tenido un hijo. En su ausencia, se ve amenazada por Hermione, esposa del hijo de Aquiles. La lucha de las dos mujeres y la intervención del viejo Peleo, que salva a Andrómaca, constituyen el tema de la pieza. A pesar de sus bellas escenas es una de las tragedias secundarias del teatro de Eurípides.

Hécuba, probablemente del mismo tiempo, o poco después, tiene un mérito dramático muy superior. El poeta ha reunido dos argumentos: la muerte de Polixena, inmolada sobre la tumba de Aquiles, y la venganza que toma Hécuba del rey de Tracia, Polimnestor, asesino del último hijo que ella había tenido de Príamo. La primera parte de la pieza es admirable por la representación patética de los rue-

gos de Hécuba y por el papel heroico de Polixena.

Electra parece un poco anterior a *Helena.* Eurípides ha tratado de nuevo el argumento de las *Coéforas* de Esquilo y de la *Electra* de Sófocles, dándole un matiz novelesco. La escena es llevada al campo, a la morada de un labriego, que es el esposo de Electra, aunque sólo de nombre. Parece que el poeta aumenta voluntariamente con la pintura de los pormenores lo que había ya de odioso en la leyenda, como para condenar el crimen por su aversión, aunque dispuesto por los mismos dioses.

Los Heráclidas pertenecen evidentemente al tiempo de la guerra del Peloponeso. El poeta recuerda allí la deuda de gratitud contraída por Argos hacia Atenas, cuando ésta protegió a los hijos de Heracles contra su perseguidor Euristeo. Dominada por una intención política, la pieza carece de sentimientos nuevos y profundos.

Heracles Furioso (que sería mejor llamar *La Locura de Heracles*) es una tragedia medio confusa, que alcanza, sin embargo, poderosos efectos dramáticos. Heracles, descendido a los infiernos, resurge precisamente a tiempo para salvar a su anciano padre, a su mujer y

a sus hijos, condenados a muerte por el usurpador Lyco. Apenas mata a éste, la locura se apodera de él. Los destroza a todos, excepto a su padre, y no recobra la razón sino para darse cuenta de su desgracia.

Las Suplicantes son una pieza de ocasión, compuesta con seguridad hacia 420. Su valor dramático es mediano. Las madres de los jefes argivos caídos delante de Tebas vienen a implorar auxilio de Atenas para hacerse entregar los cuerpos de sus hijos, a los cuales rehusan sepultura sus vencedores; Teseo asume la defensa del derecho sagrado de los muertos; derrota a los tebanos y rinde los últimos honores a los jefes argivos.

Ifigenia en Táuride acaso data de los últimos años de la vida de Eurípides. Es una de sus más bellas tragedias. Ifigenia, transportada a Táuride por Artemisa y consagrada allí a su sangriento culto por el rey del país, Toas, se encuentra a punto de inmolar a su hermano Orestes, a quien un oráculo ha conducido a esa playa desierta. Se reconocen y logran huir juntos. En esta pieza se admira a un tiempo la habilidad del desarrollo y la delicada expresión de los sentimientos.

Ion, cuya fecha es difícil fijar, aun aproximadamente, no carece de menor mérito. Trata

de la adopción del joven Ion, hijo de Apolo y de Creusa, por el rey de Atenas, Aqueo, que se ha casado con ésta. Hay un profundo encanto en el papel de ese joven de origen desconocido, dedicado al culto de Apolo; y el poeta sabe conducir la acción hasta el reconocimiento entre el hijo y la madre por medio de una serie de peripecias en extremo patéticas.

Las Fenicias pertenecen al último período de la estancia de Eurípides en Atenas. Son una composición amplia que tiene por centro la lucha fratricida de Eteocles y Polinices, es decir, la materia tratada por Esquilo en *Los Siete contra Tebas;* pero Eurípides la enriquece con variados episodios. La belleza principal de la obra estriba en el papel de Yocasta, y en los admirables pasajes en que se sobreviene la catástrofe.

Tales son las tragedias que poseemos de Eurípides. *El Rheso,* no es suyo ciertamente. A estas tragedias cabe agregar un drama satírico, *El Cíclope,* donde se representa con mucho encanto y picante originalidad, la aventura de Odiseo y el Cíclope, según la rapsodia IX de la *Odisea.* A su mérito propio allega este drama un interés especial, por ser para nosotros la única muestra, perfectamente conservada, de un género muy curioso.

. . . . . .

Según lo anterior, es claro que no debe pedirse a Eurípides estudios de psicología dramática completos y metódicos. Apenas hay ejemplos en su teatro de personajes que se nos descubran en el curso de la acción por todos sus rasgos esenciales. El poeta nos da simplemente algunos rasguños de su naturaleza moral: nos los muestra en estados violentos pero fugaces. Vemos a Fedra presa de una pasión que la mata; casi no sabemos, a pesar de algunas palabras dichas de paso, cómo ha crecido esta pasión en ella, qué resistencias ha encontrado en su alma, y cómo ha avanzado poco a poco a través de sentimientos contrarios. Hipólito tiene algunos rasgos interesantes y originales; pero su acción, sólo defensiva, no basta para desenvolverlos y coordinarlos. Hécuba es admirable en su pasión maternal cuando defiende a su hija; pero, totalmente distinta cuando se venga de Polimnestor; y este furor salvaje concuerda poco con aquel dolor cándido que nos llega al corazón. Agamenón mueve nuestra curiosidad por una mezcla muy humana de ambición y ternura paternal, de debilidad y de grandeza; pero todo esto no se encuentra sino esbozado; y cuando la crisis decisiva debería iluminar hasta el fondo de su alma, desaparece. Jóvenes víctimas,

como Ifigenia y Políxena, nos hechizan con su gracia, su dignidad, su heroísmo; pero el poeta no nos da la ocasión de conocerlas para saber suficientemente lo que hay en ellas; cuando van hacia la muerte, apenas las habíamos entrevisto. Sólo Medea constituye una excepción. Y, sin embargo, el fondo de su carácter no está realmente estudiado. Nos quedamos ignorando si hay aún amor involuntario hacia Jasón, en el odio que le profesa, y nos cuesta trabajo comprender que un alma tan desesperada se cuide tanto de su seguridad personal.

Es que, en definitiva, Eurípides se interesa más por los sentimientos instintivos y por la pasión que por las decisiones reflexivas. Lo que pinta de preferencia y admirablemente son las potencias desconocidas y casi inconscientes que alientan en nosotros. Sus grandes enamoradas escandalizaron en el teatro ateniense. Nunca los rincones misteriosos de la naturaleza humana habían sido revelados con tanto atrevimiento. En su Fedra, en su Medea, fuerzas irresistibles parecen surgir de las profundidades del sér físico y moral, fuerzas que la razón y la voluntad reprueban, pero contra las cuales se debaten débilmente. Y no es la pasión únicamente lo que tiene en su teatro ese

carácter instintivo. Lo percibimos también en todos los afectos, en todos los sentimientos, aun en los heroísmos. Ninguno de ellos está preparado de antemano en sus personajes, como en los de Sófocles; no son resultado de principios fijos, de leyes que la conciencia se ha impuesto a sí misma; nacen de repente, cuando las circunstancias los hacen necesarios; y de consiguiente, algunas veces carecen de la verosimilitud deseable.

Estas reflexiones hacen comprender la importancia dada por Eurípides a los personajes de mujeres, jóvenes y doncellas. Pintor del instinto, tenía que complacerse más en los seres impulsivos que en aquellos en que se supone predomina la fuerza moral. En la representación delicada de los caracteres ingenuos, no tuvo antecesor ni ha sido sobrepasado por nadie.

Su manera propia consiste en una agradable y conmovedora mezcla de realismo e idealismo. A pesar de la tradición y sin temor de rebajar la dignidad de la tragedia, ha osado llamar la atención sobre los detalles de la realidad en que desdeñaba ocuparse un arte más pagado de la majestuosidad. No hay duda que algunas veces ha podido caer por ello en la vulgaridad. Aristófanes le reprocha el tratar

de conmover al público por medios groseros, desplegando el espectáculo material de la miseria y el dolor, los harapos, las enfermedades, las señales exteriores de la vejez. Tales críticas se justifican aún por más de un rasgo de las tragedias subsistentes. Pero sería muy injusto exagerarlas. Cuando el poeta, en *Alcestes,* hace que un servidor humilde nos relate los últimos instantes de la reina, cuando nos la muestra recorriendo su casa, tocando por última vez los objetos familiares, llorando sobre su lecho nupcial, y luego dirigiéndose tiernamente a sus hijos, y diciendo algunas palabras a cada una de las personas de su casa, obra arte realista, sin duda, pero de un realismo excelente. Son en verdad cosas de muy poca monta lo que nos enseña, pormenores familiares; mas aquí le sirven como medios sencillos para traducir sentimientos nobles, y, por consiguiente, este realismo tan nuevo está al servicio de un idealismo exquisito. Tomando un carácter muy diferente, a menudo la misma tendencia se convierte más o menos en sátira, y bajo este aspecto puede ser más discutible como elemento del género trágico, pero es al menos singularmente interesante. Eurípides ataca de modo especial los defectos de las mujeres. Nadie las ha vituperado en el teatro con mayor

frecuencia ni viveza, y no siempre a propósito. Sus contemporáneos le atribuían un odio sistemático respecto de ellas. Esto era en verdad no conocer sus verdaderos sentimientos. Acabamos de ver que si las censuraba con aspereza, también hacía valer sus virtudes. Además, no ejercitaba su espíritu satírico únicamente con ellas. Como todos los caracteres impresionables, sentía a lo vivo el mal y lo ridículo, y no resistía al placer de desquitarse con los medios que tenía a mano. Su teatro ofrece, al lado de grandes figuras idealizadas, multitud de personajes egoístas, cobardes, bajamente ambiciosos, duros y pérfidos. Sófocles disimula estos vicios o los envuelve con la pasión; Eurípides los exhibe. Frecuentemente en su teatro, los que tienen tales vicios lo confiesan. No es raro encontrar allí una especie de franqueza brutal. Cuando ellos mismos no lo confiesan, otros personajes lo señalan. No podría dudarse que, por estos rasgos, haya sido el pintor verídico de la sociedad de su tiempo. El desarrollo de la democracia, la lucha muy viva de los intereses individuales y acaso también la influencia de los sofistas, habían alterado en gran manera el antiguo ideal de dignidad aristocrática y tradicional. En su lugar se veía pulular a los políticos, gramá-

ticos, aduladores de la multitud, ambiciosos sin grandeza; se respetaba menos cada día la lealtad, las leyes de la amistad, las de la familia, y la delicadeza de ciertas virtudes esencialmente frágiles, tales como la gratitud. Precisamente semejante estado de cosas es el que Eurípides pone en escena en casi todas sus piezas. La tragedia, tratada de este modo, se acerca mucho a la comedia seria, que más que hacer reír se propone pintar defectos y caprichos. Esta comedia debía aparecer en Grecia en el curso del siglo siguiente, constituída por cierto bajo la influencia de Eurípides.

(*Fragmentos del Manual de Historia de la Literatura Griega, por A. y M. Croiset.*)

MEDEA

Vese en la escena el palacio de Creonte.

LA NODRIZA

¡JALA que la nave Argos volase a la Cólquide y a las cerúleas Symplégadas, y nunca cayese en tierra el pino cortado en las selvas del Pelión, ni la hubiesen armado de remos los héroes muy ilustres que fueron a conquistar el vellocino de oro de Pelias! No hubiera navegado mi dueña Medea hacia las torres del campo de Yolcos, enamorada de Jasón, ni las hijas de Pelias habrían dado muerte a su padre, ni habitaría en Corinto con su esposo y sus hijos, muy querida de estos ciudadanos, a cuyo país vino fugitiva, y complaciendo sin tasa a Jasón; que el lazo más fuerte del matrimonio es la completa sumisión de la esposa al esposo. Pero hoy todo le es hostil, e in-

decibles sus sufrimientos. Jasón, faltando traidoramente a sus propios hijos y a mi dueña, contrae regias nupcias con la hija de Creonte, rey de Corinto. La desdichada Medea, herida ignominiosamente en la fibra más sensible de su corazón, clama y jura, invoca la fidelidad que Jasón le prometió al darle su diestra, y pone a los dioses por testigos de su ingratitud. Yace sin tomar alimento, presa de intolerables dolores, y siempre deshecha en lágrimas, desde que tuvo noticia de la injuria que su esposo le hacía; ni levanta sus ojos, ni los separa de la tierra, sino que, impasible como una piedra, o como las olas del mar, oye los consejos de sus amigos, a no ser cuando inclina su muy blanco cuello, y llora a su padre amado, a su patria y sus palacios, abandonados por acompañar a su esposo, que ahora la desprecia. La infortunada aprende a conocer sus penas a costa de lo que vale el suelo patrio. Odia a sus hijos y no se alegra al verlos. Y temo que maquine algo funesto, que es de carácter vehemente y no puede sufrir injurias. Yo, que lo sé, me estremezco al pensar que acaso atraviese sus entrañas con afilado acero, o que mate a la hija del rey y al que se casó con ella, y le sobrevengan después mayores desdichas. Repito que es de carácter vehemente y que ningún adversario triunfará de ella con facilidad. Pero he aquí a sus hijos que vienen del gimnasio en donde corren los carros, sin pensar en su madre, porque en su edad juvenil no se suelen sentir los males.

EL PEDAGOGO (con los hijos de Medea)

Antigua esclava del palacio de mi dueña: ¿por qué estás sola a la puerta reflexionando en tu infortunio? ¿Cómo es que Medea no apetece tu compañía?

LA NODRIZA

Anciano ayo de los hijos de Jasón: los buenos esclavos comparten las desventuras de sus amos y padecen también. Tan grande es mi dolor, que vengo a contar a la tierra y al cielo los infortunios de mi señora.

EL PEDAGOGO

¿No cesa de gemir la desdichada?

LA NODRIZA

¡Singular es tu candor! Ahora empieza; aún no ha llegado a la mitad del camino.

EL PEDAGOGO

¿Nada sabe la inocente, si es lícito hablar así de nuestros señores, de sus males novísimos?

LA NODRIZA

¿Qué hay, ¡oh anciano! Dímelo al instante.

EL PEDAGOGO

Nada; ya me arrepiento de haber hablado.

LA NODRIZA

Te ruego, por tu barba, que nada ocultes a tu consierva, que, si es necesario, guardará silencio.

EL PEDAGOGO

Oí a uno casualmente (fingiendo no escucharlo, y acercándome al juego de los dados, junto a la fuente sagrada de Pirene, en donde se reunen muchos ancianos) que Creonte, señor de esta tierra, había decretado que los hijos y la madre la dejasen. No

sé si ese rumor es o no cierto; yo quisiera que no lo fuese.

LA NODRIZA

¿Y consentirá Jasón que sufran tal pena sus hijos, aunque no ame a la madre?

EL PEDAGOGO

Los nuevos amores triunfan de los antiguos, y Creonte no es amigo de la familia de Medea.

LA NODRIZA

Perdidos somos si al mal antiguo se añade el que anuncias, cuando aún no hemos apurado el primero.

EL PEDAGOGO

Pero tranquilízate (porque no conviene que lo sepa nuestra dueña), y calla la noticia.

LA NODRIZA

¿Oís, hijos, cuán cariñoso es con vosotros vuestro padre? No deseo que muera, es mi señor; pero es criminal su conducta con prendas tan caras.

EL PEDAGOGO

Entrad en el palacio, que no será inútil, ¡oh hijos! Aléjalos tú cuanto puedas de su madre, y que no los vea airada. He observado el furor que expresaban sus ojos al mirarlos, como si algo tramara, y no se aplacará su ira, lo sé bien, como no la descargue en alguno. ¡Ojalá que la víctima sea algún enemigo, no un amigo!

MEDEA (desde dentro.)

¡Ay de mí, desventurada y mísera! ¡Ay de mis penas! ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Cómo moriré al fin?

LA NODRIZA

Esto es lo que os decía, amados hijos; vuestra madre se agita, su bilis se remueve. Entrad pronto en el palacio, que no os vea; no os acerquéis a ella; guardaos de su índole cruel, y del ímpetu terrible de sus pasiones. Marchaos ya, entrad cuanto antes. Ya se levanta la nube; no tardará en estallar con mayor furia. ¿Qué hará en su rabiosa arrogancia, qué hará su ánimo implacable, aguijoneado por el infortunio?

MEDEA

¡Ay, ay, ay, ay de mí! ¡Qué males sufro, mísera! ¡Qué males sufro tan deplorables! ¡Hijos malditos de funesta madre: que perezcáis con vuestro padre; que todo su linaje sea exterminado!

LA NODRIZA

¡Ay de mí, ay de mí, ay de mí, desventurada! ¿Por qué han de expiar tus hijos las faltas de su padre? ¡Ay de mí! ¡Pobres hijos! ¡Cuánta es mi angustia, cuánto mi deseo de que nada sufráis! Crueles son los tiranos, y como mandan mucho y obedecen poco, difícilmente se aplacan sus iras. Mejor es acostumbrarse a vivir modestamente. Que yo envejezca tranquila, no rodeada de magnificencia. El solo nombre de medianía es ya grato, su posesión el mayor beneficio de que disfrutan los mortales; nunca los excesos aprovechan a los hombres; al contrario, mayores son las calamidades que los dioses, cuando se enfurecen, lanzan contra las familias.

EL CORO

He oído las voces, he oído los clamores de la desdichada que nació en Colcos, y cuya ira no se

ha mitigado todavía. Cuéntanos, ¡oh anciana!, lo que sucede; he oído lamentos en ese palacio de doble puerta, y no me placen los infortunios de esa familia, ¡oh mujer!, a quien tengo afecto.

LA NODRIZA

Ya no existe; merced a estos sucesos ha desaparecido. El duerme ahora en regio tálamo; la dueña se consume en su lecho, y no tiene amigos que la consuelen.

MEDEA

¡Ay, ay! ¡Que el fuego del cielo me abrase! ¿Qué gano yo con vivir? ¡Ay, ay! ¡Que la muerte me arrebate esta triste vida!

EL CORO

¿No habéis oído, Zeus, Gea y Luz, las voces de la infeliz esposa? ¿No ves que tu insaciable deseo al verte sola en tu lecho, ¡oh insensata!, precipitará tu muerte? Vano será tu anhelo. Si tu marido descansa en nuevo tálamo no te enfurezcas contra él, que Zeus te vengará. No te contristes más de lo justo llorando a tu compañero.

MEDEA

¡Oh magna Themis y reverenda Artemisa! ¿veis lo que sufro a pesar de los sagrados juramentos que ligan a mi execrable esposo? Ojalá que lo vea con su esposa (ya que han osado ofenderme primero) bajo las ruinas de su palacio, ¡oh ciudad!, ¡oh padre!, a quienes abandoné torpemente después de matar a mi hermano.

LA NODRIZA

Ya oís lo que dice, y cómo invoca a Themis y a Zeus, a quienes los hombres miran como a defensores de los juramentos. No es posible que mi señora aplaque fácilmente sus iras.

EL CORO

Ojalá que Medea se presente y atienda mis ruegos, si se ha de mitigar su furiosa ira y los ímpetus de su rabia. Nunca faltaré yo a los deberes de la amistad. Ve, pues, y sácala de su palacio, y dile que la amamos; apresúrate, antes que descargue su furor en los que están dentro; las lágrimas corren aquí con furia.

LA NODRIZA

Así lo haré, aunque no tengo confianza en persuadir a mi señora; os complaceré, sin embargo, aunque se lanza contra sus servidores como leona recién parida, si alguno se acerca a hablarle. No errarás si llamas necios e imprudentes a los hombres de los pasados tiempos, que para regocijo de la vida inventaron los himnos en fiestas, banquetes y cenas, y ninguno intentó disiparla con la música o el canto, acompañado de muchas liras, y por eso los asesinatos y las más fatales desgracias arruinan a las familias. Ventajoso hubiera sido curar con el canto los males de los hombres; porque en un alegre festín, ¿a qué modular la voz agradablemente? El solo, si es espléndido, deleita a los mortales.

EL CORO

He oído lúgubres clamores, he oído lamentos; quéjase amargamente del traidor a quien dió su mano,

de su malvado esposo. Llena de ignominia invoca a Themis, hija de Zeus, defensora de los juramentos, que la arrastró a la Hélade enfrente de su patria, atravesando de noche los mares hasta llegar a este salado y marino estrecho, de difícil paso.

MEDEA

Salgo de mi palacio, ¡oh mujeres corintias!, para que no me reconvengáis. Sé bien que algunos que viven en el extranjero, lejos de su patria, son orgullosos, y que otros, de costumbres apacibles y olvidadizos de ella, pasan tranquilamente la vida. No mora la justicia en los ojos de los hombres, pues antes de conocer a fondo a los demás, odian a la simple vista, sin ser provocados a ello por injuria alguna. El que recibe hospitalidad debe adoptar las costumbres de la ciudad que se la da, pues no alabo al ciudadano, sea el que fuere, de arrogante índole, que con su necedad molesta a sus conciudadanos. Este mal, que me ha sobrevenido cuando no lo esperaba, ha desgarrado mi corazón acabando conmigo, y como la vida no tiene ya atractivo para mí, deseo morir, ¡oh amigas! Mi esposo, el peor de los hombres, me ha abandonado, cuando en él tenía cifrada mi mayor dicha; de todos los seres que sienten y conocen, nosotras las mujeres somos las más desventuradas, porque necesitamos comprar primero un esposo a costa de grandes riquezas y darle el señorío de nuestro cuerpo: y este mal es más grave que el otro, porque corremos el mayor riesgo, exponiéndonos a que sea bueno o malo. No es honesto el divorcio en las mujeres, ni posible repudiar al marido. Habiendo de observar nuevas costumbres y nuevas leyes, como son las del matrimonio, es preciso ser adivino (no habiéndolas

aprendido antes, como sucede, en efecto) para saber cómo nos hemos de conducir con nuestro esposo. Si congenia con nosotras (y es la mayor dicha) y sufre sin repugnancia el yugo, es envidiable la vida; si no, vale más morir. El hombre, cuando se halla mal en su casa, se sale de ella y se liberta del fastidio o en la del amigo, o en la de sus compañeros; mas la necesidad nos obliga a no poner nuestra esperanza más que en nosotras mismas. Verdad es que dicen que pasamos la vida en nuestro hogar libres de peligros, y que ellos pelean con la lanza; pero piensan mal, que más quisiera yo embrazar tres veces el escudo que parir una sola. Pero tu suerte es distinta de la mía, y contigo no rezan mis palabras; esta es tu patria, este tu hogar paterno, y aquí disfrutas de las comodidades de la vida y del trato de los amigos; yo sin ellos, desterrada, sufriendo afrentas de mi marido, que me robó de un país bárbaro, no tengo madre, ni hermano, ni parientes que me consuelen en esta calamidad. Sólo, pues, desearía que me indicases algún medio de vengarme de estos males que mi esposo me causa, y del que le dió a su hija en matrimonio, y de ella, y que lo calles. Porque la mujer es siempre tímida, cobarde en la lucha. y sin ánimo para mirar tranquilamente el acero; pero cuando la injuria que recibe afecta a su tálamo conyugal, no hay nadie más cruel.

EL CORO

Haré lo que dices; con razón debes vengarte de tu esposo, ¡oh Medea! No me admira que llores tu desgracia. Pero veo a Creonte, señor de esta tierra, que se acerca a anunciarte sin duda nuevas órdenes.

CREONTE

Mándote, Medea de torva mirada, llena de ira contra tu esposo, que salgas desterrada, llevándote a tus dos hijos, y sin dilatarlo un instante; que soy aquí soberano, y no volveré a mi palacio antes de expulsarte de los confines de este país.

MEDEA

¡Ay, ay! ¡Completa es mi desventura! ¡Muerta soy! Ya mis enemigos largan todas las velas y no hay remedio contra estos males. Pero dime, ¡oh Creonte!, a pesar de tu odioso comportamiento: ¿por qué me destierras?

CREONTE

Temo (dejándome de circunloquios) que infieras a mi hija algún daño irreparable. Muchas son las causas de mi temor; eres astuta, maestra en artificios, y sientes que tu esposo haya abandonado tu lecho; sé que profieres amenazas, según dicen, y que no disimulas tu propósito de vengarte de mí por haber casado a mi hija, y del esposo y de la esposa. Cuidaré, pues, de que no suceda. Más quiero incurrir en tu odio, ¡oh mujer!, que arrepentirme inútilmente de mi condescendencia.

MEDEA

¡Ay, ay! No ahora sólo, ¡oh Creonte!, sino muchas veces, me ha perjudicado mi mala reputación y me ha acarreado graves males. Nunca conviene que el hombre de recto juicio enseñe a sus hijos demasiada filosofía, porque además de ganar fama de holgazanes, concitan contra sí la envidia de sus conciudadanos. Si enseñas a los necios nuevas y profundas

doctrinas, creerán que para nada sirves y que no eres sabio; y hasta aquellos que estiman lo que sabes, si te creen superior, te aborrecerán, porque los molestas. Ofrézcote una prueba de lo que digo: por mi saber me envidian unos (éstos me llaman ociosa, aquéllos perversa), y para otros soy pesada carga, y sin embargo, no sé demasiado. Tú temes sufrir de mí algún daño injusto. No es ese mi pensamiento, ¡oh Creonte!; no receles que yo ofenda a tan ilustres personajes. ¿Qué iniquidades has perpetrado contra mí casando a tu hija, atento sólo a su inclinación? A quien detesto es a mi marido; pero según creo, has obrado con prudencia. Y ahora no llevo a mal que salga todo a medida de tu deseo: que se casen, que aquí reinen la felicidad y el bienestar; pero déjame vivir en Corinto; yo callaré a pesar de mi afrenta, y cederé a la fuerza.

CREONTE

Agrádame oír lo que dices; pero temo que fragües alguna maldad, y ahora tengo en ti menos confianza que antes, porque la mujer de pronta cólera, lo mismo que el hombre, es menos temible que quien calla y solapadamente forma propósito de vengarse. Vete, pues, cuanto antes y no me hables más; así lo he mandado, y no hallarás medio de quedarte entre nosotros, siendo mi enemiga.

MEDEA

¡Oh, no, por tus rodillas y por tu hija recién casada!

CREONTE

Hablas en balde; nunca lograrás persuadirme.

MEDEA

¿Y me expulsarás de aquí y desoirás mis súplicas?

CREONTE

No te prefiero a mi familia.

MEDEA

¡Cuánto, ¡oh patria!, me acuerdo de ti ahora!

CREONTE

Fuera de mis hijos, lo que más amo es mi ciudad.

MEDEA

¡Ay, ay! ¡Qué grave mal es el amor en los hombres!

CREONTE

En mi juicio, según sea su fortuna.

MEDEA

¡Oh Zeus, no olvides al autor de estos males!

CREONTE

Vete, insensata, y líbrame de cuidados.

MEDEA

Bastante tengo con los míos; no necesito más.

CREONTE

Pronto te desterrarán a la fuerza los de mi séquito.

MEDEA

No lo hagas, yo te lo suplico, ¡oh Creonte!

CREONTE

No me precipites tú, como llevas trazas de hacerlo.

MEDEA

Huiré; no es eso lo que te pido.

CREONTE

¿A qué, pues, te opones y no te alejas?

MEDEA

Concédeme de plazo este solo día, y pensaré en dónde he de refugiarme con mis hijos, ya que su padre no se cuida de ellos; compadécete de su suerte, que tú también los tienes; míralos con agrado. Poco me curo de mí y de mi destierro, pero deploro su mala fortuna.

CREONTE

No es tiránica mi natural índole, y muchas veces me ha perdido mi bondad. Y veo que no obro bien ahora, ¡oh mujer!, y sin embargo, lograrás lo que deseas; pero advierto que morirás si te llega a alumbrar aquí o a tus hijos la antorcha del sol que ha de lucir mañana: lo dicho, dicho está, y no me volveré atrás. Ahora, si te conviene quedarte aquí, quédate por un solo día, que no podrás cometer ningún crimen de los que temo.

EL CORO

¡Infeliz mujer! ¡Ay, ay, cuántos son tus dolores! ¿Adónde te encaminarás al fin? ¿Quién te dará hospitalidad, qué techo te cobijará, qué tierra podrás encontrar que te libre de males? ¡En peligrosa borrasca, ¡oh Medea!, te han lanzado los dioses!

MEDEA

Rodéanme sólo desdichas: ¿quién podrá contradecirlo? Pero no será como pensáis, no. Nuevas lu-

chas aguardan a los esposos y no pocos trabajos a los suegros. ¿Crees, acaso, que yo le habría hablado nunca con tanta dulzura sino por ganar tiempo y vengarme? Me hubiera callado, absteniéndome de tocar sus manos. Tan grande es su insensatez que, pudiendo desbaratar mis proyectos, desterrándome de aquí ahora, me ha concedido el plazo de un día, que bastará para dar muerte a tres enemigos míos: al padre, a la hija y a mi esposo. Aunque tengo muchos medios de hacerlos morir, no sé, ¡oh amigas!, cuál emplearé primero: si incendiaré el palacio nupcial, o si los atravesaré con el afilado acero, entrando ocultamente en el aposento en que está preparado el nupcial lecho. Sólo un obstáculo me detiene: si al cumplir mi propósito me prenden, se regocijarán con mi muerte. Lo mejor es matarlos con veneno, en cuyo arte soy maestra.

Sea así; supongamos que ya han perecido: ¿qué ciudad me acogerá? ¿Quién me dará hospitalidad, y me dejará libre, y me ofrecerá un país seguro y un albergue que me inspire confianza? No es fácil. Como me queda tan poco tiempo, si encuentro algún refugio que me tranquilice, cometeré mi crimen dolosa y ocultamente; si la inevitable fortuna trastorna mi plan, los mataré con mi espada, aunque después muera yo; ellos verán hasta dónde llega mi audacia. No, por Hécate, deidad a quien rindo especial culto, y cuya protección he implorado en este trance en el secreto santuario de mi palacio; nadie se reirá de mis dolores. Amargas y tristes serán las nupcias, amargo el nuevo parentesco, amargo mi destierro de este país. Ea, pues, Medea; apela a todos tus artificios, delibera y medita, no vaciles en cometer tu atroz delito; veremos quién es más fuerte. ¿No con-

sideras tu estado? ¿Has nacido de noble padre y desciendes de Helios, y servirás de ludibrio en las bodas de Jasón y de los hijos de Sísifo? Tú eres sagaz; por naturaleza somos las mujeres las más incapaces de hacer el bien, pero artífices los más ingeniosos de todo linaje de males (Mientras canta el coro, Medea no abandona el teatro, aunque quede en segundo término.)

EL CORO

Estrofa 1.ª—Hacia atrás corren las ondas de las sagradas fuentes, y la justicia y todas las cosas hacia atrás se revuelven. El dolo preside en los consejos de los hombres y no hay fe en los dioses. Para que mi vida sea alabada ha de cambiar mi fama: sea honrado mi sexo, y las mujeres no gozarán de infausto renombre.

Antistrofa 1.ª—Las Musas, madres de las antiguas canciones, no publicarán ya mi perfidia; Febo, dios de la poesía,, no nos ha concedido componer cantos divinos, acompañados de la lira, porque entonces yo hubiese entonado un himno contrario a los hombres, ya que la larga edad pasada aduce tantas pruebas contra nosotras y contra ellos.

Estrofa 2.ª—Mas tú abandonaste el hogar paterno, navegando airada; atravesaste los dos peñascos del mar, habitas en tierra extranjera, y viuda solitaria yaces en el lecho, ¡oh desdichada!, y te destierran de este país con ignominia.

Antistrofa 2.ª—El aire se llevó los juramentos y desapareció el pudor de la Hélade, siendo tan vasta. Tú, desventurada, no tienes palacio paterno al cual recurras en tus miserias, y en el tuyo y en tu esposo domina otra reina más poderosa que tú.

JASON

No sólo ahora, sino muchas veces, he observado que la rabiosa cólera es mal irreparable. Cuando podías quedarte en tu casa y en este país, si obedecieras resignada las órdenes de los que mandan, los obligas, profiriendo vanas palabras, a que te lancen de aquí. Para mí no hay en esto la menor molestia; no dejes nunca de decir que Jasón es el peor de los hombres; pero en cuanto a tus injurias contra los príncipes, debes convenir conmigo en que no ganas poco siendo sólo desterrada. Siempre me esforcé en aplacar la ira de los reyes, enfurecidos contra ti, y deseaba que te quedases; pero tú, siempre insensata, prosigues maldiciendo a los que reinan, y así no habrá otro remedio que desterrarte. Sin embargo, ni aun por esto falto a los que amo; tal es la razón que me ha obligado a venir aquí, ¡oh mujer!, para mirar por ti, para que no salgas pobre con tus hijos, si algo necesitas. Muchos males trae consigo el destierro, y aunque me aborrezcas, nunca podré quererte mal.

MEDEA

¡Oh tú, el mayor de los malvados! (que, débil mujer, sólo mi lengua debe ofenderte), ¿has venido a vernos, has venido a vernos cuando te odio más que a nadie? (y los dioses conmigo y todo el linaje humano). No es confianza ni fortaleza mirar frente a frente a los amigos a quienes injurias, sino desvergüenza, la más grave de las debilidades humanas. No obstante, has hecho bien en venir, porque me consolaré maldiciéndote, y tú sufrirás oyéndome. Comenzaré, pues, tu apología. Te salvé, como saben todos los griegos que se embarcaron contigo en la nave Argos, cuan-

do guiaste los toros uncidos al yugo, que aspiraban llamas, para sembrar el mortífero campo; y después que maté al vigilante dragón que guardaba el vellocino de oro envuelto en sus monstruosos pliegues, viste por mí la luz saludable. Yo misma, abandonando traidoramente a mi padre y a mi familia, te acompañé a Yolcos el del Pelión con más ligereza que prudencia, y maté a Pelias (cuando la muerte es el peor de los males), valiéndome de sus mismas hijas, y te liberté de todo temor. Y por estos beneficios, ¡oh tú, el más infame de los hombres!, me has vendido y buscado un nuevo tálamo para que no se acabe tu linaje. Si no tuviera hijos, podría perdonarte tus nuevas nupcias. No has hecho caso de tus juramentos, ni es fácil saber si crees que todavía reinan los dioses que antes reinaron, o si los hombres han recibido otras leyes, aun cuando estés bien seguro de que no me has sido lo fiel que debieras. ¡Ay de mi diestra, que tanto estrechaste! ¡Ay de mis rodillas, que en vano tocó un hombre malvado! Perdimos toda esperanza. Ea, pues, hablaré contigo como si fueras amigo, y aunque no eres capaz de hacerme bien alguno, te hablaré, sin embargo, para que, cuando te reconvenga, sea mayor tu oprobio. ¿Adónde me dirigiré ahora? ¿Al palacio de mi padre y a mi patria, abandonada antes por venir aquí? ¿Buscaré las míseras hijas de Pelias? Bien me recibirán, sin duda, en su palacio, después de haber dado muerte a su padre. Tal es mi desesperada situación, que me aborrecen los amigos a quienes no debí hacer mal, y tengo por enemigos a quienes sólo dispensé beneficios, como sucede a ti. Soy por tu causa la esposa más feliz y envidiable de la Grecia, y tú un portentoso y fidelísimo marido; tú eres el

autor de mis desventuras, tú me obligas a huír de aquí desterrada, sin amigos, sola con mis hijos, también solos. ¡Preclara gloria para el nuevo esposo reducir a sus hijos y a su salvadora a la condición de errantes mendigos! ¿Por qué, ¡oh Zeus!, has permitido que los hombres distingan el oro verdadero del falso, y no has impreso una señal en el cuerpo para que no se confundan los malos con los buenos?

EL CORO

Grave mal es la ira, y se cura con trabajo si los amigos luchan con amigos.

JASON

Preciso es, según parece, que yo no sea imperito en hablar, sino como prudente piloto que pliega las velas de la nave, ¡oh mujer!, para escapar a tu locuacidad desenfrenada. He de decirte, pues, ya que tanto ponderas tus beneficios, que Cipria sola, no otro dios ni hombre, me salvó en mi navegación. Sutil es tu ingenio, y te será enojoso que yo cuente cómo te forzó Eros con sus inevitables saetas a libertarme. Pero no insistiré en esto. No puedo negar que me ayudaste; pero probaré que tú has ganado en ello más de lo que hubieras perdido haciendo lo contrario. En primer lugar, vives en la Hélade y no en país bárbaro, y has conocido en ella lo que valen el derecho y las leyes, no la arbitrariedad y la violencia; todos los griegos alaban tu ingenio, y has alcanzado gloria, y si habitases en los últimos confines del orbe, nadie hablaría de ti. Aunque en mi palacio no tenga riquezas, aunque no pueda componer versos superiores a los de Orfeo, que la fama, en cambio, celebre mis hazañas. He aquí mis obras, ya que tú has sus-

citado esta disputa. Por lo que hace a mis nupcias, que has escarnecido, probaré primero mi prudencia, después mi moderación, y por último, que todo ello es la consecuencia del afecto que profeso a ti y a mis hijos. Tranquilízate, pues. Cuando llegué aquí desde Yolcos, presa de intolerables sufrimientos, ¿qué mayor ventura para mí que casarme con la hija del rey, no siendo más que un mísero desterrado? No, como tú dices con sarcasmo, porque te aborrezca, ni por los incentivos que me ofrece una nueva esposa, ni por tener muchos hijos (que me bastan los tuyos, y no me quejo de ello), sino lo que es más importante, por vivir vida pacífica y no sufrir la miseria, sabiendo que los amigos huyen del pobre, y para educar a mis hijos como a su cuna corresponde, y si engendrare otros, hermanos de los tuyos, para que todos sean iguales, y verlos juntos, y disfrutar así de ventura. ¿Para qué necesitas a los tuyos? A mí me interesa servir con los que tenga a los que ya viven. ¿He pensado mal acaso? No lo dirías tú si no te amargara mi matrimonio. Vosotras las mujeres creéis poseerlo todo, cuando vuestro lecho nupcial queda a salvo; pero si sufrís algo en esta parte, miráis como lo más adverso lo mejor y más útil. Convendría que los mortales procreasen hijos por otros medios, y que no hubiese mujeres, y así se verían libres de todo mal.

EL CORO

Elegante discurso has pronunciado, ¡oh Jasón!, y sin embargo, me parece, aunque de tu opinión disienta, que no has obrado en justicia faltando a tu esposa.

MEDEA

No hay duda que en muchos puntos no pienso como los demás mortales. En mi juicio, el que es sagaz hablando, cuando huella el derecho, merece el mayor castigo; confiando en que podrá paliar sus defectos con la palabra, se atreve a obrar mal, y así no es bastante sabio. No pronuncies, pues, contra mí frases especiosas, ni te jactes de tu pericia en hablar, que una sola palabra mía bastará para confundirte. Si no obrabas con mala intención, debiste convencerme primero de ello, antes de casarte, y no hacerlo sin conocimiento de tus amigos.

JASON

Seguramente hubieras aprobado mi propósito si te hubiese dicho que pensaba casarme, cuando ahora refrenas tu ira con trabajo.

MEDEA

No te afligía ese cuidado; al contrario, era para ti humillante tener esposa extranjera acercándose tu vejez.

JASON

Te aseguro, ya que ha llegado la ocasión oportuna, que no por esa mujer he deseado y conseguido ese regio matrimonio, sino, como te dije antes, por tu bien y el de tus hijos, y porque tengan otros hermanos de sangre real, columnas de mi familia.

MEDEA

Que no me toque en suerte dicha mezclada con dolor, ni riquezas que atormenten mi ánimo.

JASON

¿Quieres hacer votos contrarios, y parecerás más prudente? No pienses jamás que los bienes son molestos, ni te tengas por infeliz cuando eres afortunada.

MEDEA

Insúltame, que aquí tienes un refugio, y yo huiré abandonada.

JASON

Tú misma lo has elegido; no acuses a nadie.

MEDEA

¿Y qué recurso me queda? ¿Casarme con otro y hacerte traición?

JASON

Proferir impías maldiciones contra los reyes.

MEDEA

Y a mí me maldicen también en tu palacio.

JASON

No pasaré más adelante. Si para ti o para tus hijos quieres aceptar algún socorro mío, dilo; pronto estoy a darte con generosidad lo que desees y encargar a los que te den hospitalidad que te traten bien. Y si lo rehusas, ¡oh mujer!, obrarás neciamente; si aplacas tu ira, ganarás mucho más.

MEDEA

Ni me hospedarán tus amigos, ni recibiré nada, ni

nada me darás, que los dones de hombre malvado nunca aprovechan.

JASON

Pues yo pongo a los dioses por testigos de que soy capaz de hacer todo linaje de sacrificios por ti y por tus hijos; pero sin duda no te agradan los bienes, sino que, contumaz, rechazas a los que te aman, de lo cual has de arrepentirte.

MEDEA

Vete, que ya no puedes vivir separado de tu nueva esposa, ni estar tanto tiempo lejos de su palacio. Cásate con ella; quizás, si los dioses lo permiten, celebrarás un himeneo que rechazarías más adelante.

EL CORO

Estrofa 1.—Cuando Eros domina a los hombres, ni es buena su fama, ni tampoco merecen alabanza; al contrario, cuando Cipria se acerca a nosotras con modestia, no hay diosa tan grata. Nunca, ¡oh señora!, vibres contra mí tu arco de oro, ni me hiera con tus deseos tu inevitable saeta.

Antistrofa 1.ª—Sea mi galardón la continencia, el más hermoso presente de los dioses; que jamás me obligue la poderosa Cipria a tomar parte en luchas de éxito dudoso, ni en insaciables combates que trastornen el alma con envidia de ajeno lecho, sino que me conceda vivir en pacífico consorcio y distinguir con claridad los tálamos de las demás esposas.

Estrofa 2.ª—¡Oh patria y familia mía!; que jamás sea desterrada, teniendo que pasar la vida en la indigencia, víctima de los más miserables trabajos. Que la muerte, que la muerte me arrebate antes que llegue ese día. No hay mayor mal que habitar lejos de la patria.

Antistrofa 2.ª—Lo vemos con nuestros ojos; no hablamos por lo que otros nos dijeron. Ni tu ciudad ni ninguno de tus amigos se ha compadecido de tus gravísimos infortunios. Perezca el miserable, sea el que fuere, que no honre a sus amigos y no les entregue la llave de su puro corazón. Nunca lo será para mí.

EGEO

Salve, Medea; no hay más bello exordio para hablar a los que amamos.

MEDEA

Salve tú también. Egeo, hijo del prudente Pandión; ¿de dónde vienes?

EGEO

De visitar el antiguo oráculo de Febo.

MEDEA

¿A qué has ido al fatídico centro de la tierra?

EGEO

Llevado de mi deseo de tener hijos.

MEDEA

Por los dioses, ¿todavía arrastras sin ellos la vida?

EGEO

Sin hijos seguimos por decreto de algún dios.

MEDEA

¿Y estando casado vives sin tu esposa?

EGEO

No carecemos de tálamo conyugal.

MEDEA

¿Y qué te ha dicho Febo?

EGEO

Palabras demasiado sublimes para que un hombre las entienda.

MEDEA

¿Podría yo conocer el oráculo del dios?

EGEO

Sin duda, y con tanto más razón cuanto que se necesita para comprenderlo ingenio sagaz.

MEDEA

¿Qué respondió, pues? Dilo, si es que puedo oírlo.

EGEO

Que no saque mi pie de los odres.

MEDEA

¿Antes que hicieres alguna otra cosa, o que llegues a algún país?

EGEO

Antes de volver al hogar patrio.

MEDEA

¿Y por qué causa has navegado a este país?

EGEO

Hay aquí un cierto Piteo, rey de Trecenia.

MEDEA

Según dicen, el más piadoso de los hijos de Pélope.

EGEO

Quiero comunicarle el oráculo del dios.

MEDEA

Es un varón sabio, y muy perito en tales interpretaciones.

EGEO

Y el más amado de todos mis huéspedes.

MEDEA

Que seas feliz, y que consigas lo que deseas.

EGEO

¿Qué ha nublado tus ojos y consumido tu cuerpo?

MEDEA

¡Oh Egeo, mi esposo es el más malvado de todos los hombres!

EGEO

¿Qué dices? Cuéntame con franqueza tus penas.

MEDEA

Jasón me ha cubierto de oprobio sin sufrir de mí mal alguno.

EGEO

¿Cuál es su crimen? Dímelo más claramente.

MEDEA

Ha tomado otra esposa para que gobierne su casa.

EGEO

¡Y cómo se ha atrevido a cometer tan vergonzosa maldad!

MEDEA

Pero no deja de ser cierta: llena estoy de ignominia, cuando antes me amaba.

EGEO

¡Enamorado de ella, o harto ya de tu lecho!

MEDEA

Cediendo a su amor vehemente: no era leal con sus amigos.

EGEO

Váyale, pues, bien si, como dices, es un malvado.

MEDEA

Quiso casarse con hija de reyes.

EGEO

¿Quién se la da en matrimonio? Acaba de decírmelo.

MEDEA

Creonte, que reina en Corinto.

EGEO

Disculpable era sin duda tu dolor, ¡oh mujer!

MEDEA

No puedo sufrirlo, y además me destierran de este país.

EGEO

¡Quién? Ese es otro nuevo mal.

MEDEA

Creonte me destierra de Corinto.

EGEO

¡Y Jasón lo consiente? No alabo su conducta.

MEDEA

Si le oyes, no es así; pero en su corazón lo desea. Imploro, pues, tu ayuda; por estas barbas y por estas rodillas te suplico; compadécete, compadécete de mi desventura, no me veas desterrada y sin amigos; dame un asilo en tu reino y hospitalidad en tu palacio. Que los dioses te concedan descendencia, como se lo has pedido, y que feliz mueras. No sabes lo que puedes ganar conmigo; no sólo no carecerás de hijos, sino que tendrás muchos; tales remedios conozco.

EGEO

Por muchas razones, ¡oh mujer!, estoy dispuesto a otorgarte ese favor, ya por honrar a los dioses, ya por tener los hijos que me prometes, perdida ya por completo la esperanza de engendrarlos. Siendo este mi mayor anhelo, si vas a mi reino te hospedaré, porque soy justo. Sólo te advierto, ¡oh mujer!, que no quiero llevarte de aquí; pero si te refugias en mi palacio estarás allí segura, y a nadie te entregaré. Sal de este territorio, que no quiero faltar a los que me dan hospitalidad.

MEDEA

Así lo haré; jura cumplir lo que has prometido y me colmarás de júbilo.

EGEO

¿No tienes en mi palabra confianza? ¿Qué temes?

MEDEA

No desconfío de ella; pero las familias de Pelias y Creonte son mis enemigas. No consentirás, pues, si te obligas con juramento, que éstos, cuando quieran, me arranquen de tu reino; pero si sólo me das tu palabra y no me lo juras por los dioses, podrás hacerte amigo de los que me odian, y acaso cedas a los ruegos de sus heraldos; yo tengo poco, ellos riquezas y reales palacios.

EGEO

Gran previsión revelan tus palabras, ¡oh mujer!; así no rehusaré complacerte. Será para mí lo más seguro que pueda dar alguna excusa a tus enemigos, y nada tendrás qué temer. ¿Por qué dioses he de jurar?

MEDEA

Jura por Gea, que pisamos, y por Helios, padre de mi padre, y al mismo tiempo por todos los dioses.

EGEO

¿Qué he de hacer o no he de hacer? Dilo.

MEDEA

Que nunca me expulsarás de tu territorio, y que si alguno de mis enemigos quiere arrancarme de él, tú, mientras vivas, no lo consentirás.

EGEO

Juro por Gea, por la brillante luz de Helios y por todos los dioses, que haré lo que dices.

MEDEA

Basta; ¿qué males sufrirás si no cumplieres tu juramento?

EGEO

Los que merecen los mortales impíos.

MEDEA

Vete contento; todo va bien; pronto iré a tu ciudad, así que ejecute lo que medito y consiga lo que deseo.

EL CORO

Que te acompañe a tu palacio el hijo de Maya, regio guía, y logres lo que ahora te preocupa, porque tú, Egeo, eres conmigo generoso.

MEDEA

¡Oh Zeus, oh Justicia, hija de Zeus y oh luz de Helios! Ahora, ¡oh amigas!, venceremos con gloria a nuestros adversarios y entraremos en el camino recto; ahora espero que mis enemigos serán castigados. Egeo se nos ha aparecido en medio de nuestros trabajos como puerto en donde podremos realizar nuestros proyectos; en él ataré los cables de mi nave cuando vaya a la ciudad y al alcázar de Palas. Ahora ya te descubriré mi propósito: oye, pues, mis palabras, no ordenadas para deleitar. Rogaré a Jasón, enviando uno de mis siervos, que venga a verme, y cuando llegue, le recibiré con frases halagüeñas y le diré que me agrada cuanto ha hecho (su regio

enlace y vil traición), y que es útil y está bien pensado: y le suplicaré que me deje aquí con mis hijos, no con objeto de abandonarlos en este campamento enemigo y que sirvan en él de ludibrio, sino para matar dolosamente a la hija del rey. Llevarán presentes a la esposa, le pedirán que no los expulse de aquí, y le ofrecerán un finísimo vestido y una corona de oro. Y cuando se ponga estas galas, perecerá miserablemente y todos los que la tocaren: tan poderoso y eficaz será el veneno que ha de bañarla. Nada aquí me obliga ahora a disfrazar mis pensamientos; pero gimo cuando reflexiono en la atroz maldad que he de cometer: mataré a mis hijos, nadie me los arrebatará, y después que arruine el palacio de Jasón, me iré de aquí y expiaré en el destierro la muerte de seres tan queridos, ya que he de atreverme a consumar el más impío de los crímenes. No es tolerable, ¡oh amigas!, servir de escarnio a nuestros enemigos. Sea, pues, así; ¿qué gano yo con vivir? Ni tengo patria ni hogar, ni refugio alguno en mis males. Falté en abandonar el hogar paterno dejándome seducir de un heleno, que nos pagará lo que nos debe, si los dioses lo permiten. Jamás verá vivos después a los hijos que en mí ha procreado, ni los tendrá de su nueva esposa, porque es menester que esa infame perezca antes envenenada por mí. Nadie pensará entonces que yo soy débil o impotente, ni que sufro mi daño tranquila, sino, al contrario, que soy terrible contra mis enemigos y benévola con los que me aman. Sólo de esta manera se adquiere mayor gloria.

EL CORO

Ya que nos has participado tus proyectos, queremos servirte y defender las leyes a que obedecen

los mortales, y te exhortamos, por tanto, a que no los realices.

MEDEA

No es posible hacer otra cosa; pero te perdono tus palabras, ya que no padeces mis males.

EL CORO

¿Pero te atreverás a matar a tus hijos?

MEDEA

Así atormentaré horriblemente a mi esposo.

EL CORO

Y tú serás al mismo tiempo la madre más desventurada.

MEDEA

Así sea; superfluo es cuanto hablemos. (Se dirige a una esclava.) Ve, pues, tú, y has venir a Jasón, que me sirves en todo fielmente. No le dirás nada de lo que he pensado, si es cierto que amas a tu señora y que eres mujer.

EL CORO

Estrofa 1.ª—Desde las edades pasadas son afortunados los descendientes de Erecteo, hijos de los bienaventurados dioses; nútrelos preclara sabiduría en país inexpugnable, y discurren con pompa en lucidísima atmósfera, en donde dicen que un tiempo la blonda Harmonía dió a luz a las castas Musas, a las nueve Piérides.

Antistrofa. 1.ª—Allí dicen también que Cipria, con las ondas del Cefiso, de cristalina corriente, re-

frescó las dulces y suaves auras, y visitó esa región, entretegiendo su cabellera con guirnaldas de fragantes rosas, y envió los Amores, que forman el consejo de la Sabiduría, y que son origen de todo linaje de alabanzas.

Estrofa 2.ª—¿Cómo, pues, la ciudad de los sagrados arroyos, cómo la región que tanto favorece a sus amigos, podrá acogerte como a los demás si matas impíamente a tus hijos? Piensa en su muerte, considera el castigo que mereces. No; todas te suplicamos, abrazadas a tus rodillas y con toda nuestra alma, que no mates a tus hijos.

Antistrofa 2.ª—¿Cómo tu ánimo o tu mano serán tan audaces, cómo tu corazón podrá resolverse a hacer daño a tus hijos y cometer tan horrible maldad? ¿Cómo podrás mirarlos y presenciar sin lágrimas su martirio? No será posible, cuando caigan ante ti suplicantes, matarlos sin piedad, y manchar en su sangre tu mortífera mano.

JASON

A ruego tuyo vengo, aunque seas mi enemiga; no te faltaré en esto: te oiré, ¡oh mujer!, si tienes algo nuevo qué decirme.

MEDEA

Suplícote, Jasón, que perdones mis anteriores palabras; justo es que disimules mi ira, ya que tanto te he servido. He reflexionado más tranquila, y me he dicho lo siguiente: ¿Por qué soy tan miserable que me enfurezco contra los que a mi bien atienden, y soy enemiga de los reyes de esta región, y de mi mismo esposo, que por nosotros hace lo que más nos conviene, casándose con la hija del rey para que mis

hijos tengan hermanos? ¿No aplacaré al fin mi furor? ¿Cuánta no es mi locura rechazando estos bienes que los dioses me conceden? ¿No tengo hijos? ¿No sé que nos han desterrado de la Tesalia, y que carecemos de amigos? Después de resolver esto en mi ánimo, reconocí que era insensata en sufrir tan grandes males, y que sin razón me había encolerizado. Ahora te alabo, y me parece prudente que te cases en beneficio nuestro; y yo me tengo por insensata porque debía haber aprobado tus proyectos, y ayudar a tu esposa, y asistirla en su lecho, y servirla contenta. Pero somos mujeres, somos como somos (no diré más). No debo, pues, confundirte con los malvados, ni has de pagar las culpas de los necios. Cedemos y confesamos que hicimos mal entonces, y que ahora lo pienso con más prudencia. ¡Oh hijos, hijos míos!, venid aquí, dejad vuestra habitación, saludad y hablad a vuestro padre, y reconciliaos con él al mismo tiempo que vuestra madre, por el odio que antes tuvimos a los que nos amaban: la paz sea con nosotros, lejos la ira. Tomad su diestra. ¡Ay de mi males! ¡Cómo embarga mi ánimo el recuerdo de mis recientes extravíos! ¿Acaso, ¡oh hijos!, viviréis así mucho tiempo, y me ofreceréis vuestros brazos? ¡Ay, cuán mísera, cuán propensa al llanto, cuán tímida soy! Tarde se acaba el disgusto que tuve con vuestro padre. Las lágrimas surcan ahora mi rostro.

EL CORO

Una lágrima brota también de mis ojos, y ojalá que no deplore otro mal mayor.

JASON

Alabo tu conducta presente, ¡oh mujer!, y no puedo vituperar la pasada; es natural que las mujeres se enfurezcan contra su marido si se casa con otra. Pero tu corazón ha cambiado favorablemente, y al fin conociste que era el mejor mi proyecto. Así es como obran las prudentes. Vuestro padre, ¡oh hijos!, no ha vacilado, con ayuda de los dioses, en mirar por vuestra futura suerte, pues creo que con vuestros hermanos seréis algún día señores de Corinto. Lo demás, obra es de vuestro padre y del dios que os favorezca. Que yo os vea bien educados llegar al término de la pubertad, superiores a mis enemigos. Mas ¿por qué corre copioso llanto de tus hinchados ojos y no oyes con satisfacción mis palabras?

MEDEA

No es nada; pensaba en estos hijos míos.

JASON

Ten confianza en mí; yo miraré por ellos.

MEDEA

Así lo haré, y no desconfiaré de tus promesas; pero la mujer es sensible de suyo, y llorar su destino.

JASON

¿Por qué, ¡oh desventurada!, sollozas por estos hijos?

MEDEA

Yo los dí a luz, y cuando tú deseabas que vivieran, me compadecía de ellos, dudando si se realizaría o no tu deseo. Ya conoces en parte el motivo que te

ha traído aquí, y yo te diré lo restante: ya que place a los reyes de esta ciudad desterrarme de ella, me parece mejor (bien lo conozco), para no servirte de impedimento, ni a los que aquí mandan (pues me miran como a enemiga de tu conyugal reposo), obedecer sus órdenes; pero a fin de que mis hijos se eduquen bajo tu vigilancia, ruega a Creonte que no compartan mi pena.

JASON

No sé si podré persuadirlo; probaremos, sin embargo.

MEDEA

Al menos rogarás a tu esposa que lo pida a su padre.

JASON

Sin duda alguna, y espero conseguirlo, si es una mujer como tantas otras.

MEDEA

También yo te ayudaré en esa empresa: le enviaré presentes que excedan en belleza a todos los humanos que he visto; a saber: un sutil vestido y una corona de oro, que llevarán mis hijos. Conviene, pues, que cuanto antes traiga aquí algún criado estas galas. Tu esposa será feliz, e incomparable en su dicha, no sólo porque se casa contigo, que tanto vales, sino porque poseerá ese dón, que en otro tiempo hizo Helios a mis ascendientes. Tomad en vuestras manos estos nupciales dones, ¡oh hijos!, y llevadlos a la afortunada esposa, a quien debéis obedecer. Tales regalos no deben despreciarse.

JASON

¿Por qué, ¡oh insensata!, te desprendes así de ellos? ¿Crees que faltarán vestidos en el palacio del rey? ¿Crees que faltará oro? Guárdalos, no los des. Mi esposa me estima; me preferirá, sin duda, a todas las riquezas.

MEDEA

No me digas eso; dícese que hasta los dioses se aplacan con dones; el oro entre los hombres vale más que infinitos discursos; favorécele la fortuna, el cielo le es propicio; mi vida daría gustosa porque no fuesen desterrados mis hijos, no ya oro. Vosotros, ¡oh amados!, así que entréis en ese opulento palacio, rogad a la nueva esposa de vuestro padre, hoy mi señora; suplicadle que os libre de mi pena, y presentadle esos regalos: lo que más interesa es que los reciba en su mano. Id cuanto antes; traed a vuestra madre el feliz mensaje de que ha logrado lo que desea. (Retírase Jasón con sus hijos.)

Estrofa 1.ª—Ya no tengo esperanza de que vivan sus hijos, ya no; ya caminan a la muerte. Daño recibirá la esposa de la diadema de oro; daño recibirá la desdichada. Ella con sus manos adornará con el letal presente su blonda cabellera.

Antistrota 1.ª—Su belleza y divino brillo la invitarán a ponerse el vestido y la artística corona de oro, y después acabará su tocado en los infiernos. En tal lazo caerá y tal muerte sufrirá la infortunada; no, no evitará el daño que le amenaza.

Estrofa 2.ª—Y tú, ¡oh mísero, funesto esposo, yerno de reyes!; tú contribuyes también, sin saberlo, a la ruina de tus hijos y a la muerte deplorable de

tu esposa. ¡Oh desdichado, qué distinta de lo que piensas será tu suerte!

Antistrofa 2.ª—Pero también me hacen gemir tus dolores, ¡oh madre de hijos sin ventura!, que les darás muerte por vengar la injusta traición que se hace a tu lecho conyugal, y la infidelidad de tu esposo, que te deja por vivir con otra esposa.

EL PEDAGOGO (Con los hijos de Medea).

Libres, ¡oh señora!, están ya tus hijos del destierro, y la regia consorte recibió en su manos los presentes: paz hay ya para tus hijos.

MEDEA

¡Ay de mí!

EL PEDAGOGO

¿A qué viene ahora tu tristeza, cuando la fortuna te es favorable? ¿A qué ocultas tu rostro y no me oyes con alegría?

MEDEA

¡Ay, ay de mí!

EL PEDAGOGO

No es así como debes recibir mi grata nueva.

MEDEA

¡Ay, ay de mí otra vez!

EL PEDAGOGO

¿Acaso, sin saberlo, he anunciado alguna desdicha, creyendo falsamente que era alegre mi mensaje?

MEDEA

Anunciaste lo que anunciaste; tú has hecho bien.

EL PEDAGOGO

¿Por qué bajas tus ojos y rompes en lágrimas?

MEDEA

Mucho lo necesito, ¡oh anciano!; yo extraviada, y los dioses conmigo han pensado así.

EL PEDAGOGO

Confíamelo: por mediación de tus hijos volverás más tarde.

MEDEA

Y antes yo, infeliz, me llevaré otros.

EL PEDAGOGO

No eres tú la primera que se separa de sus hijos. Los mortales han de sufrir con paciencia las desdichas.

MEDEA

Así lo haré; pero entra en mi palacio, y cuida de mis hijos como todos los días. ¡Oh hijos, hijos!; ya tenéis ciudad y casa, en la cual viviréis siempre sin vuestra mísera madre; yo iré desterrada a otro país, antes de recoger los frutos que habéis de dar y de veros felices; antes de casaros y de engalanar yo misma a vuestra esposa, y el tálamo nupcial, y de llevar las antorchas. ¡Oh, cuán desdichada me hace mi feroz orgullo! En vano os eduqué, ¡oh hijos!, en vano trabajé, y graves molestias me consumieron, y sufrí los intolerables dolores del parto. Sin duda,

infeliz, puse en vosotros en otro tiempo mi esperanza, y pensé que me sostendríais en la vejez, y que con vuestras manos cerraríais mis ojos, deseo tan natural en los mortales: ya se desvaneció ese dulce consuelo. Sin vosotros pasaré mi vida llena de tristeza y de amargura. Ya no veréis con vuestros ojos amados a vuestra madre, y viviréis en adelante de otra manera. ¡Ay de mí! ¿Por qué me miráis, ¡oh hijos!? ¿Por qué me miráis y os sonreís así, con sonrisa peor para mí que la muerte? ¡Ah, ah! ¿Qué haré? Desfallece mi ánimo, ¡oh mujeres!, cuando tropiezo con las alegres miradas de mis hijos. No podré.... Pero valgan los proyectos anteriores; de la tierra arrancaré a mis hijos.... ¿Qué necesidad tengo de afligir a su padre con estos males, de sufrirlos yo duplicados? No seré yo.... constancia en mis propósitos... Pero ¿qué sufro? ¿Serviré yo de risa, quedando impunes mis enemigos? ¡Audacia! ¡Cuánta es mi flaqueza, cuánta debilidad revelan estas frases afeminadas! Entrad en el palacio, ¡oh hijos!; de perpetuo tormento serviréis a ese hombre, que no debe asistir a mis sacrificios. ¡No se enervará mi mano! ¡Ah, ah! ¡No cometerás este crimen, ¡oh mujer!; déjalos, desventurada, perdona ya a tus hijos: viviendo, allá contigo serán tu encanto...! No, por los dioses, que moren en el Hades con los ministros de la venganza; jamás los abandonaré a los ultrajes de los que me odian. No hay más remedio; que mueran, y ya que es preciso, yo que les dí la vida, yo se la quitaré. Resuelto está y se cumplirá. Y la corona orna ya las sienes de la regia esposa, y ya perece con su peplo. Ya, ya emprenderé mi funesta fuga, y les dejaré un legado aún más funesto... Quiero hablar a mis hijos. Dadme, dadme, ¡oh hijos míos¡, vuestra dies-

tra para que la bese. ¡Oh mano muy amada!, ¡oh labios queridos!, ¡oh noble rostro!, ¡oh talle gentil!; sed felices, pero allá; vuestro padre os arrebata la ventura que podríais disfrutar aquí. ¡Oh dulce abrazo!, ¡oh tez delicada!, ¡oh suavísimo hálito de mis hijos!, salid, salid; no puedo miraros más, que mis desdichas me agobian. Ya comprendo, ya conozco en toda su extensión la horrible maldad que voy a cometer; pero la ira es mi más poderosa consejera, causa entre los hombres de las mayores desventuras. (Medea permanece en el teatro, deseosa de saber el resultado de su funesto mensaje.)

EL CORO

Estrofa 1.ª—Ya más de una vez he hecho reflexiones más profundas y estudios más serios de lo que conviene a mi sexo, y también nos favorece una musa que, para hacernos más sabias, conversa con nosotras (no con todas, que acaso encontrarás pocas a quien esto ocurra), y el estro poético es dón de las mujeres.

Antistrofa 1.ª—Sostengo, pues, que los mortales que no conocen el himeneo ni las dulzuras de la paternidad, son más felices que los que tienen hijos. Como los célibes ignoran si aquéllos sirven de placer o de pena a los hombres, se libran de muchas miserias.

Estrofa 2.ª—Los que tienen dulce prole, llenos están de cuidados, como yo observo, primero para educarla bien y dejarle medios de subsistencia, y después porque no saben si sufren esos trabajos por quienes han de ser buenos o malos.

Antistrofa 2.ª—Recordaré tan sólo este mal, el más intolerable para todos los mortales: allegadas a veces abundantes riquezas, y ya hombres y buenos nuestros hijos, es tan grande nuestra desgracia, que la

muerte los arrebata de la tierra y los lleva al imperio de Hades. ¿Por qué los dioses, además de tantos otros, han de causar a los hombres este dolor, el más acerbo de todos?

MEDEA

Ya, amigas, gira veloz la rueda de la fortuna; ya veo claramente el término de todo esto. Paréceme desde aquí que se acerca un servidor de Jasón; diríase, por su aspecto, que viene conmovido, como a anunciar alguna desdicha.

EL MENSAJERO

¡Qué cruel y nefanda maldad has cometido, ¡oh Medea! Huye, huye, ya en nave que como carro surque las ondas, ya en otro cualquier vehículo que huelle la tierra.

MEDEA

¿Qué ha sucedido digno de tal destierro?

EL MENSAJERO

Han muerto ahora poco la princesa real y Creonte, su padre, envenenados por ti.

MEDEA

Me anuncias gratísima nueva, y en adelante serás uno de mis bienhechores y amigos.

EL MENSAJERO

¿Qué dices? ¿Estás en tu cabal juicio? ¿No deliras, ¡oh mujer!? ¿Te alegras al saber la ruina del real palacio? ¿No temes las consecuencias?

MEDEA

Algo podría replicarte; pero no te exasperes demasiado, ¡oh amigo!, sino cuéntame cómo han perecido; doblado será nuestro deleite si fué su muerte la más horrible.

EL MENSAJERO

Cuando llegaron tus dos hijos con su padre y entraron en el palacio conyugal, nos alegramos todos los servidores, que deplorábamos tus desdichas; de uno en otro circuló de repente el rumor de que te habías reconciliado con tu esposo. El uno besaba la mano, el otro la blonda cabellera de tus hijos; y yo, lleno de alegría, los acompañé hasta el aposento de las mujeres. La dueña a quien ahora servimos en tu lugar, antes de venir tus dos hijos miraba a Jasón con amor; después veló su rostro, y volvió a otro lado sus cándidas mejillas, mostrando su disgusto al entrar tus hijos. Pero tu esposo se esforzaba en aplacar el mal humor y la cólera de la doncella, diciéndole: "No seas enemiga de los que me aman; mitiga tu ira y vuelve hacia aquí tu cabeza, y ten por amigos a los que lo son de tu esposo; acepta estos presentes, y ruega a tu padre que por mí revoque el destierro de mis hijos." Ella, al ver tu regalo, no persistió en su propósito, sino prometió a Jasón hacer cuanto deseaba, y antes que saliesen los tres del palacio, tomó en sus manos el gentil vestido y se lo puso, y adornó sus rizos con la corona de oro, sonriéndose al contemplar en el espejo su bella imagen. Y después, descendiendo del solio, se paseaba por el palacio y andaba lenta y majestuosamente, satisfecha de los dones, y mirándose y remirándose desde los pies a la cabeza. Al poco tiempo presenciamos un espectáculo horrible: alteró-

sele el color, retrocedió vacilante, tembló todo su cuerpo, y apenas pudo llegar al solio, cayendo en seguida en tierra. Una de sus viejas servidoras, creyendo que le acometía el furor de Pan o de algún otro dios, dió un grito cuando observó que arrojaba por la boca blanca espuma, y que se extraviaban sus ojos y la sangre desaparecía del cuerpo, y prorrumpió en terribles clamores. Una corrió en aquel momento al palacio de su padre, otra en busca de su esposo, a anunciarles esta desdicha; todo era confusión, voces y carreras. Un luchador ágil hubiese tocado con su carro a la meta recorriendo seis plethros con paso rápido, mientras ella, con los ojos cerrados y sin vida, gemía con pena, despertando al fin presa de dos graves males. La corona de oro, que llevaba en la cabeza, despedía llamas sobrenaturales que todo lo devoraban, y los sutiles vestidos, presente de tus hijos, se cebaban en las blancas carnes de la desventurada. Huyó, por fin, levantándose del solio ardiendo, y sacudía sus cabellos a uno y otro lado, pugnando por arrojar la corona; pero el oro, firmemente adherido a ella, no cedía, y el fuego, después de agitar sus cabellos, estallaba con doble fuerza. Cayó, por último, en tierra, vencida por el mal y horriblemente desfigurada, hasta el punto de que sólo su padre podía conocerla. No se distinguían bien sus ojos; su rostro había perdido toda su gracia; de su cabeza corría sangre mezclada con fuego, y la carne, como gotas de pez, se desprendía a pedazos de los huesos por la eficacia invisible del veneno, ofreciendo un espectáculo horrendo. Nadie osaba tocar el cadáver, temiendo participar de su desdicha. Pero su infortunado padre, que nada sabía de su mal, entró en el aposento de repente y se abalanzó a la muerta, y dió grandes alaridos, y abrazándola y

besándola, decía: "¡Oh hija desventurada! ¿Qué dios te ha perdido tan miserablemente? ¿Quién acompañará a tu viejo padre a la pira, si tu mueres? ¡Ay de mí! Perezca yo contigo, ¡oh hija!" Después que cesaron sus gemidos y lágrimas y quiso levantarse, vióse adherido al sutil traje, como la yedra a las ramas del laurel. Hubo una lucha horrible: pugnaba por alzar la rodilla, y los paños, firmemente unidos a ella, lo impedían, y cuando forcejeaba, sus viejas carnes se separaban de sus huesos. Al fin exhaló el alma el desdichado, rendido por el dolor. Yacen, pues, muertos los dos, la hija y su anciano padre, el uno junto al otro, calamidad que pide a voces lágrimas. Tú discurrirás el medio de salvarte, que yo nada puedo aconsejarte. Atormenta tu ingenio para evitar el castigo que te amenaza. No es ahora la vez primera que pienso que los proyectos de los mortales son sólo humo, ni vacilo en afirmar que los que se tienen por sabios y se consagran a investigar la razón de las cosas, son los que más torpezas cometen. Nadie es feliz: si llega a poseer grandes riquezas, podrá serlo más que otro, pero nunca enteramente.

EL CORO

No parece sino que un dios ha acumulado en este solo día merecidos males contra Jasón. ¡Oh hija desventurada de Creonte!, ¡cuánto deploramos tu desdicha, pues que, por casarte con Jasón, has bajado al palacio del dios de las tinieblas!

MEDEA

He resuelto, ¡oh amigas!, matar cuanto antes a mis hijos y huír de esta tierra, y no perderé el tiempo encomendando su muerte a manos más enemigas; sin

remedio deben morir, y como es preciso, yo que los procreé, los mataré también. Ea, pues, ármate de valor. ¿Por qué titubeo en perpetrar males crueles, pero necesarios? Anda, mísera mano mía, empuña, empuña el acero, huella la triste meta de la vida, y no seas cobarde, ni te acuerdes de tus hijos, a quien tanto amas porque los diste a luz; olvídate en este breve día de que los tienes y llora después, que, aunque los mates, siempre te fueron caros y siempre fuiste una mujer infeliz.

EL CORO

Estrofa.—Vitoreemos a Gea y a los rayos de Helios, que todo lo alumbran; ved, contemplad aquella mujer desventurada antes que llene sus manos de sangre infantil. De ti descienden sus hijos, Febo de cabellos de oro, y es horrible que la mano de los hombres derrame sangre de dioses. Refrénala, ¡oh luz divina!, deténla; arroja de este palacio a la sanguinaria y mísera Erinnia, inspirada por fatídicas deidades.

Antistrofa.—En vano los dió a luz con dolores, en vano fuiste tronco de amada prole, ¡oh tú, que atravesaste los escollos inhospitalarios de las cerúleas Simplégadas! ¡Oh infortunada! ¿Qué grave ira se ha apoderado de tu corazón, qué rabia fatal, sedienta de sangre, te ha trastornado? Funesta expiación amenaza a los mortales, cuando riegan la tierra con sangre de sus parientes, y para castigo de los parricidas el cielo envía a las familias calamidades proporcionadas a la pena que merecen.

PRIMER NIÑO (desde dent o.)

¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Adónde huiré de mi madre?

SEGUNDO NIÑO

No lo sé, hermano muy querido; ¡vamos a morir!

EL CORO

¿Oyes, oyes el clamor de sus hijos? ¡Oh mísera e infeliz mujer! ¿Entraré en el palacio? Salvemos a sus hijos de la muerte. (El coro se detiene viendo cerradas las puertas.)

LOS NIÑOS

¡Pero socorrednos, por los dioses! ¿Vendréis a tiempo? Ya el puñal nos amenaza de cerca.

EL CORO

¿Eres, ¡oh miserable!, piedra o hierro, para segar con tu mano infanticida la vida de los hijos que diste a luz? Sólo sé de una, sólo sé de una mujer de los pasados tiempos que matase a sus hijos; sólo sé de Ino, furiosa por orden divina, cuando la esposa de Zeus la arrojó de su palacio y trastornó su juicio, y la miserable cayó en la mar por el impío asesinato de sus hijos, saltando desde la orilla y pereciendo al mismo tiempo que ellos. ¿Puede suceder nada más horrible? ¡Oh funestos casamientos, cuántos males habéis acarreado a los hombres!

JASON

Mujeres que rodeáis a ese palacio, ¿está en él esa Medea, que ha cometido tantos horrores? Menester es que se esconda en los abismos de la tierra, o que, cual ave, se lance a las aéreas regiones, para que no pague la pena que merece por su delito contra la real familia. ¿Cree acaso, después de dar muerte a los soberanos de esta región, que podrá escaparse impune?

Pero no tanto vengo por ella como por mis hijos; castíguenla los que han sufrido esos males. Mi objeto es salvar la vida de mis hijos, no se venguen en ellos los parientes de Creonte, en represalias de la nefanda maldad que ha cometido su madre.

EL CORO

¡Oh infeliz Jasón! aun ignoras, sin duda, las desdichas que te aguardan; a no ser así, no hablaras como hablas.

JASON

¿Qué hay? ¿Quiere matarme también?

EL CORO

Tus hijos han muerto a manos de su madre.

JASON

¡Ay de mí! ¿Qué dices? ¡Oh, mujer, cómo me has afligido!

EL CORO

No olvides que ya murieron tus hijos.

JASON

¿En dónde los ha asesinado? ¿Dentro o fuera del palacio?

EL CORO

Abre las puertas y los verás muertos.

JASON

Abrid cuanto antes las puertas, servidores; quitad las barras para que contemple dos males a un tiempo

y vea a mis hijos muertos, y para que los vengue y muera también a mis manos.

MEDEA (que aparece en un carro tirado por dragones con los cadáveres de sus hijos.)

¿Por qué sacudes y das golpes en las puertas buscando los cadáveres de tus hijos, y a mí, que los he asesinado? No te molestes. Si me necesitas, dime lo que quieres: jamás me tocarán tus manos, porque Helios, padre de mi padre, me ha dado un carro que me protegerá contra mis enemigos.

JASON

¡Oh, rabia! Mujer odiosa, mujer la más detestada de los dioses, de mí y de toda la especie humana, que has osado hundir el puñal en el corazón de tus propios hijos, en los mismos que diste a luz, y me dejas huérfano, y ves la tierra y el sol a pesar de tu impiedad maldita. ¡Ojalá que mueras! Ahora te conozco, no cuando de un palacio y de un país bárbaro te traje a la Hélade, a ti, que eres el más terrible azote, y has hecho traición a tu padre y a la tierra que te crió. Obra es de los dioses que me arrastrara tu fatal destino cuando asesinaste a tu hermano junto a los altares y te embarcaste en la nave Argos, de bella proa. Tales fueron tus primeras hazañas: te casaste conmigo, y después que diste a luz mis hijos, los mataste llevada de tu odio y de tu envidia a mi segunda esposa. Ninguna helena lo hubiese osado jamás; te preferí a ellas, y fuiste mi compañera; enlace fatal y pernicioso para mí, que eres leona, no mujer, de índole más fiera que la Tyrrena Scyla. Pero (vanamente te insultaría con millares de lenguas, siendo tan grande tu impudencia) ojalá que mueras, infame

como ninguna, y además manchada con la sangre de tus hijos. Sólo puedo ahora deplorar mi suerte, porque ni he disfrutado de mi segundo himeneo, ni podré ya hablar con los hijos que engendré y eduqué, habiéndolos perdido.

MEDEA

Largamente replicaría a cuanto acabas de decir si el padre Zeus no conociera los beneficios que de mí has recibido y tu negra ingratitud. El destino no podía permitir que, despreciándome, tú y tu real cónyuge vivierais felices, insultándome ambos, ni tampoco que Creonte, que te dió la mano de su hija, me desterrara de aquí impune. Si te agrada llámame pues, leona o Scyla, que habita en la costa Tyrrena, pues te he herido en el corazón como merecías.

JASON

Tú también sufres, y participas de mis males.

MEDEA

Puedes estar seguro de ello; sin embargo, es dolor que me agrada porque no te ríes.

JASON

¡Oh hijos! ¡Qué madre tan perversa os tocó en suerte!

MEDEA

¡Oh hijos! ¡Cómo habéis muerto por culpa de vuestro padre!

JASON

Pero seguramente no los mató mi diestra.

MEDEA

No tu diestra, pero sí tu injusticia y tu segundo matrimonio.

JASON

¿Y te resolviste a asesinarlos para vengarte de mi enlace?

MEDEA

¿Es acaso leve desdicha para una mujer?

JASON

Sí, si es modesta; pero para ti todo es grave.

MEDEA

Ya murieron; bastante será tu tormento.

JASON

Dioses hay vengadores que te castigarán.

MEDEA

Ellos saben a quién debe imputarse todo.

JASON

De seguro conocen a fondo tu abominable corazón.

MEDEA

Te odio, y me burlo de tus palabras amargas.

EL CORO

Y yo de las tuyas; fácil es nuestra separación.

MEDEA

¿Conque eso dices? ¿Qué haré yo ahora? También lo deseo ardientemente.

JASON

Déjame sepultarlos y llorarlos.

MEDEA

De ningún modo; yo los enterraré, y los llevaré al bosque sagrado de Hera, diosa de Acra, para que ninguno de sus enemigos los insulte, removiendo su sepulcro; en este país de Sísifo instituiré fiestas solemnes y sacrificios para lo futuro, en expiación de tan impío asesinato. Yo iré a la tierra de Erecteo, y habitaré con Egeo, el hijo de Pandión. Tú, que eres perverso, tendrás mala muerte, aunque justa, y los restos de la nave Argos herirán tu cabeza, ya que has sido testigo del amargo fin de mis bodas.

JASON

Acabe contigo la Erinnia, vengadora de tu hijos asesinados, y la Justicia castigue tu crimen.

MEDEA

¿Qué dios, qué divinidad podrá escucharte, cuando eres perjuro y traidor a quienes te dieron hospitalidad?

JASON

¡Fuera, fuera de aquí, malvada, asesina de tus hijos!

MEDEA

Vete al palacio y entierra a tu esposa.

JASON

Allá voy, huérfano de mis dos hijos.

MEDEA

Aún no has gemido bastante; la vejez te aguarda.

JASON

¡Oh, hijos muy amados!

MEDEA

De su madre, no de ti.

JASON

Y sin embargo, los mataste.

MEDEA

Para ofenderte.

JASON

¡Ay de mí, desventurado! Sólo deseo besar mis hijos queridos.

MEDEA

Ahora los llamas, ahora deseas verlos, y antes los rechazabas.

JASON

Concédeme, por los dioses, que toque siquiera sus infantiles cuerpos.

MEDEA

No; vanos son tus ruegos.

JASON

¿Oyes, Zeus, cómo desoyen mis súplicas? ¿Ves lo que sufro de esta execrable leona, asesina de sus hi-

jos? Pero en cuanto pueda y me sea lícito, me lamentaré así y daré gritos, poniendo a los dioses por testigos de que me prohibes tocar y sepultar los cadáveres de los hijos que mataste: ¡ojalá que nunca los viese, si habían de perecer a tus manos!

EL CORO

Zeus, desde el Olimpo, gobierna al mundo, y muchas veces hacen los dioses lo que no se espera, y lo que se aguarda no sucede, y el cielo da a los negocios humanos fin no pensado. Así ha acontecido ahora.

HIPOLITO CORONADO

La escena representa el palacio de Teseo en Trecene, y a la izquierda y a la derecha de la puerta se ven las estatuas de Afrodita y de Artemisa.

AFRODITA

Yo soy Afrodita, diosa célebre y venerada en la tierra y en el cielo, propicia a cuantos habitan entre el Ponto Euxino y los confines del Atlántico y ven la luz de Helios, rindiendo homenaje a mi poder, y fiesta a los que se ensoberbecen contra mí. Es conforme a la naturaleza de los dioses que reciban placer de los honores que se les tributan. Pronto probaré esta verdad, porque Hipólito, hijo de Teseo, descendiente de las Amazonas y discípulo del casto Piteo, es el único mortal que en Trecene se atreve a escarnecerme, diciendo que soy la peor de las deidades, y odia el lecho nupcial, y no quiere casarse, y rinde culto a Artemisa,

hermana de Febo e hija de Zeus, creyendo que es la diosa de más poder, y vive siempre en su virginal compañía en la verde selva, persiguiendo a las fieras con sus ágiles perros, frecuentando su trato y dándose más que humana importancia. Seguramente no lo hago por envidia, pues ¿a qué vendría? Pero me vengaré hoy de él, porque me ha ofendido; y como hace ya tiempo que preparo mi venganza, no me será difícil realizarla. Muéveme a ella que cuando vino del palacio de Piteo al campo de Pandión para asistir a las fiestas y ceremonias de los sagrados misterios, lo vió Fedra, noble esposa de su padre, y la inspiré un amor ardiente, y antes de llegar a Trecene, y en la misma roca de Palas, que mira hacia aquí, edificó para mí un templo, ardientemente enamorada de Hipólito, que peregrinaba a la sazón, y en honor suyo quiso que en adelante se llamase el templo de Cipria. Pero cuando Teseo abandonó el país de Cecrope, desterrado en castigo de la muerte de los Palantidas, y navegó hacia aquí con su esposa para sufrir voluntariamente penosa relegación, que ha de durar un año, ella no hace más que gemir, y estimulada por el aguijón del amor, sufre en silencio su desventura, y ninguno de sus servidores conoce la causa de su mal. Este amor no dejará de dar su fruto, y yo lo descubriré a Teseo, y se hará público. Y su padre matará a este enemigo mío, pronunciando terribles imprecaciones, que cumplirá Poseidón, dios del mar, por haberse obligado a hacer tres veces lo que le pidiera Teseo. Inclita es Fedra y morirá, sin embargo, porque su ruina no pesará tanto en mi ánimo que consienta en que mis enemigos queden impunes y renuncie a mi propósito. Pero como veo a Hipólito, el hijo de Teseo, que viene hacia aquí para descansar de las fatigas de la caza, abandonaré estos lugares. Sí-

guenle multitud de servidores cantando himnos en honor de Artemisa; no sabe que ya se abrieron para él las puertas de la muerte, y que éste será el último día que ha de ver.

HIPOLITO (que trae una corona, seguido de sus compañeros de caza.)

Seguidme, seguidme cantando en honor de Artemisa, nuestra protectora celestial, hija de Zeus.

EL SEQUITO DE HIPOLITO

Salve, diosa muy augusta, hija de Zeus, digna, digna de veneración; salve, Artemisa, hija de Leto y de Zeus, la más hermosa de las vírgenes, que en el vasto uranos habitas en el ilustre palacio paterno, resplandeciente con el oro de Zeus.

HIPOLITO (dirigiéndose hacia la estatua de Artemisa.)

Salve, ¡oh bellísima, bellísima Artemisa!, virgen que moras en el Olimpo: para ti traigo esta ~~corona tejida~~ de flores no libadas, que la adornan, y cogidas por mí en donde el pastor no se atreve a llevar sus rebaños ni ha entrado jamás el hierro: sólo la primavera visita este prado y las abejas no le tocan, y el pudor lo nutre con húmedo rocío. El que nada adquirió con el estudio y en todo es igualmente casto por naturaleza, puede cortar sus flores, no los malvados. ¡Oh dueña querida!; recibe esta corona de mis manos piadosas para engalanar tus cabellos de oro. Sólo entre los mortales disfruto de este privilegio; a tu lado estoy siempre, contigo hablo, y escuchas mi voz, aunque no vea tu rostro. Como he empezado, así acabaré mi vida.

UN SERVIDOR (que se separa del coro.)

¡Oh rey!, puesto que a nuestros señores debemos llamar como a los dioses, ¿quieres oír un consejo útil?

HIPOLITO

Con mucho gusto: si no lo hiciera, no parecería sabio.

SERVIDOR

¿Conoces una ley que ha de regir a los mortales?

HIPOLITO

No; ¿a qué ley aludes?

SERVIDOR

A la que nos manda evitar la ostentación y lo que no sea grato a todos.

HIPOLITO

Muy bien dicho; en verdad, ¿qué hay más repugnante que el hombre orgulloso?

SERVIDOR

En la urbanidad, ¿no se nota cierta gracia, que nos concilia la benevolencia de las gentes?

HIPOLITO

Mucha, sin duda, y ofrece largo lucro con poco trabajo.

SERVIDOR

¿Y crees que con los dioses sucede lo mismo?

HIPOLITO

Sí, porque los hombres, obrando así, obedecen las leyes divinas.

SERVIDOR

¿Y por qué tú no saludas a una diosa veneranda?

HIPOLITO

¿A cuál? Guárdate de ofenderme.

SERVIDOR

A Cipria, la que preside a tus puertas.

HIPOLITO

Como estoy puro, la saludo desde lejos.

SERVIDOR

Pero es digna de veneración, e insigne entre los mortales.

HIPOLITO

Cada dios y cada hombre eligen recíprocamente al que mejor les parece.

SERVIDOR

Que seas feliz, si sabes cuanto te interesa.

HIPOLITO

No me agradan los que reverencian de noche a los dioses.

SERVIDOR

Necesario es, ¡oh joven!, darles culto.

HIPOLITO

Id, compañeros, y cuidad en el palacio de preparar nuestro sustento, que es grata una mesa abundante después de la caza, y conviene que los caballos se repongan de sus fatigas, para que, al uncirlos al carro, satisfecho mi apetito, lo rija sin trabajo; que tu Cipria se conserve buena mucho tiempo. (Retírase con su séquito.)

SERVIDOR (ante la estatua de Afrodita.)

Por lo que hace a mí, que no debo imitar a los jóvenes, y pensando humildemente como siervo, adoro tu imagen, ¡oh Afrodita!, señora mía; perdona al que así delira hablando de ti, porque siente hervir en su pecho el fuego de la adolescencia; disimula si lo oyes, que los dioses han de ser más prudentes que los hombres.

EL CORO (que viene del campo.)

Estrofa 1.ª Fama tiene un peñasco a la orilla de la mar, que destila agua, del cual brota una fuente en donde se llenan las urnas. Cierta compañera mía lavaba allí vestidos de púrpura, y los ponía a secar después en el peñasco abrigado y tibio.

Antistrofa 1.ª Ella, la primera, me contó el rumor de que mi dueña no salía de su palacio, consumiéndose en doliente lecho, y que sutiles telas velaban su cabeza. Tres días hace ya, según he oído, que su boca no saborea los frutos de Deméter ni se alimenta su cuerpo, y que oculta pena la arrastra a desear la muerte, término de su mísera existencia.

Estrofa 2.ª Sin duda te ha tocado Pan, ¡oh, joven!, o Hécate, o los venerables coribantes, o la madre que recorre los montes, y por eso deliras. Acaso pecaste contra Dictina, que vive gozosa entre las fieras, y no le has ofrecido sacrificios ni libaciones, y por esto te consumes, que también ella atraviesa los mares y va más allá de la tierra, en los salados remolinos del húmedo piélago.

Antistrofa 2.ª ¿Acaso tu marido, el primero de los hijos de Erecteo, noble varón, se deleita en tu palacio profanando tu lecho con ilícitos amores? ¿Ha navegado algún marinero desde Creta a este puerto, el más

hospitalario, trayendo a la reina algún fatal mensaje, y esa es la causa de su tristeza, y de que yazga en su lecho y esté afligido su corazón?

Epodo. Sólo en las mujeres se ven juntas la frivolidad natural a su sexo y cierta propensión a la melancolía, tan perjudicial como molesta, ya por temor a los dolores del parto, ya por su innata demencia. Por mis entrañas discurrió alguna vez esta aura, e invoqué a la diosa que nos ayuda en tan apurado trance, a Artemisa, diestra en disparar sus saetas, y siempre propicios los dioses, me favoreció mucho en mis trabajos. Pero he aquí a la vieja nodriza que la saca del palacio: triste nube se mece en torno de sus cejas. Quisiera saber la causa funesta que ha alterado la salud de la reina. (Las esclavas traen a Fedra recostada en un lecho portátil.)

LA NODRIZA

¡Oh, males humanos y tristes dolencias! ¿Qué haré por ti? ¿Qué no haré? Mira la clara luz que te alumbra, mira el aire. Fuera del palacio está ya el lecho en que descansas de tus dolores. Sólo hablabas de venir aquí; pero no tardarás en volver a tu nupcial aposento. Pronto varías de parecer, y nada te divierte; no te agrada lo que posees, y anhelas lo que no tienes. (Dirigiéndose al público mientras Fedra dormita.) Más fácil es enfermar que asistir al doliente, porque lo primero es sencillo y natural, y en lo segundo se junta la aflicción del alma al sufrimiento del cuerpo. Llena de tormentos está la vida humana, y no hay descanso en nuestras penalidades; y si tan dulce es vivir, a lo mejor nos envuelve las tinieblas de la muerte. Perdidamente nos enamoramos de esta luz, que brilla alguna vez en la tierra, sin saber lo que pasa en la otra vida, ni conocer nada de lo que sucede debajo de nosotros; temerarias son las ilusiones que nos arrastran.

FEDRA (revolviéndose inquieta.)

Levantad mi cuerpo, sostened mi cabeza; no tengo fuerzas para mover mis miembros, ¡oh amigas! Acercaos, servidoras, y apoyaré mis brazos dulcemente. Pésame la diadema en las sienes; quitadla, que mis cabellos se esparzan por mis hombros. (Dos esclavas sostienen a Fedra en los brazos; la nodriza recibe en su pecho la cabeza y le quita la diadema.)

LA NODRIZA

Ten ánimo, ¡oh hija!, y no te agites, que así se agravará tu padecimiento. Más tolerable será descansando tranquila y sufriendo con noble resignación: ley es de los mortales luchar con los dolores.

FEDRA

¡Ay, ay! ¡Ojalá que yo beba agua cristalina de fresca fuente, y que bajo blancos álamos y en verde prado yazga reclinada!

LA NODRIZA

¿Qué dices, hija? No hables así delante de esta gente, ni profieras palabras insensatas.

FEDRA (delirando y agitándose inquieta en su lecho.)

Llevadme a las selvas; que vaya yo a los bosques y a los pinares, en donde corren los perros que matan a las fieras, saltando sobre los manchados ciervos; deseo, por los dioses, animarlos con mis gritos, y lanzar el dardo tesálico rozando con mi blonda cabellera, y vibrar en mi mano la saeta de acerada punta.

LA NODRIZA

¿Por qué, ¡oh hija!, revuelves esto en tu ánimo? ¿A qué cuidarte ahora de la caza? ¿A qué apetecer las on-

das de las fuentes? Cerca del palacio hay una colina húmeda, en donde puedes beber a tu gusto.

FEDRA

¡Oh Artemisa!, señora de la marina Limnes y de los ecuestres gimnasios: ¡ay, si estuviera en tu campo domando caballos vénetos!

LA NODRIZA

¿Por qué, delirando de nuevo, pronuncias tales palabras? Hace poco que, como si te hallaras en los montes, te arrastraba la afición a la caza; ahora, segunda vez, y lejos de las ondas, deseas regir caballos. Adivino consumado es preciso ser para explicar todo esto: ¿qué dios, ¡oh hija!, te hace tascar el freno y extravía tu juicio?

FEDRA (cayendo abatida en su lecho.)

¡Infeliz de mí! ¿Qué he hecho? ¿Cuál ha sido mi absurdo delirio? He perdido la razón, he caído en las redes de alguna deidad funesta. ¡Ay, ay mísera de mí! Nodriza, cubre otra vez mi cabeza; me avergüenzo de lo que he dicho hace poco. Cúbrela; lágrimas brotan de mis ojos, y el pudor enrojece mis párpados. Porque he recobrado el seso, y el dolor me atormenta, y si la locura es un mal, más vale morir sin sentirla.

LA NODRIZA

Ya la cubro; pero ¿cuándo la muerte velará también mi cuerpo? (Cúbrese el cuerpo y se dirige después al público.) Mucho me enseña mi larga vida; convendría que los mortales no contrajesen amistades estrechas, de las que penetran hasta lo íntimo del alma, y así sería fácil que se desvaneciese esta pasión, y que, como nace, muriese. Pero que uno sufra por dos, es grave carga,

como a mí me acontece, sufriendo por ésta. Dícese que el excesivo apego a la vida aflige más que deleita, y que es opuesto a la salud; pero los excesos son para mí menos laudables que practicar aquel otro precepto "de nada demasiado," y como yo opinarán los sabios.

EL CORO

¡Oh anciana, fiel nodriza de la reina Fedra!, aunque sea testigo de estas calamidades, es para mí inexplicable su enfermedad; quisiéramos oírla y saberla de ti.

LA NODRIZA

Ni preguntándolo lo sé, ni quiere decirlo.

EL CORO

¿Ni cuál haya sido el origen de estos males?

LA NODRIZA

Piensas como yo; pero ella lo calla todo.

EL CORO

¡Qué enferma está, y cuán flaco su cuerpo!

LA NODRIZA

¿Y cómo no ha de ser así, si hace tres días que no toma alimento?

EL CORO

¿Pero es efecto de su mal, o porque desea morir?

LA NODRIZA

Por morir, se abstiene del alimento por dejar la vida.

EL CORO

Sorprendente es lo que has dicho, si agrada a su marido.

LA NODRIZA

Oculta y niega su dolencia.

EL CORO

¿Pero no la conoce él si le basta mirarla?

LA NODRIZA

Lejos está ahora.

EL CORO

¿Y tú no la violentas para averiguar su mal y la causa del extravío de su juicio?

LA NODRIZA

Vanos han sido todos mis esfuerzos. Sin embargo, aún no he desistido de mi propósito, como te habrás convencido, observando lo que hago con mi desventurada dueña. (A Fedra.) Vamos, hija querida, olvidémonos ambas de lo que antes hablamos, y tú explícate, y desarruga tu ceño, y abandona tu resolución, y yo, por mi parte, sin acordarme ya de lo que he hecho hasta ahora que haya podido desagradarte, te hablaré con más dulzura. Si padeces algún mal oculto, estas mujeres lo calmarán; pero si lo han de curar los hombres, habla para declararlo a los médicos. Sea, pues, así; ¿por qué callas? No debes callar, hija, sino replicarme si no te parece bien lo que digo, o seguir mis consejos si lo merecen. Habla algo, mira hacia aquí. ¡Cuánta es mi desventura! En vano, ¡oh mujeres!, nos tomamos este trabajo; tan lejos estamos como antes

de conseguir nuestro fin: ni le hacían mella nuestras palabras, ni ahora tampoco. Pero ten en cuenta, aún cuando sea más obstinada que la mar, que si mueres, abandonando tus hijos, no participarán de la herencia de su padre y le sucederá el noble y generoso bastardo, que dió a luz la reina Amazona aficionada a cabalgar, y será su señor. Bien sabes de quien hablo: ya sabes que aludo a Hipólito.

FEDRA

¡Ay de mí!

LA NODRIZA

Qué, ¿te interesa esto?

FEDRA

Me has afligido, nodriza, y te ruego por los dioses que jamás me hables de ese hombre.

LA NODRIZA

¿Ves? Eres prudente, y no querrás faltar a tus hijos, y cuidarás de tu vida.

FEDRA

Amo a mis hijos; pero no es ése el mal que me atormenta.

LA NODRIZA

Sin duda, ¡oh hija!, tus manos están puras de sangre.

FEDRA

Puras están mis manos, pero no mi corazón, y es menester purificarlo.

LA NODRIZA

¿Quizá por efecto del daño que te ha causado algún enemigo?

FEDRA

Contra su voluntad y la mía me ha perdido un amigo.

LA NODRIZA

¿Te ha faltado en algo Teseo?

FEDRA

¡Ojalá que yo nunca le ofendiera!

LA NODRIZA

¿Y cuál es esa pena cruel que te hace morir?

FEDRA

Deja que yo falte; no eres tú la ofendida.

LA NODRIZA

No, seguramente; líbrenme los dioses de pensarlo; pero tú puedes salvarme. (Arrójase a sus pies y estrecha sus manos y rodillas.)

FEDRA

¿Qué intentas? ¿Me haces violencia estrechando mi mano?

LA NODRIZA

Y nunca soltaré tus rodillas.

FEDRA

Lo sentirás, ¡oh desventurada!; lo sentirás si lo oyes.

LA NODRIZA

¿Qué mayor sentimiento que perderte?

FEDRA

Morirás, y sin embargo puede darme gloria.

LA NODRIZA

¿Y me ocultas este bien, cuando yo te lo suplico?

FEDRA

A males que me avergüenzan busco salida honesta.

LA NODRIZA

Luego si los declaras será mayor tu ventura.

FEDRA

Retírate, por los dioses, y suelta mi mano.

LA NODRIZA

Jamás, si no me concedes lo que tan justamente pido.

FEDRA

Lo haré, porque como religioso vínculo es para mí tu mano.

LA NODRIZA

Callaré ya; ahora tú debes hablar.

FEDRA (después de algunos instantes de silencio.)

¡Oh mísera madre, cuáles fueron tus amores!

LA NODRIZA

¿Lo dices porque se enamoró del toro, o por qué?

FEDRA

¡Y tú, hermana desventurada, esposa de Dionysos!

LA NODRIZA

¿Qué te sucede, oh hija? ¿Hablas mal de tus parientes?

FEDRA

¡Y yo, tercera desdichada que muero de pena!

LA NODRIZA

Horrorizada estoy en verdad. ¿Adónde irá a parar esto?

FEDRA

¡Y yo después, y no hace poco tiempo, soy también infeliz!

LA NODRIZA

Hasta ahora nada sé de lo que anhelo oír.

FEDRA

¡Ay de mí! ¿Cómo me dirías tú lo que yo debo decir?

LA NODRIZA

No soy adivino para comprender estos enigmas.

FEDRA

¿Qué cosa es el amor? ¿Qué dicen de él los hombres?

LA NODRIZA

Lo más dulce, ¡oh hija!, al mismo tiempo, lo más amargo.

FEDRA

No es eso lo que yo sufro.

LA NODRIZA

¿Amas, ¡oh hija!, a alguno?

FEDRA

Cualquiera que sea, el hijo de la amazona...

LA NODRIZA

¡Hablas de Hipólito!

FEDRA

Tú lo dices, no yo.

LA NODRIZA

¡Ay de mí, oh hija! ¿Qué has dicho? ¡Cómo has desgarrado mi corazón! Esto es intolerable, ¡oh mujeres! Ya no puedo vivir. ¡Día odioso, odiosa luz es la que veo! Yo me despeñaré, yo abandonaré mi cuerpo, yo dejaré esta triste vida; vivid vosotras, que yo aborrezco la existencia. Los que se contienen, aunque involuntariamente, aman, sin embargo, sus propios males. No es diosa Cipris, sino más que diosa, y la ha perdido, y a mí, y a esta familia.

EL CORO

¿Has oído, ¡oh!, has oído a la reina confesando sus malhadados amores, que no deben escucharse? Que muera yo, ¡oh amada!, antes de cometer el delito que embarga tu pensamiento. ¡Ay de mí! ¡Oh desventurada víctima de estos dolores! ¡Oh penas, alimento de los hombres! Tú misma te has perdido publicando tu mal. ¿Cuánto tiempo vivirás así? Alguna novedad va a

ocurrir en este palacio. Ya no ignoramos, ¡oh desdichada joven cretense!, en dónde descargará la tempestad que Cipris envía.

FEDRA

Mujeres trecenias que habitáis en este vestíbulo, que da entrada a la tierra de Pélope: hace ya largo tiempo que reflexioné una noche en las causas de la corrupción humana, y me parece que no todos los hombres cometen las faltas más graves por sus escasas luces, porque en muchos se observa juicio recto; preciso es, por tanto, confesar que, aun conociendo lo bueno, no lo seguimos, unos por pereza y otros porque posponemos la virtud al deleite. Muchos placeres ofrece la vida, gratos coloquios y ocio, mal que tiene su encanto, y vergüenza. Esta es de dos clases: una no vituperable, azote la otra de las familias. Y si las ocasiones en que se manifiestan no diesen lugar a dudas, no serían iguales las dos palabras que las expresan. Y como he pensado antes todo esto, no hay poder bastante fuerte que me obligue a adoptar la opinión contraria. Pero te diré cómo he llegado a discurrir así. Después que el amor me hirió, traté de conciliarlo con la virtud, y comencé entonces a ocultar mi dolencia. No debía fiarlo a la lengua, que, si a veces rectifica los pensamientos ajenos, se expone otras a muchos males. Determiné resistir con entereza a este amoroso delirio y dominarlo castamente. Por último, no pudiendo vencer a Cipris, he decidido morir. Nadie se opondrá a esta resolución. ¡Ojalá que no se olviden mis acciones honestas, ni que las presencien muchos testigos si son vergonzosas! No ignoraba cuán infame era mi apasionada dolencia, y sabía además que era mujer detestada de todos. Mala muerte tenga la que mancille el lecho conyugal con quien no fuese su esposo. De las mujeres nobles

pasó este mal a las demás, porque cuando lo torpe agrada a los de elevada alcurnia, parece a los malos honesto. Odio a las que son castas en sus palabras y ocultamente lascivas. ¿Cómo, ¡oh Cipris, señora del mar, se atreven a mirar el rostro de sus esposos y no tienen horror a las tinieblas, cómplices de sus culpas? ¿Cómo no dan voces los techos de sus casas? Mátame, ¡oh amigas!, el temor de que mi marido sepa mi deshonra, o los hijos que he parido, pues quisiera que, libres y hablando sin temor, brillasen en la noble ciudad de los atenienses honrados en memoria de las virtudes de su madre, porque detiene mucho al hombre más osado saber las maldades de sus padres. Dicen que vale tanto como vivir ser justo y honesto. El tiempo descubre a los malos cuando llega la ocasión como el espejo que refleja a la virgen. ¡Ojalá que nunca me cuenten entre ellos!

EL CORO

¡Ay, ay de mí! ¡Qué bella es la modestia y qué gloria tan egregia ofrece a los mortales!

LA NODRIZA

Gran temor, ¡oh señora!, me ha infundido de repente tu mal; ahora conozco mi ineptitud, y que entre los hombres los últimos pensamientos son los más prudentes. No es extraño lo que te sucede, ni fuera de razón se ha ensañado en ti la ira de la diosa. Tú amas; ¿por qué nos ha de sorprender? Haces lo que muchos. ¿Y perderás la vida por eso? ¿De qué sirven a los enamorados sus amigos, y la inquietud que muestran, si al fin han de morir? porque Cipris es intolerable si nos ataca con violencia; a quien cede, persigue blandamente, y arrebata y atormenta al or-

gulloso y arrogante; ¿no lo crees así? Vuela por los aires, y la hallarás en las olas del mar, y de todo es origen. Ella inspira y alimenta a Eros, que a todos nos ha engendrado en esta tierra. Cuantos conocen los escritos antiguos y se consagran asiduamente al culto de las musas, saben cómo Zeus amó en otro tiempo a Semele, y cómo la brillante Eos robó enamorada a Céfalo, llevándolo con los demás dioses, y habitan en el cielo, y no huyen de las demás divinidades, sino que, según creo, sufren vencidos su suerte. ¿Y tú no la sufrirás? Debió engendrarte tu padre de distinta manera que los demás, y obedecerías a otros dioses si no habías de observar estas leyes. ¿Cuántos hombres de sano juicio fingirán ignorar la deshonra de su cónyuge? ¿Cuántos padres no protegen los amores ilícitos de sus hijos? Entre las sagaces precauciones de los hombres cuéntase la de ocultar lo que no es honesto. Ni conviene que vivan vida austera, como no cuidan tampoco de alinear con esmero las paredes y el techo de sus viviendas. Del abismo tan profundo en que has caído, ¿cómo piensas salir? Grande es tu ventura si, siendo mortal, son más numerosos tus bienes que tus males. Abandona, pues, ¡oh amada hija!, tus malos pensamientos; déjate de tales sacrilegios, que lo es sobreponerte a los dioses; sufre el amor con fortaleza, que una diosa lo envía. Ya que esa dolencia te aqueja, cúrala dulcemente. Hay encantos y palabras que la aplacan, y podrá encontrarse eficaz remedio. Tarde hallará algún hombre la medicina si nosotras las mujeres no la descubrimos.

EL CORO

Lo que ésta dice, ¡oh Fedra!, puede servirte ahora, y yo te alabo. Pero mi alabanza es para ti menos grata que sus palabras, y la oirás con más trabajo.

FEDRA

Con pláticas demasiado sabrosas se han arruinado familias y ciudades bien gobernadas. No conviene decir lo que agrada a los oídos, sino lo que puede traer gloria.

LA NODRIZA

¿Por qué hablas tan sublime lenguaje? Tú no necesitas de palabras seductoras, buenas sólo para ese hombre. Yo lo sondearé cuanto antes, y le hablaré como es debido. Si no peligrase tu vida en este trance y fueses mujer de juicio, jamás llegaría yo a ese extremo por proporcionarte ese deleite en tu lecho; pero ahora mi principal objeto es salvar tu vida, y nadie podrá reprobarlo.

FEDRA

¿Cómo dices tales despropósitos? ¿No cerrarás tus labios y no volverás a pronunciar frases tan torpes?

LA NODRIZA

Torpes son, pero más convenientes ahora que las honestas, y valdrán más si te salvare que la fama con que morirías orgullosa.

FEDRA

No pases más adelante, no, que está bien lo que dices, aunque, ¡por los dioses!, sea vergonzoso; porque si hasta ahora, a pesar de mi amor, no he faltado, si con palabras especiosas me inspiras sentimientos indignos de mí, pereceré deslizándome en el abismo de que huyo.

LA NODRIZA

Si tal te parece, no debiste darle entrada en tu pecho; pero como sucede lo contrario, obedéceme, que también redundará en tu beneficio. Yo tengo en casa filtros que aplacan la fuerza del amor, y ahora me he acordado de ellos, y sin vergüenza ni menoscabo de tu razón te librarán de ese mal si no eres débil; pero necesitamos alguna prenda del que amas, algún rizo o pedazo de su vestido, para que sea una misma vuestra amorosa pasión.

FEDRA

Y ese filtro, ¿se unta o se bebe?

LA NODRIZA

No lo sé; es menester que me ayudes y no me preguntes, ¡oh hija!

FEDRA

No es para tranquilizarme tu refinada astucia.

LA NODRIZA

Todo te asusta; ¿qué temes ahora?

FEDRA

Que reveles algo al hijo de Teseo.

LA NODRIZA

Déjame, hija, que yo te curaré bien. Sólo te ruego que me favorezcas, ¡oh Afrodita, diosa marina! (Aparte.) Lo demás que pienso hacer lo sabrán únicamente los amigos que hay dentro. (Se retira.)

EL CORO

Estrofa 1.ª Eros, Eros, que con la mirada inspiras los deseos e infundes suave deleite en los ánimos de aquellos a quienes haces la guerra: que nunca te vea con daño mío ni tiránico me domines. Ni el fuego ni los rayos que despiden los astros pueden compararse a la saeta que lanza Eros, hijo de Zeus.

Antistrofa 1.ª En vano, en vano junto al Alfeo y en el templo Pytico de Febo acumula hecatombes la Hélade; no adoramos a Eros, hijo de Afrodita, tirano de los corazones, que guarda la llave de los lechos más codiciados y nos pierde y nos infecta cuando nos acomete, enviándonos todo linaje de males.

Estrofa 2.ª Pues Cipris dió al hijo de Alcmena la doncella Œcalia, que no había conocido el himeneo, y que por tanto ignoraba lo que era un esposo y un tálamo nupcial, llevándola desde su palacio en rápida nave, cual ministro veloz del Hades, con sangre y fuego, y celebrando terribles bodas. ¡Cuán desventuradas fueron sus nupcias!

Antistrofa 2.ª ¡Oh santas murallas de Tebas! ¡Oh fuente Dircea! Vosotras fuisteis testigos del poder de Cipris. Con ardiente rayo aletargó a la madre de Dionysos, engendrado por Zeus, unida a él en himeneo funesto. Abrasa lo que toca con su hálito, y vuela como una abeja.

FEDRA

Callad, mujeres; somos perdidas.

EL CORO

¿Qué sucede en tu palacio, ¡oh Fedra!?

FEDRA

Estaos quietas; dejadme oír los clamores que suenan dentro.

EL CORO

Callo; pero mal exordio es éste.

FEDRA

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Cuánta es mi desventura! ¡Cuántos mis males!

EL CORO

¿Qué significan tus quejas? ¿Qué tus voces? Di, ¡oh mujer!, ¿qué súbito rumor te aterra?

FEDRA

Perdidas somos. Acercaos aquí, y escuchad el ruido que se oye dentro.

EL CORO

Tú estás a la puerta; en cuidado te han puesto los clamores que salen del palacio. Pero dime, dime qué desgracia sucede.

FEDRA

Grita Hipólito, el hijo de la Amazona, aficionada a cabalgar, profiriendo horribles maldiciones contra mi esclava.

EL CORO

Conozco su voz, pero no entiendo bien lo que dice. Por las hendiduras de la puerta oirás tú sus palabras.

FEDRA

Y oigo claramente que la llama forjadora de males, y que la acusa de hacer traición a su dueño.

EL CORO

¡Ay de mis desdichas! Te han vendido, ¡oh amiga! ¿Qué consejo te daré? Si ha descubierto el secreto, cierta es tu muerte.

FEDRA

¡Ay, ay de mí!

EL CORO

Vendida por tus amigos.

FEDRA

Me ha perdido descubriendo mi dolencia, con buena intención, es verdad, pero sin curarla como debía.

EL CORO

¿Y qué se hace? ¿Qué harás tú, que sufres males incurables?

FEDRA

Sólo me ocurre morir cuanto antes, único remedio de este infortunio.

HIPOLITO (que sale por una de las puertas laterales, seguido de la nodriza. Como Fedra se halla en el hueco de la principal, y lejos, no la ve.)

¡Oh tierra, nuestra madre, oh inmensa luz de Helios! ¿Qué palabras nefandas han manchado mis oídos?

LA NODRIZA

Calla, hijo, no te oiga alguien.

HIPOLITO

No es posible callar, habiendo oído tales horrores.

LA NODRIZA (suplicándole humildemente.)

Suplícote por tu barba y tu hermosa diestra.

HIPOLITO (rechazándola)

No acerques tu mano ni toques mi vestido.

LA NODRIZA (echándose a sus pies.)

¡Por tus rodillas, que abrazo, no me pierdas!

HIPOLITO

¿Y cómo así, cuando, según aseguras, no has dicho nada malo?

LA NODRIZA

Lo que yo he dicho, ¡oh hijo!,no debe saberlo el vulgo.

HIPOLITO

Mejor es, sin embargo, que el vulgo sólo sepa lo bueno.

LA NODRIZA

¡Oh hijo!, no quebrantes tus juramentos

HIPOLITO

La lengua juró; el alma no ha jurado.

LA NODRIZA

Hijo, ¿qué vas a hacer? ¿Perderás a tus amigos?

HIPOLITO

Les niego ese nombre: ningún malvado es mi amigo.

LA NODRIZA

Perdona; siempre han errado los hombres, ¡oh hijo!

HIPOLITO (dirigiéndose al público, mientras la nodriza se levanta)

¡Oh Zeus! ¿Por qué dispusiste que las mujeres viesen la luz del sol, si son cebo engañoso para los hombres? Si deseabas que éstos se multiplicasen, no debías haberlas creado, sino que ellos en sus templos, pesando el oro, o el hierro, o el bronce, comprasen los hijos que necesitaran, pagando el justo precio de cada uno, y que viviesen en sus casas libres de femenil compañía. Ahora, como han de morar con nosotros, agotan nuestros recursos. Manifiesto es de aquí qué azote tan grande es la mujer; pues el padre, que la engendra y la educa, da además la dote y la casa para librarse de ella: al contrario, el que recibe en su hogar esta peste destructora, goza engalanando a una pésima estatua, y la viste con sus mejores ropas, y el desventurado gasta así sus rentas. Obligado se ve, si ha de emparentar con familia ilustre, a mostrarse alegre y ser fiel en su amargo consorcio, o si es buena la esposa y pobres los suegros, a remediar bondadosamente su infortunio. Lo mejor, si ha de vivir con nosotros, es que la fortuna nos favorezca, dándonos una compañera inepta y demasiado sencilla. Aborrezco a la sabia; que no albergue un mismo lecho a la que sepa más que yo, y más de lo que conviene a una mujer. Porque Cipris hace a las doctas las más depravadas, y la sencilla, por sus cortos alcances, está libre de deshonestidad. Convendría también que no las acompañasen esclavas, sino que habitasen con ellas monstruos mudos o fieras, con quienes no pudiesen hablar ni oír su voz. Ahora sus esclavas no cesan de urdir intrigas vituperables, y después las ejecutan fuera de su casa, como tú (a la nodriza), ¡oh malvada!, osando proponerme que profane el sagrado lecho de mi padre: yo me purificaré de esta mancha en agua corriente, lavando con ella mis oídos. ¿Qué me sucedería si fuése criminal, cuando ni aun me creo puro habiéndola oído? Ten muy presente lo que te digo, ¡oh mujer!; sólo mi piedad te salva; a no haberme tendido una red con mi propio juramento, jamás me contuviera, y lo hubiese revelado a mi padre. Pero ya que Teseo está ausente por mucho tiempo, me iré de este palacio, y mis labios guardarán silencio. Veremos cuando vuelva cómo arrostráis su presencia tú y tu señora: ya avisado, sabré hasta dónde llega tu audacia. ¡Que perezcáis ambas! Nunca me cansaré de odiar a las mujeres, aunque alguno diga que tal es siempre mi propósito; y no se engaña, en efecto, porque son siempre malvadas. Que aprendan a ser castas, o nunca dejaré de ensañarme con ellas. (Retírase.)

EL CORO

Mísera y desventurada es nuestra suerte. ¿Qué artes emplearemos, qué recursos, frustrada nuestra esperanza, para desatar el nudo de esta intriga?

FEDRA

Recibimos el castigo merecido, ¡oh tierra y luz! ¿Cómo evitaré estas calamidades? ¿Cómo, ¡oh amigas!, ocultaré mi mal? ¿Qué dios me favorecerá, qué hombre me ayudará? ¿Quién querrá hacerse cómplice de

maldades tan impías? No veo medio alguno de alejar la tempestad que amenaza a mi vida. ¡Soy la más infeliz de las mujeres!

EL CORO

¡Ay, ay! Ya no tiene remedio, y de nada sirvieron los artificios de tu esclava, ¡oh señora!, que el resultado ha sido desastroso.

FEDRA (acércase a la nodriza.)

¿Qué has hecho en mi daño, ¡oh tú, la peor de las mujeres, ruina de tus amigos!? Que Zeus mi progenitor, te hiera con sus rayos y te extermine. ¿Acaso no te dije, previniendo tu propósito, que no revelases mi mal? Pero no pudiste callar, y ya no moriremos sin mancha. Necesito ahora apelar a otros medios. El, enfurecido ya contra mí, descubrirá tu falta con deshonra mía a su padre, contará al viejo Pitheo sus desdichas, y pronunciará en todas partes los más denigrantes discursos. Que mueras tú y cualquier otro, pronto a hacer lo que no debe, repugnándolo sus amigos.

LA NODRIZA

Razón tienes, ¡oh señora!, en reprenderme: como estás afligida, no dejas descanso a tu juicio; pero te responderé, si me lo permites. Te he criado, y te quiero bien: buscando remedio a tu dolencia, me dejé llevar de mi buen deseo. Si mi propósito se hubiera realizado, me creerían muy prudente, que el éxito favorable nos da de ordinario fama de tales.

FEDRA

¿Es justo, acaso, y quedaré satisfecha, dándote la razón, después de afligirme tanto?

LA NODRIZA

Ociosa es nuestra disputa: no he sido cuerda, pero todavía puedo salvarte.

FEDRA

No hables más; antes erraste y me has acarreado grave desdicha. Vete, pues, y piensa en ti; yo cuidaré de mí. Vosotras, nobles jóvenes trecenias, favorecedme sólo en lo que os ruego, callando cuanto habéis oído hasta ahora.

EL CORO

Juro por la casta Artemisa, hija de Zeus, que ja más publicaré tus males.

FEDRA

Has dicho bien. Por más que pienso sólo hallo un remedio a mi desventura para que mis hijos vivan honrados, y salga yo como pueda de este abismo. Jamás llenaré de oprobio a mi familia de Creta ni me presentaré a Teseo, torpemente manchada por la oficiosidad de mi única amiga.

EL CORO

¿Te expondrás acaso a sufrir algún daño irreparable?

FEDRA

Sólo anhelo morir; el cómo, yo lo pensaré.

EL CORO

No pronuncies palabras de mal agüero.

FEDRA

Y tú aconséjame bien. Yo llenaré de gozo a Cipris, que me ha perdido, dejando hoy de vivir,

víctima de un amor cruel. Pero después de muerta, causaré daño a otro para que no se enorgullezca con mis males, y para que, participando también de mi pena, aprenda a ser más modesto. (Entra Fedra en el palacio.)

EL CORO

Estrofa 1.a ¡Ojalá que ahora me viese en los profundos valles de las montañas y algún dios me convirtiera en ave alígera y me juntase con los demás volátiles! Desde lo alto de los aires contemplaría las olas del mar Adriático y las aguas del Erídano, en donde tres desventuradas doncellas, llorando a Faetonte, aumentan las ondas purpúreas de su padre con los brillantes destellos de sus lágrimas de ámbar.

Antistrofa 1.a Y volaría a la costa de las cantatrices Hespérides, rica en manzanas, do el marino rey del purpúreo lago no da paso a los navegantes, defendiendo los límites venerandos del cielo, que sostiene Atlas, y adonde las fuentes destilan ambrosía en el palacio de Zeus, y la divina y alma tierra derrama para los dioses abundante dicha.

Estrofa 2.a ¡Oh nave cretense de blancas alas que, surcando las sonoras y marinas aguas del piélago, trajiste a mi señora de su feliz morada, para disfrutar del más desventurado himeneo! O de ambas regiones o de la tierra de Creta voló genio funesto a la ínclita Atenas; pero ataron las puntas de los torcidos cables en la ribera de Muniquio, y descendieron al continente.

Antistrofa 2.a Por esto aquejó su ánimo amorosa dolencia y pasión ilícita, y fué víctima de dura calamidad y del techo que contempló su himeneo cuelga lazo fatal que ceñirá su blanco cuello en honor de

triste diosa, prefiriendo morir sin infamia y librar su alma de amor molesto.

UN MENSAJERO (desde dentro.)

¡Ay, ay! Socorredme todos los que se hallen cerca de este palacio; mi señora, la esposa de Teseo, yace suspendida de lazo fatal.

EL CORO

¡Ay, ay! Consumóse ya el suicidio. Ya no existe la esposa del rey, ahorcada con nudo corredizo.

EL MENSAJERO

¿No os daréis prisa? ¿Nadie traerá un cuchillo de dos filos para cortar la cuerda que rodea su cerviz?

PRIMER SEMICORO

¿Qué hacemos, amigas? ¿Queréis entrar en el palacio y desatar los apretados lazos que ahogan a mi dueña?

SEGUNDO SEMICORO

¿A qué, pues? ¿No hay servidores jóvenes? No es prudente a veces mezclarse en ciertos negocios.

EL MENSAGERO

Extended el mísero cadáver de la dueña de este palacio, que llenará de amargura a mi señor.

EL CORO

Según oigo ha perecido esta infeliz, puesto que extienden su cadáver.

TESEO (que llega coronado de laurel.)

¿Sabéis, mujeres, qué significan estos clamores que se oyen en el palacio? Fuerte vocerío de esclavas

ha llegado hasta mí. Mi familia no se digna, sin duda, salir a saludarme, abriendo las puertas con alegría cuando vuelvo de consultar al oráculo. ¿Ha sucedido algo a Pitheo, ya de edad avanzada? Muchos son sus años, y, sin embargo, con sentimiento mío dejará este palacio.

EL CORO

Esta desgracia, ¡oh Teseo!, no afecta en nada a los ancianos: muertos más jóvenes afligirán tu alma.

TESEO

¡Ay de mí! ¿Ha fallecido acaso alguno de mis hijos?

EL CORO

Viven; muerta su madre, pena dolorosa para ti.

TESEO

¿Qué dices? ¿Ha parecido mi esposa? ¿De qué manera?

EL CORO

Preparó un lazo en el techo para estrangularse.

TESEO

¿De dolor a causa de algún accidente desgraciado?

EL CORO

Sólo esto sabemos; hace poco, ¡oh Teseo!, que yo, que deploro tus males, llegué a este palacio.

TESEO

¡Ay, ay! ¿A qué me presento llevando en mi cabeza corona de hojas entrelazadas, consultor desven-

turado del oráculo? (Se arranca la corona de laurel.) Abrid las puertas, servidores; quitad las barras, para que contemple el horrible espectáculo que va a ofrecerme mi esposa, cuya muerte me ha perdido. (Abrense las puertas y dejan ver claramente el cadáver de Fedra.) ¡Ay, ay! ¡Cuán infortunado soy! ¡Cuán crueles mis males! Tú también has sufrido; tú que has osado cometer una acción, que será la ruina de tu familia. ¡Ay, ay! ¡Cuánta ha sido tu audacia! ¡Oh, tú, muerta violentamente con muerte impía y por tus mismas manos! ¿Qué dios, ¡oh desdichada!, te borró de la vida? ¡Ay de los males que mísero sufro! Este es el mayor de todos. ¡Oh fortuna funesta para mí y para mi palacio, mancha inesperada, obra de las Erinnias, que pondrá término a mi vida intolerable! Sólo vislumbro un piélago de desdichas, del cual nunca podré salir sin luchar con sus calamitosas olas. Quitad las barras, que yo contemple ese horrible espectáculo. ¿Con qué palabras, cómo, desgraciado, apostrofaré a tu adversa fortuna, ¡oh mujer!? Te escapaste de mis manos volando como una ave, y con salto rápido te lanzaste en la morada de Hades. ¡Ay, ay, ay, ay! Dignos de lástima son estos infortunios. Por alguna causa estaba condenado a esta pena hace tiempo; quizá por haber faltado a los dioses alguno de mis progenitores.

EL CORO

No eres tú sólo el que sufre estos males repentinos, que otros muchos han perdido también sus esposas.

TESEO

A las infernales, a las infernales tinieblas quiero descender, y vivir sin ventura en ellas, privado de tu muy dulce trato. Mayor es mi desdicha que la tu-

ya. ¿Quién declarará, ¡oh mujer!, la causa de ese fatal propósito? ¿Me lo dirán, o en vano estará lleno mi real palacio de esta muchedumbre de criados? ¡Cuánto lloro, ay de mí, desventurado, que ya veo el luto que ha de cubrir esta mansión, que ni puede expresarse ni tolerarse! Yo muero: desierto está mi hogar, huérfanos mis hijos. (Se precipita sobre ella y abraza su cadáver.)

EL CORO

Nos has abandonado, nos has abandonado, ¡oh amada!, la mejor de las mujeres que ven la luz de Helios, y Selene, que alumbra de noche, rodeada de estrellas. ¡Desventurada de mí, cuántos males sufre este palacio! Mis párpados, húmedos de lágrimas, llorarán tu destino; ya preveo con horror el nuevo infortunio que nos amenaza.

TESEO (que se levanta, teniendo entre sus manos las de Fedra.)

¡Ah, ah! ¿Qué significan estas tablillas suspendidas de una mano amada? ¿Anunciarán alguna nueva calamidad? ¿Dispondrá acaso la infeliz lo que debo hacer de su lecho y de sus hijos? no te inquietes, desventurada, que ninguna otra mujer entrará en el palacio y ocupará tu lugar al lado de Teseo. Y he aquí que el sello de la piedra preciosa, encerrada en el anillo de oro de la difunta, me enternece de nuevo. Veamos, desatando los lazos del sello, qué quieren decir estas letras.

EL CORO

¡Ay, ay! Alguna deidad preparará un nuevo mal, no contenta con los pasados. Ya no podré vivir después de lo que ha sucedido, que grave desdicha. ¡ay,

ay!, ha arruinado a la familia de mis reyes. ¡Oh numen fatal! Si es posible todavía, no destruyas este palacio, sino óyeme, atiende a mis súplicas, que, como adivino, me inquietan anticipadamente presagios de alguna nueva calamidad.

TESEO

¡Ay de mí! Un nuevo infortunio sucede al otro, que ni se puede expresar ni sufrir. ¡Ay desventurado de mí!

EL CORO

¿Qué hay? Dilo, si puede interesarme.

TESEO

Estas letras, sí, estas letras dicen a voces lo que no puede tolerarse. ¿Adónde huír? ¿Cómo evitaré tal cúmulo de males? Perdido muero: triste queja, triste queja publican estas líneas. ¡Ay de mí, mísero!

EL CORO

¡Ay, ay de mí! Profieres palabras preludio de nuevas desdichas.

TESEO

Ya mis labios no callarán más tiempo este funesto mal, que cuesta trabajo decir, ¡oh ciudad! Hipólito se ha atrevido a manchar por fuerza mi lecho, despreciando el ojo venerando de Zeus. Pero, ¡oh padre Poseidón!, que en otro tiempo me prometiste cumplir tres votos míos, cumple uno contra mi hijo: que muera hoy, si me concediste ese dón.

EL CORO

Desdícete, ¡oh rey!, por los dioses, que después,

mejor informado, te arrepentirás de tu falta; obedécemo.

TESEO

No es posible. Además, lo desterraré de aquí, uno de estos dos destinos ha de alcanzarle: o Poseidón lo enviará muerto al palacio de Hades, cumpliendo mis votos, o lejos de este territorio y vagando en tierra extraña, pasará triste vida.

EL CORO

Mira cuán oportunamente se presenta tu hijo Hipólito: aplaca, ¡oh rey Teseo!, tu injusta ira, y resuelve lo que más convenga a tu familia.

HIPOLITO (seguido de sus amigos y compañeros de caza.)

Al oír tus clamores, ¡oh padre!, he venido precipitadamente, y aunque no sé cuál sea la causa que te hace gemir ahora, deseo oírla de tus labios. Vamos, ¿qué hay? Veo muerta a tu esposa, ¡oh padre!, con gran sorpresa mía, puesto que la dejé no ha mucho mirando esta misma luz. ¿Qué le ha sucedido? ¿Cómo ha muerto? Quiero, ¡oh padre!, oírlo de ti. ¿Callas? Cuando los males nos cercan no es ocasión de callar, porque nuestro corazón, deseoso de saberlo todo, quiere conocer también las desdichas. No es justo, ¡oh padre!, que a tus amigos, y a los que son algo más que esto, ocultes tus males.

TESEO (que miraba fijamente a Hipólito mientras hablaba, y ahora separa de él la vista.)

Hombres que tanto y tan vanamente estudiáis, ¿a qué aprendéis innumerables artes, y sobre todo investigáis y pensáis, y la única que no sabéis ni podéis enseñar es la de hacer bueno al que no lo es?

HIPOLITO

Has llamado sabio consumado a cualquiera que sea capaz de hacer buenos a los que no lo son. Pero como no me parece oportuno descender ahora a sutiles disputas, ¡oh padre!, temo que tu lengua, dejándose dominar del infortunio, no guarde moderación.

TESEO

¡Ay! Convenía que hubiese una señal cierta entre los hombres para conocer a los amigos, y distinguir el verdadero del falso, y debían tener también dos voces, una de ellas veraz y otra no, fuese la que fuese, para que, al pensar cosas injustas, le arguyese la voz justa y no nos engañase.

HIPOLITO

Acaso me ha calumniado alguno de tus amigos, deslizándose en tu oído, y me acusas sin culpa. Maravíllanme, sin duda, tus palabras, aberraciones de un sano juicio, que me ofenden.

TESEO

¡Oh pensamiento humano! ¿Hasta dónde llegarás? ¿Cuál será el término de tu temeridad y de tu audacia? Si con la edad crece la osadía, y a la larga ha de ser peor que antes, valiera más que los dioses creasen otra tierra para los perversos y criminales. (Al coro.) Mirad a éste que, siendo hijo mío, ha profanado mi lecho, convicto de su grave falta por declaración de una muerta. (Volviéndose hacia Hipólito que está aterrado.) Deja ver tu rostro a tu padre, ya que en tal pena has incurrido. ¿Conversarás tú con los dioses, cual varón irreprochable? ¿Tú eres el casto y el no corrompido? Ya no me hará fuerza tu jactancia,

pues equivaldría a pensar que los dioses ignoraban tu delito. Ya puedes vanagloriarte: engáñalos alimentándote de vegetales; sigue las lecciones de Orfeo; abandónate a tu estro; envanécete con tu vasta sabiduría, que te llena de humo; ya no puedes negar tu delito. A todos aconsejo que huyan de tales seres: seducen con palabras pomposas, y sólo maquinan torpezas. Fedra ha muerto; pero ¿crees salvarte por eso? Al contrario, por lo mismo es más segura tu perdición. ¡Oh tú, el más malvado de los hombres! ¿Qué juramento, qué razones tendrán más fuerza que su muerte? ¿Cómo podrás defenderte? ¿Dirás que ella te odiaba, y que los hijos bastardos son aborrecidos de los legítimos? En poco estimaba, sin duda, su vida si, siendo lo más grato, como dices, la ha perdido por la aversión que te tenía. Dirás acaso que la lujuria no es natural en nuestro sexo, sino innata en las mujeres; pero yo he conocido jóvenes iguales a ellas en esa parte, cuando Afrodita perturbaba su ánimo juvenil, aunque su misma virilidad les sirviese al fin de baluarte. ¿Pero a qué disputo así contigo, presente este cadáver, testigo el más irrecusable? Sal de aquí desterrado cuanto antes y no vuelvas a Atenas, edificada por los dioses, ni a los últimos confines de la tierra que obedece a mi cetro. Si tú me vencieras, siendo tanta la justicia que me asiste, de nada serviría que el Istmio Sinnis atestiguase a mi favor con su muerte (que más bien debiera envanecerte), ni que los peñascos del mar, amigos de Sciron, confesaran que soy terrible azote de los malvados.

EL CORO

No puedo llamar dichoso a ningún mortal, cuando tales vueltas da la fortuna.

HIPOLITO

Violenta es tu ira, ¡oh padre!, y la conmoción de tu alma; pero el asunto que da origen a un bello discurso, si se examina por el lado opuesto, no parece tan bueno. Yo, poco versado en hablar al vulgo, sólo valgo en esta parte cuando lo hago a mis compañeros y amigos. Mas esto tiene también sus ventajas, porque los de ninguna valía entre los sabios son los más a propósito para arengar a la multitud. Sin embargo, necesario es que desate mi lengua, ya que soy víctima de tal desdicha; comenzaré al fin por donde me has atacado, como si no pudiera defenderme ni tampoco replicarte. ¿Ves esta luz y esta tierra? No hay ninguno en ella, aunque tú lo niegues, más casto que yo. Enseñáronme primero a adorar a los dioses y a tener amigos incapaces de faltar a la justicia, y que se avergonzarían de mandar nada vituperable, y de ayudar a otros en las torpezas que pudieran discurrir. No me burlo de mis familiares, ¡oh padre!, que lo mismo son para mí ausentes que presentes. De una sola mancha estoy libre, aunque pienses haberme convencido de lo contrario. Mi cuerpo, hasta hoy, está puro de todo trato con mujeres. Jamás las he conocido sino de oídas o por pinturas, y ni aun ver esto quisiera, por conservar mi alma virginal. Podrá suceder, no obstante, que mi pudor no te persuada, aunque tú debieras probar cómo me han pervertido. ¿Acaso superaba ésta en belleza a todas las demás? ¿Esperé, quizá, que manchando tu lecho paternal, sería después cabeza de esta familia? Vano hubiese sido mi propósito, y sin razón que lo abonara. ¿Quizá porque el reinar es grato a los castos? De ninguna manera, a no ser que el deseo de mandar corrompa las almas de aquellos a quienes

agrada. Quisiera vencer en los juegos a todos mis compatriotas, y ser el primero en ellos, y el segundo en la ciudad, y vivir feliz con mis mejores amigos. Así también podría gobernar, y libre de riesgos, disfrutar mandando de mayor deleite. Fáltame exponer un argumento en mi favor, ya que sabes los demás: si tuviese un testigo como yo, y defendiese mi causa, viviendo ésta, depurada la verdad, conocerías también entonces a los verdaderos criminales. Pero júrote por Zeus, que castiga a los perjuros, y por la Tierra, que jamás he tocado a tu esposa, que nunca lo desee, que ni aun siquiera lo pensé jamás. Que, a no ser así, muera yo de muerte innoble e infame, desterrado de mi patria, sin hogar, fugitivo y errante; que el mar y tierra rechacen mi cadáver si soy delincuente. No sé si por temor ha perdido la vida, ni es lícito decir más. En apariencia ha sido casta, aunque no lo fuese en realidad, y yo, que lo soy, sufro esta desdicha.

EL CORO

Bastante has dicho en defensa del crimen que se te imputa, jurando por los dioses, prueba de no escaso valor.

TESEO

¿Es éste mágico, o capaz de hacer milagros, cuando espera aplacarme con su dulzura después de llenar a su padre de ignominia?

HIPOLITO

Y me maravilla, ¡oh padre!, porque si tú fueses mi hijo y yo tu padre, de cierto te matara; no sólo te desterraría si osases tocar a mi esposa.

TESEO

¡Qué bien has hablado! No morirás fácilmente si te lo has propuesto, que una pronta muerte es lo más grato para el hombre infortunado, sino que, errante y lejos de tu patria, pasarás triste vida en tierra extraña, pues tal es la pena que merece el impío

HIPOLITO

¡Ay de mí! ¿Qué haces? ¿No esperarás que el tiempo, maestro de verdades, aclare ésta, sino que me desterrarás de aquí?

TESEO

Te lanzaría más allá del Océano y de las orillas del Atlántico, si pudiese y atendiera al odio que me inspiras.

HIPOLITO

¿Y sin apelar a los juramentos, sin examen de pruebas, sin oír a los adivinos, me desterrarás indefenso?

TESEO

Esta carta, sin necesidad de más adivinaciones, por sí sola, cual testigo fidedigno te condena, y vuelen cuanto quieran las aves que pasan por encima de mi cabeza.

HIPOLITO

¿Por qué, ¡oh dioses!, no despliego mis labios, puesto que vosotros, a quienes doy culto, me perdéis? No, seguramente; no persuadiría a quienes quisiera, y violaría inútilmente mi juramento.

TESEO

¡Ah! ¡Cómo me atormenta tu hipocresía! ¿No huirás cuanto antes de tu patria?

HIPOLITO

¿Adónde me dirigiré? ¿En dónde pediré hospitalidad, desterrado por este delito?

TESEO

No faltan quienes reciban placer en darla a los seductores de mujeres, ni escasearán criminales, autores como tú de delitos domésticos.

HIPOLITO

Hasta el corazón me traspasas, y estoy a punto de llorar, porque parezco criminal y soy infortunado.

TESEO

Debiste gemir y ser más precavido cuando pensabas deshonrar a la mujer de tu padre.

HIPOLITO

¡Oh palacio! ¡Ojalá que hablases, y testificaras si yo era delincuente!

TESEO

¿A testigos mudos apelas? Esta carta, que no habla, claramente prueba tu culpa.

HIPOLITO

¡Ay de mí! ¡Ay, si pudiera mirarme frente a frente para llorar los males que sufro!

TESEO

Mucho más te has cuidado de ti mismo que de ser, como debías, piadoso con tus padres.

HIPOLITO

¡Oh infelicísima madre! ¡Oh funesto día en que nací! Que ninguno de mis amigos sea jamás bastardo.

TESEO

¿No os lo llevaréis, esclavos? ¿No habéis oído hace ya tiempo que lo destierro?

HIPOLITO

Llorará el que ose tocarme: si lo deseas, expúlsame tú de esta región.

TESEO

Así lo haré, si no obedeces mis órdenes; tu destierro no excita en mí la más ligera compasión.

HIPOLITO

Decretado está, según parece. ¡Cuánta es mi desventura! Aunque sé lo que ha sucedido, no acierto, sin embargo, a declararlo. ¡Oh, hija de Leto, diosa la más amada, tú que vives conmigo en las selvas y eres mi compañera de caza! ¡Huiremos de la ínclita Atenas! Adiós, pues, ciudad y tierra de Erecteo; adiós, suelo de Trecenia, que tantos solaces ofreces a la juventud; yo te saludo por última vez. Venid, ¡oh jóvenes amigos!, despedidme y llevadme de aquí: jamás veréis otro hombre más casto, aunque no lo crea mi padre. (Retírase con su séquito. Teseo entra en su palacio.)

EL CORO

Estrofa 1.ª Sin duda mi piedad para con los dioses me libra de los dolores, que pueden aquejar mi ánimo; pero cuando más confío en la divina Providencia, desmayo contemplando la varia suerte y las acciones de los mortales. Todo cambia en este mundo, e inconstante es la vida humana, y sujeta a muchos errores.

Antistrofa 1.ª—Que el cielo oiga mis súplicas y me dé fortuna próspera; que viva feliz, libre de penas; no sea mi fama insigne ni de mala ley, suaves mis costumbres, variables según la necesidad de cada día, y que ninguna duda turbe mi dicha.

Estrofa 2.ª—Perdí la tranquilidad de mi alma; engañóme mi esperanza desde que vi a la estrella más brillante de Atenea lanzada de la Hélade a otras regiones por la ira paternal. ¡Oh arena de las riberas de mi país natal! ¡Oh selvas de los montes, en donde con tus ágiles perros matabas a las fieras, acompañado de la casta Dictina!

Antistrofa 2.ª—No subirás más al carro tirado de yeguas vénetas, refrenando en Limne con tu diestro pie a los dóciles caballos, y tu no interrumpido canto, que acompañado de la lira no oía antes, no resonará en el palacio paterno, y escasearán las guirnaldas en los santuarios en que habita la hija de Leto en la profunda selva, y con tu destierro se acabará la lucha que por obtener tu mano han entablado las doncellas.

Epodo.—Yo lloraré tu triste destino, y recordaré tu desdicha. ¡Oh mísera madre, en vano lo diste a luz! ¡Ay! Me indigno contra los dioses. ¿Cómo vosotras, Cárites fraternales, lanzáis de su palacio a tierra extraña a este infortunado, inocente de toda culpa? Pero veo al servidor de Hipólito, que triste y con paso rápido se dirige hacia aquí.

EL MENSAJERO

¿En dónde, ¡oh mujeres!, encontraré a Teseo, rey de este país? Si lo sabéis, decídmelo. ¿Está acaso en el palacio?

EL CORO

Míralo ya, que sale de él.

EL MENSAJERO

Triste mensaje, ¡oh Teseo!, traigo a ti y a los ciudadanos que habitan en la ciudad de los atenienses y en los confienes de Trecenia.

TESEO

¿Qué hay? ¿Alguna calamidad ha invadido acaso a las dos ciudades vecinas?

EL MENSAJERO

Para decírtelo en pocas palabras, Hipólito morirá, aunque todavía le queden algunos momentos de vida.

TESEO

¿Cómo así? ¿Ha muerto quizá a manos de algún enemigo, cuya esposa violara, como la de su padre?

EL MENSAJERO

Su propio carro ha sido la causa de su muerte, y las imprecaciones que pronunciaste pidiendo su cumplimiento a tu padre, señor de los mares.

TESEO

¡Oh dioses, y tú, Poseidón! Seguramente eres mi padre, pues si no lo fueras, no hubieras oído mis imprecaciones. Dí cómo ha muerto, cómo lo hirió la espada de la justicia por haberme deshonrado.

EL MENSAJERO

Peinábamos nosotros llorando las crines de sus caballos, junto a las riberas que el mar lava con sus olas, por haber venido cierto mensajero diciendo que Hipólito no pisaría más esta tierra, y que lo habías condenado a triste destierro. El mismo llegó después confirmando tan lamentable nueva, y le seguían muchos de sus amigos y compañeros. Cuando sus llantos cesaron, dijo: "¿Por qué lloro? Es preciso obedecer las órdenes de mi padre. Esclavos, uncid los caballos al yugo de los carros; Atenas murió ya para mí." Todos, pues, nos apresuramos, y en un momento llevamos a nuestro dueño los caballos enjaezados. Fijó las riendas en el extremo delantero del carro, y aseguró sus pies en los borceguíes adheridos a él. Primero suplicó a los dioses de esta manera, levantando al cielo las manos: "Si soy criminal, ¡oh Zeus!, que no viva más, y que mi padre conozca que ha sido injusto conmigo, ya después de mi muerte, ya mientras vea la luz." Y mientras tanto, cogió el látigo y aguijó los caballos; nosotros, sus servidores, seguíamos cerca del carro a nuestro dueño, que se encaminó en derechura a Argos y Epidauro. Poco después que entramos en lugares desiertos, más allá de esta tierra, y llegamos a la orilla del mar Sarónico, se oyó cierto ruido horrible, como si fuera el de un trueno subterráneo de Zeus, que nos hizo temblar a todos; los caballos levantaron la cabeza y enderezaron las orejas;

nosotros teníamos gran miedo, no sabiendo cuál fuése la causa que lo producía; pero habiendo mirado a la orilla del alborotado mar, vimos una espantosa ola que amenazaba al cielo, hasta el punto de ocultarnos la ribera Sarónica, y el Istmo y el promontorio de Asclepíades. Hinchándose más después, y derramando en torno mucha espuma, y bramando horriblemente, se estrelló en la orilla, en donde estaba la cuadriga, y del seno de la tempestad y de las agitadas olas salió un toro, monstruo fiero, con cuyos mugidos resonaba pavorosamente la tierra; a todos los que presenciamos este espectáculo parecía espantoso, y no podíamos mirarlo sin estremecernos. El miedo se apoderó de los caballos, y mi señor, muy diestro en manejarlos, cogió en sus manos las riendas y tiró hacia atrás, como el marinero hace con el remo, y con ellas ciñó su cuerpo; pero los caballos, tascando el bocado endurecido al fuego, arrancaron con ímpetu, sin cuidarse de la mano que los regía, ni de las riendas, ni de los carros bien labrados; siempre que en tierra llana, y sin soltar las riendas, cambiaba su carrera, aparecía el toro delante, como para acometer al carro, e infundía en los caballos invencible miedo; si con furia lo llevaban contra los peñascos, seguía acercándose en silencio, hasta que le embistió y volcó, rompiendo las ruedas contra una peña. Todo fué entonces confusión; los rayos de las ruedas y los clavos de los ejes saltaron en todas direcciones. El desventurado, sujeto por las riendas, se estrelló la cabeza contra los peñascos y se magulló el cuerpo, exclamando con la mayor amargura: "Deteneos, caballos alimentados en mis pesebres; no me matéis. ¡Oh, cruel maldición de mi padre! ¿Quién quiere socorrerme y salvar a un hombre bueno si los hay?" Mu-

chos que lo deseábamos, con tardo paso le seguíamos de lejos. Al fin, desenredándose de las riendas, cayó no sé de qué modo, y le quedan pocos instantes de vida, y los caballos y el malhadado y milagroso toro se escondieron no sé en qué lugar montañoso. Yo soy, en verdad, un siervo de tu palacio, ¡oh rey! pero jamás podré creer que tu hijo ha delinquido, aunque se ahorquen todas las mujeres y escriban tantas tablillas cuantas pueden hacerse de las selvas del Ida, seguro como estoy de su inocencia.

EL CORO

¡Ay, ay de mí! Consumáronse nuevos desastres, e inevitable es el destino.

TESEO

Gozo me infundieron tus palabras por el odio que tengo a la víctima de estos males; venerando ahora a los dioses, y recordando que es mi hijo, ni sus desdichas me placen ni me afligen.

EL MENSAJERO

¿Qué hacemos, pues? ¿Lo traemos aquí? ¿Cuáles son tus órdenes acerca de ese desventurado? ¿Cómo te agradaremos? Piénsalo bien, y si quieres seguir mi consejo, no seas cruel con tu infortunado hijo.

TESEO

Traedme para que vean mis ojos al que negó haber profanado mi lecho, y lo convenzan mis palabras, y la desgracia que le agobia, obra de los dioses.

EL CORO

Tú, Cipria, doblegas el ánimo inflexible de los hombres y de los dioses con ayuda de tu hijo, reves-

tido de variado plumaje, que los cobija bajo sus alas velocísimas. Vuela por toda la tierra y por el salado mar, que profundamente resuena. Eros ablanda los corazones y los asalta con su antorcha, resplandeciente como el oro, que inspira el furor, y a las fieras que viven en los montes, y a los peces del mar, y a cuanto alimenta la tierra, que Helios purifica con sus rayos; todos los hombres están sujetos a su imperio, y Cipria sola manda en todos a un tiempo como reina.

ARTEMISA (en un carro de nubes doradas.)

Oyeme, que tal es mi voluntad, noble hijo de Egeo; yo soy Artemisa, hija de Leto, ¡oh Teseo! ¿Por qué, mísero mortal, te deleitan estos males, y has dado injusta muerte a tu hijo, creyendo lo que no es cierto, seducido por las falsas palabras de tu esposa? Manifiesta es la desdicha que te pierde. ¿Cómo no te precipitas con rubor en los abismos de la tierra, o evitas este daño volando? Ya no podrán contarte entre los justos. Entérate, Teseo, de sus desdichas, que esto, aunque de nada te sirva, te llenará al menos de dolor. No tiene otro objeto mi venida, que probar la piedad de tu hijo, y su gloria al morir, y el furor de tu esposa, y hasta cierto punto su nobleza. Estimulada por la diosa más aborrecida de los que rendimos grato culto a la virginidad, se enamoró de Hipólito, intentó vencer su pasión, y murió inesperadamente por la imprudencia de su nodriza, que la descubrió a tu hijo mediante juramento. El, como era honrado, no accedió a sus deseos ni fué impío, a pesar de tu enojo, violando después su juramento. Pero Fedra, temiendo que supieras su delito, escribió una carta falsa y te persuadió lo que quiso, y perdió con engaño a tu hijo.

TESEO

¡Ay, ay de mí!

ARTEMISA

¿Te afligen mis palabras? Tranquilízate, oye lo restante y llorarás más. ¿No sabías que tu padre había de cumplir tres votos tuyos? Contra tu hijo, ¡oh tú, el más malvado de los hombres!, fulminaste uno de ellos, como si hubiese sido tu mayor enemigo. Tu marino padre, que bien te quiere, te concedió lo que debía puesto que lo había prometido; pero tú has sido criminal con él y conmigo, y no esperaste que las pruebas te convencieran, ni oíste a los adivinos, ni nada averiguaste, ni aguardaste a que el tiempo descubriese la verdad, sino que más pronto de lo que convenía maldijiste a tu hijo y ocasionaste su muerte.

TESEO

Que yo muera, ¡oh diosa!

ARTEMISA

Cometiste atrocidades, pero aún puedes obtener el perdón. Cipria ha sido causa de todo por saciar su ira: es ley entre los dioses que ninguno se oponga a los deseos del otro, y que todos cedan cuando es menester. Ten por cierto que, de otra manera, y a no temer a Zeus, no me deshonraría hasta el punto de consentir en la muerte del mortal que más amo. Tu ignorancia demuestra que has faltado sin malicia, y además tu esposa al morir destruyó las pruebas orales que te hubiesen convencido. Sobre ti principalmente descargan ahora estos males, aunque yo también los sienta. No agrada a los dioses la muerte de los pia-

dosos, sino la ruina de los malvados, con sus hijos y su familia. (Hácese invisible.)

EL CORO

Ya llega el infeliz, desgarrados horriblemente sus miembros juveniles y desaliñada su blonda cabellera. ¡Oh palacio infortunado! ¡Qué doble calamidad te agobia por mandato del cielo!

HIPOLITO (que llega en una camilla.)

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Cuánta es mi desventura, despedazado injustamente a causa de las imprecaciones de un padre, también injusto! No tiene remedio mi desdicha; ¡ay de mí, mísero! ¡Ay, ay! Dolores intolerables atormentan mi cabeza, e incesantes espasmos acometen mi cerebro. Dejadme descansar, dejad que reciba algún consuelo mi fatigado cuerpo. (Ponen en tierra la camilla.) ¡Ay, ay de mí! ¡Oh caballos odiosos que alimentó mi mano, me habéis perdido, me habéis dado la muerte! (Mientras lo sientan sus servidores.) ¡Ay, ay, por los dioses! ¡Oh esclavos, tocad con cuidado mis doloridos miembros! ¿Quién está a mi derecha? Levantadme con amor, con suave movimiento, que mi desdicha es grande y mi padre me maldijo equivocado. Zeus, Zeus, ¿ves esto? Yo soy aquel varón casto que daba a los dioses culto, el que en la práctica de esta virtud superó a todos, y ahora pierdo la vida y me aguarda la muerte debajo de la tierra; en vano fuí piadoso entre los hombres y sufrí grandes molestias, ¡ay, ay, ay, ay de mí!, y ahora el dolor, sí, el dolor me aflige de nuevo. Dejadme abandonado a mi desventura; no prolonguéis mi martirio, y que la muerte cure mis males. Matadme, matadme, que soy un desdichado; ojalá que me hiera

una espada de dos filos y acabe de una vez conmigo. ¡Oh malhadada imprecación de mi padre! ¡Oh parientes manchados de sangre! Mi desdicha corona ahora sin vacilar las de mis viejos progenitores, y viene contra mí, que nada tengo que ver con ellas. ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Qué diré? ¿Cómo me libertaré de este dolor cruel? Que la negra y nocturna Necesidad, que habita en el palacio de Hades, aletargue mis sentidos.

ARTEMISA (invisible)

¡Oh infeliz! ¡Qué calamidad te atormenta! La grandeza de tu alma ha sido causa de tu ruina.

HIPOLITO

¡Ay de mí! ¡Oh divino y embriagador perfume! Aun en medio de mis males te he percibido, y mi cuerpo siente consuelo. Aquí está la diosa Artemisa.

ARTEMISA

¡Oh mísero! A tu lado está la diosa que más te ama.

HIPOLITO

¿Vesme, señora, en la desventura en que me hallo?

ARTEMISA

Te veo; pero no me es lícito derramar lágrimas de mis ojos.

HIPOLITO

Ya no sobrevivirá a su desdicha tu cazador y sacerdote.

ARTEMISA

No, seguramente; pero mueres amado de mí.

HIPOLITO

Ni el que guiaba tus caballos y guardaba tus estatuas.

ARTEMISA

Obra es de la engañosa Cipris.

HIPOLITO

¡Ay de mí! Ya reconozco la deidad causa de mis males.

ARTEMISA

Enojada porque no la adorabas, se vengó de tu castidad.

HIPOLITO

Ella sola, según veo, nos ha perdido a los tres.

ARTEMISA

A tu padre, y a ti, y en tercer lugar a su esposa

HIPOLITO

También deploro los infortunios de mi padre.

ARTEMISA

Ha sido engañado por las sugestiones de la diosa.

HIPOLITO

¡Oh padre infeliz! ¡Grande es tu desventura!

TESEO

Perecí, ¡oh hijo!; no me deleita ya la vida.

HIPOLITO

Deploro tu suerte más que la mía, a causa de tu yerro.

TESEO

¡Ojalá, ¡oh hijo!, que yo hubiese muerto en tu lugar!

HIPOLITO

¡Oh dones crueles de tu padre Poseidón!

TESEO

Quisiera no haberlo evocado nunca.

HIPOLITO

¿Y por qué? Segura era siempre mi muerte, siendo tanta tu ira.

TESEO

Los dioses habían perturbado mi juicio.

HIPOLITO

¡Ay de mí! ¡Ojalá que los mortales pudiesen maldecir a los dioses!

ARTEMISA (invisible.)

Déjame, que ni aún cuando vayas a las tinieblas que hay debajo de la tierra se ensañarán en ti impunemente las iras de Afrodita, acordes con su deseo, pues de ellas te libraron tu piedad y buenos pensamientos. Yo, con mi misma mano, y con mis inevitables saetas, te vengaré, dando muerte a uno de sus favoritos, al mortal que más ame. Te concederé, ¡oh desventurado!, por tus graves desdichas los más grandes honores en la ciudad de Trecene; las doncellas, antes de casarse, cortarán en tu honor sus cabellos, y gozarás largo tiempo de sus lágrimas copiosas. Siempre te honrará música de vírgenes, y se hará público

el amor que inspiraste a Fedra. Y tú, hijo del viejo Egeo, toma en tus brazos a tu hijo, y oprímelo contra tu pecho. Involuntariamente lo has perdido, pero errar es natural en los hombres, consintiéndolo los dioses. Ruégote, ¡oh Hipólito!, que no odies a tu padre, que la Moira ha sido causa de tu muerte. Adiós, que no me es lícito mirar los muertos ni empañar mis ojos con el aliento del moribundo, y veo que se aproxima ya tu última hora.

HIPOLITO

Adiós, tú también, virgen bienaventurada; olvida sin pena mi trato cotidiano. Perdono a mi padre, accediendo a tus ruegos, como antes te obedecí siempre en todo. (Artemisa sale en seguida.) ¡Ay, ay de mí! ¡Que las tinieblas envuelven ya mis ojos! Abrázame, padre, y levanta mi cuerpo.

TESEO

¡Ay de mí, hijo mío! ¿Cómo me abandonas así, sumido en la mayor desventura?

HIPOLITO

Yo muero; ya veo las puertas del Hades.

TESEO

¿Y me dejas el alma mancillada?

HIPOLITO

De ningún modo, puesto que no te imputo este desastre.

TESEO

¿Qué dices? ¿Me absuelves de haber derramado tu sangre?

HIPOLITO

Por testigo pongo a Artemisa, la de las irresistibles saetas.

TESEO

¡Oh hijo el más amado! ¡Cuánta es tu generosidad para con tu padre!

HIPOLITO

Adiós, tú también, ¡oh padre!; adiós muchas veces.

TESEO

¡Ay, cuán piadoso y bueno eres!

HIPOLITO

Pide que así sean tus hijos legítimos.

TESEO

No me abandones, ¡oh hijo!; recobra tus fuerzas.

HIPOLITO

Mis fuerzas se acaban; yo muero, ¡oh padre!; cubrid cuanto antes mi rostro con el peplo.

TESEO

¡Oh maldita región de Hélade y de Palas! ¡Qué hombre has perdido! ¡Oh desventurado de mí! ¡Cuántas veces, ¡oh Cipris!, recordaré los males que me causas!

EL CORO

A todos nos sorprende esta desgracia; ríos correrán de lágrimas, porque la memoria de los grandes hombres debe llorarse mucho tiempo.

LAS TROYANAS

ve en el teatro una vasta tienda de las que forman el campamento griego, y en el fondo la ciudad de Ilión y su ciudadela. Cerca de la tienda yace Hécuba, y dentro las cautivas troyanas.

POSEIDON

O, Poseidón, vengo del salado abismo del mar Egeo, en donde las Nereidas danzan en coros con sus pies bellos. Desde que Febo y yo edificamos las altas torres de piedra de este campo troyano, he favorecido siempre a la ciudad de los frigios, que ahora humea, destruída por el ejército argivo. Porque Epeo, el focense del Parnaso, fabricando por arte de Palas un caballo preñado de armas, introdujo en las torres esta carga funesta, que en adelante será llamada por los hombres el corcel bélico, por contener en su vientre ocultas lanzas. Desiertos los bosques sagrados, los templos de los dioses des-

tilan sangre, y Príamo moribundo cayó al pie del altar de Zeus Herceo. Mucho oro y muchos despojos frigios han llevado los aqueos a sus naves; ahora esperan que sople un viento favorable que, hinchando sus velas, les proporcione el placer de abrazar a sus esposas e hijos, ya que al cabo de diez años se han apoderado de esta ciudad. Y yo, vencido por Hera, diosa argiva, y por Atenea, que juntas derribaron a los frigios, abandono la ínclita Ilión y mis altares, que si reina en ella triste soledad, sufre detrimento el culto de los dioses y no suelen ser adorados como antes. Muchos alaridos de esclavas resuenan en las orillas del Escamandro, mientras sus dueños las sortean, y unas tocan al pueblo arcadio, otras al tesalio, y otras a los hijos de Teseo, jefes de los atenienses. Todas las troyanas no sujetas a la suerte y reservadas a los principales del ejército, están aquí, y Helena con ellas, la lacedemonia, hija de Tíndaro, cautiva también, según las leyes de la guerra. Quienquiera puede contemplar a la mísera Hécuba, que yace en tierra delante de las tiendas, derramando abundantes lágrimas por la pérdida de tantas prendas amadas. Su hija Polixena ha sido sacrificada, sin saberlo ella, sobre el túmulo de Aquiles, y también perecieron Príamo y sus hijos, mientras que el rey Apolo inspiraba el delirio en la virgen Casandra, impía y rebelde a las órdenes del dios, convertida hoy a la fuerza en esposa adulterina de Agamenón. Adiós, pues, ciudad feliz en otro tiempo y brillantes torres; si no te hubiese arruinado Palas, la hija de Zeus, aún subsistirías sobre tus cimientos.

ATENEA

¿Puedo hablar a un pariente de mi padre, gran dios,

y entre los dioses venerado, depuesta nuestra antigua enemistad?

POSEIDON

Habla, que si los parientes se conciertan, ¡oh reina Atenea!, pueden conciliar los ánimos discordes.

ATENEA

Alabo tu afable respuesta; vengo a hablarte de un asunto, ¡oh rey!, que a ambos interesa.

POSEIDON

¿Acaso a anunciarme nuevos mandatos de algún dios? ¿Quizá del mismo Zeus, o de algún otro?

ATENEA

No; tráeme a tu presencia Troya, y recurro a tu poder para que me ayudes.

POSEIDON

¿Acaso no la odias ya, y te has compadecido de ella al verla devorada por las llamas?

ATENEA

Contesta a mi primera pregunta: ¿me comunicarás tus proyectos, y querrás asociarte a los míos?

POSEIDON

Sí; pero deseo conocer tu voluntad, y si has venido por favorecer a los aqueos o a los frigios.

ATENEA

Anhelo ahora llenar de júbilo a los troyanos, mis

anteriores enemigos, y que sea infortunada la vuelta del ejército aqueo.

POSEIDON

¿Cómo cambias así de parecer, y odias y amas con pasión, dejándote llevar del viento de la fortuna?

ATENEA

¿No tienes noticia del insulto que han hecho a mi divinidad y a mi templo?

POSEIDON

Sí, cuando Ayax arrastraba por fuerza a Casandra.

ATENEA

Y, sin embargo, nada sufrió, ni aun oyó nada de los aqueos.

POSEIDON

Y con tu auxilio arrasaron a Ilión.

ATENEA

Por eso quiero afligirlos.

POSEIDON

Dispuesto estoy a complacerte. Pero, ¿cuál es tu propósito?

ATENEA

Deseo que sea infortunada su vuelta.

POSEIDON

¿Que sufran desdichas mientras permanecen en tierra, o cuando entren en el salado mar?

ATENEA

Cuando naveguen hacia su patria desde Ilión, Zeus les enviará lluvias y fuerte granizo; el aire acumulará negras nubes, y hasta ha prometido darme su fulmíneo fuego para desbandarlos e incendiar sus naves. Haz tú lo que puedas; que graves borrascas retiemblen en el Egeo, y que revuelvan sus ondas saladas, y se llene de cadáveres el estrecho puerto de la Eubea. Así respetarán los aqueos mis templos y venerarán a los demás dioses.

POSEIDON

No hablemos ya más, que no es necesario. Haré lo que anhelas, y removeré el mar Egeo; las riberas de Mycon, las rocas de Delos, Esciros, Lemnos y el promontorio Cafareo se llenarán de cadáveres. Pero vete al Olimpo, recibe de manos de tu padre los fulmíneos dardos, y deja que la armada argiva desate sus cables. Necio es cualquier mortal que conquista una ciudad y abandona sus templos y sepulcros, sagrado asilo de los muertos. Inevitable es su ruina.

HECUBA (que se incorpora.)

Alza del suelo tu cabeza, ¡oh desventurada!; levanta tu cuello; ya no existe Troya, y nosotros no reinamos en ella. Sufre este nuevo golpe de la fortuna; navega siguiendo su corriente, navega por donde te lleve la suerte, y no vuelvas contra sus olas la proa de la vida, que te arrastra deidad caprichosa.

¡Ay, ay de mí! ¡Ay, ay de mí! ¿Cómo no he de llorar, sin patria, sin hijos y sin esposo? ¡Oh fastuosa pompa de mis mayores! ¡Cómo has venido a tierra! ¡Nada eras!

¡Tantas deberían ser mis quejas, t. tos mis lamen-

tos, que no sé por dónde empezar! ¡Desdichada de mí! ¡Tristemente reclino mis miembros, presa de insoportables dolores, yaciendo en duro lecho!

¡Ay de mi cabeza! ¡Ay de mis sienes y de mi pecho! ¡Cuánta es mi inquietud! ¡Cuánto mi deseo de revolverme en todos sentidos, para dar descanso a mi cuerpo y abandonarme a perpetuos y lúgubres sollozos! ¡También los desdichados entonan su canto y dan al viento tristes ayes!

Estrofa 1.ª—¡Proas ligeras de las naves, que arribasteis con vuestros remos a la sagrada Ilión, atravesando el mar purpúreo y los abrigados puertos de la Hélade al són de las flautas y de odiosos cantos, y os sujetaron, ¡ay de mí!, en la ensenada de Troya con cables torcidos por arte egipcio para rescatar la aborrecida esposa de Menelao, deshonra de Cástor y afrenta del Eurotas, por cuya causa fué degollado Príamo, padre de cincuenta hijos, y cayó sobre mí, sobre la desdichada Hécuba, esta calamidad!

Antistrofa 1.ª—¡Ay de mí! ¡Funesto destino, que me obligas a habitar ahora en las tiendas de Agamenón! ¡Llevadme, vieja esclava, de mi palacio, y lúgubre rasura me ha despojado de mis cabellos! Míseras compañeras de los guerreros troyanos, míseras vírgenes y desventuradas esposas, ¡lamentémonos, que humea Ilión! Como madre alada levanta el grito por sus hijuelos cubiertos ya de pluma, así yo comenzaré mi canto, no como en otro tiempo, apoyada en el cetro de Príamo cuando celebraba a los dioses, resonando como pocos al compás frigio mis pies ligeros.

PRIMER SEMICORO (que sale de la tienda)

Estrofa 2.ª—Hécuba, ¿a qué esos clamores?, ¿a qué esos gritos?, ¿qué pretendes? Oí en las tiendas

tus lamentos, y el miedo se apoderó de las troyanas, que lloran en ellas su esclavitud.

HECUBA

¡Oh hijas!, ya se mueven los remos de las naves argivas.

PRIMER SEMICORO

¡Ay de mí, desventurada! ¿Qué quieren? ¿Me llevarán, ¡ay mísera!, a las naves, arrancándome de mi patria?

HECUBA

No lo sé; pero mucho me lo temo.

PRIMER SEMICORO

¡Ay, ay! ¡Infelices troyanas! Venid y sabréis los trabajos que os aguadan; salid de las tiendas; los argivos se preparan a navegar.

HECUBA

¡Ay, ay de mí! No llaméis ahora a mi lado a Casandra, ménade furiosa, que la afrentarán los argivos y doblará mi dolor. ¡Ay de ti, mísera Troya! ¡Pereciste con los desdichados que te abandonan, vivos y muertos!

SEGUNDO SEMICORO (que sale de la tienda.)

Antistrofa 2.ª—¡Ay de mí! Temblando dejé la tienda de Agamenón para oír de tus labios, ¡oh reina!, si los argivos me han condenado a muerte o si los marineros se aprestan a agitar en las popas los remos.

HECUBA

¡Oh hija, respira y reanímate! El terror embarga tus miembros.

SEGUNDO SEMICORO

¿Ha venido algún heraldo de los dánaos? ¿Quién será el dueño de esta mísera esclava?

HECUBA

Pronto lo decidirá la suerte.

SEGUNDO SEMICORO

¡Ay, ay de mí! ¿Cuál de los argivos o de los ftiotas me llevará lejos de Troya a alguna isla?

HECUBA

¡Ay, ay de mí! ¿A quién serviré yo, infeliz anciana, en qué país, en qué país, abeja ociosa, mísera imagen de la muerte, trasunto de impalpables manes? ¿Guardaré quizá algún vestíbulo, o cuidaré de los niños que me confíen, después de disfrutar en Troya de regios honores?

EL CORO (júntanse los dos semicoros.)

Estrofa 3.ª—¡Ay, ay de mí! ¿Qué lamentaciones bastarán para deplorar tu indigna suerte? No tejeré con la lanzadera telas Ideas de varios colores. Por última vez saludo los cuerpos de mis hijos, por última vez; más graves serán mis trabajos, ya en el lecho de los helenos (¡maldita noche!, ¡funesto destino), o miserable sierva, trayendo agua de las puras ondas de Pirene. ¡Ojalá que vayamos a la región preclara y afortunada de Teseo! Al menos que yo no vea al revuelto Eurotas, mansión odiosa de Helena, en donde serviría a Menelao, el destructor de Troya.

Antistrofa 3.ª—Sagrada es la tierra que baña el Peneo, asiento bellísimo del Olimpo, abundante en riquezas, según dice la fama, y en sabrosos frutos.

¡Que vaya yo a ella, ya que no sea a la región sagrada y divina de Teseo! Alabáronme las coronas que premian la virtud de los habitantes de la Etnea, amada de Hefestos, enfrente de la Fenicia, y madre de los montes Sículos. Los navegantes celebran también la tierra vecina al mar Jónico, regada por el Crathis, de apuesta y blonda cabellera, que con sus sagradas fuentes le da vida, derramando la dicha en sus márgenes populosas. Pero he aquí un heraldo del ejército dánao que sin duda llega con ligeros pasos a comunicarnos nuevas órdenes. ¿Qué trae? ¿Qué dice? Ya somos esclavos de la Dóride.

TALTIBIO

Te acordarás, ¡oh Hécuba!, de haberme visto en Troya en distintas ocasiones de heraldo del ejército aqueo; yo, Taltibio, a quien tú conoces, ¡oh mujer!, vengo a anunciarte una ley sancionada por todos los helenos.

HECUBA

Esto, esto, ¡oh amigas!, es lo que temía hace tiempo.

TALTIBIO

Ya habéis sido sorteadas, si tal es la causa de vuestros temores.

HECUBA

¡Ay, ay de mí! ¿A qué ciudad de Tesalia, de Ftía, o de Beocia, a qué ciudad iré, di?

TALTIBIO

Cada cual ha tocado a distinto dueño; una sola suerte no ha decidido a la vez de todas.

HECUBA

¿Y a quién servirá cada una? ¿Cuál de las hijas de Ilión ha sido afortunada?

TALTIBIO

Lo sé; pero pregúntamelo poco a poco, no todo a un tiempo.

HECUBA

¿Quién será el dueño de mi hija? Di, ¿quién será el dueño de la mísera Casandra?

TALTIBIO

La eligió para sí el rey Agamenón.

HECUBA

Para ser esclava de su lacedemonia esposa. ¡Ay de mí, ay de mí!

TALTIBIO

No; ocultamente le acompañará en su lecho.

HECUBA

¿La virgen de Febo, a quien el dios de cabellos de oro concedió el dón de vivir sin esposo?

TALTIBIO

Hirióle Eros y se apasionó de esa fatídica doncella.

HECUBA

Deja las sagradas llaves, hija, y las guirnaldas, también sagradas, que te adornan.

Esclava va a cuarto Casandra

TALTIBIO

¿No es acaso honor insigne compartir el lecho del rey?

HECUBA

¿Y dónde está mi hija, la que me arrancasteis ha poco de los brazos?

TALTIBIO

¿Me preguntas por Polixena, o por alguna otra?

HECUBA

¿De quién será esclava?

TALTIBIO

La han destinado al servicio del túmulo de Aquiles.

HECUBA

¡Ay de mí! ¡La que dí a luz, destinada a servir a un sepulcro! Pero ¿qué significa esa ley de los helenos? ¿Qué esa costumbre, ¡oh amigo!?

TALTIBIO

Alégrate de la dicha de tu hija; su suerte es buena.

HECUBA

¿Qué has dicho? ¿Ve el sol mi hija?

TALTIBIO

Esclava es del destino, que la libra de males.

HECUBA

¿A quién tocó la mísera Andrómaca, esposa de Héctor, el de la broncínea loriga?

TALTIBIO

El hijo de Aquiles la eligió también para sí.

HECUBA

Y yo, ¿cúya esclava soy, cuando para sostener mi blanca cabeza necesito de un báculo que me ayude a andar?

TALTIBIO

Odiseo, rey de Itaca, es tu dueño, y tú serás su esclava.

HECUBA

¡Ay, ay de mí! Golpea tu cabeza rasurada, desgarra con las uñas tus mejillas. ¡Ay, ay de mí! La suerte me obliga a servir a un hombre abominable y pérfido, enemigo de la justicia, que desprecia las leyes, y todo lo trastrueca y resuelve con su engañosa lengua haciéndonos odiar lo que más amábamos. Lloradme, ¡oh troyanas! Yo he muerto, ¡desventurada de mí! ¡Yo he muerto! ¡No puede ser más funesto mi destino!

EL CORO

Ya sabes, ¡oh mujer venerable!, lo que te aguarda; pero ¿cuál de los aqueos o de los helenos es mi dueño?

TALTIBIO

¡Ea, servidores!; llevaos de aquí cuanto antes a Casandra, para que yo la entregue a nuestro jefe, y las demás a sus distintos dueños. ¡Ah! ¿Qué antorcha arde allá dentro? ¿Incendian las troyanas la tienda, o qué hacen? ¿Quizá por no ir a Argos desde aquí se abrasan voluntariamente, ansiosas de morir?

Trabajo nos cuesta, cuando somos libres, sufrir tales desdichas. Abre, abre, no sea que su interesada resolución perjudique a los aqueos y me obliguen a responder de ella.

HECUBA

No es eso; nada incendian; es mi hija Casandra que, arrebatada por su delirio, viene hacia aquí corriendo.

CASANDRA

Estrofa.—Levántala en alto, vuélvela a un lado, trae la luz; mirad, mirad; yo venero con antorchas, yo ilumino este templo. ¡Oh Himeneo, oh rey Himeneo! Feliz esposo y feliz yo, que entre los argivos celebraré nupcias reales. ¡Oh Himeneo, oh rey Himeneo! Ya que tú, ¡oh madre!, lloras y suspiras por mi difunto padre, por mi patria amada, yo, en mis bodas, enciendo esta antorcha en loor tuyo, para que tú brilles. ¡Oh Himeneo, Himeneo! Derrama tu luz, ¡oh Hécate!, y alumbra las nupcias de las vírgenes, según costumbre.

Antistrofa.—Que tu pie hienda el aire, ¡oh tú que vas al frente de los coros! ¡Viva, viva, viva, como en los tiempos en que era feliz mi padre! Sagrado es el carro, guíalo tú, Febo: en tu templo, ceñida de laurel, yo soy sacerdotisa, Himeneo, ¡oh Himeneo, Himeneo! Danza, madre, alza tu pie, danza conmigo a uno y otro lado, que mi amor es grande. Celebrad el himeneo de la esposa con alegres cantares y sonoros vítores. Andad, vírgenes frigias de bellos peplos; cantad al esposo destinado fatalmente a acompañarme en el lecho, después que se celebren nuestras bodas.

EL CORO

¿No sujetarás, ¡oh reina!, a esa doncella delirante, no se precipite en su veloz carrera en medio del ejército argivo?

HECUBA

Tú, Hefestos, llevas sin duda la antorcha en las nupcias de los mortales; pero funesta es la llama que agitas ahora y contraria a nuestras pomposas esperanzas. ¡Ay de mí, hija! ¡Cómo había yo de pensar en cierto tiempo que celebraras estas bodas entre soldados enemigos y bajo la lanza argiva! Dame la antorcha, que la tuerces, ¡oh hija!, corriendo delirante a una y otra parte, y todavía no está sano tu juicio. Guardadla, (Da la antorcha a sus servidores para que la guarden en la tienda), troyanas, y contestad con lágrimas a sus cánticos nupciales.

CASANDRA

Orna, madre, mi sien victoriosa, y alégrate de mis regias nupcias, y guía mis pasos, y si no te obedezco pronto, arrástrame con violencia, porque si Apolo existe, más funesto que el de Helena será el himeneo que contrae conmigo Agamenón, ese ínclito rey de los aqueos. Yo lo mataré y devastaré su palacio, pagándome lo que me debe por haber dado muerte a mi padre y a mis hermanos. Pero pasemos esto por alto: no hablaré de la segur, que herirá mi cuello y el de otros, ni de las luchas parricidas, que brotarán de mis nupcias, ni de la ruina de la familia de Atreo; sólo me detendré en esta ciudad, más feliz que sus enemigos (que el dios me inspira, y el delirio me dejará libre algunos instantes), los cuales, por la posesión de una mujer, por perseguir a Helena,

perdieron a muchos. Su mismo general, tan prudente, sacrifica lo que más ama en aras de los que más detesta, trueca los goces domésticos que le ofrecen sus hijos por una mujer, y los vende a su hermano, y eso que huyó de grado, no robada por fuerza. Y murieron muchos después que llegaron a las orillas del Escamandro, no por defender su país, ni sus elevadas torres; y los que mató Ares, no vieron sus hijos, ni fueron vestidos por última vez por manos de sus esposas, sino yacen en país extranjero. Iguales desdichas acaecían en sus hogares: sus mujeres morían viudas, y otras perdían sus hijos, habiéndolos criado en vano, sin ofrecer sacrificios en su sepulcro. ¡Seguramente merece alabanza tan desastrosa expedición! Más vale callar ahora todo esto y que mi musa no cante tales infamias. En cambio los troyanos daban la vida por su patria, que es la más pura gloria, y al menos los muertos en la guerra eran llevados a sus casas por sus amigos, y cubríalos después una capa de su tierra natal, y vestíanlos las manos de sus parientes. Los frigios que no morían en la batalla vivían con sus esposas e hijos, placer negado a los aqueos. En cuanto al destino de Héctor, tan cruel a tus ojos, has de saber que murió después de alcanzar por su valor renombre famoso. Y lo debió a la llegada de los argivos, pues a no venir, su esfuerzo quedaría ignorado; Paris se casó con la hija de Zeus, y de no ser así, acaso en su país hubiese contraído algún obscuro himeneo. El hombre prudente debe evitar la guerra; pero si se llega a ese extremo, es glorioso morir sin vacilar por su patria, e infame la cobardía. Así, madre, no deplores la ruina de Troya, ni tampoco mis bodas, que perderán a los que ambas detestamos.

EL CORO

¡Cuán dulcemente sonríes pensando en tus desdichas domésticas! Profetizas lo que acaso no suceda.

TALTIBIO

Si Apolo no trastornase tu juicio, no amenazarías impunemente a mis capitanes con tus fatídicos augurios. Los ilustres, y los que llama el vulgo sabios, en nada aventajan a los más humildes, si observamos que aquel gran rey de todos los panhelenos, el hijo amado de Atreo, sólo se enamora de esta ménade, cuya mano rechazaría yo, a pesar de mi pobreza. El aire (pues tu razón no está sana) se llevará tus maldiciones contra los argivos y tus alabanzas a los frigios. Mas sígueme ahora a las naves, bella esposa de mi jefe. Tú, Hécuba, harás lo mismo cuando lo mande el hijo de Laertes; serás esclava de una mujer casta, según dicen los que han venido a Ilión.

CASANDRA

Cruel es, sin duda, el siervo; ¿qué quiere decir, heraldos? Aborrecidos son de todos estos mensajeros de reyes y ciudades. ¿Aseguras tú que mi madre irá al palacio de Odiseo? ¿Y los oráculos de Apolo, según los cuales ha de morir aquí? Ya no te insultaré más. ¡Infeliz Odiseo! Ignora los males que ha de sufrir; tan codiciados como el oro serán después por él los míos y los de los frigios. Diez años de penalidades le restan, además de las que aquí ha experimentado, y volverá solo a su patria; errante atravesará los escollos del angosto estrecho, en donde habita la cruel Carybdis, y verá al Cíclope, que mora en los montes y se alimenta de carne humana, y a la Ligústica Circe, que transforma a los hombres en cerdos, y naufragará en el mar salado, y le aguardan el apetecido loto y los bueyes sagrados de Helios, cuya carne dará voces amargas para Odiseo. En una palabra: irá en vida al reino de Hades, y después de escapar de los peligros de la mar, sufrirá en su palacio innumerables desdichas. Pero ¿a qué referir los trabajos de Odiseo? Anda, llévame a celebrar mi himeneo en el Hades. Como eres malvado, ¡oh general de los danaos! te sepultarán de noche, no de día, aunque, a tu juicio, te sonría la más envidiable suerte. Y mi desnudo cadáver, el de la sacerdotisa de Apolo, será arrojado también a los valles que riega el agua del torrente, cerca del sepulcro de mi esposo, para servir de pasto a las fieras. Adiós, coronas del dios más querido, fatídicas galas; adiós, fiestas que antes me deleitaban. Lejos de mí, arrancadas con violencia, que, puro todavía mi cuerpo, las entrego, ¡oh rey profeta!, a los alados vientos, para que te las lleven. ¿En dónde está la nave del general? ¿Adónde he de subir? Ahora no esperarás con impaciencia viento favorable que hinche tus velas, porque, al arrebatarme de esta tierra, te acompañará una de las tres Erinnias. Adiós, madre mía, no llores; ¡oh cara patria, y vosotros, hermanos, que guarda la tierra, hijos todos de un mismo padre!; pronto me veréis llegar vencedora a la mansión de los muertos, después de devastar el palacio de los Atridas, autores de nuestra ruina. (Retírase con Taltibio.)

EL CORO

Vosotras, las que cuidáis de la mísera anciana Hécuba, ¿no la habéis visto caer en tierra sin habla? ¿No la sostenéis? ¿Consentiréis que así padezca esa

anciana, ¡oh mujeres negligentes!? Levantadla de nuevo.

HECUBA (postrada en tierra.)

¡Dejadme en tierra ¡oh doncellas!, que no me placen vuestros cuidados! En tierra debo yacer, víctima ahora de estos males, y antes y después. ¡Oh dioses!; bien sé que no me favorecéis, pero debemos, no obstante, invocaros cuando la adversidad se ensaña en alguno de los nuestros. Agrádame recordar los bienes de que he disfrutado, y así será mayor la lástima que exciten mis males presentes. Fuí reina y me casé en real palacio, y en él dí a luz nobilísimos hijos, no sólo por su número, sino porque fueron los más esclarecidos de los frigios. Ninguna otra mujer troyana, helena ni bárbara podrá vanagloriarse nunca de haberlos procreado iguales. Y sucumbieron al empuje de la lanza aquea, y yo los vi muertos y corté estos cabellos que miráis para depositarlos en sus tumbas; lloré también a su padre Príamo, no porque otros me contasen su muerte, sino presenciándola con estos ojos, cuando fué asesinado junto al ara de Zeus Herceo, mientras se apoderaban sus enemigos de la ciudad. Las vírgenes, destinadas a ser la más preciosa joya de sus esposos, educadas fueron para deleite de mis enemigos, y las arrancaron de mis brazos, y no abrigo la más remota esperanza de que vuelvan a verme, ni yo tampoco a ellas. Y el último, mi mal más grave, es que yo vaya ahora a la Hélade, esclava y anciana, y que en mi vejez sufra intolerables trabajos, ya guardando las puertas y las llaves, cuando soy madre de Héctor, ya amasando el pan y reclinando en el duro suelo mi arrugado cuerpo, después de haber descansado en regio lecho, y cubriéndo-

lo de viles andrajos, que deshonran y envilecen a los que antes fueron felices. ¡Oh desventurada de mí! Por sólo una mujer, ¡cuántos males he sufrido y sufro! ¡Oh hija, oh Casandra, bacante que habla con los dioses! ¡Qué desdicha incomparable acaba al fin con tu castidad! Y tú, mísera Políxena, ¿en dónde estás? ¡Ninguna de mis hijas ni de mis hijos, siendo tantos, me socorre en mi aflicción! ¿A qué, pues, me levantáis? ¿Cuál será mi esperanza? Guiad mis pies, delicados ha poco en Troya y ahora esclavos, a mi vil lecho, y llevadme a un precipicio para lanzarme en él y morir allí consumida por las lágrimas. No creáis nunca que los opulentos son dichosos hasta no llegar su última hora.

EL CORO

Estrofa. Entona, ¡oh musa!, canto fúnebre y nuevos versos acompañados de lágrimas, deplorando la suerte de Ilión, porque ahora comenzaré en su alabanza con voz clara triste canción, y lloraré su ruina y mi funesta suerte, cautiva en la guerra, merced al caballo de madera que abandonaron los aqueos a las puertas con sus dorados arreos, llenas sus entrañas de armas. Y el pueblo exclamó desde la roca Troade: "Andad, que libres ya de trabajos podéis traer a Ilión esta imagen sagrada de la virgen, hija de Zeus." ¿Qué doncella no fué? ¿Qué anciano no abandonó su hogar? Animados con alegres cánticos, se precipitaron ciegos en el abismo que había de perderlos.

Antistrofa. Todos los frigios acorren a las puertas ansiosos de llevar al templo de la diosa la dolorosa ofrenda labrada por los argivos en silvestre abeto, instrumento de muerte para Dardania,

presente grato a la virgen inmortal que desconoce el himeneo; ciñéronlo con lazos de retorcido lino, como si fuése el negro casco de una nave, y arrastrándolo se encaminaron a la suntuosa morada de Palas, funesta enemiga de mi patria. Apenas había terminado esta fiesta nos envolvieron las tinieblas de la noche, y en toda ella no dejaron de oírse la flauta líbica y los alegres cánticos de las vírgenes frigias al compás de sus danzas ruidosas, mientras en las casas daba negro resplandor a los que dormían, la luz de las antorchas.

Epodo. Yo entonces, formando coros, celebraba en mi albergue a la virgen que habita en los montes, a la hija de Zeus. Voz funesta se oyó a la sazón en la ciudad, morada de los hijos de Pérgamo, y los tiernos niños, agarrándose de los vestidos de sus madres, extendían aterrados sus brazos, y Ares salió de su emboscada por obra de la virgen Palas. Alrededor de los altares morían los frigios, y en los aposentos destinados al sueño, y en el silencio de la noche, nos arrebataban nuestros esposos y nos vencía la Hélade, madre de jóvenes guerreros, y llenaba de perpetuo luto a la patria de los frigios.

¿Ves, Hécuba, a Andrómaca en peregrino carro? Contra su pecho palpitante estrecha al caro Astianax, tierno hijo de Héctor.

HECUBA

¿Adónde te llevan así, ¡oh mujer desdichada!, confundida con las armas de bronce de Héctor y con los despojos de los troyanos, ganados en la guerra, que servirán al hijo de Aquiles para coronar los templos ftióticos?

ANDROMACA

Llévanme mis señores los aqueos.

HECUBA

¡Ay de mí!

ANDROMACA

¿A qué gimes, cuando yo debo entonar fúnebre canto?

HECUBA

¡Ay, ay de mí!

ANDROMACA

Por estos dolores...

HECUBA

¡Oh Zeus!

ANDROMACA

Y por esta calamidad.

HECUBA

¡Hijos míos!

ANDROMACA

En otro tiempo lo fuimos.

HECUBA

Adiós dicha, adiós Troya.

ANDROMACA

¡Infeliz!

HECUBA

Adiós, nobles hijos.

ANDROMACA

¡Ay, ay de mí!

HECUBA

¡Ay también de mí! ¡Cuán deplorables son mis...

ANDROMACA

Males.

HECUBA

Calamidad funesta.

ANDROMACA

De la ciudad...

HECUBA

Que humea.

ANDROMACA

¡Vuelve a mis brazos, oh esposo!

HECUBA

¿Llamas a mi hijo, que está debajo de la tierra, ¡oh desventurada!?

ANDROMACA

¡Escudo de tu esposa!

HECUBA

Mas tú, azote en otro tiempo de los aqueos, tú, que eres mi primogénito, llévame al Hades y descansaré al lado de Príamo.

ANDROMACA

¡Tal es nuestro anhelo! ¡Tan sensible su falta! Tantos los dolores incesantes que sufrimos, asolada

nuestra patria, desde que los dioses nos fueron adversos, y se libró tu hijo de la muerte, el que arruinó los alcázares de Troya con su odioso himeneo. Cadáveres ensangrentados yacen junto al templo de Palas, para servir de pasto a los buitres, y Troya sufre el yugo de la esclavitud.

HECUBA

¡Oh patria, oh desdichada! Te deploro al dejarte (ya ves mi triste fin), al abandonar mi palacio, en donde nacieron mis hijos. ¡Oh prendas amadas!, vuestra madre, sin hogar, se separa de vosotros. ¡Cómo las lamentaciones, cómo las lágrimas suceden a las lágrimas en nuestra familia! Pero el que muere, ni llora ni siente los dolores.

EL CORO

¡Qué gratos son a los afligidos los sollozos y el lúgubre luto, y los cantos que expresan su pena!

ANDROMACA

¡Oh madre de Héctor, guerrero que en otro tiempo mató con su lanza a muchos argivos!, ¿tú contemplas esto?

HECUBA

Veo que los dioses ensalzan lo que nada vale, y humillan lo que parece de más precio.

ANDROMACA

Me llevan con mi hijo, como parte del botín, y mi libertad se trueca en servidumbre, víctima de horribles mudanzas.

HECUBA

Inevitable es la necesidad; ahora poco me arrancaron por fuerza a Casandra.

ANDROMACA

¡Ay, ay de mí! Algún otro Ayax, según parece, tropezó con tu hija; pero varios son los males que te afligen.

HECUBA

Y para mí no tienen término ni medida; espantosa es mi lucha.

ANDROMACA

Pereció tu hija Políxena, sacrificada en el túmulo de Aquiles, ofrenda hecha a exánime cadáver.

HECUBA

¡Ay de mí, desventurada! Este es el enigma a que aludió hace poco Taltibio, obscuro entonces y ahora claro.

ANDROMACA

Yo misma la vi, y descendí de este carro, la cubrí con su peplo, y lloré sobre su cadáver.

HECUBA

¡Ay, ay hija mía, impío sacrificio! ¡Ay, ay de mí otra vez; triste ha sido tu muerte!

ANDROMACA

Murió, como sabemos, pero más feliz en su suerte que la mía, aunque yo viva.

HECUBA

No es lo mismo, ¡oh hija!, vivir que morir; la muerte es la nada, y a la vida queda la esperanza.

ANDROMACA

¡Oh madre!, ¡oh tú, que siempre lo fuiste mía!, óyeme atenta, y que mis consoladoras palabras mitiguen tu amargura. Yo aseguro que el que no nace es igual al que se muere; pero más vale morir que vivir con trabajos, que así no se sienten los males. El mortal feliz que experimenta una calamidad languidece de tristeza recordando su anterior dicha; pero Políxena ha muerto como si no hubiese visto la luz; casi no tuvo tiempo para llorar sus infortunios; pero yo, que llegué a la cumbre de la felicidad y alcancé no escasa gloria, caigo despeñada por la fortuna. Yo, en el palacio de Héctor, cumplía las santas obligaciones propias de mi estado. En primer lugar, como mancilla la buena fama de las mujeres no estar en su casa, ya falten, ya no, renuncié a salir, y vivía encerrada en ella; no me agradaba el trato de amigas elegantes; mi única maestra era mi conciencia, naturalmente pura, y en verdad bastábame con ella; callábame delante de mi esposo y siempre le sonreía; sólo en ocasiones sostuve mi parecer, cediendo otras. Perdióme mi reputación de honesta esposa, que llegó hasta el ejército aqueo, porque después de cautivarme ha querido casarse conmigo el hijo de Aquiles, y serviré en el palacio de los que mataron a mi marido. Y si me olvido de mi amado Héctor y abro mi corazón a mi nuevo esposo, creerán que le falto; si, al contrario, le aborrezco, me odiarán mis dueños. Verdad es que, según dicen, basta una sola noche para que la mujer deponga su odio en el lecho con-

yugal; mas yo detesto a la que pierde a su primer amante y ama pronto a otro. Ni aun la yegua que se separa de su compañera, con la cual fué alimentada, lleva sin trabajo el yugo, aunque sea bestia y muda y carezca de razón y en sus afectos no pueda compararse con el hombre. Esposo sin igual fuiste para mí, ¡oh Héctor querido!, por tu prudencia, por tu linaje, por tus riquezas y por tu valor, y al recibirme pura del palacio de mi padre, fuiste también el primero que te acercaste a mi tálamo virginal. Y tú pereciste, y yo navego esclava a sufrir en la Hélade dura servidumbre. La muerte de Políxena, que tú deploras, ¿no es acaso un mal inferior a los míos? Ni aun esperanza me queda, último bien de los mortales, ni me engaño a mí misma hasta pensar que gozaré algún día de mejor fortuna, cuando sólo el creerlo sería grato.

EL CORO

Tu calamidad es igual a la mía; al llorar tu suerte me recuerdas mis penas.

HECUBA

Jamás entré en nave alguna, y sólo las conozco por haberlas visto pintadas, y por lo que de ellas me han contado. Pero si los marineros sufren la tempestad que no se desencadena en toda su furia, y por salvarse trabajan contentos, y el uno atiende al timón, el otro a las velas y el otro desagua la sentina del buque, y cuando la mar se revuelve con violencia se resignan y se abandonan a merced de las olas, así yo también, presa de tantos males, estoy muda, y me someto a mi desgracia, y renuncio a las lamentaciones, cediendo a la mísera borrasca que han

enviado los dioses. No te cuides, ¡oh hija!, de la muerte de Héctor, que no le devolverán la vida tus lágrimas; respeta ahora a tu señor, y sedúcelo con los dulces atractivos de tu cariñoso trato. Y si lo hicieres, llenarás de alegría a tus amigos, y podrás educar a este hijo del que lo fué mío, última esperanza de Ilión, para que tus descendientes reedifíquenla y vuelva a existir nuestra ciudad. Pero mientras nos desahogamos en no interrumpidos coloquios, ¿qué heraldo aqueo se acerca, mensajero de nuevas órdenes?

TALTIBIO

Tú que fuiste en otro tiempo esposa de Héctor, el más esforzado de los frigios, no me aborrezcas, que contra mi voluntad vengo a anunciarte los públicos decretos de los Dánaos Pelópidas.

ANDROMACA

¿Qué sucede? Tus palabras me anuncian nuevos males.

TALTIBIO

Han decretado que este niño... ¿Cómo lo diré?

ANDROMACA

¿Qué no sea el mismo su dueño y el mío?

TALTIBIO

No será esclavo de ningún aqueo.

ANDROMACA

¿Dejan aquí al único frigio que sobrevive?

TALTIBIO

No sé cómo dulcificar la pena que voy a causarte.

ANDROMACA

Alabo tu temor, a no ser que me participes faustas nuevas.

TALTIBIO

Matarán a tu hijo; tal es la terrible desdicha que te amenaza.

ANDROMACA

¡Ay de mí! ¡Cuánto peor es esto que un nuevo himeneo!

TALTIBIO

El parecer de Odiseo triunfó en la asamblea de los panhelenos...

ANDROMACA

¡Ay, ay de mí, otra vez! ¡No es igual nuestro infortunio!

TALTIBIO

Sosteniendo que no debía vivir el hijo de tan esforzado guerrero.

ANDROMACA

Ojalá que así triunfe cuando se trate de los suyos.

TALTIBIO

Será precipitado desde las torres de Troya. Así se hará, y tú parecerás más prudente si no lo retienes

obstinada y sufres con fortaleza tu desdicha; no creas que, siendo impotente para oponerte a sus órdenes, conseguirás nada; nadie te socorrerá. Recuerda que pereció tu ciudad y tu esposo, que tú eres esclava y nosotros bastante fuertes para dominar a una sola mujer; no te resistas ni cometas torpezas, que te harán odiosa, ni maldigas tampoco a los aqueos. Porque si tus palabras excitan el furor del ejército, ni este niño será sepultado, ni podrás llorarlo; pero si callas y te resignas, no quedará insepulto su cadáver y los aqueos serán contigo más complacientes.

ANDROMACA

¡Oh hijo de mis entrañas, oh hijo muy querido, morirás por mano de tus enemigos, abandonando a tu mísera madre! La nobleza de tu padre, fuente de salvación para otros, es causa de tu muerte, y su valor te es funesto. ¡Oh lecho mío infeliz, oh himeneo que me trajiste en otro tiempo al palacio de Héctor, no para dar la vida a una víctima de los Dánaos, sino un soberano a la fértil Asia! ¡Oh hijo! ¿Lloras? ¿Presientes acaso tu desdicha? ¿Por qué te agarras a mí y estrechas mi vestido, tierno hijuelo, que te cobijas bajo mis alas? ¿No vendrá Héctor a salvarte, empuñando su famosa lanza y pasando de la luz a las tinieblas? ¿No los parientes de tu padre, no el poder frigio? ¿Exhalarás el alma, cayendo sin conmiseración desde las alturas, precipitado en letal salto? ¡Oh dulce carga, la más amada de los brazos de una madre! ¡Oh dulce hálito! En vano, pues, envuelto en estos pañales te alimentó mi pecho; en vano sufrí por tu causa y me acabaron los trabajos maternales! ¡Ahora (nunca más será) abraza a tu madre, acércate a la que te dió a luz, échame tus bracitos

al cuello, dame un beso! ¡Oh helenos, autores de bárbaros males!, ¿por qué matáis a este niño inocente? ¡Oh hija de Tíndaro!, no era tu padre Zeus: muchos fueron en verdad: algún mal Genio, después la Envidia, el Asesinato y la Muerte y todos los males que produce la tierra. ¡Nunca diré que te engendró Zeus para perder a tantos bárbaros y helenos! ¡Que tú mueras, que tus bellísimos ojos devastaron torpemente los ínclitos campos de los frigios! Ea, pues, lleváoslo; precipitadlo, si queréis; devorad sus carnes; mátanos los dioses, y no podremos librar a mi hijo de la muerte. Ocultad mi cuerpo miserable y llevadme a la nave: ¡feliz himeneo el mío, perdiendo antes a mi hijo!

EL CORO

¡Mísera Troya; por una mujer, por odiosas nupcias, murieron innumerables guerreros!

TALTIBIO

Anda, niño, deja ya los dulces brazos de tu desventurada madre, y sube a las altas almenas de las torres de tu padre, en donde rendirás el alma como han ordenado los vencedores. Lleváoslo, pues. Para anunciar tales desdichas sería preciso no tener entrañas y ser más imprudente de lo que yo soy.

HECUBA

¡Oh hijo, oh hijo de mi hijo desdichado!: inicuamente nos arrancan tu vida a mí y a tu madre. ¿Qué haré? ¿Qué haré yo por ti, ¡oh desventurado!? ¡Sólo estas heridas en nuestra cabeza y estos golpes en nuestro pecho! ¡Sólo podemos esto! ¡Ay de mí, ay de mi ciudad! ¡Ay de mí por tu causa! ¿Qué mal no sufrimos, cuál nos falta, para que acaben de una vez conmigo? (Retírase Taltibio, Andrómaca y Astianax.)

EL CORO

Estrofa 1.ª ¡Oh Telamón, rey de Salamina, abundante en abejas y cercada del mar, próxima a la santa colina en donde enseñó Atenea el primer ramo de verde oliva, celestial corona, gloria de la espléndida Atenas: tú viniste antes de la Hélade con el hijo de Alcmena, armado del arco, guerrero esforzadísimo, a derribar, a derribar a Ilión, nuestra ciudad.

Antistrofa 1.ª En cuyo tiempo capitaneó la flor de la Hélade, enfurecido por la negativa de Laomedonte de entregarle los caballos, e Ilión contempló sus naves, que cortaban las ondas, junto al Simois, de caudalosa corriente, y sujetó con los cables sus popas, y de ellas sacó las flechas que tiraba su certera mano y que dieron a Laomedonte la muerte, y demolió con la encendida tea las murallas construídas por arte de Apolo, y devastó el campo teucro. Ensangrentada lanza destruyó a Ilión dos veces en dos asaltos distintos.

Estrofa 2.ª En vano, pues, recostado con molicie entre doradas copas, ¡oh hijo de Laomedonte!, llenas los vasos en que bebe Zeus, honrosísimo cargo; el fuego devora a la tierra que te crió. Las riberas del mar resuenan, y como el ave que clama por sus hijuelos, así lloran unas a sus esposos, otras a sus hijos, otras a sus madres ancianas. Ya no existen tus deleitosos baños, ya no existen tus gimnasios, y tú, junto al trono de Zeus, ostentas tranquilo tu semblante gracioso y juvenil, y la lanza helénica ha devastado la tierra de Príamo.

Antistrofa 2.ª Eros, Eros que viniste en otro

tiempo al palacio de Dárdano por orden de los dioses. ¡Cuán soberbiamente ensalzaste entonces a Troya! ¡Qué estrechos lazos contrajo con los dioses! No lo diré para afrenta de Zeus; pero la luz de Eos, de blancas alas, grata a los mortales, alumbra a esta región mortífera y contempla impasible la ruina de Pérgamo, aunque de aquí fuese oriundo el esposo que en su tálamo la hizo madre de sus hijos, y fué transportado entre los astros por la cuadriga dorada, consoladora esperanza de su patria; pero los amores de los dioses de nada han servido a Troya.

MENELAO

¡Oh cabellera de Helios, que difundes la hermosa luz de este día en que recuperaré a mi esposa Helena; yo soy ese Menelao que sufrió infinitos males, y éste el ejército aqueo! Vine a Troya, no tanto, según piensan, por mi esposa, cuanto por vengarme del hombre que, engañando a los que le daban hospitalidad, robó a Helena de mi palacio. Pero con el favor de los dioses pagó su delito, y él y su patria cayeron al empuje de las armas helénicas. Ahora me llevaré esta lacedemonia (no la doy de buen grado el nombre de esposa que tuvo en otro tiempo) que se halla aquí con las demás esclavas troyanas. Los que a fuerza de trabajos la recobraron batallando, me la dan para matarla, o, si no quiero, para llevarla a Argos. Yo he resuelto no sacrificarla en Troya, sino conducirla a la Hélade en mi nave para darle allí la muerte y vengar a los amigos que han perecido en esta guerra. Ea, pues, servidores, id allá y traedla arrastrándola por sus cabellos, tan manchados de sangre. Cuando soplen vientos favorables nos acompañará a la Hélade.

HECUBA

¡Oh Zeus!, tú que llevas a la tierra y que en ella moras, quienquiera que seas, impenetrable a nuestro entendimiento, ya una ley de la Naturaleza, ya una invención de los mortales, yo te venero: por oculta senda riges con justicia los negocios humanos.

MENELAO

¿Qué hay? ¡Cómo diriges a los dioses nuevas preces!

HECUBA

Te alabaré, Menelao, si matas a tu esposa. Pero cuida al verla de que el amor no te ciegue, que deslumbra los ojos de los mortales, derriba las ciudades e incendia los palacios. ¡Tales son sus atractivos! Yo la conozco bien, y tú y los que sufrieron tantas desdichas deben también conocerla.

HELENA (a quien sacan a la fuerza de la tienda.)

Exordio es éste, ¡oh Menelao!, que infunde pavor; a la fuerza me arrastran tus siervos fuera de esta tienda. Pero aunque casi segura de que me aborreces, quiero, no obstante, preguntarte qué habéis decretado tú y los helenos acerca de mi vida.

MENELAO

No te has expuesto a los azares de un juicio; todo el ejército, que te odia, te pone en mis manos para que yo te la quite.

HELENA

¿Puedo yo responderte que, si muero, será injustamente?

MENELAO

No vengo a disputar contigo, sino a matarte.

HECUBA

Oyela, Menelao, para que no muera sin defensa, y nosotras, si lo permites, le replicaremos: tú ignoras las faltas que cometió en Troya, y todas juntas serán bastantes para perderla y condenarla a muerte sin demora.

MENELAO

Sería menester para acceder a vuestros ruegos que hubiera tiempo para ello; pero si quiere hablar, que hable. Sepa, sin embargo, que a tu intercesión lo debe, no a sus méritos.

HELENA

Acaso, ya me des o no la razón, no me contestarás, mirándome como a tu enemiga; mas yo, segura de que al disputar conmigo me has de reconvenir, responderé anticipadamente a tu acusación, oponiendo mis cargos a los tuyos. En primer lugar, ésta es madre de Paris, autor de nuestros males; después me perdió el viejo Príamo, y también a Troya, no matando al niño que anunciaba la triste antorcha, llamado luego Alejandro. Recuerda, además, que fué juez en la contienda de las tres diosas, y que Palas prometió a Alejandro el imperio de la Frigia y la destrucción de la Hélade; Hera, que reinaría en el Asia y en los confines de la Europa si salía vencedora; y Cipris, ponderando maravillosamente mi hermosura, que sería suya si daba a ella la palma de la belleza, no a las otras diosas. Reflexiona ahora en las consecuencias de este juicio: venció la deidad de Cipria, y mis nupcias con Paris fueron útiles a la Hélade, libre de bárbaros y de su tiranía desde que triunfó de ellos en el campo de batalla. Y lo que contribuyó a la dicha

de la Hélade fué fatal para mí: me perdió mi belleza y me acusan de infame, cuando debía ceñir mis sienes una corona. Pero dirás que ni siquiera he aludido a mi huída de tu palacio. Vino mi mal genio protegido por deidad no despreciable, ya le quieras llamar Alejandro, ya Paris, al cual tú, ¡oh el más descuidado de los hombres!, dejaste conmigo en tu palacio mientras navegabas de Esparta a Creta. Veamos, pues; esta pregunta me hago, no a ti... ¿en qué pensaba yo cuando desde mi palacio seguí a tu huésped, faltando a mi patria y a mi honra? Insulta a la misma Afrodita, y serás más poderoso que Zeus, el cual, superior a los demás dioses, es su esclavo. Así, ¿no debes perdonármelo? Me acusarás quiza especiosamente porque, después de muerto Alejandro y de descender al seno obscuro de la tierra, hubiera yo debido, no ligándome a mi lecho ninguna ley divina, dejar estos palacios y encaminarme a Argos. En efecto, intenté hacerlo; testigos son los centinelas de las torres y los espías de los muros, que muchas veces me sorprendieron en las fortificaciones descolgándome con cuerdas. A la fuerza se casó conmigo Deífobo, mi nuevo esposo, oponiéndose los frigios. ¿Cómo, pues, ¡oh Menelao!, moriré justamente, y sobre todo por tu mano, cuando se casó conmigo contra mi voluntad, ya que esta belleza mía, en vez de darme la palma de la victoria, me ha condenado a dura esclavitud? Ahora, si quieres vencer a los dioses, tu propósito es insensato.

EL CORO

Defiende, reina, a tus hijos y a tu patria, refutando sus elocuentes palabras; habla bien, a pesar de sus maldades, dón en verdad amargo.

HECUBA

Defenderé primero a las diosas, y probaré que no es cierto lo que dice. Yo no creo que Hera y la virgen Palas delirasen hasta el punto de vender aquélla a Argos a los bárbaros, y Palas a Atenas, condenándolas a sufrir algún día el yugo de los frigios, ya que, como por juego o diversión, vinieron al Ida a disputar la palma de la hermosura. ¿Por qué razón había de dar Hera tanto valor a la belleza? ¿Quizá por tener un esposo superior a Zeus? ¿Anhelaría Atenea casarse con algún dios, habiendo logrado de su padre vivir perpetuamente virgen por odio al matrimonio? No supongas necias a las diosas por disculpar tu falta, que nunca persuadirás a los prudentes. Dijiste que Cipris (lo cual es ridículo) acompañó a mi hijo al palacio de Menelao. ¿No hubiese podido, permaneciendo tranquila en el cielo, llevarte a Ilión con la misma Amiclea? Fué mi hijo de notabilísima hermosura, y tú, al verlo, la verdadera Afrodita. A todas sus locuras llaman Afrodita los mortales, y el nombre de esta diosa tiene en ellas su raíz, y tú, al admirarlo con sus lujosas galas y vestido de oro resplandeciente, sentiste arder en tu pecho el fuego de la lujuria. Pocas riquezas poseías en Argos, y al dejar a Esparta esperabas que la opulenta ciudad de los frigios sufragaría a tus gastos, no bastando a satisfacer tus placeres el palacio de Menelao. ¡Te atreves a decir que mi hijo te robó a la fuerza! ¿Qué espartano podrá asegurarlo? ¿Qué voces diste siendo Cástor adolescente y viviendo todavía su hermano en la tierra, no entre los astros? Después que llegaste a Troya, y cuando siguieron tus huellas los argivos y se encendió la guerra, si la fortuna favorecía a Menelao, lo alababas para atormentar a mi hijo, aludiendo a tan poderoso

rival; y cuando vencían los troyanos, Menelao era un desdichado. Sólo te cuidabas de la fortuna, sólo a ella seguías, no a la virtud. ¿Y añades que quisiste descolgarte con cuerdas desde las torres, indicando quizá que permanecías allí contra tu voluntad? ¿Cuándo te sorprendieron preparando fatales lazos o afilando homicida cuchilla? Hubiéralo hecho mujer noble, sensible a la pérdida de su anterior esposo. Yo, en cambio, te aconsejé así muchas veces: "Vete, ¡oh hija!; mis hijos contraerán himeneo con otras; yo te llevaré a las naves aqueas, y te ayudaré en tu oculta huída; pon término a la guerra entre helenos y troyanos." Pero esto te desagradaba, llena de orgullo en el palacio de Alejandro, y querías ser adorada de los bárbaros. Y a pesar de todo, sales tan galana y contemplas junto a tu marido el mismo cielo, ¡oh mujer execrable! ¡Cuando debías aparecer humilde y desaliñada en tu traje, temblando de horror, con la cabeza rasurada y fingiendo modestia en vez de impudencia, en expiación de tus anteriores faltas! ¡Oh Menelao!, no es otro mi objeto, sino que honres a la Hélade dándole merecida muerte, como cumple a tu dignidad, y que desde hoy en adelante mueran todas las mujeres que son infieles a sus esposos.

EL CORO

¡Oh Menelao!, acuérdate de tus nobles abuelos y de tu linaje; castiga a Helena, y evita así las reconvenciones que te hará la Hélade. No podrá echarte en cara tu molicie, si eres fuerte contra sus enemigos.

MENELAO

Creo, como tú, que ésta huyó voluntariamente de mi palacio en busca de adúltero tálamo, y que sólo

invoca a Cipris para cohonestar su delito. Anda, ve a buscar a los que han de apedrearte, y que tu pronta muerte expíe los prolongados padecimientos de los aqueos, para que aprendas a no deshonrarme.

HELENA

¡Oh, no; por tus rodillas te ruego que no me mates, imputándome un crimen, obra de los dioses! ¡Perdóname!

HECUBA

No te olvides de los aliados, que por Helena murieron: por ellos y por mis hijos te lo pido.

MENELAO

Déjame, anciana; sólo merece mi desprecio. Que mis servidores la arrastren a las naves para ser llevada a la Hélade.

HECUBA

Que no vaya en la tuya.

MENELAO

¿Por qué, pues? ¿Pesa ahora más que antes?

HECUBA

No hay enamorado que no ame siempre, piense como quiera la mujer amada.

MENELAO

Se hará lo que deseas: no entrará en la nave en que yo vaya, que no es despreciable tu consejo. Cuando llegue a Argos morirá indignamente como merece, y servirá de escarmiento a las demás mujeres,

enseñándolas a ser honestas; y aunque, en verdad, no sea esto fácil empresa, su suplicio, por el miedo que ha de infundirles, refrenará la femenil locura, aunque las haga más perversas (Vase con Helena.)

EL CORO

Estrofa 1.ª ¡Así nos abandonas, ¡oh Zeus!, dejando a los aqueos tu templo edificado en Ilión, el ara llena de perfumes, la llama de las libaciones, el humo de la mirra que se elevaba en los aires, la sagrada ciudadela de Pérgamo, los bosques, los bosques Ideos, abundantes en yedra, regados por la nieve derretida de los ríos, y la cima que el sol hiere primero, aquella mansión divina que sus rayos purifican!

Antistrofa 1.ª—Acabáronse ya tus sacrificios, y el alegre compás de los coros durante la noche, y las fiestas que se celebraban a los dioses en las horas destinadas al sueño, y las estatuas resplandecientes, y los doce plenilunios divinos de los frigios. Inquiétame, inquiétame, ¡oh rey!, que habitas en el éter y en palacio celestial, penosa incertidumbre de si atiendes o no a mi ciudad arrasada, que devoró el furor impetuoso del fuego.

Estrofa 2.ª—¡Oh esposo querido; vagas muerto, insepulto, no lavado por mis manos, y las naves del mar, agitando sus remos, me llevarán a Argos, rica en caballos, cercada de altísimas murallas de los cíclopes. Muchedumbre de hijos lloran a las puertas, agarrándose a nuestros vestidos y clamando en su aflicción: "¡Ay de mí, madre, que cuando me abandones, los aqueos me separarán de ti, y en negra nave de marinos remos me llevarán a la sagrada Salamina, o a la cumbre del Istmo, que mira a dos mares,

en donde se ven las puertas de la mansión de Pélope.''

Antistrofa 2.ª—¡Ojalá que en la nave de Menelao, cuando hienda el mar profundo, caiga en el Egeo el fuego sagrado que vibran tus dos manos, y la reduzcan a cenizas: de Ilión, mi patria, me arrastran, llorosa esclava, a la Hélade. ¡Que la hija de Zeus, que se lleva los dorados espejos, delicia de las vírgenes, nunca llegue a la Laconia, ni a sus patrios lares, ni a la ciudad de Pirene, ni al templo de puertas de bronce de la diosa! ¡Que Menelao no recobre a Helena, cuyo malhadado himeneo sólo ha servido de oprobio a la Hélade, país poderoso y de perpetua desventura a las ondas del Simois! ¡Oh dolor, oh dolor! ¡Nuevas desdichas agobian a mi patria! ¡Oh míseras esposas de los teucros, contemplad a Astianax, sacrificado por orden de los dánaos, que desde las torres lo han precipitado tristemente!

TALTIBIO (acompañado de esclavos, que traen sobre un escudo el cadáver de Astianax)

¡Oh Hécuba!; la única nave con bancos de remeros del hijo de Aquiles, Neoptolemo, que queda, se prepara a llevar a las costas ftióticas los restantes despojos que le han tocado en suerte. El se hizo antes a la vela, sabedor de ciertas desdichas que han ocurrido a Peleo, desterrado de su patria, según dicen, por Acasto, hijo de Pelias. Tal es la causa que le obligó a retirarse más pronto de lo que pensaba. Creyó pasar aquí algún tiempo, pero al fin se embarcó con Andrómaca, que derramaba muchas lágrimas al separarse de esta tierra, lamentándose de los infortunios de su patria y apostrofando al túmulo de Héctor. Y le pidió permiso para sepultar a su hijo, precipitado desde las murallas, muerto horriblemente, y que le sirviese de féretro este escudo cubierto de bronce, terror de los aqueos, que defendió a su padre, en vez de llevarlo al palacio de Peleo o al mismo tálamo de su nuevo esposo. Así no tendrá siempre a la vista tristísimos recuerdos, y hará las veces de caja de cedro y de marmóreo sepulcro. También dispuso que te entregase su cadáver, para que, como puedas, lo adornes con peplos y coronas, ya que ella se ausenta, oponiéndose la precipitación del viaje de su señor a tributarle los últimos deberes. Nosotros, cuando engalanes su cuerpo y lo cubra la tierra, clavaremos una lanza en su tumba, y a ti sola corresponde lo demás. Observarás, sin embargo, que al pasar las aguas del Escamandro lo lavé y limpié sus heridas. Ahora le abriremos una hoya, y después, reuniendo nuestros esfuerzos y haciendo lo que nos han ordenado, nos volveremos a nuestro campo.

HECUBA

Dejad ahí el circular escudo de Héctor, recuerdo triste y desagradable para mí. ¡Oh aqueos!, más dignos de alabanzas por vuestras hazañas que por vuestros pensamientos: ¿cómo por temor a un niño habéis cometido un nuevo crimen? ¿Para que no reconstruyese a Troya arruinada? Hombres inútiles érais cuando la fortuna de las armas favorecía a Héctor, y perecimos sin embargo, a pesar de nuestros innumerables soldados, y tomada la ciudad y aniquilados los frigios, todavía os infunde miedo tan tierno niño. No alabo esta vil pasión, si carece de racional fundamento. ¡Oh tú el muy querido, qué deplorable ha sido tu muerte! Si hubieses perdido la vida por tu patria,

después de llegar a edad adulta, de casarte y regir un imperio como el de los dioses, hubieras sido feliz, si hay felicidad en todo esto. Mas tú, ¡oh hijo!, cercado de regia pompa, no has sabido apreciarla, y no disfrutaste de los placeres que tu palacio te ofrecía. ¡Infeliz! ¡Cómo las murallas de tu ciudad natal, obra de Loxias, han puesto tu cabellera, que tanto cuidó tu madre, y a la cual prodigó tanto beso! De tus huesos destrozados brota ahora la sangre, por no nombrar más repugnantes objetos. ¡Oh manos, qué grata semejanza tenéis con las de su padre, y ahora yacéis caídas, rotas vuestras articulaciones! ¡Oh dulce boca, que solías decir grandes cosas con infantil petulancia! ¡Pereciste! Me engañabas cuando agarrado a mis vestidos me hablabas así: "¡Oh madre, yo cortaré para ti muchos rizos de mis cabellos, y llevaré muchos niños a tu sepultura, y te diré palabras que te complazcan." No tú a mí, que a pesar de tu edad infantil, yo anciana, desterrada, sin hijos, te sepulto, ¡oh mísero cadáver! ¡Ay de mí! ¡Aquellos ósculos innumerables, y mis desvelos en criarte, y mis interrumpidos sueños, todo esto fué inútil! ¿Qué inscripción, pregunto yo, grabará algún poeta en tu sepulcro? Que los argivos por miedo te mataron tan niño? Vergonzoso para la Hélade sería tal epitafio. Pero ya que ni disfrutaste de tus bienes patrimoniales, poseerás al menos un escudo de bronce, en el cual serás enterrado. ¡Oh escudo, que resguardabas en otro tiempo el bellísimo brazo de Héctor; ya perdiste a tu dueño incomparable! ¡Cuán dulce es la señal que dejó en la embrazadura y el sudor que derramó en tu centro bien torneado, cuando corría copioso de su frente al acercarlo a sus mejillas pasando insoportables tra-

bajos! Llevad, poned estas galas, las únicas que poseo, a ese cadáver desventurado, que los dioses no me favorecen lo bastante para hacerle funerales suntuosos; toma los tristes restos de mi pasada grandeza. Necio es el mortal que, creyéndose siempre feliz, se abandona al placer: la fortuna, cual furiosa delirante, salta aquí y allí, y a ninguno concede perpetua dicha.

EL CORO

Mira los despojos frigios que en sus manos traen las cautivas, para que engalanes el cadáver de Astyanax.

HECUBA

¡Oh hijo!, aun cuando no has vencido a tus iguales a caballo ni con el arco, según costumbre frigia (no obstante la moderada afición de los troyanos a esta clase de ejercicios), la madre de tu padre te pone estas galas, resto triste de lo que fué tuyo en otro tiempo, que hace poco te arrebató Helena, aborrecida de los dioses, causa además de tu muerte y de la ruina de todo tu linaje.

EL CORO

¡Ay, ay de mí! ¡Tocaste, tocaste mi corazón! ¡Oh tú, que hubieses sido soberano inmortal de mi ciudad!

HECUBA

Con los ricos vestidos frigios que debían adornarte al celebrar tu himeneo con la más noble asiática, cubre ahora tu cuerpo. Y tú, escudo querido de Héctor, que en días más venturosos ganaste tantos trofeos, recibe esta guirnalda; aunque tu fama es imperecedera, morirá, sin embargo, con este cadáver; más

justo es honrarte que no a las armas del astuto y malvado Odiseo.

EL CORO

¡Ay, ay, ay, ay de mí! Amargamente llorado, ¡oh hijo!, te recibirá la tierra. Llora, madre....

HECUBA

¡Ay, ay de mí!

EL CORO

Como debes llorar a los muertos.

HECUBA

¡Ay de mí, ay de mí!

EL CORO

¡Ay de tus males insufribles!

HECUBA

Yo, médico desventurado sólo en el nombre, no en realidad, cuidaré como pueda de parte de tus heridas, ligándolas con vendajes; tu padre te curará las demás entre los muertos.

EL CORO

Golpea, golpea tu cabeza, que tus manos resuenen. ¡Ay de mí, ay de mí!

HECUBA

¡Oh mujeres muy amadas!

EL CORO

¿Qué significan esos clamores?

HECUBA

Dignáronse sólo los dioses hacerme desgraciada y aborrecer a Troya más que a las otras ciudades, y de nada sirvieron nuestros sacrificios. Y sin embargo, debemos confesar que si no nos precipitasen en el abismo desde la altura, yacería nuestro nombre en la obscuridad, y sin que nadie se acordase de nosotros en sus cantos, y no seríamos para la posteridad manantial perenne de poesía. Andad, sepultad este cadáver en mísero túmulo, que ya ha recibido los fúnebres honores. A mi parecer, interesa poco a los muertos que se les tributen funerales suntuosos, y más bien son vana pompa de los vivos.

EL CORO

¡Oh desventura, oh desventura! ¡Mísera madre que, al perderte, perdió contigo su más consoladora esperanza! Cuando se reputaba muy feliz, porque eran nobles tus padres, pereciste de muerte cruel. (Aparecen a lo lejos guerreros con antorchas encendidas.)

HECUBA

¡Hola! ¿Qué es esto? ¿Quiénes son esos hombres que en sus manos llevan antorchas, y aparecen en las alturas? Alguna nueva desdicha amenaza a Ilión.

TALTIBIO (que vuelve, aunque manteniéndose a cierta distancia.)

Sepan los capitanes de las cohortes, a quienes se ha ordenado incendiar la ciudad de Príamo, que en sus manos no ha de estar ociosa la tea; abrásenla, pues, cuanto antes, para que, derribada en sus cimien-

tos, tornemos alegres a nuestra patria. Y vosotras, hijas de los troyanos, para cumplir a un tiempo ambos mensajes, cuando los generales del ejército hagan sonar las trompetas, encaminaos a las naves de los aqueos para alejaros de aquí. Tú, anciana la más infortunada, sígueme; estos son servidores que vienen de parte de Odiseo, tu señor, para que abandones a Ilión, según dispuso la suerte.

HECUBA

¡Ay desventurada de mí! ¡Remate es éste y último fin de mis males! Dejo a mi país natal y a mi ciudad entregada a las llamas. Así, pies cansados por la vejez, daos prisa a saludarla por última vez, aunque os cueste trabajo. ¡Oh Troya, hace poco el orgullo de los bárbaros; no tardarás en perder tu ilustre nombre! Te incendian y nos arrancan esclavas de tu seno, ¡oh dioses! Pero ¿qué dioses invoco? Antes, cuando los llamé, no me oyeron. Precipitémonos, pues, en el fuego, pues será para mí lo más honroso perecer en él.

TALTIBIO

Tus males te hacen delirar, ¡oh desventurada! Lleváosla, pues, sin demorar; es preciso entregarla a Odiseo, a quien ha tocado en el reparto del botín.

HECUBA

¡Ay, ay de mí! ¡Ay, ay, ay de mí! ¡Oh Cronida!, rey de Frigia, tronco de mi estirpe, ¿contemplas impasible los indignos ultrajes que sufren los descendientes de Dárdano?

EL CORO

Lo ve; la gran ciudad, que ya no lo es, ha perecido; ya no existe Troya.

HECUBA

¡Ay, ay de mí! ¡Ay, ay, ay de mí! Ilión resplandece; el fuego devora ya el elevado alcázar, y la ciudad entera, y las más altas murallas.

EL CORO

Y como el viento se lleva el humo, así pereció mi patria, cayendo desde la altura al empuje del hierro; abrasados han sido tus palacios, presa del fuego y de enemiga lanza.

HECUBA

¡Oh patria, madre de mis hijos!

EL CORO

¡Ay, ay de mí!

HECUBA

¡Oíd, hijos; reconoced la voz de vuestra madre!

EL CORO

¿Llamas a los muertos con voz lúgubre?

HECUBA (arrodillándose.)

Arrastrando por la tierra mis cansados miembros, e hiriéndola con ambas manos.

EL CORO

Ahora nos toca a nosotras hincar la rodilla, llamando a nuestros esposos desdichados, que moran en el Hades.

HECUBA

Nos llevan, nos arrastran...

EL CORO

Tu dolor, tu dolor publicas.

HECUBA

A los atrios, en donde seré esclava, lejos de mi patria. ¡Ay, ay de mí! ¡Oh Príamo, Príamo; tú muerto, insepulto, sin amigos, ignoras mi desdicha!

EL CORO

La negra muerte cubre tus ojos; un crimen impío se burla de tu piedad.

HECUBA

¡Ay de los templos de los dioses, y de mi ciudad amada!

EL CORO

¡Ay, ay de mí!

HECUBA

Mortífera es la llama que os abrasa, y la punta de la lanza que os hiere.

EL CORO

Pronto caeréis sin gloria en mi suelo adorado.

HECUBA

El polvo, semejante al humo, en alas de los vientos me roba la vista de mi palacio.

EL CORO

Se olvidará el nombre de esta región como todo se olvida; ya no existe la desdichada Troya.

HECUBA

¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis oído?

EL CORO

¿El fragor de Pérgamo al derrumbarse?

HECUBA

Tiembla la tierra, tiembla la tierra al desplomarse toda la ciudad. ¡Ay de mí! Trémulos, trémulos miembros arrastran mis pies. Vamos a vivir en la esclavitud.

EL CORO

¡Ay de la ciudad infortunada! Ea, dirige tus pasos hacia las naves de los aqueos.

LAS BACANTES

Se ve en el teatro el palacio de Penteo, y a un lado ruinas, de las cuales sale humo de tiempo en tiempo. Cércalas una empalizada, y entretejida en ella una vid frondosa.

DIONYSOS

A esta tierra tebana he venido yo, Dionysos, hijo de Zeus, a quien Semele, hija de Cadmo, dió a luz en otro tiempo, ayudándola en su parto el rayo del cielo; de dios hecho hombre, hállome ahora junto a la fuente de Dirce y las aguas del Ismeno. Y veo inmediato a este palacio el sepulcro de mi madre, herida por el rayo, y las ruinas de su regia morada, cuyo humo anuncia la llama viva del divino fuego y el odio perpetuo de Hera. Pero alabo a Cadmo, que ha hecho inaccesible este lugar sagrado, convirtiéndolo en santuario de su hija, y yo le doy sombra por todas partes con los frondosos racimos de la vid. Y dejando

los campos de los Lidios, ricos en oro, las abrigadas llanuras de los Frigios y los Persas, las ciudades de los Bactrianos, y después de recorrer el país de los Medos, de áspero cielo, la Arabia feliz y toda el Asia, que yace junto al mar salado, en donde se ven ciudades populosas y bien defendidas por torres, habitadas a un tiempo por helenos y bárbaros, me he acercado primero a esta ciudad helena, después de establecer allí mi culto y mis fiestas, para que los hombres me adoren. Tebas es la primera ciudad en tierra helénica que ha acudido a mi llamamiento, dando alaridos, cubiertos sus habitantes con una piel de ciervo y llevando en sus manos el tirso, dardo adornado de hiedra, porque las hermanas de mi madre, por su interés particular, negaban que yo, Dionysos, fuese hijo de Zeus, y afirmaban que Semele me había concebido de algún mortal, atribuyendo a Zeus la falta a instigación de Cadmo, y que por eso repetían que el rey de los dioses le había dado muerte, alegando falsamente que la amase. Así es que yo, inspirándoles mis furores, las he obligado a abandonar su residencia, y delirantes habitan en el monte, adornadas con mis sagradas insignias; a todas las mujeres de los cadmeos, ya adultas, víctimas de mis furores, he arrebatado de sus casas, y mezcladas con las hijas de Cadmo, se hallan a la intemperie en las alturas bajo los verdes abetos. Conviene que esta ciudad, aunque no quiera, reconozca que ignora mis misterios, que defiendo a mi madre Semele, y que, como dios, me he aparecido a los mortales después de engendrarme Zeus. Cadmo hizo heredero de su dignidad y de su imperio a Penteo, hijo de su hija, que rechaza mi culto y me niega las libaciones y no se acuerda de mí en sus preces. Yo le probaré, pues, y a todos los tebanos, que soy

dios. A otra región, fundado aquí mi culto, pasaré después, en donde haré lo mismo. Y si la ciudad de los tebanos, enfurecida, quiere obligar a las bacantes a abandonar el monte, daré la batalla al frente de las ménades. Con este objeto he trocado en humana mi divina naturaleza, revistiendo la forma mortal. Así, ¡oh mujeres!, mis amigas, que dejasteis el Tmolo, baluarte de Lidia, y desde las naciones bárbaras habéis sido mis compañeras y auxiliares en tan larga peregrinación, levantad los tímpanos usados entre los Frigios, invención mía y de la madre Rea, y encaminándoos al regio palacio de Penteo, tocad a vista y presencia de la ciudad de Cadmo. Yo danzaré también en los coros de las bacantes, dirigiéndome ahora a las alturas del Citerón, en donde se hallan.

EL CORO

Estrofa 1.ª—Desde el Asia, abandonando el sagrado Tmolo, sufro por Bromio grato trabajo y dulce fatiga, alabando al dios Dionysos.

Antistrofa 1.ª—¿Quién está en el camino? ¿Quién está en el camino? ¿Quién en su casa? ¡Apártese de aquí!, y que todos, con labios piadosos, guarden silencio, porque como esta solemnidad exige, cantaré las glorias de Dionysos.

Estrofa 2.ª—Feliz el bienaventurado que conociendo los divinos misterios purifica su alma, y les consagra su existencia errante en los montes, en expiación sagrada; y celebrando, según los ritos, las orgías de la madre Cibeles, agita el tirso y adora a Dionysos, coronado de hiedra. Andad, bacantes; andad bacantes, que desde los montes frigios acompañáis a Dio-

nysos Bromio, a Dionysos Bromio, dios, hijo de dios, a las ricas ciudades de la Hélade.

Antistrofa 2.ª—Cuando en otro tiempo lo llevaba Semele en sus entrañas, al sentir los dolores del parto cayó un rayo de Zeus, y la madre lo lanzó de su vientre, dejando también la vida, herida por el fuego sagrado. Zeus Cronida lo recogió del tálamo de su madre, y guardándolo en su muslo lo encerró en él con broches de oro, ocultándolo de la vista de Hera, y dió a luz al dios cornígero cuando lo acabaron las Moiras, y lo coronó con guirnaldas de dragones, y de aquí que las ménades, armadas de tirsos, entrelazaron con ellos su cabellera.

Estrofa 3.ª—¡Oh Tebas! en donde se crió Semele, corónate de hiedra; florece, florece, con la verde férula de bellos racimos, y adórnate, según los ritos de Dionysos, con hojas de encino o de abeto y con vestidos manchados de pieles de ciervas, mezclándolos con blanca lana; mezcla tu piedad cogiendo las férulas lujuriosas, que luego toda la tierra celebrará con danzas a Bromio, que lleva sus tropas al monte, al monte, en donde se halla femenil muchedumbre furiosa obra de Dionysos, y olvidada de sus lanzaderas y sus telas.

Antistrofa 3.ª—¡Oh templo de los Curetes y santuarios divinos de Creta, en donde Zeus celebra su natalicio, y en donde los coribantes, llevando en las cavernas su casco de triplicado cuero, inventaron en honor mío este círculo, cubierto de estirada piel, y mezclaron sus clamores dionisíacos con el dulce sonido de las flautas frigias, y lo entregaron a la madre Rea, formando coro con los alaridos de las bacantes; y los sátiros furiosos lo obtuvieron de la madre diosa y lo

llevaron a los coros de los trietérides, con los cuales se deleita Dionysos.

Epodo.—Y se alegra cuando en los montes, dejando los ágiles coros, se recuesta en tierra, llevando el vestido sagrado del cervatillo, o persigue a los ciervos y goza en agrestes festines, recorriendo las cumbres de Lidia y de Frigia, y Bromio es el primero que cantó Evoe. Mana leche la tierra, mana vino, mana néctar de abejas, y parece perfumado el aire con el incienso sirio. El mismo Dionysos, con el rostro alumbrado por la negra antorcha de la férula, precipita su carrera, alienta a los coros errantes, y excitándolos con sus clamores, esparce al aire sus bellísimos cabellos. Al mismo tiempo, y con grandes alaridos, dice así: "Andad bacantes; andad bacantes, delicias del Tmolo, que arrastra el oro, cantad a Dionysos, celebrad al dios con los tambores sonoros, gritando Evoe con gritos y clamores frigios, cuando la flauta de dulce sonido toca las sagradas danzas que celebran corriendo en el monte, en el monte. Gozosa la bacante, como el potrillo que pace la hierba con su madre, mueve en las danzas su pie ligero.

TIRESIAS

¿Quién llamará a la puerta de esta casa a Cadmo, hijo de Agenor, que, dejando a Sidón, edificó la ciudad de Tebas? Que vaya alguno a anunciarle que Tiresias lo busca. El sabe el motivo que me trae y el pacto que yo, anciano, he celebrado con quien lo es más, para que empuñe los tirsos y lleve las pieles de ciervo y corone su cabeza con hojas de hiedra.

CADMO

¡Oh tú, muy querido, que al oírte conocí tu voz desde allá dentro, voz sabia de sabio varón! Pre-

parado vengo con este distintivo del dios. Conviene que yo tribute grandes honores a Dionysos en cuanto pueda, ya que nació de mi hija y como dios ha aparecido a los hombres. ¿Adónde llevamos los coros? ¿En dónde nos detenemos y agitamos nuestros blancos cabellos? Tú, anciano Tiresias, guía a otro anciano, que eres sabio. No me cansaré de noche ni de día de herir con el tirso la tierra, que placentero me olvido de mis años.

TIRESIAS

Lo mismo sentimos ambos: yo me remozo y asistiré a los coros.

CADMO

¿Iremos, pues, al monte en el carro?

TIRESIAS

No se honrará al dios como se debe.

CADMO

Yo, anciano, te llevaré a ti, también anciano, como si fueras un niño.

TIRESIAS

El mismo dios nos llevará allá sin trabajo.

CADMO

¿Y de todos los ciudadanos sólo nosotros formaremos coros en honor de Dionysos?

TIRESIAS

Nosotros solos somos sensatos; los demás deliran.

CADMO

Mucho tardaremos; coge tú mi mano.

TIRESIAS

Hela aquí, enlázala y júntala con la tuya.

CADMO

No soy yo, simple mortal, quien desprecia a los dioses.

TIRESIAS

Tratándose de ellos, dejémonos de sutilezas. Respetemos las tradiciones de nuestros padres, sean cuales fueren, y no habrá razón que las destruya, aunque sean parto del más agudo ingenio. Quizá dirá alguno que no sienta bien a mis años danzar coronado de hiedra. El dios no ha establecido si ha de ser joven o viejo el que guíe los coros; sólo quiere que todos le tributen comunes honores, y no fija que sean tantos o cuantos los que han de adorarle.

CADMO

Ya que tú, ¡oh Tiresias!, no ves esta luz, yo seré para ti el adivino que ha de explicarte lo que suceda. Penteo, hijo de Equión, a quien dí el cetro de Tebas, se acerca precipitadamente a este palacio. ¡Qué sorprendido parece! ¿Qué dirá de nuevo?

PENTEO

Ausente estaba, y supe que en esta ciudad habían ocurrido extraños males; que nuestras mujeres habían abandonado sus casas por engañosas bacanales, y andan errantes en los umbrosos montes adorando con

sus danzas a Dionysos, nuevo dios, o a un impostor cualquiera; que en sus conciliábulos circulan copas llenas, y que, huyendo unas de otras, se dejan abrazar de los hombres, pretextando, es verdad, que son ménades que celebran sagradas fiestas, pero, en rigor, honrando a Afrodita más que a Dionysos. En la cárcel guardan mis servidores a cuantas he atrapado, atadas las manos; también vendrán las que faltan cuando las prendan en el monte; esto es, Ino, Agave, que me concibió de Equión, y Autonoe, la madre de Acteón, y les pondré férreas cadenas, y las apartaré de esta bacanal malvada. Dicen, no obstante, que ha llegado de la Lidia cierto farsante extranjero, cierto encantador de blondos rizos y perfumado cabello, de negros y agraciados ojos, que no las deja de día ni de noche, con achaque de celebrar con las doncellas sagradas bacanales. Si le llego a cautivar, cesarán de una vez sus gesticulaciones acompañadas del tirso, separándole la cabeza del cuerpo. El dice que es el dios Dionysos; él, que en otro tiempo estuvo encerrado en el muslo de Zeus, y que el rayo lo abrasó con su madre, dando a entender falsamente que se había casado con el rey de los dioses. ¿No merece muerte infame la petulante conducta de ese extranjero, quienquiera que sea? Pero he aquí otro milagro: mirad al divino Tiresias con pieles de cervatillo manchadas, y al padre de mi madre, ridícula pareja, que como bacantes agitan la férula. Me avergüenzo, padre, viéndote chochear tan viejo. ¿No tirarás la hiedra? ¿No soltarás el tirso, padre de mi madre? ¿Tú lo has seducido, Tiresias? ¿Quieres, acaso, difundiendo entre los hombres el culto de ese nuevo dios, observar el vuelo de las aves y enriquecerte examinando el fuego? Si no fuése por tu cana vejez, atado

te había de ver en medio de las bacantes, ya que favoreces este culto dañoso. Cuando en los banquetes prueban las mujeres el zumo de la uva, se acabó ya el orden en las orgías.

EL CORO

¿No respetas a la piedad venerable, ¡oh extranjero!, ni a Cadmo, el que sembró los hijos de la Tierra? ¿Cómo siendo tú hijo de Equión deshonras así tu linaje?

TIRESIAS

Cuando el sabio encuentra ocasión oportuna, no es difícil que hable bien. Voluble es tu lengua como de hombre sagaz, pero insensatas tus palabras. El atrevido, como sea poderoso y elocuente, perjudica más que aprovecha si le falta el juicio. Este dios nuevo, de quien tú te burlas, ha de ser tan grande en la Hélade, que yo no puedo expresarlo. Dos dioses, ¡oh joven!, son los principales entre los hombres: Deméter (la Tierra es, llámala como quieras), que les da alimentos secos, y en segundo lugar, y distinto de ella, el hijo de Semele, que inventó el llamado licor de la uva y quiere divulgarlo entre los mortales, librándolos de dolores en sus infinitas miserias cuando de él se hartan, y entregándolos al sueño, olvido de los males cotidianos. Ningún otro filtro es tan poderoso para desterrar sus cuidados. Con este mismo dios se hacen libaciones a los demás, para que, interceciendo él, seamos dichosos. ¿Te ríes de que Zeus lo haya guardado en su muslo? Te lo explicaré de la mejor manera. Después que lo libró del fuego fulmíneo y llevó al Olimpo al recién nacido, quiso Hera expulsarlo del cielo; pero Zeus se valió

de cierta astucia, digna de un dios. Cortando parte del aire que rodea a la tierra, lo transformó en Dionysos y lo dió en rehenes a Hera para evitar disputas, y después dijeron los hombres que acabó de formarse criado en el muslo de Zeus, alterando la palabra por el motivo indicado, y fingieron esa fábula. Es dios adivino, porque el mismo desorden y la locura que produce ayudan a profetizar. Cuando se apodera de nosotros nos obliga a predecir lo futuro, haciéndonos perder la razón. También se asemeja a Ares, que aterra a los ejércitos armados puestos en orden de batalla, antes de acometer con la lanza; también este furor es obra de Dionysos. Algún día le veréis en las rocas de Delfos danzando con antorchas en su peñasco de dos puntas, y vibrando y sacudiendo el báquico ramo. No dudes que será grande en la Hélade. Obedéceme, pues, Penteo; no creas que el mandar vale algo entre los hombres, ni, si lo crees (vana es tu opinión), te tengas por sabio; acoge al dios en tus dominios, y ofrécele libaciones, y celebra bacanales, y corona tu cabeza. Dionysos no incita a las mujeres a ser deshonestas, al contrario, según la naturaleza de cada uno, enseña siempre en todo la continencia. Considera que, aun en las bacanales, la que es casta no se pervierte. ¿Ves? Tú gozas cuando vienen muchos a tus puertas y ensalza la ciudad el nombre de Penteo, y él, a mi parecer, gozará también cuando le tributen honores. Así, yo y Cadmo, a pesar de tus burlas, nos coronaremos de hiedra y danzaremos, ancianos los dos y de cabellos blancos, y por mi parte no resistiré al dios arrastrado por tus consejos. Deliras de la manera más desdichada, y no hay remedio que pueda sanarte, y si no empleas los indicados, cierta es tu ruina.

EL CORO

¡Oh anciano, tus palabras no deshonran a Febo, y eres prudente adorando a Bromio, dios grande!

CADMO

Buenos, ¡oh hijo!, son los consejos de Tiresias; imítanos y no desprecies las nuevas leyes. Tu entendimiento se ha extraviado y tu razón es sinrazón. Aun cuando no sea dios, como dices, afírmalo, sin embargo, y miente en honra suya, y se creerá que Semele le dió a luz, y no padecerá nuestro linaje. ¿No recuerdas la mísera muerte de Acteón? Devoráronlo en la selva rabiosos perros que crió, por sostener que era mejor cazador que Artemisa. Para que no te suceda esto, ven y coronaré de hiedra tu cabeza; alaba con nosotros al dios.

PENTEO

No me toques siquiera; vete a celebrar tus bacanales y no me hagas partícipe de tu necedad. Castigaré a este maestro tuyo en tales delirios. Que alguno sin perder tiempo se encamine a la casa de Tiresias, en donde examina los auspicios, y fuerce las puertas y las derribe, y lo revuelva todo, y entregue las coronas a los vientos y a las borrascas, que así será grande su tormento. Recorred vosotros toda la ciudad en busca de ese afeminado extranjero, que intenta pervertir aún más a las mujeres y desunir los matrimonios; y si os apoderáis de él, traedlo aquí atado y que muera a pedradas, ya que ha promovido en Tebas acerbas bacanales.

TIRESIAS

¡Oh desventurado! ¡Cómo ignoras las consecuencias de tus órdenes! Ya estás furioso, cuando hace

poco eras sólo insensato. Vámonos nosotros, Cadmo, y roguemos al dios por él, a pesar de su crueldad, y por Tebas, y que nos libre de mal. Pero sígueme con tu báculo de hiedra, para que me sostengas como puedas y yo a ti. Es vergonzoso que caigan en tierra dos ancianos; pero, en fin, suceda lo que quiera. Es preciso servir a Baco, hijo de Zeus. ¡Ojalá que Penteo, ¡oh, Cadmo!, no lleve el luto a tu palacio; y no mires esto como una profecía, sino como el efecto natural de lo que intenta; su necedad le hace decir sandeces.

EL CORO

Estrofa 1.ª—¡Oh santidad, diosa venerable! ¡Oh santidad, que recorres el orbe con tus alas de oro! ¿Oyes las palabras de Penteo? ¿Oyes sus impías injurias contra Bromio, hijo de Semele, entre los inmortales el primero, cuando las alegres coronas adornan los banquetes? Suyo es guiar en las fiestas a los coros, infundir la alegría al són de las flautas y disminuir los cuidados cuando el licor de la uva circula en la mesa de los dioses, o cuando la copa invita al sueño a los mortales en los festines en que abunda la floreciente hiedra.

Antistrofa 1.ª—Fin infortunado tienen la lengua desenfrenada y la demencia que desprecia las leyes; al contrario, la vida práctica y la moderación permanecen inalterables y conservan las familias, pues aunque los dioses habiten lejos el éter, no descuidan las cosas humanas. La sabiduría demasiado sutil no es sabiduría, ni el ambicionar lo que no está al alcance del hombre. Breve es la vida, y el que acomete grandes empresas no goza de los bienes presentes.

Inclinaciones son éstas, en mi juicio, de insensatos y necios.

Estrofa 2.ª—Que yo vaya a Cipria, isla de Afrodita, en donde moran los amores que difunden dulce deleite entre los mortales, hacia donde las cien bocas del río bárbaro, fecundan la tierra sin las lluvias del cielo; que vaya a la bellísima morada de las Piérides, colina sagrada del Olimpo. Llévame allá, Bromio; Bromio, dios que las bacantes adoran: allí están las Cárites, allí Eros, allí es lícito celebrar báquicas orgías.

Antiestrofa 2.ª—Este dios, hijo de Zeus, goza con los alegres banquetes y ama la Paz, madre de las riquezas, diosa que alimenta a los jóvenes y distribuye por igual entre el rico y el pobre los placeres del vino, que destierran la tristeza; aborrece a quien no se cuida de sus bienes, y nos da grata vida de día y de noche. Lejos de ti el sutil ingenio y los pensamientos de los muy sabios; lo que el humilde vulgo sigue y aprueba será también mi divisa.

UN CRIADO

Aquí nos tienes, Penteo, con la presa que anhelabas, que tus órdenes no han sido vanas. Dulce fué con nosotros esta fiera, y no huyó, entregándose a nosotros sin repugnancia, y risueña nos mandó que la trajésemos aquí atada, y se estuvo quieta, facilitando nuestro trabajo. Yo le dije con respeto: "¡Oh extranjero, no te llevo por mi voluntad, sino por mandato de Penteo, que me envió!" Pero las bacantes que habías encerrado, apoderándote a la fuerza de ellas y maniatándolas en la cárcel pública, se han escapado y danzan en los bosques lejanos invocando al dios Bromio. Sus grillos se abrieron por sí mismos,

y las prisiones las dejaron atravesar sus puertas sin intervenir la mano del hombre. Muchos milagros acompañan en Tebas a este varón. A ti te toca cuidar de lo demás.

PENTEO

Desata las manos de este prisionero, que, ya en mis redes, no es tan ligero que pueda escapárseme. Y seguramente, ¡oh peregrino!, no es deforme tu cuerpo para seducir a las mujeres, motivo que te trajo a Tebas; larga es tu cabellera, no para la lucha, y oculta parte de tus mejillas excitando al deleite, y blanco y bello tu color, hijo de la sombra, no de los rayos del sol, que fascina por su belleza. Dime primero cuál es tu linaje.

DIONYSOS

No seré jactancioso; fácil es decirlo. Acaso hayas oído hablar del florido Tmolo.

PENTEO

Sí, el que rodea por todas partes a la ciudad de Sardes.

DIONYSOS

De allí soy, y Lidia es mi patria.

PENTEO

¿De dónde importas este culto en la Hélade?

DIONYSOS

Dionysos nos inició, hijo de Zeus.

PENTEO

¿Y hay allí, en efecto, algún Zeus que engendra nuevos dioses?

DIONYSOS

No; es el mismo que se casó aquí con Semele.

PENTEO

¿Quizá de noche en sueños, o se te apareció despierto excitándote a celebrar su culto?

DIONYSOS

Yo lo vi y él me veía, y me inició en sus misterios.

PENTEO

¿Pero qué significan esas orgías?

DIONYSOS

Está prohibido que lo sepan los hombres no iniciados en los misterios de Dionysos.

PENTEO

¿Y para qué sirven?

DIONYSOS

Tú no puedes oírlo, pero importa conocerlos.

PENTEO

Sagazmente lo encubres, cuando quiero saberlo.

DIONYSOS

Los misterios del dios no son para los impíos.

PENTEO

Si dices que viste al dios claramente, ¿cómo era?

DIONYSOS

Como quiso; yo nada le mandaba.

PENTEO

Esquivas deliberadamente mi pregunta para no replicar nada.

DIONYSOS

El que habla a un necio, aunque sea prudente parecerá también necio.

PENTEO

¿Fuiste tú el primero que vino aquí adorando ese nuevo dios?

DIONYSOS

Todos los bárbaros con danzas celebran tales orgías.

PENTEO

En prudencia son muy inferiores a los helenos.

DIONYSOS

En esto, al menos, son superiores, no obstante la diversidad de sus costumbres.

PENTEO

Y su culto, ¿se celebra de noche o de día?

DIONYSOS

Generalmente de noche: hay en las tinieblas yo no sé qué de santo.

PENTEO

Peligroso es para las mujeres y expuesto a graves males.

DIONYSOS

Quienquiera encontrará torpezas a la luz del día.

PENTEO

Castigo merecen tus perjudiciales sofismas.

DIONYSOS

Y tu estolidez y tu impiedad.

PENTEO

¡Osado es este sectario de Dionysos, y, a la verdad, no imperito en el decir!

DIONYSOS

Dime... la pena que me aguarda: ¿qué castigo piensas darme?

PENTEO

En primer lugar, cortaré tus delicados rizos.

DIONYSOS

Son sagrados: los dejo crecer en honor del dios.

PENTEO

Dame ahora el tirso que llevas en la mano.

DIONYSOS

Quítamelo tú; el mismo Dionysos me lo dió.

PENTEO

Y seguras cadenas te guardarán.

DIONYSOS

Me libertará cuando yo quiera el mismo dios.

PENTEO

Cuando puedas invocarlo en medio de las bacantes.

DIONYSOS

Y ahora, junto a mí, ve lo que sufro.

PENTEO

¿En dónde está? Yo no lo veo.

DIONYSOS

Conmigo; tú no lo ves porque eres impío.

PENTEO

A él, servidores; se burla de mí y de Tebas.

DIONYSOS

Yo, en mi sano juicio, mando a insensatos que no me aten.

PENTEO

Y yo, que mando más que tú, ordeno que te sujeten.

DIONYSOS

Ni conoces tu destino, ni lo que haces, ni quién eres.

PENTEO

Soy Penteo, hijo de Agave, y Equión es mi padre.

DIONYSOS

Bien indica tu nombre la desgracia que te aguarda.

PENTEO

Vete; atadlo junto al pesebre, y que le rodeen obscuras tinieblas. Baila allí: en cuanto a las que te acompañan, cómplices de tus crímenes, o las vende-

remos o acabaremos con su alboroto y sus tambores, y serán mis esclavas y tejerán mis telas.

DIONYSOS

Voyme: lo que no está decretado, no debe sufrirse; pero no dudes que Dionysos, a quien niegas, te castigará por tus ultrajes, porque ofendiéndome, lo llevas también a la prisión.

EL CORO

Estrofa 1.ª—... hija del Aqueloo, venerable y noble virgen Dirce, que en otro tiempo recibiste en tus ondas al hijo de Zeus, cuando su padre lo libró del fuego inmortal y encerrándole en su muslo exclamó: "Andad, Dityrambo, sufre un nuevo y varonil útero: con este nombre te mostraré, ¡oh Baco!, y así te llamará Tebas. Y tú, ¡oh bienaventurada Dirce!, ¿tú me rechazas, cuando te traigo coronada muchedumbre? ¿Por qué me desprecias? ¿Por qué huyes? En verdad te digo que en adelante, sí, por los racimos de la vid, delicias de Dionysos, que en adelante cuidarás de Bromio.

Antistrofa 1.ª—Mira, mira cuán cruel es el linaje de Penteo, hijo de la tierra, que nació del dragón, hijo de Equión, parto de la tierra, monstruo cruel, no hombre mortal, sino como sanguinario gigante enemigo de los dioses, que en un momento ató mis manos, siendo sacerdotisa de Dionysos, y en el palacio guarda en cárcel tenebrosa a mi compañero en los coros. ¿Lo ves tú, ¡oh Dionysos!, hijo de Zeus, ves a tu sacerdote en peligro? Ven, ¡oh rey!, atravesando el Olimpo, agita tu tirso florido de color de oro, y refrena la osadía de este hombre impío.

Epodo.—¿En dónde, pues, ¡oh Dionysos!, presides

con tu tirso en los coros? ¿En Nyssa, madre de fieras, o en la cima del Corycio? ¿Quizá en las cavernas frondosas del Olimpo, en donde Orfeo tocaba la cítara en otro tiempo, arrastrando con su canto a los árboles y a las fieras de los montes? ¡Oh Pieria, tierra desventurada! Evios te adora, y vendrá con sus coros y sus bacantes, y, pasando solamente las corrientes del Axios, guiará a las ménades danzando, y atravesará Lydia, que derrama la dicha y riega con sus aguas, según he oído, esa fértil región de muchos y buenos caballos.

DIONYSOS

¡Alerta, bacantes; alerta bacantes! ¡Oíd, oíd mi voz!

EL CORO

¿De quién es esta voz? ¿de quién? ¿Desde dónde me llama Dionysos?

DIONYSOS

Venid, venid, que por segunda vez os llamo, yo, hijo de Semele y de Zeus.

EL CORO

¡Io, io; dueño mío, dueño mío! Ven a nosotras, que juntas te aguardamos, ¡oh Bromio, oh Bromio! ¡Temblor sagrado de la Tierra! ¡Ah, ah! ¡No tardará el palacio de Penteo en convertirse en ruinas! ¡En él está Dionysos! ¡Adoradlo! Nosotros te adoramos, oh Dionysos! Ved cómo saltan las piedras que se apoyan en las columnas. Bromio da triunfales clamores bajo su techo.

DIONYSOS

Enciende la tea, ardiente como el rayo. Incendia, incendia el palacio de Penteo.

UN SEMICORO

¡Ah, ah! ¿No ves el fuego, ni el sagrado sepulcro de Semele, y la llama que en otro tiempo se desprendió del rayo de Zeus, hiriéndole?

EL OTRO SEMICORO

Prosternaos en tierra, prosternad vuestros trémulos cuerpos, ménades: el rey, hijo de Zeus, se acerca, arruinando este palacio.

DIONYSOS

Mujeres bárbaras, ¿tanto es vuestro pavor que habéis caído en tierra? Según parece, sentisteis a Dionysos que sacude el palacio de Penteo. Pero levantaos y recobrad ánimo, no tembléis.

EL CORO

¡Oh astro el más resplandeciente de las dionisíacas fiestas, cuánto ha sido mi placer al verte, antes solitaria!

DIONYSOS

¿Os desesperasteis acaso cuando me llevaban, creyendo que habían de encerrarme en la negra cárcel de Penteo?

EL CORO

¿Cómo no? ¿Quién me defendería si eras víctima de alguna desdicha? ¿Pero cómo te has salvado, luchando con ese impío?

DIONYSOS

Yo mismo, sin ajeno auxilio, me salvé fácilmente.

EL CORO

¿Y no puso esposas en tus manos?

DIONYSOS

También me burlé de él, porque creyendo sujetarme, ni me tocó ni me prendió, y fué vana su esperanza. Encontrando un toro en la cuadra adonde nos llevó para encerrarnos, lo enlazó por las rodillas y los pies, respirando cólera, sudando y mordiéndose los labios, y yo, tranquilo, contemplaba su faena sentado. Entonces vino Dionysos, e hizo temblar el edificio, y encendió el fuego del sepulcro de su madre, y así que Penteo lo vió, creyendo que ardía su palacio, corrió a uno y otro lado pidiendo agua a sus servidores, y todos le ayudaron en este inútil trabajo. Receloso de que yo me escapara, se precipita en el palacio, desenvainando su negra espada. Después Bromio, según me pareció, salvo error, evocó una fantasma en el palacio, a la cual acometió Penteo, dando sendas cuchilladas al brillante éter, como si tratara de degollarme. Dionysos le suscitó además nuevos males: hizo que el regio alcázar cayera en tierra, lo redujo a polvo mientras examinaba mis dolorosas ligaduras; y soltando fatigado la espada, descansaba sin aliento. Siendo mortal, osó pelear contra un dios. Yo salí tranquilo del palacio y he venido a buscaros sin cuidarme de Penteo. Pero, según creo, se oyen pasos solitarios, y no tardará en llegar al vestíbulo. ¿Qué dirá después de todo esto? Le sufriré sin indisponerme, aunque lo exalte furiosa ira, ya que es propio del sabio ser afable y tolerante.

PENTEO

¡Extraño es lo que me pasa! Se me escapó el extranjero cargado hace poco de cadenas. ¡Hola, hola! Aquél es. ¿Qué es esto? ¿Cómo desde el vestíbulo contemplas mi palacio, libre de tu prisión?

DIONYSOS

Detente y reprime tu cólera.

PENTEO

¿Cómo sacudiendo tus cadenas te has escapado?

DIONYSOS

¿No te he dicho, o no lo has oído, que alguno me libertaría?

PENTEO

¿Quién? Siempre dices cosas nuevas.

DIONYSOS

El que crea la vid, provechosa a los hombres.

PENTEO

A Dionysos atribuyes, pues, tan rico presente.

. . . . . .

PENTEO

Que se cierren todas las torres vecinas.

DIONYSOS

¿Y para qué? ¿No atraviesan los dioses las murallas?

PENTEO

Sabio, sabio eres, excepto en lo que más te interesa.

DIONYSOS

Sabio soy, sin duda, en lo que es más necesario. Pero entérate primero de lo que quiere decirte ese mensajero que viene del monte a anunciarte alguna novedad, que nosotros nos estaremos quietos y no huiremos.

EL MENSAJERO

¡Oh Penteo, rey de esta tierra de Tebas! ¡Vengo del Citerón, en donde siempre hay blanca nieve, de resplandeciente brillo.

PENTEO

¿Y qué vienes a anunciarme?

EL MENSAJERO

Habiendo visto a las furiosas bacantes que de aquí agitadas del divino estro, huyeron con sus blancos pies, he venido deseando anunciarte, ¡oh rey!, y también a la ciudad, los milagros portentosos y superiores a todo encarecimiento que hacen. Pero desearía saber si puedo hablarte libremente, o si he de hacerlo con las consideraciones debidas. Temo, ¡oh rey!, tus ímpetus y tu cólera, y tus hábitos tiránicos.

PENTEO

Habla: por mi parte estás libre de toda pena, que cuando hay razón nunca me enfurezco. Cuanto más grave sea lo que tienes que decirme de las bacantes, tanto mayor será el castigo de éste que ha enseñado a las mujeres tan malas artes.

EL MENSAJERO

Al llevar los rebaños de bueyes a la cumbre del monte, cuando el sol, calentando a la tierra, le enviaba sus rayos, vi tres coros de mujeres, presididos el uno por Autonoe, el otro por tu madre Agave y por Ino el tercero. Todas dormían descuidadas, descansando unas en hojas de abeto, otras en hojas de encina, apoyando humildemente sus cabezas en el suelo, y en distintas actitudes, no, como tú dices, ebrias por las libaciones y por el sonido de las flautas para entregarse a la diosa Cipria en las solitarias selvas. Tu madre, que yacía en medio de las bacantes, las despertó al oír el mugido de los cornígeros bueyes. Ellas, entonces, sacudiendo el profundo sueño que cerraba sus ojos, se levantaron con maravillosa modestia, tanto las más jóvenes como las de más edad y las vírgenes no casadas. Primero desataron sus cabellos, y cubrieron sus hombros, y se pusieron las pieles de ciervo, sin lazo alguno, ciñéndolas después con serpientes, que les besaban las mejillas. Otras tenían en sus brazos cabritillos o fieros lobeznos, y les daban blanca leche, sin duda recién paridas que habían abandonado sus hijos, según era de presumir de sus hinchados pechos, y se pusieron coronas de hiedra y de encina y de florida férula. Una de ellas tomó su tirso e hirió una piedra, de la cual brotó clara corriente; otra dejó caer la férula y el dios hizo salir una fuente de vino, y las que apetecían leche entregarse a la diosa Cipria en las solitarias seltenían abundante, y de los tirsos de hiedra corría dulce miel, de tal suerte, que si la hubieses visto, con tus ardientes votos habrías llamado al dios que ahora rechazas. Todos los boyeros y pastores de ovejas resolvimos juntarnos para hablar y discutir lo

que conviniese en vista de tantos milagros, y uno que se explica bien, y que va con frecuencia a la ciudad, dijo a los demás: "¿Queréis, vosotros los que habitáis las sagradas cimas de estos montes, que cautivemos a Agave, madre de Penteo, que se halla entre las bacantes, que esto agradará al rey?" Parecióno prudente su consejo, y nos pusimos en acecho, ocultándonos entre las hojas de los árboles. Ellas, a la hora acostumbrada, aprestaban ya sus tirsos para celebrar las bacanales invocando a un tiempo a Iacco, hijo de Zeus, y a Bromio, y el monte entero comenzó a bailar entonces, arrastrando en su curso a fieras y a cuanto contenía. Casualmente danzaba Agave no lejos de mí y di un salto para apresarla, saliendo del arbusto que me ocultaba. Pero ella exclamó: "¡Oh perros míos ágiles, que estos hombres nos cautivan; seguidme, seguidme, armados de tirsos." Nosotros huímos al oírla y evitamos así que nos despedazaran las bacantes, y ellas entonces acometieron inermes a los novillos que pastaban. Te hubieras maravillado de ver a una que tenía en sus manos una vaquilla de hinchada ubre, partida por medio y mugiendo todavía, mientras las otras desgarraban a las restantes, y hubieras contemplado sus costillas o sus pezuñas hendidas diseminadas aquí y allí, y los pedazos de sus carnes palpitantes, que en los abetos manaban sangre. Los toros feroces, que furiosos embestían antes con sus cuernos, yacían tendidos en tierra, por mano de innumerables doncellas, y las pieles que los cubrían, hechas pedazos en un abrir y cerrar de ojos. Después, cual bandada de aves que levantan por los aires su vuelo, se extendieron por la ancha llanura que a orillas del Asopo da a Tebas abundantes cosechas, y atacando como enemigos a

Hysias y Erytras, a la falda del Citerón, todo lo destruyen y saquean: arrebatan a los niños de sus casas, y cuanto cargan en sus hombros sin ataduras, ya fuése de bronce, ya de hierro, ni se mueve ni se cae en el obscuro suelo: fuego radiaban sus cabellos y, sin embargo, no los abrasaba. Los atacados, furiosos, tomaron las armas al verse despojados por las bacantes. Admirable era aquel espectáculo, ¡oh rey! El dardo de acerada punta no las hería, y ellas, lanzando los tirsos, destrozaban a sus enemigos, y siendo mujeres, ponían en fuga a los hombres, no sin ayuda de algún dios. Otra vez volvieron a las mismas fuentes, que hizo brotar el dios, de donde habían salido, y se lavaron la sangre, y las serpientes con su lengua limpiaban las gotas que de las mejillas corrían por su cuerpo. Adora, pues, a este dios ¡oh soberano de Tebas!, quienquiera que sea, porque en las demás ciudades es muy venerado, y dicen de él, según he oído, que da a los mortales la vid, que destierra los cuidados. Si el vino desaparece, se acabó la diosa Cipris y escasos serán los goces de los hombres.

EL CORO

Temo hablar al rey con demasiada libertad; pero lo haré, sin embargo: Dionysos no es inferior a ningún dios.

PENTEO

Ved cómo se acerca ya a nosotros hasta tocarnos, semejante al fuego, la vituperable osadía de las bacantes, deshonra de la Hélade. No hay, pues, que vacilar; ve a la puerta Electra y manda que se preparen todos los armados de escudos, los que montan ligeros caballos, cuantos vibran las peltas y tienden

los nervios de los arcos, para hacer la guerra a las bacantes. Cansado estoy ya de sufrir las locuras de estas mujeres.

DIONYSOS

No haces caso alguno de lo que te digo, ¡oh Penteo!, pero aunque me maltrates te aconsejaré que no hagas la guerra al dios, sino al contrario, que te sosiegues. Bromio no sufrirá que lances a las bacantes de los montes evios.

PENTEO

Déjate de corregirme, que si tuviste la fortuna de escaparte cargado de cadenas, aprovéchate de ella, pues de otro modo te expones todavía a sufrir el condigno castigo.

DIONYSOS

Yo, simple mortal, preferiría rendirle culto a rechazarle obstinado, siendo un dios.

PENTEO

Haré sacrificios en su honor matando a muchas mujeres, como merecen, en la cima del Citerón.

DIONYSOS

Todos huiréis; es vergonzoso que os pongan en fuga los tirsos de Dionysos, armados vosotros con sendos escudos de bronce.

PENTEO

Intratable es el extranjero con quien nos las habemos, y no callará, ya sufra, ya obre.

DIONYSOS

¡Oh amigo!, todavía puede arreglarse todo.

PENTEO

¿Cómo? ¿Me haré esclavo de mis esclavos?

DIONYSOS

Yo traeré aquí a las mujeres, desarmadas.

PENTEO

¡Ay de mí! Ya preparas en daño mío indignos artificios.

DIONYSOS

¿Cómo así, si yo sólo deseo salvarte con ellos?

PENTEO

¿Os habéis convenido todos en celebrar perpetuas bacanales?

DIONYSOS

Es cierto, y no dudes que he hecho ese pacto con el dios.

PENTEO

Vengan mis armas; calla tú ahora.

DIONYSOS

¡Ah !¿Quieres verlas juntas en los montes?

PENTEO

Sí, sin duda, y aun daré por lograrlo mucho oro.

DIONYSOS

¿Y por qué es tan vehemente tu deseo?

PENTEO

Por observarlas agobiadas por el vicio, con gran pesar suyo.

DIONYSOS

¿Y presenciarás de buen grado lo que te será fatal?

PENTEO

No lo dudes, y me estaré callado bajo los abetos.

DIONYSOS

Pero te descubrirán, aunque vayas con cautela.

PENTEO

Iré sin ocultarme; has dicho bien.

DIONYSOS

¿Vendrás, pues, sirviéndote yo de guía?

PENTEO

Anda cuanto antes; te doy todo el tiempo que sea necesario.

DIONYSOS

Ponte, pues, un vestido de lino.

PENTEO

¿Y para qué, siendo hombre, he de disfrazarme de mujer?

DIONYSOS

Para que no te maten si ven allí a un hombre.

PENTEO

Has dicho bien, y se conoce que la experiencia te ha hecho maestro.

DIONYSOS

Así nos le enseñó Dionysos.

PENTEO

¿Y cómo llevaremos a cabo lo que me aconsejas?

DIONYSOS

Yo me encargo de tu persona si entramos en el palacio.

PENTEO

¿Cómo? ¿con traje de mujer? Me da vergüenza.

DIONYSOS

No muestras ya tanto deseo de ver a las ménades.

PENTEO

¿Cómo dices que vas a vestirme?

DIONYSOS

Una larga cabellera caerá de tu cabeza.

PENTEO

¿Y qué más?

DIONYSOS

Manto talar y una mitra.

PENTEO

¿Y qué más?

DIONYSOS

Un tirso en las manos y una piel de manchado cervatillo.

PENTEO

No puedo yo vestirme traje mujeril.

DIONYSOS

Entonces te acarrearás la muerte peleando con las bacantes.

PENTEO

Está bien; exploraremos primero el campo.

DIONYSOS

Preferible es a emplear otros medios violentos, fecundos en males.

PENTEO

¿Y cómo atravesaré la ciudad sin ser visto de los tebanos?

DIONYSOS

Iremos por calles excusadas; yo seré tu guía.

PENTEO

Cualquier medio es bueno, siempre que las bacantes no se burlen de mí.

DIONYSOS

Cuando entremos en el palacio resolveremos lo más acertado.

PENTEO

No me opongo a ello; a todo estoy dispuesto. Voy a entrar y marcharé allá, acompañado de soldados, o seguiré tus consejos. (Penteo entra en el palacio.)

DIONYSOS

Mujeres, este hombre ha caído en la red, y buscará a las bacantes, y morirá allí como merece. Manos,

pues, a la obra, ¡oh Dionysos!, que no estás lejos; venguémonos de él. Perturba primero su mente inspirándole leve furor, porque mientras conserve sano el juicio no querrá vestirse traje mujeril. Al contrario, si su imaginación se extravía, no vacilará en hacerlo. Quiero que se burlen de él los tebanos, llevándolo en ese traje ridículo por toda la ciudad, que recordará sus anteriores amenazas, tan terribles en apariencia. Pero voy a vestirlo y componerlo; irá al Hades después que muera a manos de su madre. Al fin conocerá a Dionysos, hijo de Zeus, dios de los más sensibles, y al mismo tiempo muy benévolo con los mortales.

EL CORO

Estrofa. Luego, en los nocturnos coros moveré, como bacante, mi blanco pie, agitando mi cuello en el húmedo aire, como el cervatillo que juega en los verdes prados, sus delicias, libre ya de los crueles cazadores, y se escapa de sus emboscadas y atraviesa las redes bien tejidas, mientras el cazador, dando voces, alienta a sus ágiles perros; y con trabajo, como rápido torbellino, salta por la llanura que riega el río, y goza, lejos de los hombres, en las umbrías y espesas selvas. ¿Qué dón más útil, cuál más precioso han concedido los dioses a los mortales, que tener sus manos vencedoras pendientes sobre la cabeza de sus enemigos?

Antistrofa. Tarde llega, pero cierta es la Divina Providencia, y castiga a los hombres que rinden culto a la iniquidad, e insensatos desprecian a los dioses. Astutos son, y ocultos acechan los tardos pasos del tiempo, y persiguen al impío. Nunca debemos pensar, jamás proyectar nada contrario a las leyes. Poco cuesta creer que son poderosos los dioses, sean quie-

nes fueren, como lo ha consagrado siempre un largo tiempo y como nos enseña la misma naturaleza.

Epodo. ¿Qué dón más útil, cuál más precioso han concedido los dioses a los mortales que tener sus manos vencedoras pendientes sobre la cabeza de sus enemigos? Lo que es bello es siempre grato. Dichoso aquel que se escapa de las olas del mar, y arriba al puerto; dichoso también el que sale triunfante de sus trabajos. En otro sentido, algunos superan a los demás en felicidad y en poder. Innumerables son las esperanzas humanas: las hay que terminan en la opulencia, al paso que otras se desvanecen; pero yo tengo por feliz al que vive siempre tranquilo.

DIONYSOS

Yo te llamo, ¡oh Penteo!, que anhelas ver lo que no debes, y acometer lo que no debe intentarse; sal del palacio; que te veamos adornado como una ménade para servir de expiación a tu madre y a la tropa de que forma parte; te asemejas a una hija de Cadmo.

PENTEO

Paréceme ver dos soles y dos Tebas de siete puertas; que tú, convertido en toro, me precedes, y que en tu cabeza han nacido dos cuernos. ¿Eres acaso fiera? Ahora tienes figura de toro.

DIONYSOS

Con nosotros va el dios, antes adverso y ya nuestro aliado. Ya verás lo que te interesa ver.

PENTEO

¿Qué parezco yo? ¿Ino o mi madre Agave?

DIONYSOS

Imagino que al mirarte miro a ella. Pero no está bien este rizo, como yo te lo puse, debajo de la mitra.

PENTEO

Tales movimientos hice allá dentro en todos sentidos, como una bacante, que descompuse mi peinado.

DIONYSOS

Pero nosotros, que nos hemos encargado de tu aliño, volveremos a arreglártelo. Levanta la cabeza.

PENTEO

Anda, pues; a tu disposición estamos...

DIONYSOS

Flojo está el cinturón, y los pliegues de tu vestido no caen con elegancia.

PENTEO

Así me parece por este lado izquierdo; mas por el otro creo que el manto cae bien.

DIONYSOS

Seguramente seré tu mejor amigo, cuando, contra tu opinión, observes la modestia de las bacantes.

PENTEO

¿Cómo me asemejaré más a una bacante, llevando el tirso en la mano derecha o en la izquierda?

DIONYSOS

Es menester levantarlo con la derecha y con el pie del mismo lado; alabo tu cambio de opinión.

PENTEO

¿No puedo llevar en mis hombros con las bacantes la cima del Citerón?

DIONYSOS

Podrás, si quieres; antes no estabas en tu sano juicio; ahora piensas como debes.

PENTEO

¿Llevaremos palancas, o lo arrancaré con mis manos y llevaré su cumbre sobre mis hombros o en mis brazos?

DIONYSOS

No trastornes los lugares en donde residen las Ninfas o Pan, y en los cuales suele tocar la flauta.

PENTEO

Has dicho bien: por la fuerza no se vence a las mujeres; así me ocultaré entre los abetos.

DIONYSOS

Te esconderás como debes, ya que vas engañado a servir de expiación a las ménades.

PENTEO

Y espero cautivarlas, como si fueran aves, en las muy dulces redes de sus lechos.

DIONYSOS

Todo tu afán es presenciar ese espectáculo; quizá las cautives, si no te cautivan antes.

PENTEO

Llévame ahora por medio de la sierra tebana que soy el único habitante de esta ciudad que osa acometer tal empresa.

DIONYSOS

Tú solo te ufanas en provecho de Tebas, tú solo; así te aguardan luchas que han de darte gloria. Sígueme, que yo seré el guía que te salve; de allí te traerá otro.

PENTEO

Sin duda mi madre.

DIONYSOS

Es claro.

PENTEO

Allá voy.

DIONYSOS

De allí te traerán.

PENTEO

¿Aludes a mi molicie?

DIONYSOS

En brazos de tu madre.

PENTEO

Y me obligas a consagrarme al deleite.

DIONYSOS

Tales son los que para ti prevengo.

PENTEO

Digna de mí es la empresa que acometo.

DIONYSOS

Temible eres, temible eres, y vas a presenciar espantosa matanza para alcanzar la gloria que en el cielo te aguarda. (Se retira Penteo.) Extiende tu mano, ¡oh Agave!, y vosotras, hermanas, hijas de Cadmo; llevo a este joven a sufrir terrible lucha; yo y Bromio seremos vencedores; lo que después suceda os enseñará lo demás.

EL CORO

Estrofa. Andad, andad al monte, ágiles perros del Furor, en donde las hijas de Cadmo celebran las bacanales; excitadlas contra este espía rabioso de las ménades revestido de adornos mujeriles. Su madre le verá primero acechando detrás de pulida piedra, o en algún árbol y gritará a las bacantes: "¿Quién, ¡oh bacantes!, es este explorador de los cadmeos, que ha llegado con felicidad al monte? ¿Quién lo engendró? No ha nacido de sangre de mujer, sino de alguna leona o del linaje de las Gorgonas líbicas. Preséntese la justicia armada de su cuchilla y húndala en el cuello de este impío, de este malvado, de este engendro de la tierra, hijo de Equión, violador del derecho.

Antistrofa. Con inicua atención y criminal furor viene, ¡oh Bromio!, a tus orgías y a las de tu madre, lleno de furia, y delirante como si fuera a vencer a tu deidad invicta. El hombre modesto pronto a tributar a los dioses los honores que les deben los mortales, y de humanos sentimientos, vive sin dolor. Con placer sería sabio, sin excitar su envidia; honor grande e ilustre es también vivir de día y de noche honradamente, ser piadoso y adorar a los dioses, rechazando cuanto se opone a las leyes establecidas. Preséntese la justicia armada de su cuchilla y húndala en el cuello del impío, del malvado engendro de la tierra, hijo de Equión, que viola el derecho.

Epodo. Aparécete, toro o dragón de muchas cabezas, o león rojo como el fuego. Ea, Bromio, echa tu lazo fatal con semblante risueño al que viene en busca de las bacantes, que caerá en medio de las ménades.

EL MENSAJERO

¡Oh linaje del anciano Sidonio, que florecías en otro tiempo en la Hélade y sembraste la semilla serpentina del dragón, hijo de la tierra! ¡Cómo deploro tu suerte, aunque esclavo, ya que el esclavo leal comparte también las desdichas de sus dueños!

EL CORO

¿Qué hay? ¿Anuncias algo nuevo relativo a las bacantes?

EL MENSAJERO

Murió Penteo, hijo de Equión.

EL CORO

¡Oh rey Bromio! ¡Has probado cuán grande, cuán grande eres!

EL MENSAJERO

¿Qué dices? ¿Por qué hablas así? ¿Te alegran acaso, ¡oh mujer!, los males de mis señores?

EL CORO

Extranjera soy, y prorrumpo en versos bárbaros, acompañados de dionisíacos clamores, que ya no me hacen temblar las cadenas.

EL MENSAJERO

¿Crees tú acaso que Tebas es tan cobarde? ..

EL CORO

Dionysos, Dionysos es mi soberano, no Tebas.

EL MENSAJERO

Digna eres de perdón; pero no es honesto, ¡oh mujeres!, alegrarse de los males ajenos.

EL CORO

Dime, cuéntame cómo ha muerto ese hombre, fautor de injusticias.

EL MENSAJERO.

Después de pasar más allá de Terapna la tebana y de las aguas del Asopo, comenzamos a subir la pendiente del Citerón, Penteo, yo, su fiel servidor, y el extranjero que nos guiaba para enseñarnos las bacantes. Primero hicimos alto en un valle lleno de hierba, andando con cuidado y en silencio para que viésemos sin ser vistos. Estaba cercado de peñascos por ambas partes, con arroyos que lo regaban, y lleno de umbrosos pinos, y en él yacían las ménades, ocupadas en gratos trabajos. Unas coronaban otra vez de hiedra sus tirsos, ya despojados de ella; otras, como los potrillos que dejan sus pintorescos pastos, se respondían cantando dionisíacos versos. El desdichado Penteo, no viéndolas, no obstante su número, dijo: "¡Oh extranjero!, no veo aquí a las ménades por más que miro; quizá si me subo a alguna eminencia o en algún elevado abeto presenciaré claramente sus torpezas." Entonces fuí yo testigo de un milagro, que hizo el extranjero; agarró la rama más alta de un

abeto, la dobló hasta el obscuro suelo, encorvóla como un arco, o cual rueda cuando gira moviéndose alrededor de su eje, y de este modo, atrayéndola él la doblaba hasta tocar la tierra, haciendo lo que no hubiera hecho ningún hombre. Colocado Penteo en las ramas del abeto, las soltó otra vez con cuidado, de modo que no lo dejase caer si se enderezaba de pronto. El abeto, ya derecho, elevaba al cielo su cima, y en ella aparecía sentado mi dueño. Viéronlo las ménades antes que él las viese, apenas llegó a lo alto, desapareciendo el extranjero y oyéndose cierta voz, al parecer de Dionysos, que exclamó desde los aires: "¡Oh tiernas jóvenes!, os traigo al que se burla de vosotras, de mí y de mis orgías; castigadle, pues." Y mientras esto decía relampagueaba el fuego sagrado en la tierra y en el cielo. El aire quedó mudo, callaron las hojas del umbrío bosque, y ni se percibían los aullidos de las fieras. Ellas, al escuchar confusamente la voz, se levantaron y miraban a todas partes. Volvió entonces él a exhortarlas. Cuando las hijas de Cadmo conocieron distintamente la trompeta dionisíaca, se precipitaron en veloz carrera, no más tardas que palomas, Agave, su madre, sus hermanas y todas las bacantes, y recorrían las rocas y el valle dividido por el torrente, agitadas del estro furioso del dios. Cuando vieron a mi señor en el abeto, primero le tiraron piedras con gran fuerza, subiéndose a un peñasco como si fuera una torre; después ramas; otras lanzaron al aire sus tirsos contra Penteo, blanco desdichado, pero nada conseguían. El infeliz, a una altura a la cual no podían llegar las bacantes a pesar de sus esfuerzos, no se movía, sin saber qué hacer. Al fin rompieron ramas de encina, y con tales palancas intentaban arrancar de raíz al abeto; pero cansadas de sus inútiles tentativas, dijo así Agave: "Andad,

ménades, cercad el árbol para apoderarnos de la fiera que se ha subido en él, y evitaremos que publique las danzas misteriosas del dios.'' Todas ellas sacudieron juntas el abeto y lo arrancaron de la tierra, y Penteo, sentado en lo más alto, cayó desde allí al suelo dando un gran gemido, presintiendo sin duda la desdicha que le amenazaba. Su madre, la primera, comenzó, como sacerdotisa, el sacrificio, y le acometió; él se quitó la mitra de la cabeza para que la mísera Agave, conociéndolo, no lo matase, y dijo tocando sus mejillas: ''Yo, madre, soy tu hijo Penteo, que diste a luz en el palacio de Equión; compadécete de mí, ¡oh madre!, y, por mis pecados, no mates a tu hijo.'' Mas ella, echando espuma por la boca y revolviendo sus ojos extraviados, sin sentir compasión y poseída de Bromio, no se apiadó de él. Cogió con sus manos la izquierda de Penteo, y apoyando su pie en el cuerpo del desventurado, le arrancó el brazo, no a impulso de su fuerza, sino ayudada del dios. Ino acababa la obra por otra parte desgarrando sus carnes, y Autonoe y toda la muchedumbre de las bacantes le amenazaba también. Oíanse clamores de toda especie, y él gemía mientras respiraba, y ellas aullaban a un tiempo. Y una le arrancaba el otro brazo, otra un pie con su calzado y desgarraba sus entrañas, y otras, llenas de sangre las manos, rasgaban sus carnes. Yace, pues, su cuerpo hecho pedazos, parte bajo ásperos peñascos, parte en las espesas ramas de la selva, y no es fácil encontrarlos; y la cabeza, de que se apoderó su madre, clavada está en un tirso como la de un león, y la pasean por el Citerón mientras danzan sus hermanas en el coro de las ménades. Y envanecida con tan triste trofeo regresa a estas murallas invocando a Dionysos, su compañero y victorioso auxiliar en la conquista de este botín, fuente para

ella de lágrimas, no de placer. Yo me alejaré de este teatro de calamidades antes que Agave llegue al palacio. Someterse a las leyes divinas y obedecerlas es para mí lo mejor y lo más prudente, y dignos de alabanza los mortales que así lo hacen. (Vase.)

EL CORO

Celebremos con danzas a Baco, cantemos la desdicha de Penteo, descendiente del dragón, que, al vestirse el traje mujeril y empuñar la férula, recibió segura muerte, coronado de bellas hojas, arrastrándolo un toro al abismo. Bacantes, descendientes de Cadmo, en luto y lágrimas trocasteis vuestro egregio canto de victoria. Grata lucha la de despedazar un hijo con manos que gotean sangre. Pero veo a Agave, madre de Penteo, que viene apresurada a su palacio con los ojos extraviados. Acoged a las compañeras del dios Evio.

AGAVE

¡Bacantes asiáticas!

EL CORO

¿Para qué me llamáis?

AGAVE

Traemos de los montes al palacio hiedra recién cortada y rica presa.

EL CORO

Ya la veo: bienvenida seas, ¡oh compañera de mis danzas!

AGAVE

Cogí sin lazos... este león nuevo, como puedes verlo.

EL CORO

¿En qué desierto?

AGAVE

En el Citerón.

EL CORO

¿Qué hizo el Citerón?

AGAVE

Lo mató.

EL CORO

¿Cuál fué la primera que lo hirió?

AGAVE

Mío es este honor. Yo, la bienaventurada Agave, seré inmortal en las asambleas dionisíacas.

EL CORO

¿Y cuál después?

AGAVE

Los descendientes...

EL CORO

¿Qué descendientes?

AGAVE

Los de Cadmo; pero después que yo, después que yo se acercaron a esta fiera.

EL CORO

¡Felices vosotras, que os apoderásteis de tal presa!

AGAVE

Ya participarás del banquete.

EL CORO

¿De que banquete, desventurada?

AGAVE

Este novillo, tierno aún, tiene en sus mejillas vello reciente, y suaves cabellos adornan su cabeza.

EL CORO

Notable es su melena; como de salvaje alimaña.

AGAVE

Baco, prudente cazador, excitó sabiamente a las ménades a cazarlo.

EL CORO

Este rey es el que preside a la caza.

AGAVE

¿Lo apruebas?

EL CORO

¿Cómo no? Lo apruebo.

AGAVE

Y después también los cadmeos...

EL CORO

Y Penteo también a su madre...

AGAVE

Alabará por haber apresado a este león.

EL CORO

Hermoso, en verdad.

AGAVE

Hermoso, en efecto.

EL CORO

¿Te alegras?

AGAVE

Me alegro por las grandes, por las grandes hazañas que se han ejecutado en esta región.

EL CORO

Enseña, pues, ¡oh desventurada!, enseña a los ciudadanos el trofeo que traes de tu victoria.

AGAVE

¡Oh vosotros!, que habitáis la ciudad bien fortificada de este campo tebano, venid y veréis esta presa, esta fiera que apresamos nosotras las hijas de Cadmo, no valiéndonos de los aguzados dardos tesalios, no de redes, sino de los dedos de nuestras blancas manos. ¡Vanagloriaos, pues, ahora, y preparad, fabricando lanzas, inútiles armas! Nosotras con esta mano nos apoderamos de él y en diversos trozos cortamos sus miembros. ¿En dónde está mi anciano padre? Que se acerque. Y mi hijo Penteo, ¿en dónde está? Que traiga escalas de compactos peldaños, y clave en los esculpidos artesonados esta cabeza de león que os presento.

CADMO

Seguidme, cargados con el cadáver del mísero Penteo; seguidme, siervos, al palacio: con mucho trabajo

encontré su pecho despedazado en las gargantas del Citerón, no en donde lo inmolaron, sino en lo más áspero de la selva, en lugar oculto y de difícil acceso. Contáronme las maldades que han cometido mis hijas al atravesar las murallas y penetrar en la ciudad, acompañado de Tiresias a mi vuelta de las bacanales; y regresando otra vez al monte traigo aquí a mi hijo, muerto a manos de las ménades. Y vi a Ino y a Autonoe, que de Aristeo dió a luz en otro tiempo a Acteón, danzando todavía furiosas, y alguno me dijo que Agave se dirigía aquí con pie báquico, y no fué falso, en verdad, que la veo, y al mismo tiempo un espectáculo nada grato.

AGAVE

Mucho, ¡oh padre!, puedes vanagloriarte por haber engendrado dos hijas de las más ilustres; todas ellas lo son y yo principalmente, que, dejando la tela en la lanzadera, acometo más altas empresas, apresando en persona a las fieras. Ves en mis brazos la recompensa que ha tenido mi valor, para que puedas clavarla en tu palacio. Acéptala, ¡oh padre!, y gozoso con el fruto de mi caza, convida a tus amigos: bienaventurado, bienaventurado eres por haber dado el ser a hijas capaces de tales hazañas.

CADMO

¡Oh asesinato funesto, fuente de inagotable llanto! ¡Y tú lo has perpetrado con tus manos desventuradas! Inspirada por los dioses celebraste este sacrificio y me invitas al festín y también a Tebas! ¡Ay de mí! ¡Qué desdicha para ti y para mí también! Justamente, aunque con rigor, nos perdió el dios, el rey Bromio, a pesar de su parentesco con nosotros.

AGAVE

¡Cuán molesta es para los hombres la vejez, y cuán triste su aspecto! ¡Ojalá que mi hijo sea afortunado en la caza, y tan ingenioso como su madre, cuando persiga a las fieras con los jóvenes tebanos! Pero sólo sabe resistir a los dioses. Tú, ¡oh padre!, y yo también debemos aconsejarle que no se complazca siguiendo las lecciones de malhadados maestros. ¿En dónde está? ¿Quién lo llamará para que venga a verme tan gozosa?

CADMO

¡Ay, ay de mí! Grave dolor ha de causarte tu acción, cuando recobres el juicio; si siempre permanecieras así, aunque no fuerais felices, no conoceríais, sin embargo, toda la extensión de vuestro infortunio.

AGAVE

¿Pero hay en todo esto algo que no te parece bien o es causa de pena?

CADMO

Primeramente mira el aire con tus ojos.

AGAVE

Así lo hago. ¿Por qué me lo mandas?

CADMO

¿Es para ti el mismo, o crees que ha variado?

AGAVE

Figúrasene más transparente y que brilla más que antes.

CADMO

¿Sientes todavía en tu alma la misma perturbación?

AGAVE

No entiendo lo que dices, pero poco a poco recobro mi juicio y vuelvo a mi estado natural.

CADMO

¿Oirás lo que te diga? ¿Me responderás con claridad?

AGAVE

Como que ya no me acuerdo de lo que acabo de decir, ¡oh padre!

CADMO

¿A qué palacio viniste después de celebrar tu himeneo?

AGAVE

Me casaste con Equión, hijo, según dicen, de los dientes del dragón, que se sembraron.

CADMO

¿Qué hijo nació en ese palacio, de tu marido y tuyo?

AGAVE

Penteo, fruto de nuestra unión.

CADMO

¿Y cúya es la cabeza que sostienes con tus brazos?

AGAVE

De un león, según dijeron las cazadoras.

CADMO

Mírala con cuidado; poco cuesta observarla.

AGAVE

¡Ay de mí! ¿Qué veo? ¿Qué es esto que traigo en mis manos?

CADMO

Contémplalo y examínalo atenta.

AGAVE

¡Desventurada de mí! ¡Contemplo la mayor desventura!

CADMO

¿Te parece ahora semejante a un león?

AGAVE

No. ¡Qué infortunada! Tengo en mis manos la cabeza de Penteo.

CADMO

Llorado antes de ser reconocido.

AGAVE

¿Quién lo mató? ¿Cómo ha venido a mi poder?

CADMO

¡Mísera realidad, cuán intempestiva eres!

AGAVE

Habla, porque tiemblo al pensar en lo que vas a decir.

CADMO

Tú y tus hermanas lo matasteis.

AGAVE

¿En dónde pereció? ¿En el palacio, o en qué lugar?

CADMO

En donde tus perros despedazaron antes a Acteón.

AGAVE

¿Y por qué fué al monte este desdichado?

CADMO

Fué a burlarse del dios y de tus bacanales.

AGAVE

¿Pero cómo nosotras nos acercamos a él?

CADMO

Estabais furiosas, y toda la ciudad corría al mismo tiempo agitada por el ardor báquico.

AGAVE

Dionysos nos perdió; al fin lo entiendo.

CADMO

Lo injuriabais no adorándolo.

AGAVE

¿Pero en dónde está el cuerpo de mi hijo muy querido, ¡oh padre!?

CADMO

Aquí, habiéndolo encontrado con no poco trabajo.

AGAVE

¿Pero no ha sufrido mutilación alguna?

. . . . . .

AGAVE

¿Y qué relación hay entre Penteo y mi locura?

CADMO

Os imitó no adorando al dios. Sin duda por esto padecisteis igual daño así él como vosotras, y arruinasteis a esta familia y a mí, que, no teniendo hijos varones, veo, ¡oh desventurada!, muerto torpe y tristemente a este fruto de tu vientre; que en ti, ¡oh hijo!, cifrábamos todos nuestra esperanza, y tú eras nuestro báculo, hijo de mi hija, venerado de los ciudadanos; ninguno, sólo al mirarte, se atrevía a ofenderme en mi vejez, que pronto le hubiese alcanzado justo castigo. Despreciado ahora, me echarán de este palacio, a mí, aquel famoso Cadmo que sembró el linaje de los tebanos y segué óptima mies lisonjera. ¡Oh hijo!, el más amado de los hombres, aunque no existas, siempre serás el más querido, ya que no tocaré más esta barba con mi mano ni abrazarás más al padre de tu madre, diciéndole: "¿Quién te injuria, anciano? ¿Quién te desprecia? ¿Quién aflige tu corazón? ¿Quién te ofende?, dímelo que yo castigaré al que tal haga, ¡oh padre!" Ahora soy desdichado y tú también, y tu madre y tus infelices hermanas, dignas de lástima. Así, si alguno no venera a los dioses, acuérdese de la muerte de Penteo y crea en ellos.

EL CORO

Duéleme tu suerte, ¡oh Cadmo!, tu nieto ha recibido el castigo que merecía, aunque te llene de amargura.

AGAVE

¡Oh padre!, ya ves cuánto he cambiado... si no cometiese este crimen que debo expiar.

. . . . . .

DIONYSOS

. . . . . .

dragón serás, cambiando de forma, y tu esposa Harmonía, hija de Ares, con la que te casaste, siendo tú mortal, será convertida en fiera serpiente. Con tu esposa guiarás una yunta de novillos, como dice el oráculo de Zeus, y reinarás entre los bárbaros. Y con tropas innumerables derribarás muchas ciudades; pero cuando devastaren el oráculo de Loxias será infeliz su vuelta. Ares, sin embargo, te salvará, y también Harmonía, y te llevará a vivir al país de los bienaventurados. Yo, Dionysos, lo digo, no nacido de padre mortal, sino de Zeus. Si hubieseis sido prudentes, cuando no queríais, os hubiese ayudado el hijo de Zeus, y sería feliz vuestra suerte.

AGAVE

¡Oh Dionysos!, nosotros te suplicamos que nos perdones nuestros pecados.

DIONYSOS

Tarde lo conocéis, no cuando debíais.

AGAVE

Así lo confesamos; pero es cruel tu venganza.

DIONYSOS

Vosotros, siendo yo dios, me injuriábais.

AGAVE

Los dioses no han de imitar a los mortales.

DIONYSOS

Zeus, mi padre, lo había decretado largo tiempo hacía.

AGAVE

¡Ay, ay de mí! Condenados estamos, ¡oh Cadmo!, a mísero destierro.

DIONYSOS

¿Por qué, pues vacilláis en cumplir vuestro destino?

CADMO

¡Oh hija, qué deplorable es nuestra suerte, y tú qué desdichada, y cuánto tus hermanas! Yo, mísero anciano, pediré hospitalidad en tierra extranjera, y obediente al triste hado, traeré a la Hélade mis tropas de bárbaros, y a la hija de Ares, a Harmonía, mi esposa, convertida en dragón espantoso,como yo, al frente de mi ejército, a devastar los altares y sepulcros helenos, y será tanta mi desdicha, que nunca me veré libre de males, ni tranquilo pasaré el Aqueronte en la navecilla.

AGAVE

¡Oh padre!, y yo, separada de ti, seré también desterrada.

CADMO

¿Por qué me abrazas, ¡oh hija desdichada!, como si fuése un cisne, blanca ave agobiada por los años?

AGAVE

¿Adónde iré, expulsada de mi patria?

CADMO

No lo sé, hija; de poco puede servirte tu padre.

AGAVE

¡Adiós, palacio, adiós, ciudad en que nací; mísera desterrada de mi hogar, te dejo presa de amarga pena!

CADMO

Busca, ¡oh hija!, a Aristeo...

AGAVE

¡Por ti lloro, padre!

CADMO

¡Y yo por ti, hija, y por tus hermanas!

AGAVE

Cruel es el castigo que el rey Dionysos da a tu familia por la injuria que le hicisteis.

CADMO

Atroz fué también el agravio no honrándose en Tebas su nombre.

AGAVE

¡Adiós, padre!

CADMO

¡Adiós, hija desdichada! Difícilmente recobrarás tu alegría.

AGAVE

Guiadme, ¡oh amigas!, en busca de mis hermanas, que me acompañarán en el destierro. Lejos iré del abominable Citerón, en donde no lo vean mis ojos, ni sepan lo que es tirso. De él cuidarán otras bacantes.

EL CORO

Bajo múltiples formas se muestra el hado, y muchas cosas que no se esperan hacen los dioses, y lo que se aguardaba no viene, y el cielo les da fin inopinado. Así ha sucedido ahora.

IFIGENIA EN AULIDE

Envuelta en las sombras de la noche se ve en el Teatro una tienda suntuosa próxima al campamento griego. Agamenón sale de ella con una carta en la mano y como hablando consigo mismo, y pronuncia las palabras que siguen:

AGAMENON (dirigiéndose a la tienda.)

OLA, anciano, sal de la tienda y ven acá.

EL ANCIANO

Aquí estoy. Aunque viejo no duermo ni son torpes mis ojos. ¿Qué nueva orden quieres darme, rey Agamenón?

AGAMENON

Ya la sabrás.

EL ANCIANO

Pronto, pues.

AGAMENON

¿Cuál es esa estrella que sigue su curso por el cielo?

EL ANCIANO

Sirio, que guía junto a las siete Pléyadas, todavía a la mitad de su carrera.

AGAMENON

Aún no se oye el canto de las aves, ni la mar y vientos silenciosos se deslizan en el Euripo.

EL ANCIANO

Pero, ¿a qué sales de tu tienda, rey Agamenón? Todavía descansa Aulide, y no se mueven los centinelas de las murallas. Entremos.

AGAMENON

Feliz eres, anciano; feliz es cualquier mortal que pasa su vida sin fama y sin gloria, y menos felices los que disfrutan de honores.

EL ANCIANO

Y, sin embargo, son el encanto de los hombres.

AGAMENON

Pero ocasionados a peligros; y aun cuando agrade ser el primero, trae también sus penalidades: ya porque descuidamos el culto de los dioses y nos castigan, ya porque nos atormentan los juicios humanos, varios y descontentadizos.

EL ANCIANO

No alabo tales palabras en boca de un príncipe. Atreo, ¡oh Agamenón!, no te engendró sólo para go-

zar, sino para que sintieras placer y dolor, como mortal que eres. Y aunque no quieras, quiérenlo los dioses. Tú, a la luz de la lámpara, has escrito esta carta, que todavía traes en tus manos, y borraste otra vez sus letras, y la sellaste, y la desataste y tiraste las tablillas por tierra, derramando abundantes lágrimas, y poco te faltaba para perder el seso. ¿Qué te aflige?, ¿qué te aflige? ¿Qué novedad ha ocurrido?; ¿qué novedad, rey? Vamos, habla conmigo, que soy bueno y leal, pues Tíndaro me dió a tu cónyuge al casarte como prueba de su liberalidad, y he sido su fiel compañero.

AGAMENON

Tres vírgenes dió a luz Leda, hija de Testias: Febe, Clitemnestra, mi esposa, y Helena, cuya mano pretendieron los mancebos más nobles y ricos de la Hélade. Atroces amenazas profería, abundante sangre se preparaba a derramar cualquiera de ellos que no la lograse. Tíndaro, su padre, dudaba, pues, si la daría o no a alguno, preocupándole cuál sería el partido más acertado. Y se le ocurrió entonces obligar a los pretendientes, con juramento, juntando sus diestras y ofreciendo libaciones mientras el fuego consumía a las víctimas y pronunciaban terribles imprecaciones, a socorrer al que se casase con su hija si alguno la robaba de su palacio, arrancándola del lecho de su dueño, y que pelearían con él y derribarían su ciudad a mano armada, ya fuese helena, ya bárbara. Después que así lo hicieron todos y que el astuto viejo ejecutó su sagaz proyecto, dejó en libertad a su hija de elegir uno de ellos, el más favorecido por Afrodita y ella (ojalá que nunca la tomase por esposa) prefirió a Menelao. Cuando desde la

Frigia vino a Lacedemonia este juez de diosas (según es fama entre los hombres), con sus brillantes vestidos, lleno de oro resplandeciente y con su bárbaro lujo, enamorado de Helena y ella de él, la llevó a los pastos de Ida, ausente Menelao en lejanos países. Su esposo, al volver, recorrió toda la Hélade y recordó el antiguo juramento que sus rivales le prestaron a Tíndaro, con arreglo al cual debían ayudar al ofendido. Por esta causa resolvieron los helenos hacer la guerra; tomaron las armas, y vinieron al estrecho de Aulide con naves y clipeos, y con muchos caballos y carros, y me eligieron su capitán por deferencia a Menelao, mi hermano. ¡Ojalá que otro cualquiera obtuviese en mi lugar esta dignidad! Reunido el ejército, permanecemos en Aulide sin poder navegar. El adivino Calcas contesta a nuestras preguntas y vacilaciones diciéndonos que sacrifiquemos a Ifigenia, mi hija, para honrar a Artemisa, que mora en este suelo, y que si así lo hacemos, seguiremos nuestro rumbo y destruiremos a los frigios; y que si no, nada lograremos. Cuando lo supe ordené a Taltibio que licenciase sin dilación todo el ejército, ya que nunca conseguirá de mí que dé muerte a mi hija; pero después mi hermano, estrechándome vivamente, me ha persuadido que consienta en tales atrocidades. Y he escrito a mi esposa que me envíe a Ifigenia como para casarla con Aquiles; le pondero la grandeza de éste, y le digo que no quiere navegar con los aqueos a no tener en la Ftia esposa de nuestra sangre: he pensado convencer a Clitemnestra pretextando el falso matrimonio de su hija; pero la verdad, entre todos los aqueos, sólo lo sabemos yo, Calcas, Odiseo y Menelao. Pero cuanto prometí entonces sin razón, lo borro ahora de estas tablillas, mejor aconsejado, favorecido por las sombras de la noche; y habiéndolas desatado y sellado de nuevo, las entregaré a un anciano fiel a mi linaje y a mi esposa. Ahora llevarás a mi esposa la carta que me has visto abrir y sellar varias veces, diciéndote antes su contenido.

EL ANCIANO

Dímelo, decláramelo, para que, al hablar, mi lengua lo confirme.

AGAMENON

Además de mi carta anterior, te remito ésta, ¡oh hija de Leda!, para que no venga tu hija al estrecho sinuoso de la Eubea, a Aulide, abrigada de las olas. El año próximo inmediato celebraremos su himeneo.

EL ANCIANO

Pero ¿cómo Aquiles, viéndose engañado, no se encolerizará, indignándose contra ti y contra tu esposa? Peligroso es esto. Dime lo que piensas.

AGAMENON

Aquiles sólo es el pretexto, no la verdadera causa de su venida, y nada sabe de tales nupcias, ni de nuestros proyectos, ni que yo haya dado palabra de casarlo con mi hija, ni de entregársela

EL ANCIANO

Grave es lo que meditas, rey Agamenón, pues en vez de casar a tu hija con el hijo de la diosa, piensas sacrificarla a los dánaos.

AGAMENON

¡Ay de mí, he perdido el juicio! ¡Ay, ay de mí! ¡Me precipito en mi daño! Pero vete ligero y olvídate de tu edad.

EL ANCIANO

Ya corro, ¡oh rey!

AGAMENON

Que no te detengas en las fuentes umbrosas ni te dejes dominar por el dulce sueño.

EL ANCIANO

Ruégote que pronuncies palabras de buen agüero.

AGAMENON

Siempre que atravieses una encrucijada, mira alrededor, cuidando de que no se te oculte ningún carro de veloces ruedas que traiga a mi hija a las naves de los hijos de Danao. Y si encuentras a los que la conducen, hazlos volver, apodérate de las riendas y llévalos a las murallas de los Cíclopes.

EL ANCIANO

Así lo haré.

AGAMENON

Pero anda, sal cuanto antes de esta plaza.

EL ANCIANO

Mas, dime, ¿cómo darán crédito a mis palabras tu esposa e hija?

AGAMENON

Guarda el sello que cubre esta carta. Vete. Ya brilla la aurora y palidece esta luz, y asoma el fuego de la cuadriga de Helios. Sírveme en mis trabajos. Ningún mortal es dichoso hasta el fin; ninguno ha habido hasta ahora que no conozca el dolor. (Vanse Agamenón y el anciano.)

EL CORO

Estrofa 1.ª—He venido a la arenosa costa de la marítima Aulide navegando por las ondas de Euripo hasta el angosto estrecho, y dejando la Cálcide, mi ciudad, bañada por la ínclita Aretusa, que se precipita en la mar, para ver el ejército de los aqueos y las mil naves de belicosos guerreros que se dirigen a Troya, mandados por el blondo Menelao y por el noble Agamenón. Tratan, según cuentan nuestros esposos, de recobrar a Helena, robada del Eurotas, abundante en cañas, por el pastor Paris, dón que le hizo Afrodita cuando, cerca de la oculta fuente, la declaró más bella que sus dos rivales Hera y Palas.

Antistrofa 1.ª—Presurosa atravesé el bosque en donde se elevaba el humo de muchos sacrificios en honor de Artemisa, tiñendo mis mejillas juvenil rubor por contemplar las trincheras de los que llevan clipeos, las tiendas de campaña de los hijos de Dánao y los escuadrones de caballos. Y he visto a los dos Ayax, amigos, al hijo de Oileo y al de Telamón, gloria de Salamina, y a Protesilao, que con Palamedes, el nieto de Poseidón, juega con varias figurillas; y a Diomedes, aficionado a lanzar el disco, y junto a él a Merión, de la raza de Ares, portento entre los hombres; y al hijo de Laertes, oriundo de insulares montes, y a Nireo, el más hermoso de los aqueos.

Epodo.—Y vi también a Aquiles, ligero como el viento, hijo de Tetis, discípulo de Quirón, corriendo con sus armas por la arenosa ribera, disputando a pie la victoria a una cuadriga. Y gritaba el auriga Eumelo, del linaje de Feres, aguijando los hermosísimos caballos de insignes frenos llenos de oro: los de en medio, junto al yugo, eran pintados de blanco,

y los otros dos, los de más largas riendas, que se ayudaban mutuamente en su carrera, de pelo rojo, con manchas en las piernas, más arriba de su casco sólido; y junto a ellos, y cerca de la rueda y de sus rayos, corría armado el hijo de Peleo.

Estrofa 2.ª—Vi también sus numerosas naves, espectáculo admirable, y que satisfizo mi juvenil curiosidad, disfrutando de dulce deleite. Formaba el ala derecha de la armada la escuadra ftiótica de los mirmidones, con cincuenta bajeles impetuosos. Doradas imágenes en su parte más alta representaban a las Nereidas, distintivo de las naves que llevaban el ejército de Aquiles.

Antistrofa 2.ª—Cerca de ellas estaban los buques argivos, de igual número de remos, a cuyo frente iba el hijo de Mecisteo, educado por su abuelo Talante, y Stenelo, el hijo de Capaneo. Seguían después las sesenta naves del Atica, mandadas por el hijo de Teseo, llevando a Palas en ecuestre y alado carro, signo fausto a los navegantes.

Estrofa 3.ª—Vi también la armada de los beocios, compuesta de cincuenta naves adornadas de símbolos, y entre ellos, y en la parte más elevada, a Cadmo, teniendo en sus manos un dragón dorado; Leitos, el hijo de Gea, los mandaba. Vi también a los de Fócide y a los locrenses, iguales en número, capitaneados por el hijo de Oileo, que abandonó a la ilustre ciudad Troniada.

Antistrofa 3.ª—El hijo de Atreo, de la ciclópea Micenas, iba al frente de cien naves, y con él su hermano, capitán también, como un amigo va con otro, para pedir, en nombre de la Hélade, estrecha cuenta a la que dejó su palacio para contraer, en las popas de las naves del Gerenio Néstor, que vino de Pilos,

bárbaras nupcias. Vi además una imagen con pies de toro, símbolo del Alfeo.

Epodo.—Doce eran los bajeles de los aicianos que obedecían al rey Guneo, y junto a ellos los príncipes de la Elide, llamados Epeos por todo el pueblo, a las órdenes de Eurito. Las naves Tafias, armadas de brillantes remos, las guiaba Meges, hijo de Fileo, habiendo dejado las islas Equinades, inaccesibles a los marineros. Y Ayax, criado en Salamina, juntaba las últimas del ala derecha a la izquierda, en doce ligerísimos bajeles, apostado cerca de ellos, según observé al visitar la flota griega; y si algún buque bárbaro se atreve a atacarla, no podrá volver, según es de presumir, de su formidable aspecto. Oiga lo que oyere, en mi patria conservaré eterna memoria de tan importante armada.

EL ANCIANO

Menelao, ¿osas cometer atrocidades que no debías intentar?

MENELAO

Aparta; eres demasiado fiel a tus señores.

EL ANCIANO

Honrosa es la injuria que me haces.

MENELAO

Llorarás si no desistes de tu propósito.

EL ANCIANO

No debiste abrir la carta que yo llevaba.

MENELAO

Ni tú llevarla, si habías de perjudicar a toda la Hélade.

EL ANCIANO

Con otros puedes disputar; pero déjamela ahora.

MENELAO

No la soltaré.

EL ANCIANO

Ni yo tampoco.

MENELAO

Pronto con mi cetro llenaré de sangre tu cabeza.

EL ANCIANO

Pero es glorioso morir por sus señores.

MENELAO

Suelta, que para esclavo hablas demasiado.

EL ANCIANO

Injúrianos, señor: Menelao, ¡oh Agamenón!, me ha arrancado con violencia tu carta, y desoye la voz de la justicia.

AGAMENON

¿Cómo? ¿Qué tumulto es éste? ¿Qué sucede en las puertas? ¿Qué significan estas palabras descomedidas?

MENELAO

Más vale que yo te hable, no éste.

AGAMENON

Pero, ¿por qué, ¡oh Menelao!, disputas y violentas a este esclavo?

MENELAO

Mírame, para saber cómo he de hablarte.

AGAMENON

¿Me impedirá el miedo abrir los párpados, siendo hijo de Atreo?

MENELAO

¿Ves esta tablilla? ¿Conoces su odioso contenido?

AGAMENON

La veo, y lo primero que hay que hacer es soltarla.

MENELAO

No antes de enseñar a todos los dánaos lo que hay escrito en ella.

AGAMENON

¿Sabes acaso, habiendo roto el sello, lo que debías ignorar?

MENELAO

Aflígete, que se han de descubrir tus ocultas maldades.

AGAMENON

¿Cómo te apoderaste de ella? ¡Oh dioses, cuánta es tu impudencia!

MENELAO

Esperando a tu hija de Argos, si ha de venir a reunirse con el ejército.

AGAMENON

¿Y por qué tanto interés por mis asuntos? ¿No es inaudito descaro?

MENELAO

Sólo porque quería; yo no soy tu esclavo.

AGAMENON

¿Y dejará de ser un abuso? ¿No podré gobernar mi casa?

MENELAO

Fácilmente varías de parecer: ahora piensas así, antes de otra manera, después pensarás de otra distinta.

AGAMENON

Sagaz eres en demasía; perjudicial la lengua hábil en hacerse odiosa.

MENELAO

Los ánimos versátiles, no sinceros, son injustos con los amigos. Pero deseo convencerte, para que ni la ira te desfigure la verdad, ni digas que te hablo con desprecio. ¿Acuérdaste de cuando deseabas llevar a los dánaos a Ilión, no fingida, sino verdaderamente, cuán humilde eras y cómo estrechabas todas las diestras y dabas acceso en tu palacio a todo el pueblo, y audiencia aunque no quisieran, mostrándote afable con exceso, para que te confiasen el supremo mando? Y después, así que te lo concedieron, variaste de conducta, no fuiste ya amigo de tus amigos como antes, era difícil verte, y rara vez se te hallaba en tu palacio. El hombre probo que obtiene el mando,

no debe ser tan inconstante, sino, al contrario, amar más a sus amigos, porque si la fortuna le sonríe, puede servirles mejor. Tales son tus primeras faltas. Después que llegaste a Aulide con todo el ejército, para nada servías, consternado con el contratiempo que te suscitaron los dioses, oponiéndose a nuestra navegación. Pero los dánaos te pedían que disolvieras la armada, para no sufrir en Aulide inútilmente. ¡Qué triste era tu semblante y cuánta tu turbación si, capitán de cien naves, no llenabas con tus soldados los campos de Príamo! Y me mandabas llamar y me decías: "¿Qué haré? ¿Qué remedio pondré?" Y todo por temor de perder el mando y la preclara gloria, que esperabas conseguir. Después, cuando Calcas sacrificó y te intimó que mataras a tu hija en honor de Artemisa, y que sólo así podrían navegar los dánaos, te llenó de gozo y prometiste hacerlo; y voluntariamente ordenaste a tu esposa, no obligado por la fuerza, como no te atreverás a sostener, que enviase aquí a tu hija con el pretexto de casarla con Aquiles. Luego cambias de parecer, y averiguamos que remites otras cartas y que no inmolarás a tu hija, lo cual, en verdad, no te favorece mucho. Así también se desprende de tus últimas palabras. Lo que a ti, sucede a muchos en la gestión de los negocios públicos: primero se afanan cuanto pueden, y a poco decaen vergonzosamente, ya por temor a necias hablillas, ya con razón, porque no pueden defender a la República. Duélome sobre todo de la mísera Hélade, que deseaba acometer gloriosa empresa y se ve forzada a dejar impunes a bárbaros que nada valen, y que se burlarán de ella por tu causa y por tu hija. A ninguno pondría yo al frente de un Estado ni de un ejército por su interés personal; el que

manda en una ciudad ha de ser prudente; así cualquiera puede gobernarla, con tal que sea sensato.

EL CORO

Amargo espectáculo es el de hermanos que se querellan, disputan y dan voces.

AGAMENON

Quiero replicarte como mereces, aunque con dulzura y en pocas palabras, sin fruncir mi ceño con impudencia, sino con moderación, porque eres mi hermano. El hombre de bien suele ser con todos respetuoso. Dime, ¿a qué viene tu desagrado y esos ojos que respiran sangre? ¿Quién te injuria? ¿Qué necesitas? ¿Deseas rescatar tu buena esposa? Yo no puedo dártela; mal la educaste. Y yo, que en nada pequé, ¿expiaré tus faltas? ¿Te atormenta mi ambición? ¿O quieres estrechar en tus brazos a tu bella compañera, sin acordarte del honor ni de la justicia? Son vituperables deleites de hombre depravado. Y si yo, pensando mal primero, varié prudentemente de parecer, ¿estaré loco por eso? Más bien tú que, perdiendo una esposa culpable, gracias, a algún dios que te favorecía, quienes recuperarla. Sus necios pretendientes, ansiosos de casarse con ella, prestaron Tíndaro el consabido juramento. Pero la Esperanza es diosa, según creo, y contribuyó más a ello que tú y tu poder. Emprende, con su ayuda la guerra, que, a mi juicio, no tardarás en arrepentirte de tu insensatez. No hay deidad sin inteligencia que no sepa distinguir el juramento informal y arrancado por la fuerza. Yo no mataré a mis hijos, ni será justo que tú logres tu deseo castigando a una mujer pésima, y me consuman las lágrimas noche y día si cometo iniquidades e injusticias contra los hijos

que engendré. Pocas son mis palabras, pero claras, por lo cual, si no quieres moderarte, cuidaré de lo que me interesa.

EL CORO

Distintas son estas frases de las pronunciadas antes; pero aconsejan con razón que miremos por nuestros hijos.

MENELAO

¡Ay, ay de mí! ¡Que sea tanta mi desventura y me abandonen mis amigos!

AGAMENON

Sí, si no intentas perder los que tienes.

MENELAO

¿Cómo pruebas que eres también hijo de mi padre?

AGAMENON

Deseo ser contigo prudente, no enfurecerme.

MENELAO

Nuestros amigos deben participar de nuestras penas.

AGAMENON

Aconséjame haciéndome bien, no llenándome de amargura.

MENELAO

¿No piensas ya acabar con los helenos tu penosa empresa?

EL CORO

La Hélade, sin duda por decreto de algún dios, delira como tú.

MENELAO

¡Envanécete, pues, con tu cetro, vendiendo a tu hermano! Apelaré a otros recursos y acudiré a otros amigos.

EL MENSAJERO

¡Oh Agamenón, rey de todos los helenos! Tráigote a tu hija, a la que llamaste Ifigenia en tu palacio. Acompáñanla su madre, tu esposa Clitemnestra, y tu hijo Orestes, para que goces al verlos tras dilatada ausencia. Como el camino ha sido largo, lavan sus delicados pies en una clara fuente, como yeguas sueltas en verde prado, para que saboreen agradable pasto. Yo me adelanto para que te prepares, porque el ejército sabe (veloz fama ha corrido por él) que tu hija ha llegado. Presurosa muchedumbre acude a verla. ¡Bienaventurados los mortales que alcanzan preclara gloria! Mas dicen: "¿Qué nupcias son éstas? ¿De qué se trata? ¿El rey Agamenón ha mandado llamar a su hija por regocijarse con su visita?" A otros hubieras oído estas palabras: "Van a iniciar a esa tierna doncella en los sacrificios de Artemisa, reina de Aulide. ¿Quién se casará con ella?" Pero date prisa en ofrecer los cestos sagrados, y que tú y el rey Menelao coronéis vuestras cabezas; celebra con pompa el himeneo, y que en el palacio resuenen la flauta y las ruidosas danzas, que brilló para la doncella el día de su ventura.

AGAMENON

Está bien; pero entra en mi morada, que si es propicia la fortuna, no nos abandonará en lo demás. (Se aleja el Mensajero.) ¡Ay de mí! ¿Qué diré yo, desventurado? ¿Cómo empezaré? ¿En qué lazo fatal he-

mos caído? El destino me previene, y es más sagaz que todas mis intrigas. ¡Cuántas ventajas trae el nacer en humilde cuna! Licencia tiene el hombre obscuro para llorar cuanto quiera y decir lo que le plazca, y esto es indecoroso para los nobles; vanas apariencias gobiernan nuestra vida, y servimos a la plebe. Temo seguramente dar rienda suelta a mis lágrimas, y después, en mi desdicha, siento no llorar, víctima de tantas calamidades. Veamos. ¿Qué diré a mi esposa? ¿Cómo recibirla? ¿Con qué ojos mirarla? Y ha venido sin ser llamada, añadiendo este nuevo mal a los que ya sufría. Sin embargo, con razón ha seguido a su hija para celebrar sus bodas y entregarla a su esposo, ya que tanto la ama, y sólo encontrará aquí hombres pérfidos. A la desdichada virgen (¿pero a qué la llamo virgen? Hades, según creo, la tomará en breve por esposa) ¡cuánto la compadezco! Paréceme oírla, diciédome suplicante: "¿Por qué me matas, padre? ¡Que nupcias como éstas celebres tú y todos los que ames!" Orestes gritará junto a ella no sabiendo lo que sucede, pues todavía es niño. ¡Ay, ay, cómo me ha perdido Paris, el hijo de Príamo, causa de todos mis males, por casarse con Helena!

EL CORO

Compasión me mueve, y, mujer peregrina, gimo, como debo, por la desdicha de mis príncipes.

MENELAO

Hermano, déjame tocar tu diestra.

AGAMENON

Sea así; tuya es la victoria, mía la derrota.

MENELAO

Juro por Pélope, el que se llamaba padre del tuyo y del mío, y por Atreo, que me engendró, que te hablaré con franqueza y sin artificio ni disimulo. Cuando te vi llorar me compadecí de ti y lloré también, y abandono ahora mi anterior propósito, por no ser cruel contigo; pienso, pues, como tú, y te ruego que no mates a tu hija, ni sólo atiendas a mi conveniencia. No es justo que tú gimas y yo goce, que los tuyos mueran y los míos vean la luz. ¿Qué pretendo? ¿No podré celebrar otras nupcias gloriosas si las deseo? Y perdiendo a mi hermano, lo cual es indigno para mí, ¿recibiré a Helena, o lo malo por lo bueno? Como aturdido joven discurría, hasta que reflexionando un poco he llegado a comprender que es un verdadero crimen matar a nuestros hijos. Duélome también de esta infeliz doncella, pensando en los lazos de la sangre que a ella me unen, y en su sacrificio en aras de mi himeneo. ¿Qué relación hay entre tu hija y Helena? Acábese la expedición en Aulide. Tú, hermano, no llenes tus ojos de lágrimas y no me fuerces a llorar. Y si te inquieta el vaticinio sobre tu hija, a mí no; cédote todo mi derecho. Repruebo ahora mi cruel propósito, como debo; varié de parecer por afecto al hijo de mi padre. Costumbre es del hombre de bien elegir siempre lo mejor.

EL CORO

Has hablado con grandeza, digna de Tántalo, hijo de Zeus: no deshonras a tus mayores.

AGAMENON

Alábote, Menelao, porque, contra lo que esperaba, has pronunciado palabras razonables, tales cuales debías. Causas de discordia han de ser entre hermanos el amor y el deseo de enriquecer su familia: maldigo tal parentesco, amargo para ellos. Pero la necesidad me obliga a consumar el sangriento asesinato de mi hija.

MENELAO

¿Cómo? ¿Quién podrá obligarte a matar a tu hija?

AGAMENON

Todo el ejército aqueo aquí reunido.

MENELAO

No, si ordenas a Ifigenia que se vuelva a Argos.

AGAMENON

En esta parte podría engañarlos, pero no en la otra.

MENELAO

¿Y cuál es la otra? Nunca conviene demostrar demasiado temor a la muchedumbre.

AGAMENON

Calcas declarará los oráculos al ejército de los argivos.

MENELAO

No si lo previenes, lo cual es fácil.

AGAMENON

El linaje entero de los adivinos es ávido de males.

MENELAO

Ni provechoso, ni útil en nada en que interviene.

AGAMENON

¿Pero no te infunde recelo la idea que me ocurre?

MENELAO

¿Cómo adivinarla?

AGAMENON

El hijo de Sísifo lo sabe todo.

MENELAO

Ni a ti ni a mí puede Odiseo dañarnos.

AGAMENON

Es siempre astuto y defensor del pueblo.

MENELAO

Domínalo la ambición, mal grave.

AGAMENON

No dudes, pues, que asistirá a la asamblea de los argivos, declarará los oráculos de Calcas y hablará del sacrificio que he prometido; añadirá que intento engañar a Artemisa, faltando a mi palabra, y arrastrará al ejército, y matándonos a ti y a mí, mandará a los argivos que maten también a mi hija. Y si huyo a Argos, me seguirán y arruinarán las murallas Ciclópeas y a mí con ellas, y devastarán mi reino. Tales son mis desdichas. ¡Oh, cuánta es mi desventura! ¡A qué angustia me reducen los dioses! Cuida sólo, ¡oh Menelao!, atravesando el campamento, de que nada sepa Clitemnestra antes de inmolar a mi hija y de entregarla a Hades, para que, ya que soy infortunado, derrame las menos lágrimas posibles. Y vosotras, extranjeras, guardad silencio.

EL CORO

Estrofa.—Felices los morigerados y castos que disfrutan del tálamo de Afrodita y de sus pacíficos goces libres de rabiosos ardores, cuando Eros el de cabellos de oro tiende contra nosotros sus dos arcos: el uno que da venturosa y duradera suerte, y el otro desordenada vida. Bellísima Cipris, aparta este último de nuestro lecho: contenta con modesta hermosura que sean puros mis amores; que yo participe de tus placeres sin abusar de ellos.

Antistrofa.—Diversos son los caracteres de los mortales, diversas las costumbres, pero las buenas dicha segura. Una educación escogida es de gran importancia para alcanzar la virtud. La vergüenza es sabiduría y da gracia que consuela, haciéndonos elegir lo que nos conviene, y en opinión de todos nos da inmarcesible gloria. Afanarse por el cumplimiento de nuestro deber es digno de alabanza; eviten, pues, las mujeres los amores ilícitos, y sean los hombres modestos sin afectación, que así servirán mucho a su patria.

Epodo.—Tú viniste, ¡oh Paris!, desde donde te educabas, apacentando los blancos novillos del Ida, al són de tus cantos bárbaros y modulando con la flauta frigia imitaciones de Olimpo; gozosas pacían la hierba las vacas, abundantes en leche, cuando te hicieron su juez las diosas, y de aquí tu embajada a los ebúrneos palacios de la Hélade, y el amor que al verte sintió Helena, y la herida que tú recibiste. De aquí también que la discordia, sí, que la discordia guiase a los helenos con sus lanzas y sus naves contra la Troya de Pérgamo. (Llega el carro donde vienen Clitemnestra y su hija.) ¡Viva! ¡Viva! Grandes son las felicidades de los poderosos: ved a mi reina Ifigenia, hija del rey,

y a Clitemnestra, hija de Tíndaro, ambas de ilustre prosapia, y que han logrado afortunada suerte. Mucho pueden los dioses que conceden las riquezas a los mortales no desventurados. Detengámonos, ¡oh doncellas de Calcis!, ayudemos a la reina a descender de su carro y depositémosla en tierra con pie firme, extendiendo suavemente nuestras manos y con benévola sonrisa, para no afligir a la ínclita hija de Agamenón, que acaba de llegar a este país. Nosotras, extranjeras, no debemos infundir sobresalto ni terror a estas argivas, también extranjeras.

CLITEMNESTRA (desde su carro.)

De buen agüero es para nosotras tu bondadosa acogida y corteses palabras, y abrigo cierta esperanza de que la desposada que me acompaña contraerá feliz himeneo. Saca del carro los presentes nupciales que traigo para la virgen, y llévalos con diligencia al palacio. Tú, hija, baja también, poniendo en tierra tu pie tierno y poco seguro. Vosotras, jóvenes de Calcis, recibidla en vuestros brazos y ayudadle a descender, y a mí también, para apearme cómodamente; y otros sujeten a los caballos (que son asustadizos y no obedecen a la voz), y tomad a Orestes, hijo de Agamenón, que todavía no habla. ¿Duermes, hijo, arrullado por el movimiento del carro? Despierta, afortunado, y asistirás a las nupcias de tu hermana, que, siendo tú noble, vas a contraer ilustre parentesco con el nieto de Nereo, igual a los dioses. Ifigenia, hija mía, ven cerca de mí, cerca de tu madre, y prueba a estos extranjeros mi dicha, y saluda ya a tu amado padre. ¡Oh rey Agamenón!, para mí el más venerable de los hombres, ya hemos llegado, obedeciendo sin tardanza tus mandatos.

IFIGENIA

¡Oh madre! (Saliendo presurosa al encuentro de su padre.) (Y no te enojes conmigo), estrecharé contra mi pecho a mi padre. Quiero abrazarle corriendo. ¡Oh padre al cabo de tanto tiempo, deseo gozar mirándote; no te enfades.

CLITEMNESTRA

Abandónate a tan puro placer, ¡oh hija!, que quisiste siempre a tu padre más que todos tus hermanos.

IFIGENIA

¡Oh padre! Con cuánta alegría te veo tras ausencia tan larga.

AGAMENON

Y yo a ti; tú sientes lo que yo.

IFIGENIA

Salve, padre. Alabo tu propósito de hacerme venir junto a ti.

AGAMENON

No sé, ¡oh hija!, si afirmarlo o negarlo.

IFIGENIA

¡Ay de mí! Poco halagüeño es ahora tu semblante, tan plácido ha poco al verme.

AGAMENON

Muchos son los cuidados de un rey y de un general.

IFIGENIA

Piensa sólo en mí, y olvídate de lo demás.

AGAMENON

Y contigo estoy en cuerpo y alma, y no en otra parte.

IFIGENIA

Desarruga, pues, tu ceño y mírame con ternura.

AGAMENON

Ya me alegro; siempre me alegro al verte, ¡oh hija mía!

IFIGENIA

¿Y sin embargo derramas lágrimas de tus ojos?

AGAMENON

Larga será después nuestra ausencia.

IFIGENIA

No sé lo que dices, no sé lo que dices, padre muy querido.

AGAMENON

Cuanto más sensatas son tus palabras, más me mueves a lástima.

IFIGENIA

Diré, pues, sandeces, si así te complazco.

AGAMENON

¡Válganme los dioses! No puedo callar; alábote, sin embargo.

IFIGENIA

Quédate en tu palacio, ¡oh padre!, al lado de tus hijos.

AGAMENON

Lo deseo en verdad, y siento no poderlo hacer.

IFIGENIA

Perezcan los guerreros con Menelao, origen de nuestros males.

AGAMENON

Que a otros harán desdichados, como a mí me hicieron.

IFIGENIA

¡Cuánto ha durado tu ausencia, detenido en Aulide!

AGAMENON

Y algún obstáculo me impide también ahora proseguir mi rumbo con el ejército.

IFIGENIA

¿En dónde dicen que habitan los frigios, padre?

AGAMENON

En donde ojalá que nunca habitara Paris, hijo de Príamo.

IFIGENIA

Lejos navegas, padre, abandonándome.

AGAMENON

Igual es tu suerte, ¡oh hija!, a la de tu padre.

IFIGENIA

¡Oh! ¡Ojalá fuése lícito a ambos que yo te acompañara!

AGAMENON

Y tú has de navegar ahora adonde te acordarás de tu padre.

IFIGENIA

¿Navegaré sola o con mi madre?

AGAMENON

Sola, separada de tu padre y de tu madre.

IFIGENIA

¿Me llevarás a otro palacio, padre?

AGAMENON

Hablemos de otra cosa; las doncellas no deben saber esto.

IFIGENIA

Que de Frigia vuelvas pronto a mi lado, después de realizar tus proyectos, ¡oh padre!

AGAMENON

Antes he de hacer aquí cierto sacrificio.

IFIGENIA

Pero conviene que lo prepares aconsejado por los sacerdotes.

AGAMENON

Ya lo verás, porque has de estar cerca del vaso sagrado.

IFIGENIA

¿Danzaremos en coros alrededor del ara, padre?

AGAMENON

Más dichosa eres que yo, no sabiendo nada. Pero irás al palacio, para que te vean las doncellas, después de darme tu diestra y un ósculo amargo, ya que por largo tiempo te separarás de tu padre. ¡Oh pecho y mejillas, oh rubios cabellos, cuánto dolor nos ha causado Helena y la ciudad de los frigios! Pero callemos. Lágrimas incesantes corren de mis ojos cuando te abrazo. Vete al palacio. A ti ruego, ¡oh hija de Leda!, que te compadezcas de mí, pues voy a casar mi hija con Aquiles. Afortunada es esta separación, pero sensible para un padre llevar a palacio ajeno a los hijos que educó con trabajo.

CLITEMNESTRA

No soy tan necia como crees. Advierte también que mi pena será igual a la tuya cuando lleve a la doncella al altar del himeneo, sin que te molestes en avisármelo; pero la necesidad y el tiempo mitigarán a una ese dolor. Sé el nombre del que desposaste con mi hija; pero deseo conocer su linaje y patria.

AGAMENON

Egina fué hija de Asopo.

CLITEMNESTRA

¿Qué mortal o qué dios es su esposo?

AGAMENON

Zeuz, que engendró a Eaco, príncipe de los Oimones.

CLITEMNESTRA

¿Pero cuál de los hijos de Eaco empuñó el cetro?

AGAMENON

Peleo, cónyuge de la hija de Nereo.

CLITEMNESTRA

¿Pero la recibió por esposa consintiéndolo Dios, o contra la voluntad divina?

AGAMENON

Zeus lo desposó: se la dió quien tenía derecho de dársela.

CLITEMNESTRA

¿En dónde celebró sus nupcias? ¿En las olas del mar?

AGAMENON

En la estrecha morada del Pelión, en donde Quirón habita.

CLITEMNESTRA

¿En donde dicen que habita también el linaje de los centauros?

AGAMENON

Allí celebraron los dioses con banquetes las bodas de Peleo.

CLITEMNESTRA

¿Y fué Tetis la que educó a Aquiles, o su padre?

AGAMENON

Fué Quirón, para que no aprendiese las pervertidas costumbres de los hombres.

CLITEMNESTRA

¡Bien! Sabio maestro, y más sabio aún el que le confió a su sabiduría.

AGAMENON

He aquí el esposo de tu hija.

CLITEMNESTRA

Seguramente no es despreciable. ¿Pero en qué ciudad de la Hélade reside?

AGAMENON

A orillas del Apidano, en los confines de la Ftía.

CLITEMNESTRA

¿Y allá ha de llevar a nuestra hija virgen?

AGAMENON

El, que ha de poseerla, lo decidirá.

CLITEMNESTRA

Que sean, pues, felices. ¿Qué día se celebrará el himeneo?

AGAMENON

Cuando en favorable auspicio la luna llegue a su plenitud.

CLITEMNESTRA

¿Sacrificaste ya a la diosa víctimas propiciatorias por el casamiento de nuestra hija?

AGAMENON

Lo haré; tal es ahora mi propósito.

CLITEMNESTRA

¿Y habrá después festín nupcial?

AGAMENON

Cuando inmole las víctimas que he de sacrificar a los dioses.

CLITEMNESTRA

¿Y en dónde celebraremos nosotras el banquete de las mujeres?

AGAMENON

Aquí, junto a las naves de los argivos, engalanadas sus popas.

CLITEMNESTRA

Pláceme, y necesario es en verdad. En fin, que todo sea para bien.

AGAMENON

¿Sabes, ¡oh esposa!, lo que has de hacer? Obedéceme.

CLITEMNESTRA

¿Qué dices? Siempre acostumbro a obedecerte.

AGAMENON

Nosotros, allí en donde está el esposo...

CLITEMNESTRA

¿Cómo haréis sin la madre de la desposada lo que sólo a ella incumbe?

AGAMENON

Llevaremos a tu hija en medio de los dánaos.

CLITEMNESTRA

Y mientras, ¿en dónde estaré yo?

AGAMENON

Vete a Argos, y educa a las vírgenes que allí quedan.

CLITEMNESTRA

¿Dejando a mi hija? ¿Quién llevará la antorcha?

AGAMENON

Yo llevaré la que ha de alumbrar a los esposos.

CLITEMNESTRA

No es esa la costumbre, aunque sea para ti poco importante.

AGAMENON

Indecoroso parece que fuera de aquí te cerque innumerable soldadesca.

CLITEMNESTRA

Pero no que como madre intervenga en las bodas de mis hijos.

AGAMENON

Ni las doncellas han de estar solas en el palacio.

CLITEMNESTRA

Bien las guardan seguros gineceos.

AGAMENON

Obedéceme.

CLITEMNESTRA

No, por la diosa, reina de los argivos. Atiende a tus negocios y deja a mi cargo los domésticos, y, entre ellos, el de casar a mis hijas. (Vase.)

AGAMENON

¡Ay de mí! Infructuosos han sido mis esfuerzos: desvaneciose la esperanza de alejar a mi esposa para que no presencie el espectáculo que se prepara. Engaño y tiendo asechanzas a los que más amo, y soy vencido. Consultaré, no obstante, al adivino Calcas lo que puede ser grato a la diosa y a mí fatal, y pesada carga para la Hélade. Conviene que el hombre sensato alimente en su casa a una mujer buena y complaciente o que no tenga ninguna. (Vase.)

EL CORO

Estrofa.—Vendrá al Simois y a sus argentados remolinos numeroso ejército de griegos armados y en sus naves, y llegarán a Ilión, en la Febea, tierra troyana, en donde dicen que Casandra esparce al aire sus rubios cabellos y se ciñe corona de verde laurel cuando la abrasa el fuego fatídico del dios.

Antistrofa.—Aguardarán los teucros alrededor de las murallas y en la ciudadela de Pérgamo hasta que Ares, con su escudo de bronce y atravesando el mar en naves de afiladas popas, a fuerza de remos, se acerque al álveo del Simois, para arrancar del palacio de Príamo a Helena, hermana de los Dioscuros que están en el cielo, y llevarla a la Hélade, y sean vencidos al empuje de las belicosas lanzas y de los clipeos aqueos.

Epodo.—Y Pérgamo, ciudad de los frigios, después de presenciar sangrientos combates ante sus torres de

piedra, y de ver separada de la cerviz la cabeza de sus hijos, será arrasada en sus cimientos, y hará derramar abundantes lágrimas a las hijas vírgenes y a la esposa de Príamo. Y Helena, hija de Zeus, llorará mucho al abandonar a su marido. Que ni yo ni los hijos de mis hijos vean nunca a las ricas lidias y a las esposas de los frigios hablando así unas con otras, mientras trabajan en sus labores: "¿Quién me arrancará de mi patria arruinada, arrastrando por lagrimoso surco mis cabellos bien peinados sólo por tu causa, hija del cisne, orgulloso con su esbelto cuello? ¿Será cierto que Leda te concibió de ave voladora, transformándose en ella Zeus, o que las Piérides contaron a los hombres estas fábulas tan inoportunas como temerarias?

AQUILES

¿Do yace el capitán de los aqueos? ¿Cuál de sus servidores podrá decirle que lo busca Aquiles, el hijo de Peleo? No es igual la suerte de cuantos permanecieron junto al Euripo, porque algunos célibes, lejos de sus hogares, se hallan detenidos en estas riberas, y otros dejaron en ellos mujer e hijos. ¡Tanto ardor (no sin intención de los dioses) mostró la Hélade en esta empresa! Conviene que yo defienda mi derecho; que otros, si les parece, defenderán el suyo. He abandonado Farsalia y a Peleo, y se oponen a mi navegación estos vientos suaves que soplan en el Euripo, y con trabajo contengo a los Mirmidones, que a cada instante me dicen: "¿Qué esperamos, Aquiles? ¿Por cuánto tiempo se ha de dilatar todavía nuestra partida a Ilión? Vamos, pues, si ha de ser, o que el ejército vuelva a su patria; no te cuides de las vacilaciones de los Atridas."

CLITEMNESTRA

¡Oh hijo de la diosa Nereida! Al oírte desde el palacio he salido a tu encuentro.

AQUILES

¡Oh pudor venerable! ¿Quién es esta mujer que veo, de tan apuesta belleza?

CLITEMNESTRA

No es de admirar que no conozcas a quien no has visto antes; alabo, no obstante, tu homenaje al pudor.

AQUILES

Pero ¿quién eres? ¿Por qué tú, siendo mujer, has venido al ejército dánao en busca de hombres armados de escudos?

CLITEMNESTRA

Soy hija de Leda, me llamo Clitemnestra y es mi esposo el rey Agamenón.

AQUILES

En pocas palabras has dicho muy bien cuanto debías; pero no es decoroso que yo hable con mujeres.

CLITEMNESTRA

Detente. ¿A qué huyes? Que tu diestra toque la mía, prenda feliz del futuro himeneo.

AQUILES

¿Qué dices? ¿Yo darte mi diestra? Respetemos a Agamenón no tocando lo que no es nuestro.

CLITEMNESTRA

Puedo hacerlo porque te unes a mi hija, tú que naciste de la marina diosa Nereida.

AQUILES

¿De qué nupcias hablas? Admirado me dejas, ¡oh mujer!, a no ser que equivocada pronuncies tan extrañas frases.

CLITEMNESTRA

Natural es que cualquiera se avergüence al ver a sus sinceros amigos que le hablan de su himeneo.

AQUILES

Nunca, ¡oh mujer!, pretendí la mano de tu hija y jamás los Atridas me hablaron de mi himeneo.

CLITEMNESTRA

¿Qué habrá, pues, sucedido? Si mis palabras te sorprenden, no me maravillan poco las tuyas.

AQUILES

Averígualo tú, que a ambos nos interesa; quizás nos habrán engañado.

CLITEMNESTRA

¿Acaso tramarán contra mí alguna maldad? Concierto bodas que, según parece, no han de celebrarse. Avergüénzome de ello.

AQUILES

Alguno acaso se ha burlado de ambos; pero no te aflijas y llévalo con paciencia.

CLITEMNESTRA

Adiós; ya no puedo mirarte cara a cara, después de haber dicho una mentira y de sufrir tal sonrojo.

AQUILES

Sucédeme lo mismo; voy, pues, a buscar a tu marido en este palacio.

EL ANCIANO

¡Detente, extranjero, hijo de Eaco, detente, que te lo pido, ¡oh hijo de una diosa!, y tú también, hija de Leda!

AQUILES

¿Quién me llama así, entreabriendo las puertas? ¡Cuán conmovido parece!

EL ANCIANO

Un esclavo, aunque no insolente, pues soy muy desdichado.

AQUILES

¿Cúyo eres? No mío, que mis bienes y los de Agamenón yacen separados.

EL ANCIANO

De la que está delante del palacio; dióme a ella Tíndaro, su padre.

AQUILES

Henos aquí; di, si te place, por qué me llamas.

EL ANCIANO

¿Estáis solos?

CLITEMNESTRA

Puedes hablar como si lo estuviéramos; pero sal de la regia morada.

EL ANCIANO

¡Oh fortuna, oh providencia, salva a los que deseo salvar!

AQUILES

Tales voces indican ansiedad y cierto temor.

CLITEMNESTRA

Por mi diestra no vaciles, si intentas decirme algo.

EL ANCIANO

Sabes quién soy, y has experimentado mi fidelidad contigo y con tus hijos.

CLITEMNESTRA

Sé que eres un antiguo servidor de mi familia.

EL ANCIANO

Y que fuí a poder del rey Agamenón como parte de tu dote.

CLITEMNESTRA

Conmigo viniste a Argos, y fuiste siempre mío.

EL ANCIANO

Así es; y a ti te quiero bien, más que a tu esposo.

CLITEMNESTRA

Acaba, pues, de decirnos lo que deseas.

EL ANCIANO

El padre que engendró a tu hija ha decretado su muerte...

CLITEMNESTRA

Horrorízanme, ¡oh anciano!, tus palabras; a la fuerza has perdido el juicio.

EL ANCIANO

Hiriendo con la cuchilla la blanca cerviz de la desventurada.

CLITEMNESTRA

¡Oh, mísera yo! ¿Delira acaso mi esposo?

EL ANCIANO

Está en su acuerdo, excepto en lo que a ti y a tu hija atañe, que en esta parte es insensato.

CLITEMNESTRA

¿Por qué? ¿Qué genio maléfico le instiga?

EL ANCIANO

Los oráculos, como dice Calcas, para que los dioses favorezcan la navegación del ejército.

CLITEMNESTRA

¿Adónde? ¡Cuánta es mi desventura y la de esa desdichada que ha de morir a manos de su padre!

EL ANCIANO

A la tierra de Dárdano, para que Menelao recobre a Helena.

CLITEMNESTRA

¿Acaso ha decretado el destino que Helena vuelva con daño de Ifigenia?

EL ANCIANO

Así es. El padre inmolará a tu hija en el ara de Artemisa.

CLITEMNESTRA

Pero entonces, ¿a qué me llamó de mi palacio bajo el pretexto de casarla?

EL ANCIANO

Para que de buen grado la trajeses, como si hubiese de enlazarla con Aquiles.

CLITEMNESTRA

¡Oh hija, a morir has venido, y tu madre contigo!

EL ANCIANO

Desdicha grande es la vuestra, y crueldad inaudita la de Agamenón.

CLITEMNESTRA

Yo, infortunada, muero; ya mis ojos no pueden contener las lágrimas.

EL ANCIANO

Seguramente que es amargo llorar por la pérdida de nuestros hijos.

CLITEMNESTRA

¿Pero cómo lo has averiguado, ¡oh anciano!?

EL ANCIANO

Encargóme que te llevara otra carta distinta de la primera.

CLITEMNESTRA

¿Prohibiéndome, o exhortándome a traer a mi hija a morir?

EL ANCIANO

Prohibiéndotelo; al fin pensó tu esposo cuerdamente.

CLITEMNESTRA

Pero ¿cómo habiendo llevado después esa carta no me la entregaste?

EL ANCIANO

Arrebatómela Menelao, autor de estos males.

CLITEMNESTRA

¿Lo oyes, hijo de la Nereida, lo oyes, hijo de Peleo?

AQUILES

He comprendido tu desdicha, aunque no deja también de afectarme.

CLITEMNESTRA

Matarán a mi hija, engañándonos con el pretexto de casarla.

AQUILES

Muéveme también a ira tu marido, y no lo sufro con paciencia.

CLITEMNESTRA

No me avergonzaré de caer a tus rodillas, que soy mortal, y tú has nacido de una diosa. ¿De qué me servirá ya mi orgullo? ¿Qué podrá interesarme más que mi hija? Socórreme en mi infortunio, ¡oh hijo de una deidad!, y a la que llamaron tu esposa, vanamente, es verdad, pero socórrela, no obstante. Coronada de flores la traje para casarla contigo, y ahora la llevo a morir; será para ti una afrenta que no la auxilies. Aun cuando no os haya unido el himeneo, te han llamado caro esposo de virgen desventurada. Ruégotelo por tu barba, por tu diestra, por tu madre; tu nombre es causa de mi infortunio, y debes ayudarme. No tengo otra ara en donde refugiarme que tus pies, ni cerca amigo alguno, y ya conoces el proyecto cruel y bárbaro de Agamenón. Yo, siendo mujer, he venido a la armada, a una armada feroz y desenfrenada para el mal, pero que puede serme útil si quiere. Si tú te atreves a extender tu mano protectora, nos hemos salvado; si no, morimos.

EL CORO

Grave es tener hijos, e inspiran grande amor y todos padecen por los suyos.

AQUILES

Rudo golpe sufre mi natural grandeza de ánimo; he aprendido a condolerme de ajenos males, y a gozar con moderación de los bienes. Los hombres de mi temple observan la regla segura de vivir esclavos de la prudencia. Ocasiones hay en que es agradable y útil seguir ciegamente sus consejos, y lo contrario otras. Yo, educado en el palacio de los dioses, aprendí de Quirón, hombre muy venerable, sencillas costumbres.

Y me someteré a los Atridas, si gobiernan con justicia, pero si no, no los obedeceré; aquí y en Troya daré pruebas de mi libérrima índole, y me distinguiré en las batallas cuanto pueda. Mucha compasión me inspiras, sufriendo tales desdichas de los más amados, y te consolaré en cuanto puede un joven como yo; nunca será sacrificada por su padre la hija tuya, que se ha llamado esposa mía; no consentiré que Agamenón urda tan indignas tramas. Mi nombre solo, sin que yo levante el acero, podrá matar a tu hija; pero la verdadera causa es tu marido. Sin embargo, yo no sería inocente si bajo el pretexto de casarla conmigo muere una virgen, víctima de males atroces e intolerables y de las más extrañas e indignas afrentas. Sería el peor de los argivos, nada valdría, Menelao pasaría por hombre, y negarían que soy hijo de Peleo, creyendo que me engendró algún mal genio, si consintiese que bajo mi nombre cometiese tu esposo un asesinato. No, por Nereo, educado en las húmedas olas, y padre de Tetis, mi madre; por Nereo, no tocará a tu hija el rey Agamenón, ni aun con la punta de sus dedos llegará a su manto; de otro modo, Sipilo, aldea bárbara de donde son oriundos esos Atridas, será una ciudad, y nadie pronunciará nunca con respeto el nombre de Fthia. Amarga será la salsa mola y el vaso de los sacrificios que consagre el adivino Calcas. ¿Qué es un adivino sino quien dice muchas mentiras y pocas verdades, si alguna vez acierta, y si yerra nadie se cuida de él? No hablo así pesaroso de perder a Ifigenia (que infinitas doncellas me pretenden), sino la injuria que nos ha hecho el rey Agamenón. Debía haberme anunciado que mi nombre serviría para tender el lazo que preparaba a su hija. Si por mi causa hubiese venido Clitemnestra para dármela en himeneo, no me hubiera

contrariado, suponiendo que de esa suerte conseguíamos llegar a Ilion; no rehusaré sin duda contribuir al buen éxito de mis compañeros de armas. Ahora nada valgo en el concepto de estos capitanes, y soy un miserable, ya obren bien o mal conmigo. Pronto hará conocimiento con esta espada (que mancharé con sangre antes de llegar a Troya) el que me arrebatare tu hija. Tranquilízate, pues; un dios grande te protege, pues si no lo soy, he de parecerlo.

EL CORO

Has hablado cual conviene al hijo de Peleo y de la veneranda deidad marina.

CLITEMNESTRA

¡Ay! ¿Cómo te alabaré ni más ni menos de lo que debo, ingrata a tu beneficio? Cuando celebramos a los buenos exageradamente, nos exponemos a incurrir en su odio. Me avergüenzo de hablarte sólo para excitar tu compasión, sufriendo yo sola, ya que tú no puedes sentir mis males; pero es consolador espectáculo el que ofrece el hombre probo, aunque no sea nuestro deudo, al socorrer a los afligidos. Apiádate, pues, de mí, que lo merecen mis infortunios, ya que en un principio acaricié la vana esperanza de que serías mi yerno, y que la muerte de mi hija podrá ser de funesto agüero a tus próximas nupcias. Debes, por tanto, evitarlo. Hablaste bien al empezar, hablaste bien al concluir; mi hija se salvará si tú lo intentas. ¿Quieres que ella, suplicante, abrace tus rodillas? Verdad es que no conviene a una virgen, pero acudiré si te parece, y te mostraré su noble rostro, teñido de rubor. Ausente ella, ¿lo conseguiré de ti?

AQUILES

Que no venga; yo respeto su decoro.

CLITEMNESTRA

Pero sólo hasta cierto punto debe respetarse.

AQUILES

¡Oh, mujer!, no me traigas a tu hija para que yo la vea, ni cometamos esa falta. Un numeroso ejército, libre de cuidados domésticos, propende a acoger falsos y escandalosos rumores. Lo mismo conseguirás, sin duda, ya me supliques o no; porque estoy firmemente decidido a libraros de vuestros males. No olvides tan sólo que yo no falto a mi palabra; y si no la cumplo y os engaño, que muera en castigo; evitaré la muerte si salvo a tu hija.

CLITEMNESTRA

Que seas feliz socorriendo siempre a los desdichados.

AQUILES

Oye, pues, para obrar como debo.

CLITEMNESTRA

¿Qué has dicho, que sin duda me interesa?

AQUILES

Hablemos antes con tu esposo. Acaso la razón recobre en él su imperio.

CLITEMNESTRA

Es cobarde, y teme al ejército demasiado.

AQUILES

Pero hay ciertas razones más convincentes que otras.

CLITEMNESTRA

¡Triste esperanza! Di, no obstante, lo que he de hacer.

AQUILES

Primero le suplicarás que no sacrifique a tu hija, y si se resistiese, recurre a mí. Si lo persuades, como deseas, no hay necesidad de que yo intervenga en nada, que así se salvará tu hija, y él, que es mi amigo, me lo agradecerá, y el ejército no me culpará porque haya empleado la persuación, no la fuerza. Y si consigues tu objeto, tú y los demás os congratularéis de que todo se haya acabado sin mi mediación.

CLITEMNESTRA

¡Cuán juiciosamente has hablado! Se hará como deseas. Y si no realizo mi propósito, ¿en dónde podré verte? ¿Adónde he de acudir en mi desventura, para encontrar tu mano, que ha de consolarme en mis males?

AQUILES

A mi cargo queda defenderte cuando sea menester, y yo cuidaré también de que nadie te vea atravesar consternada el ejército; que no deshonres tu linaje paterno, porque Tíndaro es famoso entre los helenos.

CLITEMNESTRA

Así será; manda y yo obedeceré. Si hay dioses, tú, que eres justo, serás premiado; si no, ¿para qué afligirnos?

EL CORO

Estrofa.—¿Qué epitalamio resonó acompañado de la flauta líbica y de la cítara, que alegra a los coros, y de las flautas de leve caña, como cuando atravesaron el Pelión las Piérides de hermosos cabellos, e hirieron la tierra con sus doradas sandalias, y vinieron a las nupcias de Peleo, y en las selvas Peliacas, en los montes de los centauros, alabaron a Tetis, al hijo de Eaco, con sus voces melodiosas? El hijo de Dárdano, delicia de Zeus, el frigio Ganimedes, escanció el néctar en copas profundas de oro, y las cincuenta hijas de Nereo celebraron juntas las bodas, saltando en círculo sobre la blanca arena.

Antistrofa.—Con dardos de abeto y coronas de grama acudió la ecuestre muchedumbre de los centauros al festín de los dioses, y a gustar el licor de Baco. Tales fueron las aclamaciones de las hijas de Tesalia: "Brillante, brillante astro, ¡oh hija de Nereo!, anuncian el profeta Apolo y el centauro Quirón (discípulo de las Musas y conocedor de las generaciones futuras) que vendrá al campo troyano con los mirmidones armados de lanzas, a arrasar con el fuego la tierra ínclita de Príamo, revestido de armas de oro fabricadas por Hefestos y dón de su madre, la diosa Tetis que lo dió a luz en hora afortunada." Entonces celebraron los dioses el noble enlace de Peleo con la primera de las Nereidas.

Epodo.—Pero los argivos, ¡oh Ifigenia!, coronarán tu apuesta cabellera, gala de tu cabeza, como si fuéses ternerilla inmaculada y de manchada piel que viene de las peñascosas cavernas de los montes, y llenarán de mugre tu cerviz, sin haberte criado al són de la flauta ni de los cantos de los pastores, sino al lado de tu madre, que te destinaba para esposa de alguno

de los hijos de Inaco. ¿Qué valdrán el pudor y la virtud en donde domina la impiedad, en donde los mortales desprecian lo bueno y la justicia se sobrepone a las leyes, y no todos se afanan en huir de la cólera del cielo?

CLITEMNESTRA

Separada ha tiempo de mi esposo, salí del palacio a verlo. Y mi hija mísera yace anegada en lágrimas, y exhala tiernas quejas desde que sabe el inhumano proyecto de su padre. Pero he aquí a Agamenón, que se acerca al nombrarlo, y que no tardará en cometer contra sus hijos impíos atentados.

AGAMENON

A tiempo, ¡oh hija de Leda!, te encuentro fuera del palacio, para hablarte sin que la virgen nos escuche, que mis palabras no deben ser oídas de las que van a casarse.

CLITEMNESTRA

¿Qué quieres? ¿Tanto te interesa aprovechar esta oportuna ocasión de hablarme?

AGAMENON

Llama a tu hija del palacio, para que yo la acompañe; ya la aguarda el agua consagrada y la salsa mola que consumirá el fuego lustral, y las ternerillas que se han de sacrificar a Artemisa antes de las bodas, derramando su negra sangre.

CLITEMNESTRA

Buenas son tus palabras, pero no sé cómo calificar tus obras. Sal, hija mía; tú sabes cuanto trama tu

padre; debajo de tu manto trae también a tu hermano Orestes. Hela aquí obediente a tus órdenes; en su nombre y en el mío diré lo que debes oír.

AGAMENON

¿Por qué lloras, hija, y no me miras afable, sino que con tu manto cubres tu rostro, fijo en tierra?

CLITEMNESTRA

¡Ay de mí! ¿Cuál será el exordio de mis males? ¿Cuándo brotará todo mi discurso, así en su principio como en su medio y fin?

AGAMENON

¿Pero qué hay? ¿Por qué conspiráis todos contra mí, retratándose en vuestros semblantes la confusión y el miedo?

CLITEMNESTRA

Contesta ingenuamente a mis preguntas, ¡oh esposo!

AGAMENON

No necesitas rogármelo; yo deseo que me interrogues.

CLITEMNESTRA

¿Quieres matar a tu hija y a la mía?

AGAMENON

¿Cómo? ¡Horribles son tus palabras! Sospechas sin motivo.

CLITEMNESTRA

No te alteres, y replícame a mi primera pregunta.

AGAMENON

Si fuera sensata, lo sería también mi respuesta.

CLITEMNESTRA

Sólo esto te pregunto; contéstame, pues, y no divagues.

AGAMENON

¡Oh fortuna veneranda! ¡Oh destino y genio maléfico que me persigues!

CLITEMNESTRA

Y a mí también y a mi hija; es uno mismo el de estos tres desventurados.

AGAMENON

¿Cuál es tu ofensa?

CLITEMNESTRA

¿Tienes valor de hablar así? Tu disimulo es algo necio.

AGAMENON

¡Muerto soy! ¡Descubrióse mi secreto!

CLITEMNESTRA

Todo lo sé; informáronme bien de tus inicuos proyectos. Tu mismo silencio y tus repetidos sollozos, equivalen a una confesión. No pierdas tiempo en negarlos.

AGAMENON

Mira cómo callo. ¿A qué agravar mis males fingiendo engañosa impudencia?

CLITEMNESTRA

Oye, pues; seré franca y no usaré de enigmas, ajenos a mi propósito. En primer lugar, y para que ésta sea también mi primera reconvención, te casaste conmigo contra mi voluntad, y me robaste a la fuerza, matando a Tántalo, mi primer esposo, y estrellaste en el suelo a mi tierno niño, arrancándolo violentamente de mis pechos. Y los hijos de Zeus, mis hermanos, apuestos caballeros, te hicieron la guerra, y te libró de ella a tu ruego Tíndaro, mi anciano padre, y entonces te di mi mano. Así me reconcilié contigo, y tú mismo podías atestiguar que he sido esposa fiel, digna de ti y de tu linaje, y casta, y económica, de suerte que cuando entrabas en tu palacio gozabas, y cuando salías de él eras feliz. Preciosa joya es para un hombre tal esposa, así como no es raro tenerla mala. Y además de tres hijas te di este hijo, y tú piensas arrebatarme bárbaramente una de ellas. Si alguno te pregunta por qué la matas, dime, ¿qué contestarás? ¿Debo yo hablar en tu nombre, para que Menelao recobre a Helena? Laudable costumbre, sin duda, que nuestros hijos paguen las culpas de una criminal mujer. Rescatamos lo más odioso a costa de lo que más amamos. Ea, pues; si vas a la guerra y me dejas abandonada en mi palacio largo tiempo, ¿cuáles serán mis pensamientos, viendo los solitarios aposentos que mi hija ocupaba, y solitaria también la morada de las vírgenes, y me halle sola llorando y lamentándome siempre de este modo?: "Te ha perdido, hija mía, el padre que te engendró; él mismo te ha dado muerte, no otro, ni ajena mano; tal es el premio que da el traidor a su familia." Bastará entonces leve pretexto para que yo y las hijas

que dejas te recibamos a tu vuelta como es justo. Por los dioses, no me obligues a faltarte ni tú me faltes. Pero supongamos que sacrificas a tu hija. ¿Qué preces recitarás en los altares? ¿Qué bien orarás dándole muerte? Seguramente será funesto tu regreso si así sales de tu palacio. Y yo, ¿qué podré pedir para ti? Creeríamos sin duda que son necios los dioses, si pidiésemos beneficios en pro de infanticidas. ¿Cómo abrazarás a tus hijos al tornar a Argos? No te será lícito. ¿Cuál de ellos podrá mirarte sin horror cuando deliberadamente has inmolado a uno de sus hermanos? ¿Reflexionaste en todo esto? ¿Sólo anhelas llevar el cetro y mandar? En rigor, tal debía ser tu réplica a los argivos: "¿Queréis, ¡oh aqueos!, navegar a la Frigia? Que decida la suerte cuya sea la hija que haya de morir." Esto sería equitativo; no que tú solo, entre todos, des a la tuya; o que Menelao, a quien más interesa, ofreciese a Hermione por recobrar a su madre. Pero ahora me arrancan mi hija amada, cuando tan santamente cumplo mis deberes conyugales, y la que delinquió será feliz conservando a la suya en Esparta. Respóndeme si no tuviere razón en cuanto he dicho; pero si la tengo, no mates a Ifigenia, y serás prudente y justo.

EL CORO

Accede a sus ruegos, Agamenón, que honra a los padres conservar a sus hijos la vida, y ningún mortal osará contradecirlo.

IFIGENIA

Si yo tuviese la elocuencia de Orfeo, ¡oh padre!, y las piedras me siguiesen cuando cantara y mis pa-

labras ablandasen los corazones, a ello apelaría. Pero lloraré ahora, que tal es mi única elocuencia y lo que puedo hacer. Y estrecho tu cuerpo, como rama de suplicantes, con éste que dió a luz mi madre, no para que me sacrifiques prematuramente, ni me obligues a visitar las entrañas de la tierra. Yo la primera te llamé padre, y tú a mí hija; yo la primera, sentada en tus rodillas, te infundí dulce deleite y lo sentí a mi vez. Así hablabas tú: "¿Te veré feliz algún día, ¡oh hija!, al lado de tu esposo, llena de vida y de vigor, como mereces?" Y yo a mi vez te decía estas palabras, cerca de tus mejillas, que ahora tocan mis manos: "¿Y qué haré yo contigo? ¿Te recibiré anciano en mi palacio, ¡oh padre!, dándote grata hospitalidad en premio de las penalidades que sufriste al criarme?" Conservo el recuerdo de estas pláticas, pero tú las olvidaste y quieres matarme. ¿Por qué he de ser víctima de las nupcias de Alejandro y de Helena? ¿Por qué, ¡oh padre!, ha de ser su venida causa de mi perdición? Mírame, déjame tu rostro, y dame tierno ósculo, para que, a lo menos, al morir tenga esta memoria tuya, si no accedes a mi ruego. Tú, hermano, eres débil socorro a tus amigos, pero lloras, sin embargo, y pides suplicante a tu padre que no muera tu hermana; hasta los niños que no hablan tienen cierto presentimiento de los males. Mira, padre, cómo te suplica callado; compadécete de mí y de mi vida. Sí, por tus rodillas te rogamos dos a quienes amas: éste que aun no habla, y yo, mísera jovencilla. Basten estas frases para refutar todos tus argumentos. Ver la luz es lo más grato a los mortales; los muertos nada son, y delira el que anhela perecer. Más vale penosa vida que gloriosa muerte.

EL CORO

¡Oh infausta Helena! Por ti y por tu himeneo aflige horrible lucha a los Atridas y a sus hijos.

AGAMENON

Conozco, sin duda, cuándo debo compadecerme y cuándo no, y amo a mis hijos, que de otro modo sería insensato. Mucho, ¡oh mujer!, me aflige realizar mi proyecto, mucho también no osarlo, pero es mi deber. Ya veis qué formidable escuadra está aquí reunida, y cuántos helenos armados de bronce, a quienes no es permitido acercarse a las torres de Ilión si no te sacrifico, como ha dicho el adivino Calcas, ni les es lícito arruinar a la famosa Troya. Cierto afán insano de navegar cuanto antes a la tierra de los bárbaros se ha enseñoreado del ejército, y de castigar el rapto de una esposa argiva, y matarán en Argos a mis hijos, y a vosotras y a mí, si por mi culpa no se cumple el oráculo de Artemisa. No me arrastra Menelao, ¡oh hija!, ni me conformé con su opinión, sino la Hélade me obliga, en cuyo provecho, ya quiera o no, he de inmolarte, porque somos más débiles. Conviene que sea libre en cuanto de ti y de mí dependa, ¡oh hija!, y que los bárbaros no roben a los helenos sus esposas. (Vase.)

CLITEMNESTRA

¡Oh hija, oh extranjeras, cuán desventurada me hace tu inevitable pérdida! Tu padre huye, entregándote a Hades.

IFIGENIA

¡Ay de mí, madre, madre mía, un mismo canto de muerte conviene a nuestra común desgracia, que ya se

acabó para mí la luz y este resplandor del sol! ¡Ay, ay de mí! Montes nevados de los frigios y selvas del Ida, en donde Príamo en otro tiempo expuso tierno niño lejos de su madre, y condenó a Paris a funesta muerte, y se llamaba Ideo, sí, llamábanle Ideo en la ciudad de Dárdano. Ojalá que nunca se criase con sus toros el boyero Paris, por orden de Príamo, cerca de cristalinas aguas, en donde yacen las fuentes de las Ninfas, y el verde prado de lozanas flores, y rosas y jacintos, que habían de coger las diosas. Allí vino después Palas, y la dolosa Cipris, y Hera y Hermes, el mensajero de Zeus; Cipris, envanecida con sus atractivos; Palas con su lanza, y Hera con su esposo el rey Zeus. Y acorrieron a juicio odioso y a disputar cuál era la más hermosa, y también a darme muerte, único medio de que logren fama los hijos de Dánao; tales son ¡oh doncellas!, las princesas que Artemisa pide para favorecer la expedición contra Ilión. Mas quien engendró a esta desventurada, ¡oh madre, madre mía, huye y me abandona y me vende! ¡Ay de mí, mísera, que he visto a la funesta, a la funesta e infausta Helena sacrificarme, y perezco por orden impía de un padre, también impío! ¡Ojalá que no se refugiasen en Aulide las popas de mis naves con sus espolones de bronce, ni la armada que ha de llevar los argivos a Troya, ni que Zeus enviase al Euripo contrarios vientos, él, que a unos concede propicias auras, que llenan plácidamente sus velas, causa para otros de llanto; a éstos para envolverlos el destino en sus redes, a aquéllos para dejar puerto, a otros para recoger las velas, y a otros, en fin, para morir. Desdichado es, sin duda, sí, desdichado es el linaje humano, y fatal desgracia que los hombres se atraigan además nuevos infortunios. ¡Ay, ay de mí!

Fuente de graves males, fuente de graves dolores es para los dánaos la hija de Tíndaro.

EL CORO

Compadézcome de ti; triste es tu suerte, y ojalá que nunca te amenazase.

IFIGENIA

¡Oh madre, que me diste a luz, yo veo multitud de hombres que se acercan aquí!

CLITEMNESTRA

Y el hijo de la diosa, causa de tu venida.

IFIGENIA

Abrid, esclavas, las puertas, que voy a ocultarme.

CLITEMNESTRA

¿Por qué huyes, hija?

IFIGENIA

Me avergüenzo de ver a Aquiles.

CLITEMNESTRA

¿Por qué?

IFIGENIA

El malogrado éxito de mi himeneo tiñe de rubor mis mejillas.

CLITEMNESTRA

No es lisonjera tu derrota. No te muevas; tan grande es nuestro dolor, que ni aun lugar deja a la vergüenza.

AQUILES

¡Oh hija de Leda, mujer desventurada!

CLITEMNESTRA

No es falso lo que dices.

AQUILES

Oyense horribles clamores entre los argivos.

CLITEMNESTRA

¿Qué clamores son esos? Dímelo.

AQUILES

Acerca de tu hija.

CLITEMNESTRA

De mal agüero son tus primeras palabras, y nada bueno anuncian después.

AQUILES

Dicen que es menester sacrificarla.

CLITEMNESTRA

¿Nadie lo contradice?

AQUILES

Yo vengo, como ves, exponiéndome al peligro.

CLITEMNESTRA

¿A cuál, ¡oh extranjero!?

AQUILES

A morir apedreado.

CLITEMNESTRA

¿Porque deseas salvar a mi hija?

AQUILES

Ciertamente.

CLITEMNESTRA

¿Quién sería tan osado que se atreviera a tocarte?

AQUILES

Todos los helenos.

CLITEMNESTRA

¿Y no te defenderá el ejército de los Mirmidones?

AQUILES

Son mis mayores enemigos.

CLITEMNESTRA

Sin duda perecemos, ¡oh hija!

AQUILES

Afirmaban que me había seducido Ifigenia.

CLITEMNESTRA

¿Y qué respondiste?

AQUILES

Que por los dioses no mataran a mi futura esposa.

CLITEMNESTRA

Bien dicho.

AQUILES

La que me prometió su padre.

CLITEMNESTRA

Llamada por él de Argos.

AQUILES

Pero sus clamores ahogaban los míos.

CLITEMNESTRA

Intolerable es la muchedumbre.

AQUILES

Te ayudaré, sin embargo.

CLITEMNESTRA

¡Y pelearás solo contra tantos!

AQUILES

¡No ves esos que vienen armados!

CLITEMNESTRA

Que los dioses premien tu nobleza.

AQUILES

Así lo harán.

CLITEMNESTRA

¿No morirá ya mi hija?

AQUILES

No, a lo menos con mi asentimiento.

CLITEMNESTRA

¡Llegará acaso alguno que me la arrebate!

AQUILES

Muchos, sin duda, y Odiseo a su frente.

CLITEMNESTRA

¡El nieto de Sísifo?

AQUILES

El mismo.

CLITEMNESTRA

¡Espontáneamente, o en nombre del ejército?

AQUILES

Elegido por él y por su propia voluntad.

CLITEMNESTRA

Mala elección, de seguro, para mancharos de sangre.

AQUILES

Pero yo le impediré.

CLITEMNESTRA

¡Y se la llevarán resistiéndose?

AQUILES

Arrastrándola de sus rubios cabellos.

CLITEMNESTRA

¡Y qué haré yo entonces?

AQUILES

No soltarla.

CLITEMNESTRA

Si de esto depende su salvación, no la matarán.

AQUILES

Pero vendrán sin tardanza.

IFIGENIA

Madre, escúchame: veo que te indignas en vano contra tu esposo, pretendiendo imposibles. Justo es que alabemos por su decisión a este extranjero; pero tú debes evitar las acusaciones del ejército y que por nuestra resistencia sobrevenga a Aquiles alguna calamidad. Oye, madre, lo que pensando se me ha ocurrido: resuelta está mi muerte, y quiero que sea gloriosa, despojándome de toda innoble flaqueza. Vamos, madre, atiéndeme, aprueba mis razones: la Hélade entera tiene puestos en mí sus ojos, y en mi mano está que naveguen las naves y sea destruída la ciudad de los frigios, y que en adelante los bárbaros no osen robar mujer alguna de nuestra infortunada patria, si ahora expían el rapto de Helena por Paris. Todo lo remediará mi muerte, y mi gloria será inmaculada, por haber libertado a la Hélade. Ni debo amar demasiado la vida, que me diste para bien de todos, no sólo para el tuyo. Muchos armados de escudos, muchos remeros vengadores de la ofensa hecha a su patria, acometerán memorables hazañas contra sus enemigos, y morirán por ella. ¿Y yo sola he de oponerme? ¿Es acaso justo? ¿Podremos resistirlo? Pero vengamos a lo principal. No conviene que Aquiles pelee contra todos los argivos por una mujer, ni que por ella muera. Un solo hombre es más digno de ver la luz que infinitas mujeres. Y si Artemisa pide mi vida, ¿me opondré, simple mortal, a los deseos de una diosa? No puede ser. Doy, pues, mi vida en aras de la Hélade. Matadme, pues; devastad a Troya. He aquí el monumento que me recordará largo tiempo, esos mis hijos, esas mis bodas, esa toda mi gloria. Madre, los helenos han de dominar a los bárbaros, no

los bárbaros a los helenos, que esclavos son unos, libres los otros.

EL CORO

Generosos sentimientos; ¡oh tierna joven!, víctima de tu adversa suerte y de Artemisa.

AQUILES

Algún dios, ¡oh hija de Agamenón!, me hubiese hecho feliz concediéndome tu mano. ¡Bienaventurada es la Hélade por tu causa, y tú por ella! No oponiéndote a una deidad más poderosa que tú, has pensado lo que es útil y necesario. Mayor es mi deseo de casarme contigo ahora que conozco tu noble índole y tu sin par grandeza. Escúchame, pues: quiero hacerte dichosa y llevarte a mi palacio, y sentiré, poniendo a Tetis por testigo, no salvarte y pelear contra todos los dánaos. Mira que la muerte es mal grave.

IFIGENIA

Hablo así sin acordarme de nadie. Baste a la hija de Tíndaro ser causa, por su hermosura, de batallas y muertes entre los hombres. Tú, ¡oh extranjero!, no mueras por mí, ni mates a nadie, sino déjame que si puedo salve a la Hélade.

AQUILES

¡Oh criatura nobilísima! Nada te replicaré ya si así piensas. Generosos son tus sentimientos; ¿por qué no se ha de decir la verdad? Pero quizás te arrepientas de tu propósito. Para que comprendas bien mis intenciones, me colocaré junto al ara y apostaré allí estos soldados, no para asegurar, sino para impedir tu muerte, que acaso sigas luego mis consejos, al ver la cuchilla que amenaza a tu cuello. No te

dejaré, pues, morir tan audaz y temerariamente, sino que iré acompañado de estos guerreros al templo de la diosa, y allí te esperaré. (Vase.)

IFIGENIA

Madre, ¿por qué lloras en silencio?

CLITEMNESTRA

Bastante es mi desdicha para llorar.

IFIGENIA

Déjame, no me intimides; aprueba mi resolución.

CLITEMNESTRA

Habla, hija, porque yo no seré contigo injusta.

IFIGENIA

Que no cortes los rizos de tu cabellera ni te cubran negros vestidos.

CLITEMNESTRA

¿Qué has dicho, hija? ¿Cuándo te perderé?

IFIGENIA

Tú a mí no; me he salvado; por mi causa será más ilustre tu nombre.

CLITEMNESTRA

¿Qué dices? ¿Por qué no he de llorar tu muerte?

IFIGENIA

De ninguna manera, porque no me elevarán túmulo alguno.

CLITEMNESTRA

Qué, ¿la muerte no es una sepultura?

IFIGENIA

El ara de la diosa, hija de Zeus, será mi sepulcro.

CLITEMNESTRA

Te obedeceré, pues, ¡oh hija!, porque eres generosa.

IFIGENIA

Como feliz que soy, y causa de bien para la Hélade.

CLITEMNESTRA

Pero ¿qué diré de tu parte a tus hermanas?

IFIGENIA

No las obligues a ponerse negros vestidos.

CLITEMNESTRA

¿Qué diré en tu nombre que sea grato a las vírgenes?

IFIGENIA

Que deseo su felicidad. A Orestes edúcamelo como conviene a un hombre de su calidad.

CLITEMNESTRA

Abrázalo, que no volverás a verlo.

IFIGENIA

¡Oh tú, el más amado, me ayudaste cuanto podías!

CLITEMNESTRA

¿Qué haré en Argos en tu obsequio?

IFIGENIA

No aborrecer a mi padre y a tu esposo.

CLITEMNESTRA

Terrible desastre le acarreará tu muerte.

IFIGENIA

Contra su voluntad me sacrifica por salvar a la Hélade.

CLITEMNESTRA

Pero con dolo, no cual cumple al linaje de Atreo.

IFIGENIA

¿Quién me llevará antes que me arrastren por los cabellos?

CLITEMNESTRA

Yo iré contigo...

IFIGENIA

De ninguna manera; no dices bien.

CLITEMNESTRA

Sin soltar tu vestido.

IFIGENIA

Obedéceme, madre, no te muevas, que así lo aconseja tu decoro y el mío. Alguno de estos servidores de mi padre me acompañará hasta el prado de Artemisa, en donde me han de sacrificar.

CLITEMNESTRA

¡Oh hija, te separas de mí!...

IFIGENIA

Y no volveré más.

CLITEMNESTRA

Y abandonas a tu madre.

IFIGENIA

Y, como ves, sin merecerlo.

CLITEMNESTRA

Detente, no me dejes.

IFIGENIA

No quiero que llores más. Vosotras, ¡oh doncellas!, cantad lúgubre himno en honor de Artemisa, hija de Zeus, y que felices presagios favorezcan a los dánaos. Así, que se preparen los cestos y arda el fuego destinado a la salsa mola; que mi padre toque el ara con su diestra, porque voy a dar a los helenos victoria salvadora. Llevadme al sacrificio, que triunfo de Ilión y de los frigios. Traed las coronas que han de ceñir mis sienes, y dádmelas; ved mi cabellera, pronta a recibirlas, y el agua lustral dispuesta. Danzad vosotras alrededor del templo y del altar, alabad a Artemisa, a Artemisa, reina y bienaventurada, que, a costa de mi sangre y de mi vida, por ser necesario, cumpliré voluntaria el oráculo. ¡Oh madre mía veneranda, para ti son estas lágrimas que derramo, no lícitas en los sacrificios! ¡Oh doncellas, alabad conmigo a Artemisa, protectora de este lugar frontero a Calcis, en cuyo puerto estrecho de Aulide anclaron las naves griegas, y hará inmortal mi nombre! ¡Oh tierra mía natal!, oh pelásgico Argos, oh Micenas, en donde me he criado!

EL CORO

¿Invocas a la ciudad fundada por Perseo, obra de los Cíclopes?

IFIGENIA

Eduquéme en su seno, y glorificará a Hélade y no me apena la muerte.

EL CORO

Imperecedera será tu fama.

IFIGENIA

¡Oh día claro y luz de Zeus!, vivamos otra vida y sea otra nuestra suerte. ¡Adiós luz, para mí grata! (Vase.)

EL CORO

Vedla, vedla cómo se encamina a regar con su sangre el ara de Numen cruento, la vencedora de Ilión y de los frigios, purificada con el agua lustral y coronada su cabeza, que se doblará en el sacrificio sobre su elegante cuello. Aguárdante las aguas lustrales paternales, y los sagrados vasos, y el ejército aqueo, impaciente por llegar a Troya. Pero invoquemos a Artemisa, hija de Zeus, divina reina, para que favorezca al ejército. ¡Oh deidad augusta, a quien deleitan víctimas humanas, lleva al ejército heleno al país de los frigios y a la pérfida Ilión, y concede a Agamenón llenar de gloria inmarcesible al ejército heleno y ceñir sus sienes con aureola eterna!

EL MENSAJERO

¡Oh Clitemnestra, hija de Tíndaro, deja el palacio y óyeme!

CLITEMNESTRA

He venido al escuchar tu voz, temblando de miedo y temerosa de que me anuncies alguna nueva calamidad.

EL MENSAJERO

Al contrario, quiero contarte maravillas y portentos acerca de tu hija.

CLITEMNESTRA

No vaciles, pues; habla sin tardar.

EL MENSAJERO

Claramente lo sabrás todo, ¡oh cara dueña! Todo te lo contaré, desde el principio, a no ser que la emoción que siento trabe mi lengua. Después que llegamos con Ifigenia al prado florido de Artemisa, hija de Zeus, en donde estaba reunido el ejército de los griegos, acudió a verla inmensa muchedumbre. Cuando el rey Agamenón vió a la doncella que se encaminaba a la muerte, gimió y volvió hacia atrás su cabeza, y lloró ocultando los ojos bajo el manto. Al detenerse ella junto a su padre dijo así: "¡Oh padre, aquí me tienes, que de buen grado vengo a dar mi vida por mi patria y por la Hélade, para que me sacrifiquéis en el ara de la diosa, ya que así lo pide el oráculo. Mi único deseo es que seáis afortunados, y que alcancéis insigne victoria, y regreséis después a vuestra patria. Así, que ningún griego me toque; callada y animosa entregaré mi cerviz al hierro." Tales fueron sus palabras, sorprendiendo a cuantos las oyeron la grandeza de ánimo y el valor de la virgen. Taltibio, de pie en medio de todos, como heraldo del ejército, pidió a los dioses felices presagios, e impuso silencio. Y el adivino Calcas, desenvainando la afilada cuchilla, la depositó en el dorado cesto, y coronó a la doncella. Pero Aquiles entonces se acercó presuroso al ara, y apoderándose del cesto y del agua lustral, dijo: "¡Oh Artemisa!, hija de Zeus, que

gozas matando fieras y mueves de noche tu luz brillante, acepta propicia esta víctima que te ofrecemos el ejército de los aqueos y el rey Agamenón, sangre inmaculada de la bella cerviz de una virgen; concédenos favorable navegación y que conquistemos con nuestras armas la ciudadela de Troya.'' Y los Atridas y todo el ejército quedaron suspensos mirando a la tierra. El sacerdote empuñó la cuchilla, recitó sus preces y examinó el cuello antes de herirlo. Dolor no leve afligía mi corazón, y no separaba mis ojos de la tierra. Entonces ocurrió un milagro repentino: todos oyeron claramente el ruido del golpe al herir, pero ninguno vió en dónde se había ocultado la virgen. Clama el sacerdote, conclama todo el ejército, admirado de tal portento, obra sin duda de los dioses, y al cual, aun presenciándolo, no se daba crédito. En lugar de Ifigenia, yacía en tierra una cierva palpitante, muy grande y de maravillosa hermosura, inundando con su sangre el ara de la diosa. Imagínate, pues con qué gozo pronunciaría Calcas estas palabras: ''¡Oh capitantes del ejército griego!, ¿veis esta víctima, esta cierva de los montes, que la diosa ha traído al ara? Acéptala con preferencia a la doncella, para que tan noble sangre no mancille su altar. Y lo hace de buen grado, y nos concede favorable navegación y que conquistemos a Ilión. Cobren ánimos los marinos, y váyanse a las naves; hoy atravesaremos el mar Egeo, dejando las sinuosas ensenadas de Aulide.'' Después que la llama de Hefestos consumió a la víctima, pidió a los dioses que favoreciesen la vuelta del ejército. Agamenón me envió, pues, para anunciarte estas nuevas y el acuerdo de los dioses, y la gloria inmortal que ha alcanzado en la Hélade. Yo, que presente, lo vi todo, te aseguro que Ifigenia ha volado al

Olimpo. Que desaparezca, pues, tu dolor y se aplaque tu indignación contra tu esposo; inesperados sucesos ocurren a los mortales por mandato de los dioses, y así salvan a los que aman. Hoy he visto a tu hija viva y muerta.

EL CORO

¡Cuánta es mi alegría al oír estas nuevas! El Mensajero dice que tu hija vive entre los dioses.

CLITEMNESTRA

¡Oh hija! ¿Qué dios te ha arrebatado? ¿Cómo te invocaré? ¿Cómo hablarte? ¿Si habrá fingido este discurso para consolarme y para que cesen mis tristes lágrimas?

EL CORO

Mira al mismo rey Agamenón, que viene a repetirte sus palabras.

AGAMENON

Nada debemos temer por nuestra hija, ¡oh esposa! No dudes que se halla ahora con los dioses. Conviene que regreses a tu palacio, en compañía de este tierno novillejo, pues el ejército se prepara a darse a la vela. Adiós; largo tiempo ha de transcurrir antes que oigas mi voz y vuelva de Troya. Que la dicha te acompañe.

EL CORO

Que gozoso, ¡oh Atrida!, llegues a Frigia, y que tornes contento, trayéndome de Troya bellísimos despojos.

IFIGENIA EN TAURIDE

Vese en la escena el templo dórico de Artemisa Táurica, en lo alto de una roca. El altar está salpicado de sangre, y alrededor se observan vestidos y armas, despojos de las víctimas sacrificadas. Empieza a amanecer.

IFIGENIA

ELOPE, hijo de Tántalo, obtuvo en Pisa, con sus ligeros caballos, la mano de la hija de Oinomao, madre de Atreo, que engendró a Menelao y Agamenón, y de éste y de la hija de Tíndaro nací yo, Ifigenia, víctima sacrificada, a juicio de mi padre, en el claro seno de Aulide, para recobrar a Helena, y cerca de los torbellinos, que revuelve el Euripo cuando impetuosos vientos lo llevan a la mar. En Aulide juntó también el rey Agamenón un ejército en mil naves, para conquistar a Ilión, y ganar gloriosa corona, castigando a Helena, esposa infiel, por complacer a Menelao. Graves obstáculos se opo-

nían a la navegación, porque no soplaban vientos favorables. Calcas entonces, observando las llamas, habló así: "¡Oh tú, Agamenón, que mandas este ejército helénico; tus naves no dejarán el puerto antes que Artemisa acepte el sacrificio de tu hija Ifigenia, pues prometiste consagrar a la diosa lucífera lo más hermoso que el año produjera. Tu esposa Clitemnestra dió a luz en tu palacio una hija (aludió a mí y me llamó muy bella), que has de inmolar." Y por arte del sagaz Odiseo me arrancaron del regazo de mi madre, pretextando que lo hacían para casarme con Aquiles. Y al llegar, desdichada, a Aulide, ya en lo alto de la pira, y a punto de herirme la cuchilla, substrájome Artemisa, poniendo en mi lugar una cierva, y llevándome a través del resplandeciente éter a esta tierra de los Tauros en donde Toas impera, rey bárbaro de bárbaro país que corre como las aves con sus pies ligeros, de donde le vino su nombre. La hija de Leto hízome su sacerdotisa en este templo, entre cuyos ritos, gratos a ella, hay uno cuyo solo nombre es bueno; pero callaré, por respeto a mi señora. Yo inmolo aquí, según antigua costumbre, a los aqueos que arriban a estas costas. Siempre doy principio a las ceremonias religiosas, y consuman el sacrificio los que habitan en la morada augusta de este deidad nefanda. Sepan las auras, por si tienen remedio, las pavorosas visiones que me han perseguido esta noche. Parecióme en sueños que abandonaba este país y habitaba en Argos, y reposaba al lado de las vírgenes, mis compañeras, cuando tembló la tierra y huí de mi aposento, y se desplomó la cúspide del palacio, y toda la techumbre vino a tierra, hasta los más altos pilares. Sólo quedaba en pie una columna del palacio paterno, de cuyo capitel pendía

blonda cabellera que hablaba, y yo, lamentándome de mi triste ministerio de matar a los extranjeros, la rociaba con agua, como destinada a la muerte. He aquí la interpretación que doy a este sueño: no vive ya Orestes, porque lo purifiqué para su sacrificio. Son los hijos varones columnas de las familias, y los rociados con el agua de mis sagrados vasos están condenados a morir. Y, sin embargo, no puedo aplicar este sueño a otros amigos, porque Estrofio no tenía hijos cuando me inmolaron. Quiero, pues, ahora celebrar los funerales de mi hermano ausente con las esclavas helenas que me dió para mi servicio el rey. Pero no sé qué causa les impide venir; entraré, pues, en el templo de la diosa, en donde habito. (Vase.)

ORESTES

Mira, observa si hay gente en el camino.

PILADES

Miro, observo, y todo lo examino con mis ojos.

ORESTES

¿Crees, Pílades, que sea éste el templo de la diosa, adonde hemos dirigido nuestra nave atravesando la mar desde Argos?

PILADES

A mí me lo parece; no basta, sin embargo, si tú no opinas lo mismo.

ORESTES

¿Y el ara empapada con sangre helena?

PILADES

Tiene, en efecto, coronas teñidas en sangre.

ORESTES

¿Ves, acaso, despojos suspendidos de sus muros?

PILADES

Restos de extranjeros sacrificados.

ORESTES

Pero conviene que lo escudriñes todo con diligencia. ¡Oh Febo! ¿Por qué tus oráculos me atraen a nuevas redes, después que me hiciste asesinar a mi madre para vengar a mi padre? Las Erinnias, siempre renovando sus persecuciones, atormentábanme en mi destierro, obligándome a vagar sin descanso. Y me acerqué a tu templo, y te pregunté cómo podría librarme de este furor que me agita, y de tantas penalidades como he sufrido en mi errante peregrinación por la Helade. Tú me mandaste entonces que me encaminara a los confines de la Táuride, en donde es adorada tu hermana, y robase su estatua, que, según dicen estos habitantes, cayó del cielo en su templo, apoderándome de ella, ya por engaño, ya aprovechándome de alguna feliz casualidad, y que arrostrando el peligro, la llevase al país de los atenienses; nada más me ordenaste, y si lo cumplo, pondré término a mis trabajos. He venido aquí obedeciéndote, a esta tierra desconocida e inhospitalaria. Ahora te pregunto, ¡oh Pílades!, ya que me ayudas en esta empresa, ¿qué hacemos? ¿Ves sus altos y fuertes muros? ¿Subiremos los peldaños del templo? ¿Cómo nos ocultaremos después en él? ¿Abriremos las puertas de bronce de este recinto que no conocemos? Si nos sorprenden cuando intentemos entrar, moriremos; así, antes que suceda esto, huyamos a la nave que nos trajo.

PILADES

No debemos huír, ni acostumbramos hacerlo, ni el oráculo del dios merece menosprecio. Alejémonos del templo y refugiémonos en las cavernas que lava el negro ponto con sus aguas, lejos de la nave, no la descubra alguno, nos delate a los reyes y nos cautiven a la fuerza. Y cuando viniere la obscura noche osaremos con maña robar del templo la tersa estatua de la diosa. Mira si los triglifos dejan bastante espacio para albergarnos. Audaces en sus empresas son los esforzados, no así los cobardes, que para nada sirven. ¿Acaso después de andar tan largo camino a fuerza de remos retrocederemos al llegar a la meta?

ORESTES

Has dicho bien, y debo obedecerte. Ocultémonos, pues, en donde nos sea posible. Como el dios no ha de impedir el cumplimiento de su oráculo, osémoslo: para los jóvenes no hay trabajo excusable.

EL CORO

Silencio, habitantes del Ponto Euxino, que moráis en dos peñascos que se besan; ¡oh Dictina de las selvas, hija de Loto!, a tu palacio, a las doradas almenas de tu templo, de bellas columnas, acerco mi pie santo y virginal, siervo de la sacerdotisa que lleva la clava, y habiendo abandonado las torres de la ecuestre Hélade, las murallas y los campos umbrosos de la insigne Europa, en donde yace el hogar de mi padre. Ya he llegado. ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué te inquieta? ¿Por qué me llamaste al templo, por qué me llamaste, ¡oh hija de los ilustres Atridas!, que asediaron las torres de Troya con famosa armada de mil naves, llenas de innumerables soldados?

IFIGENIA

¡Oh, siervas, cómo me abandono a tristes plegarias, canto lúgubre en elegíacos, no acompañados de la lira, ¡ay, ay de mí!, sino sólo de fúnebre llanto! Tales son mis desdichas, llorando la muerte de mi hermano, cuya sombra se me ha aparecido en sueños en las tinieblas de esta noche obscura. Yo muero, yo muero; ya pereció el linaje de mi padre, ¡ay de mí! Mi familia ya no existe, ¡ay, ay, víctima de los infortunios sufridos en Argos! ¡Ay, ay del destino, que me arranca mi único hermano, llevándolo al Hades! A sus manes ofreceré las libaciones que contiene este vaso, derramándolo en el seno de la tierra, y abundante leche de las vacas de los montes, vino de Baco, y miel de abejas de amarillentas alas que aplacan a los muertos! Pero dame el vaso de oro macizo y la infernal ofrenda. ¡Oh hijo de Agamenón!, que yaces bajo la tierra; como si hubieses muerto te ofrezco este dón; acéptalo, que en tu túmulo no depositaré mi blonda cabellera ni tampoco derramaré mis lágrimas. Lejos estoy de tu patria y de la mía, en donde creen que yo, mísera, he sido inmolada.

EL CORO

Cantos que respondan a los tuyos, e himno asiático en bárbaro lenguaje haré oír, ¡oh señora!, musa lúgubre, grata a los muertos, tristes versos que a Hades deleitan. ¡Ay de mí! Desapareció el astro que iluminaba el augusto palacio de los Atridas, ¡ay de mí!, tu hogar paterno. ¿Quién, pues, ahora empuñará el cetro de los reyes famosos de Argos? Una pena sucede a otra desde que, torciendo las riendas de sus veloces caballos, Helios se alejó, y apartó, indignado de tus progenitores, su sagrado y brillante rostro. Un

dolor sucede a otro en su palacio, a causa del vellocino de oro; un asesinato a otro, a un llanto otro llanto, y de aquí que el funesto destino asentara su planta en la mansión de los Tantálidas, que ya perecieron, y con triste ímpetu te haya acometido numen nefando.

IFIGENIA

Desde el principio, y desde el himeneo de mi madre, ha sido adversa mi suerte, y desde la noche aquella en que las Moiras, que presiden al nacimiento, decretaron que yo viviera vida amarga, primogénita de la infortunada hija de Leda, que me concibió en mal hora en su tálamo, y me dió a luz y me educó para ser víctima de la debilidad de mi padre, quien me había de sacrificar cruelmente, y llevándome, en cumplimiento de su voto, a las arenas de Aulide en su carro ecuestre, como prometida, ¡ay!, como infeliz esposa del nieto de Nereo. Extranjera ahora en el inhospitalario ponto, habito lúgubre mansión, sin esposo ni hijos, sin patria, sin amigos, cuando tantos amigos solicitaban mi mano; no cantando himnos a la argiva Hera, ni tejiendo con la lanzadera en finas telas la imagen de Palas Atica y de los Titanes, sino manchando las aras de Artemisa con sangre, después de dar a los extranjeros deplorable muerte, y oyendo sus clamores, que mueven a lástima, y contemplando las lágrimas tristes que derraman. Y ahora me olvido de estos males, y lloro a un hermano, muerto en Argos, que dejé tierno infante, todavía en la lactancia, cara prenda en los brazos y en el seno de su madre, Orestes, en fin, que en Argos debía empuñar el cetro.

EL CORO

Desde la orilla del mar viene hacia aquí un pastor, quizá a anunciar alguna nueva importante.

EL PASTOR

Hija de Agamenón y de Clitemnestra, oye la noticia que voy a darte.

IFIGENIA

¡Quién osa interrumpirme en este momento?

EL PASTOR

Dos jóvenes fugitivos han arribado a esta región, a las Cianeas Symplégadas, sacrificio y víctimas agradables a Artemisa. Prepara, pues, desde luego el agua lustral y las ofrendas.

IFIGENIA

¿De qué país? ¿Cómo se llama la patria de esos extranjeros?

EL PASTOR

Son helenos; sólo sé esto y nada más.

IFIGENIA

¿Dices que ignoras sus nombres?

EL PASTOR

Uno llamaba Pílades al otro.

IFIGENIA

¿Y cuál era el nombre de su compañero?

EL PASTOR

No lo sé; no lo hemos oído.

IFIGENIA

¿Cómo los descubristeis y los cautivasteis?

EL PASTOR

En la extrema orilla del inhospitalario estrecho.

IFIGENIA

Pero vosotros los pastores, ¿qué hacíais en la mar?

EL PASTOR

Fuimos a lavar en sus olas los bueyes.

IFIGENIA

Dejemos eso, y dime ahora, para satisfacer mi curiosidad de qué manera las cautivasteis. Largo tiempo hacía que no llegaban los helenos, para regar el ara de la diosa con torrentes de sangre.

EL PASTOR

Cuando llevábamos a los bueyes selvícolas al mar que baña las Symplégadas, llegamos a cierta caverna, abierta por el continuo embate de las olas, abrigo de pescadores de púrpura. Aquí vió a los dos jóvenes uno de nuestros compañeros, y retrocedió, desandando el camino con la punta de los pies, y dijo: "¿No veis? Ahí habitan ciertas deidades." Otro, el más religioso, alzó las manos y los adoró así al verlos: "¡Oh Palemón soberano, hijo de la marina Leucotea, patrono de los navegantes!, muéstratenos propicio, ya sean los Dioscuros quienes yacen en la ribera, ya los hijos amados de Nereo, padre del noble coro de las cincuenta Nereidas." Pero otro, vano, audaz e impío, se burló de sus plegarias, y dijo que los de la gruta eran náufragos, y que allí se ocultaban, sabedores de la costumbre observada entre nosotros de sacrificar extranjeros. Casi todos creíamos que tenía razón, y que debíamos apoderarnos de estas víctimas y traerlas,

como siempre, a la diosa. Mientras tanto, uno de los peregrinos dejó la roca, se detuvo un poco, movió la cabeza a un lado y a otro, gimió, y se estremeció su cuerpo como presa del delirio, clamando a modo de cazador: "¿La ves, Pílades? ¿No ves este dragón del Hades que intenta matarme, armado de horrendas víboras? ¿Y ésta que espira fuego y muerte y sacude las alas que se destacan de su ropaje, llevando a mi madre en sus brazos, y quiere lanzarme este peñasco? ¡Ay de mí! ¡Me matará! ¿Adónde huiré?" Sin embargo, nada se veía, confundiendo él el mugido de los novillos y el ladrar de los perros con los aullidos semejantes que, según se dice, dan las Erinnias. Nosotros entretanto, aterrados y suspensos, permanecíamos quietos y en silencio. Pero él, desenvainando la espada, arremetió como un león a los novillos, los hirió en el vientre con su acero, atravesóles los costados, creyendo espantar a las Erinnias, hasta el extremo de llegar la sangre al mar. Todos entonces se armaron, viendo el estrago que hacía en los rebaños y tocamos los caracoles, llamando en nuestra ayuda a los indígenas, pues contra peregrinos robustos y llenos de vida podrían poco débiles pastores. Muchos, en efecto, nos reunimos en breve. El extranjero cayó al fin víctima de su locura, arrojando espuma por la boca. Cuando lo vimos en tierra en sazón tan oportuna, todos nos pusimos a la obra, y juntamos piedras, tirámoslas, y lo herimos; el otro extranjero lo cuidaba y atendía, protegiéndolo la tela bien urdida de su vestido, examinaba solícito sus heridas, y le prodigaba los tiernos desvelos de un leal amigo. Recobrando luego el juicio, se levantó del suelo, observó la muchedumbre de enemigos que les acometía, y presintiendo la calamidad que les amenazaba, gimió. Mas nos-

otros no cesamos de tirarle piedras a porfía. Entonces oímos esta exhortación atroz: "Moriremos, Pílades, pero con el honor posible; sígueme, esgrimiendo en tu diestra la espada." Cuando se adelantaron hacia nosotros vibrando sus armas, huímos y nos refugiamos en las frondosas selvas. Pero si alguno se intimidaba, los demás, amenazándole de cerca, le obligaban a la fuerza a volver, y si unos eran rechazados, los de reserva volvían a la carga con nuevas pedradas. Increíble parece que, siendo nosotros tantos, ninguno pudiese herir mortalmente a las víctimas de la diosa. Con trabajo, al cabo, y faltándonos valor, los cautivamos, y cercándolos a pedradas, hicimos caer las espadas de las manos, obligándolos por el cansancio a arrodillarse en tierra. Llevámoslos, pues, a la presencia del rey, los vió y te los envió inmediatamente para que los purifiques e inmoles. Debes desear, ¡oh virgen!, que se repitan estos sacrificios, porque si das muerte a tales extranjeros, la Hélade pagará la que quiso darte, y expiará la pena del crimen cometido en Aulide.

EL CORO

Maravilloso es lo que has contado del extranjero, sea quien fuere, venido de la Hélade al inhospitalario ponto.

IFIGENIA

Bien está; vete y trae a los extranjeros; yo cuidaré de lo demás. ¡Oh corazón desdichado, antes afable y misericordioso con las víctimas! Solías derramar lágrimas por tus compatriotas siempre que caían en tus manos; pero como ahora, y en vista de los sueños que me han asustado, creo que Orestes no ve ya la luz del sol, no os miraré con benevolencia, cualquiera

que seáis. Es una verdad, y yo la he experimentado, ¡oh amigas!, que los infelices no quieren bien a los venturosos. Mas ni llegó nunca a esta costa inhospitalaria el viento de Zeus, ni nave que, atravesando los escollos de las Symplégadas, trajese a Menelao ni a Helena, que me perdieron, para vengarme de ellos, y que encontrasen aquí otra Aulide en vez de aquella en donde me sacrificaron los hijos de Dánao como a cautiva ternerilla, sacrificándome el mismo padre que me engendró. ¡Ay de mí! No olvido aquellos males y las veces que mis manos tocaron su rostro, y que me abracé a las rodillas de mi padre, diciéndole: "¡Oh padre, hicísteme contraer vergonzoso himeneo, y mientras tú me matas, mi madre y las argivas celebran mis bodas, y en todo el palacio resuenan la flauta y los cánticos, y tú me sacrificas sin piedad. Hades era, pues, Aquiles, no el hijo de Peleo, el esposo que me habías anunciado; en carro me trajiste por engaño a sangrientas bodas." Y yo, al ponerme el sutil velo, no tomé en mis brazos a mi hermano, el que pereció hace poco, ni de vergüenza besé a mi hermana, creyendo encaminarme al palacio de Peleo; y no me despedí de muchas, pensando en mi pronto regreso a la ciudad de Argos. ¡Oh mísero Orestes, si has muerto perdiste envidiable suerte y la herencia afortunada de tu padre! No alabo el siniestro placer de una diosa que aleja de su ara a cualquier mortal, considerándolo impuro, ya haya derramado sangre, ya sufrido los dolores del parto, o tocado algún cadáver con sus manos, y, sin embargo, se deleita con víctimas humanas. De ningún modo Leto, esposa de Zeus, ha dado a luz tan necia deidad. Increíble, en verdad, me parece el festín que dió Tántalo a los dioses, y que ellos disfrutaran comiendo un niño, y más bien creo que los

moradores de esta región, para excusar sus homicidios, atribuyen a una divinidad su delito. A mi juicio, ningún dios es malo. (Ifigenia se calla, esperando a los extranjeros.)

EL CORO

Estrofa 1.ª—Cerúleas, cerúleas olas del mar, en donde Io, abrasada por el delirante estro, voló desde Argos al estrecho Euxino, y lo pasó, viniendo al Asia desde Europa, ¿quiénes son los que dejando el caudaloso Eurotas, de verdes cañas, o las aguas sagradas de Dirce, arribaron, arribaron a una tierra insociable, en donde divina doncella riega con sangre humana las aras y los templos cercados de columnas?

Antistrofa 1.ª—¿Navegaron acaso a fuerza de impetuosos remos de abeto, que resonaban a compás a los dos costados de la nave, llenando el viento las velas, ávidos de riquezas, para llevar la abundancia a sus hogares? La dulce esperanza se torna insaciable en los hombres, en daño suyo, cuando traen la carga de sus tesoros, después de andar errantes por las olas y recorriendo bárbaras ciudades con vanas ilusiones. Vehementes son unos con su avaricia, y otros más moderados.

Estrofa 2.ª—¿Cómo atravesaron los peñascos que se juntan, cómo los escollos Fineos, nunca tranquilos, navegando cerca de la orilla en las revueltas olas de Anfitrite, en donde los coros de las cincuenta doncellas Nereidas danzan a la redonda, mientras llenaba el viento las velas y rechinaba el timón que gobierna en la popa, ya impelida por las auras del Noto, o por los soplos del Zéfiro, para arribar a una región abundante en aves, a la isla de Leuca, célebre estadio de las carreras de Aquiles en el Ponto Euxino?

Antistrofa 2.ª—¡Ojalá que se realizasen los deseos de mi señora querida, y por alguna casualidad viniese aquí Helena, hija amada de Leda, dejando la ciudad troyana para rociar su cabello con el agua lustral, precursora de la muerte, y que mis manos la degollaran, sufriendo las penas que debe! Dulcísima nueva sería para nosotros que de la Hélade llegase algún navegante a poner término a mis trabajos y a mi desdichada servidumbre. Que en sueños siquiera me vea yo en la casa mía y en mi patria, para oír suave canto, deleite de los afortunados.

Epodo.—Pero he aquí a los extranjeros, atadas sus manos con dobles lazos, nuevas víctimas para la diosa. Callad, amigas. Ya mis compatriotas se acercan al templo, confirmando los anuncios del pastor. ¡Oh numen venerando!, si te es grata tal ofrenda, acepta las víctimas que te presentamos en observancia de nuestras costumbres, aun cuando no sean para los helenos hijas de la piedad.

IFIGENIA (a los que traen a los cautivos).

Vamos, pues; mi primer cuidado es que nada falte al culto de la diosa. Desatad las manos de los extranjeros, que, consagrados, ya no han de estar así. Entrad en el templo, preparad lo que sea necesario para esta ceremonia, y lo que el ritual ordena. (Se retira.) ¡Hola! ¿Qué madre os dió a luz en otro tiempo? ¿Cuál es vuestro padre?, ¿cuál vuestra hermana, si acaso la tenéis? ¡Qué dos jóvenes hermanos va a perder! ¡De qué hermanos quedará huérfana! ¿Quién está seguro de los golpes de la fortuna? ¿Quién sabe lo que le aguarda? Impenetrables son los decretos del destino; todos ignoran sus desdichas futuras, y la ciega deidad nos arrastra a desconocido

abismo. ¿De dónde venís, extranjeros desventurados? ¡Qué larga navegación habéis traído para arribar a este país, y cuán eternamente estaréis ausentes de vuestra casa, sepultados en los infiernos!

ORESTES

¿A qué te lamentas así, ¡oh mujer!, seas quien fueres, y agravas nuestros próximos males? No es sabio, a mi juicio, el que ha de morir y disimula su miedo, excitando la piedad, ni el que deplora su fin cercano, sin esperanza de salvación: de un solo mal hace dos; de necio es su conducta, y muere no obstante. Sea libre la fortuna. No te compadezcas más de nosotros, que conocemos los sacrificios que se celebran aquí.

IFIGENIA

¿Cuál de vosotros se llama Pílades? Es lo que primero deseo saber.

ORESTES

Este, si tal es tu placer.

IFIGENIA

¿En qué ciudad de la Hélade has nacido?

ORESTES

¿Qué ganarás con saberlo, ¡oh mujer!?

IFIGENIA

¿Sois hermanos, hijos de la misma madre?

ORESTES

Somos hermanos por la amistad, no como dices.

IFIGENIA

Y a ti, ¿qué nombre te puso tu padre?

ORESTES

El nombre que me cuadra es el de infortunado.

IFIGENIA

No es ésa mi pregunta: es obra de tu desgracia.

ORESTES

Si muero y no se sabe mi nombre, no serviré a nadie de ludibrio.

IFIGENIA

¿Por qué te opones a mi ruego? ¿Tan grande es tu soberbia?

ORESTES

Matarás mi cuerpo, no mi nombre.

IFIGENIA

¿Ni dirás tampoco la ciudad en donde moras?

ORESTES

Si he de morir, a nada conducen tus preguntas.

IFIGENIA

¿Pero por qué no me has de complacer en esto?

ORESTES

Me envanezco de tener por patria a la ínclita Argos.

IFIGENIA

Por los dioses, ¿eres de allí verdaderamente, o extranjero?

ORESTES

De Micenas, venturosa en otro tiempo.

IFIGENIA

¿Saliste desterrado de tu patria, o huyendo de alguna otra desdicha?

ORESTES

En cierto modo, soy desterrado contra mi voluntad y voluntariamente.

IFIGENIA

¿Me dirás lo que deseo saber?

ORESTES

Sí, que no debo dar a esto importancia, cuando tan grande es mi infortunio.

IFIGENIA

Yo he deseado mucho que viniese alguno de Argos.

ORESTES

No yo; si te sucede lo contrario, sabrás por qué.

IFIGENIA

¿Has oído hablar de Troya, tan famosa en todas partes?

ORESTES

¡Ojalá que nunca oyese su nombre, ni siquiera en sueños!

IFIGENIA

Dicen que ya no existe, arrasada por la guerra.

ORESTES

Así es; no te engañaron al contártelo.

IFIGENIA

¿Y volvió Helena al palacio de Menelao?

ORESTES

Volvió, y su vuelta fué fatal a alguno de los míos.

IFIGENIA

¿En dónde está? Algo me debe también por cierta desgracia de que fué causa.

ORESTES

Habita en Esparta con su primer esposo.

IFIGENIA

Objeto de horror para toda la Hélade, no para mí sola.

ORESTES

Amargo fruto recogí yo también de sus nupcias.

IFIGENIA

¿Volvieron acaso los aqueos, como pregona la fama?

ORESTES

¿Tantas preguntas me haces en una sola?

IFIGENIA

Antes que mueras quiero disfrutar de este placer.

ORESTES

Interrógame, pues, si lo deseas; yo te responderé.

IFIGENIA

Cierto adivino Calcas, ¿regresó de Troya?

ORESTES

Murió, según decían en Micenas.

IFIGENIA

Cuán justamente, ¡oh deidad veneranda! ¿Y el hijo de Laertes?

ORESTES

Aún no ha llegado a su patria, pero se cree que viva.

IFIGENIA

Que muera y nunca torne a ella.

ORESTES

No le desees mal, que su suerte no es envidiable.

IFIGENIA

¿Vive todavía el hijo de la nereida Tetis?

ORESTES

No; en vano celebró su himeneo en Aulide.

IFIGENIA

Era más bien un engañoso lazo, según aseguran los desdichados que deben saberlo.

ORESTES

¿Quién eres tú? ¿Con qué interés te informas del estado de la Hélade?

IFIGENIA

Soy también aquea; cuando era jovencita, perecí.

ORESTES

Con razón, pues, ¡oh mujer!, te cuidas de averiguar lo que en ella sucede.

IFIGENIA

¿Y qué ha sido del capitán cuya dicha publica la fama?

ORESTES

¿Cuál? El que yo conozco, al menos, no es de ese número.

IFIGENIA

Cierto hijo de Atreo, que se llamaba el rey Agamenón.

ORESTES

No sé de quien hablas; dejemos esto, ¡oh mujer!

IFIGENIA

De ninguna manera, por los dioses; al contrario, contéstame, ¡oh extranjero!, para complacerme.

ORESTES

Murió el desdichado, y además arrastró consigo a la muerte a algún otro.

IFIGENIA

¿Murió? ¿Cómo? ¡Ay de mí, desventurada!

ORESTES

¿Por qué has gemido así? ¿Te unía a él algún lazo?

IFIGENIA

Gimo recordando su pasada dicha.

ORESTES

Murió miserablemente, asesinado por una mujer.

IFIGENIA

¡Oh! ¡Cuán deplorable es la suerte de la criminal y de su víctima!

ORESTES

Déjame ya; no me preguntes más.

IFIGENIA

Sólo quiero saber si vive todavía la esposa de ese desdichado.

ORESTES

No vive; pereció a manos de su mismo hijo.

IFIGENIA

¡Oh palacio arruinado! ¿Y con qué objeto?

ORESTES

Por vengar el asesinato de su padre.

IFIGENIA

¡Ay de mí! ¡Instrumento deplorable de castigo merecido!

ORESTES

Sin embargo, los dioses no le favorecen, a pesar de su justicia.

IFIGENIA

¿Ha dejado Agamenón en el palacio algún otro hijo?

ORESTES

Electra, su única hija.

IFIGENIA

¿Se dice algo de la otra que mataron?

ORESTES

Nada, sino que, muerta, no ve la luz.

IFIGENIA

¡Desventurada, y desventurado también el padre que la sacrificó!

ORESTES

Pereció inicuamente por una mujer malvada.

IFIGENIA

¿Sobrevive en Argos algún hijo a su padre?

ORESTES

Sí, desdichado en verdad; en ninguna parte existe, y en todas a un tiempo.

IFIGENIA

Adiós, falsos sueños; nada erais, pues.

ORESTES

Ni los dioses, que se llaman sabios, son menos engañosos que los leves sueños. Grande confusión reina en las cosas divinas y humanas; sólo me duele que, por obedecer a adivinos, perezca quien no carece de prudencia; bien lo saben algunos.

EL CORO

¡Ay, ay de mí! ¿Quién se acordará de nosotras y de nuestros padres? ¿Viven acaso? ¿No viven? ¿Quién podrá decirlo?

IFIGENIA

Oíd: ya he tomado mi resolución, ¡oh extranjeros!, que puede seros útil y a mí también. Lo mejor será, sin duda, que nos convengamos todos. ¿Quieres acaso, si te salvo, llevar un mensaje mío a mis amigos de Argos, y cartas que me escribió cierto cautivo, compadecido de mi suerte, juzgando que no era homicida mi mano, sino que moría en virtud de una ley justa en concepto de la diosa? Hasta ahora no he encontrado ninguno que regrese a mi patria, y que, salvándose, entregase mis cartas a alguno de mis amigos. Tú, pues, que según parece no eres villano, y que has visto a Micenas y conoces a aquellos a quienes me dirijo, no morirás, alcanzando por obedecerme recompensa no despreciable. Pero el otro, ya que la ciudad me obliga a ello, será separado de ti y sacrificado a la diosa.

ORESTES

Apruebo cuanto has dicho, ¡oh extranjera!, excepto una cosa, porque la muerte de mi compañero me afligiría mucho. Yo soy el piloto que lo ha traído a este mar calamitoso, y navegó conmigo para compartir mis trabajos. No es, pues, justo que me salve y te sirva a costa de su vida. Más vale hacerlo así: tú le entregas las cartas que te interesa mandar a Argos, y a mí me matará quien quiera. Es lo más infame arrastrar a la desgracia a los amigos y evitarla nosotros. Este lo es mío, y quiero que vea la luz no menos que yo.

IFIGENIA

¡Oh corazón generoso! ¡Cómo se conoce que es noble tu estirpe y que eres verdadero amigo de tus

amigos! Que así sea el único pariente que me queda; yo también, ¡oh extranjeros!, tengo un hermano, aunque no lo veo. Pero ya que tal es tu voluntad, enviemos a éste que lleve las cartas; tú morirás, víctima de tu estrecha amistad.

ORESTES

¿Pero quién ha de sacrificarme? ¿Quién osará cometer tan bárbaro crimen?

IFIGENIA

Tal es mi deber en honor de la diosa.

ORESTES

No envidiable, sin duda, ¡oh virgen!, ni tampoco grato.

IFIGENIA

Oblígame la necesidad, numen incontrastable.

ORESTES

¿Tú, siendo mujer, matas a los hombres con la espada?

IFIGENIA

No, pero rociaré con agua lustral tu cabellera.

ORESTES

Pero, ¿quién es sacrificador, si me es lícito preguntarlo?

IFIGENIA

Los encargados de este ministerio habitan en el templo.

ORESTES

¿Y qué sepulcro me recibirá cuando muera?

IFIGENIA

Dentro arde el fuego sagrado, y en la roca han abierto vasta sima.

ORESTES

¡Ay de mí! ¡Ojalá que mi hermana me tributase los últimos deberes!

IFIGENIA

Vano es tu deseo, ¡oh desventurado!, quienquiera que seas, que yace lejos de ti y de esta tierra bárbara. Pero basta que seas argivo para que te honre como pueda. Yo adornaré tu sepulcro, y mi mano untará tu cuerpo frío de amarillento aceite, y derramaré sobre tu pira la miel que liba de las flores la roja abeja. Pero voy a traer las cartas del templo de la diosa; no me odies por eso. Custodiadlos, servidores, sin ataduras, que acaso envíe cartas a alguno de mis amigos de Argos, que no las espera, y a quien amo mucho, participándole, con gran gozo suyo, que viven algunos que cree muertos.

EL CORO

Deploro tu destino: pronto serás sacrificado con las sangrientas gotas del agua lustral.

ORESTES

En vez de lamentarlo, ¡oh extranjeras!, debéis regocijaros.

EL CORO

Feliz eres, ¡oh joven!, y afortunada tu suerte, porque vuelves a tu patria.

PILADES

Nunca desea un amigo que su amigo muera.

EL CORO

¡Oh peregrinación infausta! ¡Ay, ay, tú morirás! ¡Ay, ay de mí! ¿Cuál de los dos ha de perecer? Duda mi alma, y no sabe si llorar y gemir por ti primero o acaso por ti.

ORESTES

Dí, Pílades, por los dioses, ¿estás tan conmovido como yo?

PILADES

No lo sé; me preguntas cuando no puedo responderte.

ORESTES

¿Quién es esa doncella? Como si fuese helena se ha informado de los trabajos sufridos en Ilión, y de la vuelta del ejército, y de Calcas, sabio adivino, y de Aquiles; y se apiadó mucho del desventurado Agamenón, y me preguntaba con interés por su esposa y por sus hijos. Esa extranjera debe ser alguna argiva que ha llegado hasta aquí, pues no de otro modo enviaría esas cartas ni se interesaría por todo esto, como si hubiese de participar de la ventura de mi patria.

PILADES

Has prevenido mi juicio, y has dicho primero cuanto yo pienso, excepto que las desdichas de los reyes son conocidas de todos los que se cuidan de los asuntos humanos. Pero indicó también otra cosa.

ORESTES

¿Cuál? Mejor la entenderás participándomela.

PILADES

Que es vergonzoso que muerto tú vea yo la luz; si navegué contigo, contigo debo morir. Afrentosa reputación de tímido y de cobarde tendré en los valles de Argos y de la Fócide, y creerá la multitud, ya que abundan los malos, que habiéndote hecho traición. vuelvo a mi patria sano y salvo, o que te he dado muerte por reinar, cuando a tu familia afligían tantas calamidades, y por casarme con tu hermana, que ha de heredarte. Tal es mi temor, tal mi vergüenza, y estoy resuelto a rendir contigo el alma y a que me degüellen al mismo tiempo que a ti, y conviertan en ceniza mi cuerpo; basta que sea tu amigo, y mi horror al vituperio.

ORESTES

Ruégote que no pienses así; yo sólo debo sufrir mis males, y si puede ser simple mi pena, no he de duplicarla. Lo que tú miras como horrible y afrentoso, caerá sobre mí si murieses por compartir mis trabajos. Por mí no te aflijas; no es mala mi suerte, que agobiado por tanto infortunio como los dioses me envían, me veré libre de la vida; tú eres feliz, tu familia está pura y contenta, y la mía es desdichada e impía. Cuando, ya en salvo, tengas hijos de la hermana que te dí por esposa, durará mi nombre, y mi estirpe no se extinguirá. Vete, pues, y vive y habita el palacio de tu padre. Ruégote suplicante, por esta diestra, que cuando vayas a la Hélade y a la ecuestre Argos, me consagres un sepulcro y un monumento, y que mi hermana ofrezca en mi túmulo su

cabellera y sus lágrimas; anúnciale mi muerte a manos de cierta mujer argiva, inmolado en el ara. Ni la abandones nunca, recordando siempre que has contraído himeneo con la hija de Agamenón, y que tus nuevos parientes son huérfanos. Y adiós ya; tú has sido mi mayor y más leal amigo, tú me acompañabas en la caza, te educaste conmigo y has sufrido muchos trabajos por compartir mis desdichas. Apolo, dios adivino, nos engañó astutamente, nos ha alejado de la Hélade cuanto ha podido, avergonzado de sus anteriores vaticinios, y por dar crédito a sus palabras y obedecerlas dí muerte a mi madre y ahora muero.

PILADES

Tendrás el sepulcro que deseas, y nunca abandonaré el lecho de tu hermana, ¡oh desventurado!; más te amaré muerto que vivo. Sin embargo, no puedes decir todavía que te ha perdido el oráculo del dios, aunque estés a la orilla de la tumba; muchas veces, sí, muchas veces gravísima calamidad produce grandes mudanzas si la fortuna lo dispone.

ORESTES

Calla, que inútiles son ahora los vaticinios de Febo; esa mujer sale ya del templo.

IFIGENIA (a los que han quedado guardando a los cautivos.)

Apartaos, servidores, y preparad allá dentro lo necesario para los que presiden el sacrificio. (Se retira el Coro.) Aquí tenéis las cartas en múltiples rollos, ¡oh extranjeros! Escuchad además: como ninguno es constante en la desgracia, y cuando la confianza sucede al miedo, recelo que, de vuelta a su patria, no se acuerde de mis cartas y no las lleve a Argos.

ORESTES

¿Qué quieres, pues? ¿Qué te inquieta?

IFIGENIA

Ha de jurarme que llevará estas cartas y las entregará a mis amigos de Argos.

ORESTES

Y tú, ¿jurarás cumplir tu promesa?

IFIGENIA

Di, ¿qué he de decir?, ¿qué callar?

ORESTES

Que lo dejarás ir sano y salvo de esta tierra bárbara.

IFIGENIA

Es justo tu deseo. ¿Cómo, pues, de otra manera conseguiría lo que anhelo?

ORESTES

¿Y lo consentirá el tirano?

IFIGENIA

Yo me encargaré de esto y de dejarlo en la nave.

ORESTES

Jura, pues, y formula el piadoso juramento que ha de hacer él.

IFIGENIA

Que diga: "Yo entregaré estas cartas a tus amigos."

PILADES

"Entregaré estas cartas a tus amigos."

IFIGENIA

Y yo, en cambio, te facilitaré los medios de dejar las rocas Cianeas.

PILADES

¿Y a qué dios pones por testigo de tus juramentos?

IFIGENIA

A Artemisa, cuya sacerdotisa soy en este templo.

PILADES

Y yo al rey del cielo, al venerando Zeus.

IFIGENIA

¿Y si me faltas y no cumples tu juramento?

PILADES

Que no vuelva a mi patria. ¿Y tú, si no me salvas?

IFIGENIA

Que nunca vea la tierra de Argos.

PILADES

Oye ahora algo que pasamos por alto.

IFIGENIA

Seguramente no hay frases inoportunas si son útiles.

PILADES

Concédeme, sin embargo, que si sucede algún percance a la nave, y la mar borra tus cartas y se traga mis riquezas, y yo solo me salvo, que no valga mi sagrada promesa.

IFIGENIA

¿Y sabes tú lo que haré? Cuanto mayor es nuestra prevención, más fácilmente realizamos nuestros deseos. Te diré lo que he escrito en las cartas, para que puedas referirlo a los amigos; así no hay temor alguno, y si las salvas, ellas dirán calladas lo que quiero; y si la mar las borra y tú te libras de la muerte, no lo olvidarás.

PILADES

Bien miras de este modo por mí y por los dioses. Indícame, pues, a quién debo entregarlas en Argos, y lo que he de decir de tu parte.

IFIGENIA

Anuncia a Orestes, hijo de Agamenón, que estas cartas son de Ifigenia, viva la sacrificada en Aulide, aunque crean lo contrario los que ven allí la luz.

ORESTES

¿Y en dónde está? ¿Resucitó acaso después de muerta?

IFIGENIA

Yo soy Ifigenia; no me interrumpas con tus preguntas. "Llévame a Argos, ¡oh hermano mío!, de esta tierra bárbara antes que muera, y líbrame de las víctimas de la diosa en cuyo honor sacrifico a los extranjeros...."

ORESTES

¿Qué te parece, Pílades? ¿En dónde estamos?

IFIGENIA

"O lanzaré, Orestes, imprecaciones contra tu familia." Repito dos veces su nombre para que no se te olvide.

ORESTES

¡Oh dioses!

IFIGENIA

¿Por qué invocas a los dioses, tratando sólo de mis asuntos particulares?

ORESTES

Prosigue, no es nada; me había distraído. Preguntando después, averiguaré cosas increíbles.

IFIGENIA

Dile que Artemisa me salvó poniendo en mi lugar una cierva, a la cual mató mi padre creyendo que desenvainaba contra mí su espada, y después me trajo aquí. Tal es el contenido de mi carta.

PILADES

¡Oh, con qué juramento tan fácil de cumplir me obligaste, y cuán grata es la condición que fijaste al hacer el tuyo! No tardaré mucho en verme libre de ese sagrado lazo. He aquí cómo llevo tu carta y te la entrego, ¡oh Orestes!, de parte de tu hermana.

ORESTES

La acepto; dejaré, pues, a un lado las plegadas cartas, y gozaré de este placer, y no, en verdad, con meras palabras. ¡Oh hermana muy querida!; aun-

que mi sorpresa es grande, te estrecharé sin embargo en mis brazos. Increíble es lo que me pasa; disfrutaré de este puro goce oyendo milagros portentosos.

EL CORO

No profanes, extranjero, a la sacerdotisa de la diosa, abrazando su manto, que no debes tocar.

ORESTES

¡Oh hermana!, hija como yo de mi padre Agamenón; no me rechaces, ya que encuentras un hermano que nunca creíste ver más.

IFIGENIA

¿Eres tú mi hermano? ¿Te atreves a repetirlo? El recorre ahora el campo argivo y la tierra de Nauplia.

ORESTES

No es allí donde está tu hermano, ¡oh desdichada!

IFIGENIA

¿Pero te dió a luz la lacedemonia hija de Tíndaro?

ORESTES

Mi padre fué el nieto de Pélope.

IFIGENIA

¿Qué dices? ¿Puedes probármelo de alguna manera?

ORESTES

Sí; pregunta lo que quieras del palacio paterno.

IFIGENIA

Tú debes hablar y yo oír.

ORESTES

Te diré primero lo que me contó Electra. ¿Tienes tú noticia de la lucha fratricida de Atreo y Tiestes?

IFIGENIA

La oí; fué por la posesión del vellocino de oro.

ORESTES

¿Y sabes que la representaste en bellas telas, tejidas de tu mano?

IFIGENIA

¡Oh tú, el muy amado, ya tocas mi corazón!

ORESTES

¿Y el retroceso del sol, también figurado en ella?

IFIGENIA

Obra fué también de mis manos ese sutil tejido.

ORESTES

¿Te bañó tu madre en Aulide?

IFIGENIA

Sí; y un ilustre himeneo no logró impedirlo.

ORESTES

¿Qué dices a esto? ¿No cortaste tu cabellera para entregarla a tu madre?

IFIGENIA

Seguramente: como recuerdo mío, para depositarla en el sepulcro en vez de mi cuerpo.

ORESTES

Te daré otras pruebas. Yo mismo he visto en tu aposento virginal la antigua lanza de Pélope, que se conservaba en el palacio de mi padre, con la cual consiguió la mano de Hippodamia, después de matar a Oinomao.

IFIGENIA

¡Oh tú, el más querido Orestes, eres el muy amado Orestes; al fin te veo, tanto como te he deseado, y lejos del suelo patrio, muy lejos de Argos!

ORESTES

Y yo a ti, muerta en opinión de los hombres. Lágrimas de alegría, copioso llanto, con gozo derramado, humedecen tus ojos y los míos.

IFIGENIA

Entonces te dejé, entonces te dejé, tierno niño, en brazos de tu nodriza, en el palacio. ¡Oh fortuna feliz, más de lo que puede expresarse! ¿Qué podré decir? Más que milagro, superior a todo encarecimiento, es lo que nos sucede.

ORESTES

Que en adelante seamos dichosos, viviendo juntos.

IFIGENIA

Placer inagotable he recibido, ¡oh mis amigas!; ahora temo que mi hermano huya de mis brazos, volando por los aires. ¡Oh lares ciclópeos, oh patria, oh Micenas amada, a ti te debo la vida, a ti la educación de mi hermano, astro de mi linaje!

ORESTES

Afortunados fuimos por nuestro nacimiento; pero las desdichas, ¡oh hermana!, han hecho infeliz nuestra vida.

IFIGENIA

Bien lo supe yo cuando mi padre, víctima de su destino, acercó a mi cerviz la espada.

ORESTES

¡Ay de mí! Paréceme que allí te veo, aunque no le presenciara.

IFIGENIA

Cuando bajo pretexto de casarme con Aquiles, me llevaban al supuesto aposento nupcial, y en torno del ara sólo había lágrimas y sollozos. ¡Ay de mí, ay de mí, qué agua lustral me aguardaba allí!

ORESTES

La audacia de mi padre me hizo llorar también.

IFIGENIA

¡Indigno, sí, indigno de un padre fué ese atentado! Pero los males se suceden unos a otros.

ORESTES

Ciertamente, hubiera sido horrible, ¡oh mísera hermana!, que hubieses sacrificado a tu hermano por decreto de algún dios.

IFIGENIA

Tan atroz crueldad habría puesto el colmo a mis desdichas. Espantoso, sí, espantoso sin duda fuera mi

delito, ¡ay de mí, oh hermano! Con trabajo evitaste muerte impía de mi misma mano. Pero ¿cuál será ahora el fin de tantas calamidades? ¿Cuál mi suerte? ¿De qué medio me valdré para salvarte y conducirte a Argos desde esta región y desde el borde de la tumba, antes que la cuchilla derrame tu sangre? Probar debes, ¡oh alma mísera!, si por tierra (no en la nave) y con veloz carrera, puedes escaparte de este mortal peligro, atravesando naciones bárbaras y sendas intransitables. Larga es la ruta por la mar, y difícil el paso por el angosto escollo cyaneo. ¡Mísera, mísera! ¿Qué dios, qué hombre, qué casualidad inesperada nos abrirá feliz camino, mostrando el término de tantos males a estos dos últimos Atridas?

EL CORO

Yo misma acabo de presenciar uno de los sucesos más sorprendentes, superior a todo encarecimiento: me guardaré bien de publicarlo.

PILADES

Justo es, ¡oh Orestes!, que amigos que se encuentran se abracen mutuamente; pero ahora, y dejando ya de llorar, es preciso que salgamos de esta tierra bárbara, ya que nos hemos salvado con tanta gloria. Es de varones sabios no apartarse del rumbo que traza la fortuna, seducidos por deleites intempestivos.

ORESTES

Has dicho bien; creo que la suerte nos protege, y por tanto, si nos aprovechamos de ella pronto, será más eficaz su protección.

IFIGENIA

Nada me impide averiguar ahora, nada se opone a que me digas qué ha sido de Electra; mucho me alegraré de saberlo.

ORESTES

Con éste vive, y es feliz.

IFIGENIA

¿De dónde es tu compañero? ¿Quién es su padre?

ORESTES

Su padre se llama Estrofio el Focense.

IFIGENIA

¿Es, pues, mi pariente, por su madre, la hija de Atreo?

ORESTES

Primo tuyo, sin duda, mi solo y único amigo.

IFIGENIA

No había, pues, nacido cuando me sacrificó mi padre.

ORESTES

No; algún tiempo estuvo Estrofio sin hijos.

IFIGENIA

Yo te saludo, esposo de mi hermana.

ORESTES

Y salvador mío, no sólo pariente.

IFIGENIA

¿Y cómo osaste cometer tales atrocidades contra una madre?

ORESTES

No hablemos de ello: por vengar la muerte de mi padre.

IFIGENIA

¿Y por qué mató ella a su marido?

ORESTES

Te repito que no hablemos de mi madre; indecoroso es para tus oídos.

IFIGENIA

Callo. ¿Ahora Argos cifra en ti sus esperanzas?

ORESTES

Menelao manda en ella; yo estoy desterrado de mi patria.

IFIGENIA

¿Tu tío agrava, pues, las calamidades de su familia?

ORESTES

No; el terror que me infunden las Erinnias me aleja de mi patria.

IFIGENIA

A él aludían, sin duda, al decir que delirabas en la orilla del mar.

ORESTES

No es ésa la vez primera que me han visto presa de esa desdicha.

IFIGENIA

Ya entiendo; te atormentaban las diosas vengadoras de tu madre.

ORESTES

Hasta un extremo indecible me subyugan con sangriento freno.

IFIGENIA

¿Y por qué has venido aquí?

ORESTES

Por obedecer un oráculo de Febo.

IFIGENIA

¿Y qué pensabas hacer? ¿Puedes decirlo, o debes callarlo?

ORESTES

Lo diré. Ese oráculo ha sido para mí causa de muchos disgustos. Después que castigué las faltas de mi madre, que omito, andaba desterrado, perseguido por los remordimientos de las Erinnias, y Febo me envió entonces a Atenas para aplacar a las diosas sin nombre. Hay allí un santo Tribunal fundado por Zeus en otro tiempo para juzgar a Ares, que había manchado sus manos. Cuando llegué, nadie me quiso recibir en su casa, mirándome como a un sér detestado de los dioses; los más compasivos me dieron mesa hospitalaria, en donde yo solo me sentaba, aunque vivían bajo el mismo techo, y me acompañaron silenciosos, no queriendo que hablase con ellos ni gustase de sus bebidas y manjares; y con este objeto todos tenían vaso aparte e igual, y en él vertían el vino y lo saboreaban. Yo no osaba reconvenirlos, sino que callado lo sentía, y fingía no repararlo, y gemía mucho, acordándome del asesinato de mi madre. Me han dicho que en memoria de mis calamida-

des los atenienses han instituído solemne aniversario, y que el pueblo de Palas todavía guarda la costumbre de celebrar la fiesta de las copas que hacen un congio. Después que llegué al túmulo de Ares y asistí al juicio, yo en un asiento y en el otro la mayor de las Erinnias, habló Apolo, y presenció los trámites seguidos para fallar mi parricidio, y me salvó, sirviéndome de testigo, y Palas contó por sí misma los sufragios iguales por ambas partes, y escapé vencedor de este peligro inminente. Resolvieron que se consagrase un templo cerca de la misma curia a las Euménides que se sometieron al fallo del Tribunal; pero las que no se conformaron con la sentencia, me atormentaban siempre con su incesante persecución, hasta que volví a la tierra santa de Febo, y prosternándome ante el vestíbulo de su templo, y ayunando, juré que allí mismo me arrancaría la vida, si el que me había perdido no me protegía. Entonces, haciendo oír su voz desde el dorado trípode, me mandó venir aquí y que robase la estatua que había caído del cielo y la llevase al país de los atenienses. Ayúdame tú, pues, a recobrar mi salud, como el dios ha prometido; porque si nos apoderamos de la estatua, me veré libre de mi locura, y llevándote en un bajel de muchos remos, verás segunda vez a Micenas. Así, hermana amada, salva a tu familia, salva a tu hermano; perecerá cuanto me pertenece y el linaje de los Pelópidas si no nos acompaña la estatua celestial de la diosa.

EL CORO

Grande fué la ira de los dioses contra el viejo Tántalo, y lo agobiaron con terribles desdichas.

IFIGENIA

Antes que vinieras deseaba ir a Argos y verte, ¡oh hermano! Lo que tú quiero; que libre de tus males, yo sea la columna que ha de sostener el palacio afligido de mi padre, puesto que no soy su enemiga, por haberme condenado a muerte. No ensangrentaré en ti mis manos, y salvaré tu linaje. Pero temo a la diosa, temo al rey cuando note la falta de la estatua en el templo de Artemisa. ¿Cómo entonces podré evitar la muerte? ¿Cuál será mi excusa? Si consiguiéramos robar la imagen de la diosa y huír en tu nave de bella popa, nos expondríamos a un peligro glorioso; pero separada de ella, pereceré sin duda, y tú, logrado tu objeto, volverás a tu patria. Pero nada rehuiré por salvarte, ni aun la muerte. Mucha falta hace a la familia el hombre que se muere; pero la mujer vale poco.

ORESTES

Nunca seré causa de tu ruina, como lo fuí de la de mi madre; basta un asesinato; quiero vivir o morir contigo. Te llevaré a Argos si aquí no sucumbo, o nos guardará el mismo sepulcro. Pero oye mi parecer: si Artemisa fuese contraria a nuestros proyectos, ¿cómo había de mandar Loxias que trasladase su estatua a la ciudad de Palas y que yo te encontrase? Reflexionando, pues, en todo esto, espero volver.

IFIGENIA

¿Cómo es posible que no perezcamos y que realicemos nuestros deseos? Es la grave dificultad que se opone a nuestro regreso, que voluntad no nos falta.

ORESTES

¿Podríamos matar al tirano?

IFIGENIA

Cruel sería que quienes nos dan hospitalidad muriesen a manos de advenedizos.

ORESTES

Pero debemos intentarlo, si es el único medio de salvarnos.

IFIGENIA

Yo no podría hacerlo, aunque alabe tu decisión.

ORESTES

¿Y si me ocultas en el templo?

IFIGENIA

¿Para escaparnos, favorecidos de las tinieblas?

ORESTES

Sí; la noche protege a los ladrones y la luz es amiga de la verdad.

IFIGENIA

Hay en el templo guardianes que no engañaremos.

ORESTES

¡Ay de mí! Segura es nuestra muerte. ¿Cómo, pues, huiremos?

IFIGENIA

Se me ocurre una buena idea.

ORESTES

¿Cuál? Participámela sin tardanza.

IFIGENIA

Tu misma desdicha servirá para engañarlos.

ORESTES

Ingeniosas son las mujeres en urdir intrigas.

IFIGENIA

Diré que has venido de Argos por haber asesinado a tu madre.

ORESTES

Utiliza mis males en provecho tuyo.

IFIGENIA

Diré que con esa mancha no es lícito sacrificarte a la diosa.

ORESTES

¿Y qué pretextarás? Algo sospecho.

IFIGENIA

Que es preciso lavar tu mancha y después darte muerte.

ORESTES

¿Y cómo de esta manera nos será más fácil apoderarnos de la estatua?

IFIGENIA

Diré que quiero purificarte en las ondas del mar.

ORESTES

Pero está dentro la estatua por la cual vine.

IFIGENIA

Y diré que quiero lavarla, porque tú la has profanado.

ORESTES

¿En dónde? ¿Dijiste que en las húmedas olas del mar?

IFIGENIA

En donde está sujeta tu nave con cables de lino.

ORESTES

¿Y llevarás tú la estatua, o algún otro?

IFIGENIA

Yo, sólo yo puedo tocarla.

ORESTES

¿Y qué haremos de Pílades?

IFIGENIA

Diré que sus manos están manchadas como las tuyas.

ORESTES

¿Sabiéndolo el rey, o ignorándolo?

IFIGENIA

Yo lo persuadiré, pues aunque quisiera no podría ocultárselo.

ORESTES

Numerosos remeros hay en nuestra nave.

IFIGENIA

Tú cuidarás de lo demás.

ORESTES

Sólo falta que estas mujeres guarden silencio. Ruégales, pues, con frases persuasivas, que la mujer, cuando quiere, sabe excitar la compasión.

IFIGENIA

¡Oh esclavas muy queridas! A vosotras me dirijo, y de vosotras depende que prosperen mis proyectos o que se desvanezcan como el humo, y me quede sin patria, sin un hermano amado y sin una hermana adorada. Tal es el exordio de mi discurso; todas somos mujeres y nos amamos unas a otras, y nadie nos aventaja en callar lo que nos interesa. Silencio, pues, y ayudadnos en nuestra fuga. Joya preciosa es la discreción. Reflexionad en la suerte que aguarda a tres seres muy amados: o regresar a su patria, o morir todos a un tiempo. Salvándome yo, tú participarás de mi ventura, y conmigo volverás a la Hélade. Por tu diestra, pues, te ruego, y a ti, y a ti, por tu rostro y tus rodillas, y por las caras prendas que dejasteis en vuestros hogares, por vuestra madre y vuestro padre y por vuestros hijos; si los tenéis. ¿Qué decís? ¿Cuál de vosotras aprueba, cuál se opone a mis proyectos? Decidlo. Si no os conformáis con ellos, pereceremos yo y mi mísero hermano.

EL CORO

Confía en nosotras, dueña querida, y atiende sólo a tu salvación, que yo callaré cuanto te interese. A Zeus pongo por testigo de que haré lo que me ruegas.

IFIGENIA

Premio tengan tan gratas palabras, y que seáis felices. Debéis entrar en el templo, que no tardará en venir el rey a averiguar si se ha celebrado el sacrificio de los extranjeros. ¡Oh tú, veneranda!, que en el seno de Aulide me libraste de las manos mortíferas de mi padre, sálvame también ahora, y conmigo a éstos, o por tu causa los oráculos de Loxias no tendrán crédito entre los hombres. Que favorezcas tu huída de esta tierra bárbara a Atenas; no debes habitar aquí, sino en una tierra afortunada.

EL CORO

Estrofa 1.a—¡Oh Alción!, ave que en los peñascosos escollos del ponto cantas tu triste destino con voz bien conocida de los prudentes, siempre llorando a tu marido; acompáñame en mi llanto, que yo, pájaro sin alas, suspiro por las asambleas de los helenos, por Artemisa Lucina, que habita junto al collado Cintio, en donde ostenta la palma su delicada cabellera, el laurel sus ramos, su sagrado fruto el verde olivo, amado por Leto en su parto, y la laguna que revuelve sus aguas en círculo, mientras el cisne canoro rinda homenaje a las Musas.

Antistrofa 1.a—¡Oh lágrimas abundantes, que corristeis por mis mejillas cuando derribadas las torres de mi patria, subí a las naves, llenas de remeros y de lanzas! Vendida a gran precio de oro vine a esta tierra bárbara, para servir a la hija de Agamenón, sacerdotisa virgen de la diosa que mata a los ciervos, y en los altares en donde se sacrifican ovejas, alabando mi suerte perpetuamente miserable, porque las penas no afligen cuando desde la cuna nos rodean. Pero la felicidad es inconstante, y cuando la aflicción

viene después de la dicha, la vida es intolerable al hombre.

Estrofa 2.ª—Que la nave argiva, ¡oh señora!, armada de cincuenta remos, te lleve a tu patria, y que alivie el trabajo del remero el sonido de la flauta del rústico Pan, trabada con cera, y que el profeta Febo, cantando acompañado de la canora lira de siete cuerdas, te conduzcan sin contratiempo a la fértil Atenas. Déjame aquí, y que al compás de impetuosos remos, las cuerdas extiendan las hinchadas velas en la extremidad de la quilla, mientras ésta surca ligera las olas.

Antistrofa 2.ª—¡Ojalá que yo vuele al espléndido circo del aire, ruta que sigue el ardiente fuego del sol, y que cese el batir de mis alas al llegar a mi aposento nupcial, y asista a los coros de otro tiempo, cuando virgen digna de noble esposo rivalizaba en grupos bellos con mis compañeras, en presencia de mi madre, dando sombra a mis mejillas mi velo, y mis rizos y mis cabellos, brillantemente exornados.

TOAS

¿En dónde está la argiva que guarda este templo? ¿Celebró ya el sacrificio de los extranjeros? ¿Arden sus cuerpos en el sagrado vestíbulo?

EL CORO

Aquí está, ¡oh rey!, quien te contestará como deseas.

TOAS

Veamos, pues. ¿Por qué, ¡oh hija de Agamenón!, llevas en tus brazos la estatua de la diosa, que no debe moverse de su asiento.

IFIGENIA

¡Oh rey!, detente a la entrada del templo.

TOAS

¿Qué hay de nuevo en él?

IFIGENIA

Se ha cometido un sacrilegio: tal es el nombre que da la religión a ese atentado.

TOAS

¿Qué novedad me anuncias?

IFIGENIA

Impuras son las víctimas que me has traído, ¡oh rey!

TOAS

¿Quién te lo ha dicho? ¿Es esa tu opinión?

IFIGENIA

Retrocedió la estatua de la diosa.

TOAS

¿Por sí misma o por temblor de tierra?

IFIGENIA

Por sí misma, y cerró sus ojos.

TOAS

¿Y cuál es la causa? ¿Acaso la profanación de los extranjeros?

IFIGENIA

Tal es, y no otra: cometieron abominaciones.

TOAS

¿Mataron acaso algún bárbaro en la orilla del mar?

IFIGENIA

Vinieron aquí manchados con la sangre derramada en su patria.

TOAS

¿En dónde? Yo deseo saberlo.

IFIGENIA

Hundieron sus espadas en el pecho de su madre.

TOAS

¡Oh Apolo! Ni aun los bárbaros hubiesen cometido acción tan criminal.

IFIGENIA

Han sido desterrados de toda la Hélade.

TOAS

¿Y por eso sacas la estatua del templo?

IFIGENIA

Sí, al aire santo, para alejarla del contacto de los asesinos.

TOAS

¿Y cómo has averiguado el nefando crimen de los extranjeros?

IFIGENIA

Averigüélo cuando anduvo hacia atrás la estatua de la diosa.

TOAS

Sabia te hizo la Hélade. ¡Qué bien lo has conocido!

IFIGENIA

Y ahora poco intentaron seducirme con dulces halagos.

TOAS

¿Anunciándote alguna grata nueva de Argos?

IFIGENIA

Que mi hermano Orestes vivía.

TOAS

Pero tú les replicarías con sensatez, alegando el sacerdocio que debes a la diosa.

IFIGENIA

Como quien detesta a toda la Hélade, que me perdió.

TOAS

¿Y qué haremos, di, con los dos extranjeros?

IFIGENIA

Observar nuestra antigua ley.

TOAS

¿Y por qué están ociosas la cuchilla y el agua lustral?

IFIGENIA

Quiero antes lavarlos, purificándolos, según ordena nuestra religión.

TOAS

¿Con agua de fuente o de la mar?

IFIGENIA

El mar lava todos los crímenes.

TOAS

Más santas serán las víctimas que han de sucumbir.

IFIGENIA

Y mejor conseguiré mi deseo.

TOAS

¿No se estrellan las olas en el templo?

IFIGENIA

Necesitamos la soledad para practicar otros ritos.

TOAS

Haz lo que quieras; no tengo empeño en saber esos misterios.

IFIGENIA

Deseo purificar la estatua de la diosa.

TOAS

Si la han profanado los matricidas....

IFIGENIA

De otro modo, nunca la hubiese removido de su asiento.

TOAS

Laudable es tu piedad y diligencia; con razón te admiran todos.

IFIGENIA

¿Mandarás hacer lo que nos falta?

TOAS

Sepámoslo, pues.

IFIGENIA

Añadirás nuevas cadenas a las que llevan.

TOAS

¿Y adónde podrían huír?

IFIGENIA

No hay que fiarse de los helenos.

TOAS

Servidores, traed más cadenas.

IFIGENIA

Y también a los extranjeros.

TOAS

Así se hará.

IFIGENIA

Que un velo cubra sus cabezas.

TOAS

¿De los rayos del sol?

IFIGENIA

Que me acompañe también alguno de tus satélites.

TOAS

Estos te escoltarán.

IFIGENIA

Y manda a la ciudad un mensajero que diga...

TOAS

¿Qué?

IFIGENIA

Que nadie salga de su casa.

TOAS

¿Para no mancharse si tropiezan con los sacrílegos?

IFIGENIA

Sería descuido abominable.

TOAS (a uno de sus guardias.)

Vé tú y publícalo así de mi parte.

IFIGENIA

Que ninguno se acerque a verlos.

TOAS

Bien miras por la ciudad.

IFIGENIA

Y no hay tampoco gran necesidad de la ayuda de los amigos.

TOAS

¿Lo dices por mí?

IFIGENIA

Tú, mientras tanto, ante el templo de la diosa....

TOAS

¿Qué he de hacer?

IFIGENIA

Purifica el templo con el fuego.

TOAS

¿Para cuando vuelvas?

IFIGENIA

Y al salir los extranjeros....

TOAS

¿Y qué haré entonces?

IFIGENIA

Tapar tus ojos con el manto.

TOAS

¿Para no contaminarme?

IFIGENIA

Y si te parece que tardo mucho....

TOAS

¿A qué regla he de atenerme?

IFIGENIA

No te sorprendas.

TOAS

Cumple, pues, tus piadosos deberes con la diosa.

IFIGENIA

¡Ojalá que esta expiación produzca el efecto que deseo!

TOAS

Lo mismo pido.

IFIGENIA

Ya veo a los extranjeros que salen del templo, y las suntuosas galas de la diosa, y los tiernos corderillos que lavarán con su sangre el sacrilegio, y el fulgor de las lámparas, y todo lo necesario para purificar a los criminales y a la divina imagen. Ordeno a los ciudadanos que no presencien esta expiación, y que si algún guardián del templo desea conservar puras sus manos para el servicio de los dioses, que quien ha de contraer matrimonio, o las mujeres que hayan de parir, huyan y se alejen para no contaminarse. ¡Oh reina virgen, hija de Zeus y de Leto!, si llego a borrar el crimen sangriento de estos extranjeros y a sacrificar, como conviene, habitarás un templo sin mancilla, y nosotros seremos felices; ya entiendes lo demás, aunque no lo exprese, ¡oh diosa!, y también los demás dioses, que todos lo saben.

EL CORO

Estrofa.—Bello fué el hijo que dió a luz Leto en los risueños valles de Delos, Febo de cabellos de oro, hábil en tocar la cítara, y la que se deleita y hace gala de su destreza en tirar el arco, a los cuales, desde los bosques inmediatos a la mar, desde la célebre isla de abundantes aguas en que nacieron, llevó su madre a la cima del Parnaso, en donde Dionysos se entrega a sus orgías, y el dragón de manchado lomo y de cabeza roja, cubierto de escamas de bronce, bajo opaco y frondoso laurel, monstruo horrible, hijo de Gea, guardaba el oráculo subterráneo, sucumbió a tus flechas, ¡oh Febo!, cuando todavía eras

niño, cuando saltabas en los brazos de la madre querida y diste principio a tus divinos oráculos, y te sientas en dorado trípode, en trono que no engaña, profetizando a los mortales desde el misterioso vestíbulo, cerca de la fuente Castalia, en donde está el centro de la Tierra.

Antistrofa.—Pero después que Apolo, usurpando las atribuciones de Temis, se reservó el derecho de dar sus oráculos divinos, Gea, madre de aquella diosa, creó fantasmas nocturnos que en sueños decían a muchos mortales lo pasado, lo presente y lo futuro en los tenebrosos y subterráneos aposentos en donde estas deidades moran; y privó a Febo de su dón profético por vengar la afrenta de su hija. El rey entonces, dirigiéndose al Olimpo con pie ligero, agitó su mano infantil desde el solio de Zeus para libertar al templo Pitico del furor de Gea y sus respuestas nocturnas. Rióse Zeus porque su hijo vino a él sin vacilar, ansioso de alcanzar pomposo culto, y accedió a sus ruegos, besando su cabellera. Cesaron los nocturnos sueños, y libertó a los hombres de los oráculos, hijos de la noche, y devolvió a Febo sus honores, y a los mortales confianza en las respuestas, que da en solio preclaro y célebre por la multitud que lo visita.

EL MENSAJERO

Vosotros los encargados de la guarda de este edificio y de sus altares, ¿adónde fué Toas, nuestro rey? Llamadle; que salga del templo abriendo sus seguras puertas.

EL CORO

¿Qué hay, pues, si puedo preguntarlo sin tu licencia?

EL MENSAJERO

Huyeron los dos jóvenes, por consejo de la hija de Agamenón, y se llevaron la estatua veneranda en la nave griega.

EL CORO

Increíble es lo que dices; ya sale del templo el rey de esta tierra, a quien buscas.

EL MENSAJERO

¿Adónde va? El debe saber lo que sucede.

EL CORO

Nosotras lo ignoramos; anda, pues, y persíguelo hasta que lo alcances y le cuentes tu mensaje.

EL MENSAJERO

Observad la perfidia de las mujeres; vosotras sois cómplices de esta maldad.

EL CORO

¿Deliras? ¿Qué tenemos que ver nosotras con la huída de los extranjeros? ¿No irás cuanto antes a buscar al rey?

EL MENSAJERO

No antes de cerciorarme claramente de si está o no en el templo el príncipe de este país. ¡Hola!, abrid las puertas vosotros los de dentro, y decid al rey que aquí fuera le buscan para anunciarle nuevos e innumerables males.

TOAS

¿Quién vocifera así, junto a la mansión de la diosa, llamando a la puerta y alborotándola dentro?

EL MENSAJERO

Engañábanme estas mujeres y me alejaban de ti como si hubieses salido, y, sin embargo, estabas en el templo.

TOAS

¿Qué esperaban? ¿Con qué objeto lo hacían?

EL MENSAJERO

Después diré de ellas lo que merecen; pero ya que estoy en tu presencia, oye: la doncella Ifigenia, que presidía en los sacrificios, huye con los extranjeros, llevándose consigo la estatua veneranda de la diosa. Fingida era la expiación que proyectaba.

TOAS

¿Qué dices? ¿Qué móviles le han inspirado?

EL MENSAJERO

Salvar a Orestes; te maravillarás sin duda.

TOAS

¿Cuál?, ¿el hijo de la Tindárida?

EL MENSAJERO

El destinado por la diosa a perecer en sus aras.

TOAS

¡Oh portento! ¿Cómo calificaré tan grave atentado?

EL MENSAJERO

Que tu imaginación no se extravíe; óyeme, y pensándolo bien todo, después que te lo explique, busca el mejor medio de perseguir a los extranjeros.

TOAS

Habla; oportuna es tu advertencia; los fugitivos no dirigen su rumbo a ningún puerto inmediato, y los alcanzará mi lanza.

EL MENSAJERO

Después que llegamos a la orilla del mar, adonde había arribado ocultamente la nave de Orestes, la hija de Agamenón nos indicó (recordarás que nos enviaste con ella para llevar las cadenas de los extranjeros) que nos alejásemos de allí, pretextando que no tardaría en encender el fuego del misterioso sacrificio y en hacer la purificación, ya muy urgente. Iba detrás, y llevaba en sus manos las cadenas de los dos extranjeros. Esto nos infundía ciertas sospechas; pero tus servidores parecían satisfechos, ¡oh rey! Al fin, para engañarnos mejor, fingiendo hacer algo importante, aulló y cantó versos bárbaros, empleando artes mágicas, como si lavase la mancha del asesinato. Después que estuvimos sentados mucho tiempo, recelamos que los extranjeros podían haberse soltado, y matarlas y huír. Temiendo ver, no obstante, lo que no debíamos, permanecimos en silencio en nuestro puesto; pero, por último, todos fuimos de parecer que debíamos ir a buscarlos, aunque no nos fuese permitido. Entonces vimos el caso de una nave helena, bien provista de remos, que movía ya sus velas, y cincuenta marineros que los manejaban en los bancos, y que los jóvenes, libres de sus cadenas, se acercaban a la popa. Unos sujetaban la proa con perchas; otros suspendían el áncora; otros arrimaban las escalas precipitadamente, y llevaban cuerdas en las manos, que tiraron al mar, al alcance de los extranjeros. Sin temor al peligro, así que conocimos el engaño,

nos apoderamos de la fugitiva y de las cuerdas, e intentamos arrancar el timón de la nave de bella popa, en donde estaba sentado el piloto. Dijímosle entonces: "¿A qué robáis de aquí la estatua y su sacerdotisa? ¿Cuál es tu padre? ¿Quién eres tú, que así la arrebatas? El respondió: "Sabe que soy Orestes, hijo de Agamenón, hermano de Ifigenia, y que me llevo a mi hermana, que he encontrado, arrancada de mi palacio." Reteníamos, sin embargo, a la extranjera, y queríamos obligarla a la fuerza a que nos siguiese y traerla a tu presencia. Ni ellos tenían espadas ni tampoco nosotros; pero había manos, y nos sacudimos con estrépito, y ambos jóvenes a un tiempo nos golpeaban con sus pies los costados y el vientre, tanto, que nos desalentaban y nos llenaban de fatiga. Cubiertos de señales degradantes huímos a un lugar de difícil acceso, lastimados unos en la cabeza, otros en los ojos, y deteniéndonos en las pendientes peleábamos con más cautela, y les tirábamos piedras. Alejábannos, sin embargo, los flecheros, lanzándonos saetas desde la popa. Entonces una ola poderosa arrastró a la nave a la ribera; y cuando temían los marineros que se fuése a pique, Orestes cargó con su hermana en el hombro izquierdo, y entrando en el mar y trepando por las escalas, la depositó en la nave, provista de buenos bancos de remos, juntamente con la estatua de la hija de Zeus, venida del cielo. Desde el medio de la nave se oyó una voz que dijo: "¡Oh remeros de tierra helena!, empuñad los remos y llenad de espuma las ondas; ya poseemos lo que nos trajo al Ponto Euxino y nos obligó a penetrar en las Symplegadas." Ellos, con alegre murmullo, azotaron la mar. Adelantaba la nave, ya en el puerto, y al entrar en la boca era juguete de soberbias olas.

Levantándose de repente un viento fuerte la hizo retroceder, mientras los remeros resistían al empuje luchando con las ondas; al fin el reflujo la arrastró segunda vez contra la tierra. Derecha entonces la hija de Agamenón, oró así: "Oh hija de Leto!, sálvame, que tierna joven me sacrificaron a ti; llévame a la Helade desde esta tierra bárbara, y perdona mi rapto. Tú, diosa, que amas a tu hermano, debes recordar que yo amaré también a mis parientes." Los marineros aclamaron a la doncella y entonaron un himno, y con sus brazos, desnudos desde el hombro, movieron a compás los remos. El bajel se acercaba más y más al escollo, y uno saltó a la mar, y otro recogió los torcidos cables, suspendidos del buque. Y entonces vine corriendo a buscarte, ¡oh rey!, para anunciarte todo lo ocurrido. Acude, pues, llevando cadenas y lazos, que si el mar no se sosiega, no hay esperanza de salvación para los extranjeros. El rey del mar, el venerando Poseidón, es amigo de Troya y enemigo de los Pelópidas. Y ahora, según parece, pondrá en tus manos y en las de la ciudad al hijo de Agamenón, y recobrarás también a su hermana, ingrata con la diosa y olvidadiza del milagro que la libró en Aulide de la muerte.

EL CORO

¡Oh mísera Ifigenia!, morirás con tu hermano, cayendo otra vez en poder de tus dueños.

TOAS

¡Ea, habitantes de esta tierra bárbara!, ¿no ponéis los frenos a los caballos, y corréis a la ribera, y os apoderáis de la nave helena que el mar ha echado en ella, y con ayuda de Artemisa cautiváis cuanto antes a esos impíos? Que otros arrastren a la mar ligeros bajeles para que, apresándolos por mar, o por tierra con mis tropas de a caballo, los precipitemos de áspera roca o los empalemos. Os castigaré cuando vuelva y descanse, ¡oh mujeres!, porque sabíais todo esto; ahora, atentos a lo que más nos importa, batallaremos hasta lograrlo.

ATENEA

¿Adónde, adónde llevas esta tropa perseguidora, ¡oh rey Toas!? Oye a Atenea, que te habla. No ataques a los fugitivos, ni animes a tus soldados a la pelea. Orestes ha venido obedeciendo los fatales oráculos de Apolo, huyendo del furor de las Erinnias, para llevar a Argos a su hermana, y a mi país la sagrada estatua. Tal es el único medio de aliviar los males presentes. A ti dirijo estas palabras: en cuanto a Orestes, a quien resolviste matar, aprovechándote de la borrasca que ha sobrevenido, has de saber que ya Poseidón, por favorecerme, ha devuelto al mar su calma, y que la nave se desliza por sus ondas tranquilas. Tú, Orestes, entérate de mis órdenes (pues oyes mi voz, aunque no estés aquí), navega con tu hermana y con la estatua que has recibido. Y cuando llegues a Atenas, fundada por los dioses, no olvides que hay cierto lugar sagrado en los últimos confines del Atica, próximo a la costa Caristia, que mi pueblo llama Halas; allí, edificando un templo, deposita la estatua, que se llamará Táurica, en memoria de esta tierra y de los trabajos que has sufrido vagando errante por la Hélade, atormentado por las Erinnias. Bajo la advocación de la diosa Táurica adorarán después los hombres a Artemisa. Que sea ley en el pueblo, al solemnizar el aniversario de tu salvación, acercar la

cuchilla a la cerviz de alguno, y que derramen alguna sangre; así tributaréis a la diosa religioso homenaje y no carecerá de los honores debidos. Tú, Ifigenia, serás su sacerdotisa en su templo, en las sagradas rocas Brauronias, y allí te sepultarán cuando mueras, y te ofrecerán después mantos tejidos con bello estambre las mujeres que perezcan en el parto. Mándote que te lleves también a estas aqueas, recompensando su buena voluntad, ¡oh Orestes!; acuérdate que antes te salvé cuando votos iguales te absolvieron y condenaron en el Areópago, como será también salvado todo el que se encontrare en tu caso. Llévate, pues, a tu hermana de este campo, ¡oh hijo de Agamenón!, y tú, Toas, no te enfurezcas.

TOAS

Reina Atenea, cualquiera que oye las órdenes del cielo y no las obedece, delira. No me encolerizo, pues, contra Orestes ni contra su hermana por haber robado la estatua de la diosa. ¿Quién se atreverá a pelear con tan poderosa deidad? Vayan a tu país con la estatua de Artemisa, y depositénla en él como desean. Dejaré ir también a estas mujeres a la afortunada Hélade, como me mandas, y daré contraorden al ejército que pensaba capitanear contra los extranjeros, y no se moverán los remos de las naves, si tal es tu buen placer, ¡oh diosa!

ATENEA

Alabo tu docilidad, que el destino es superior a ti y a todos los dioses. Soplad, auras, y llevad en la nave a Atenas al hijo de Agamenón; yo también los acompañaré, guardando la veneranda estatua de mi hermana.

EL CORO

Andad, que os salva hado propicio. Haremos lo que nos ordenas, ¡oh Palas Atenea!, respetable entre los inmortales y los mortales. Grata e inesperada nueva escucharon ha poco mis oídos. ¡Oh victoria muy veneranda!, asísteme mientras viva, y nunca dejes de coronarme.

HECUBA TRISTE

Tragedia que escribió en griego el poeta Eurípides, y el Maestro Fernán Pérez de Oliva, tomando el argumento, y mudando muchas cosas, la escribió en castellano.

HECUBA TRISTE

EL ALMA DE POLIDORO

I vosotros, que tan espantados miráis, deseais conocerme, sabed que yo soy el alma de Polidoro, hijo del rey Príamo, que agora vengo de las hondas cavernas del infierno llenas de espanto y tinieblas, a ver otra vez esta lumbre del cielo, la cual perdí de mis ojos antes de tiempo con muerte cruel, que me dió Polimnestor, rey de Tracia, al cual mi padre me había enviado con mucho tesoro, cuando Troya estaba en peligro, para que si ella pereciese, yo restaurase su nombre y su casta. Mas el cruel tirano, amando más el oro que la fe que había dado, después que estos días supo el perdimiento de Troya, me llevó consigo a un bosque secreto, do decía que íbamos a deleitarnos, y cuando estuvimos a do mis voces no podían

ser oídas, ni podían a nadie manifestar hecho tan abominable, sacó un puñal de su cinta, y en el gesto mostrándome la voluntad que tenía, se fué para mí. Yo entonces inclinado delante dél le rogaba, se acordase de la amistad de mis padres, y de la confianza que dél tuvieron, y mirase mi edad y mis lágrimas, y el acatamiento que siempre le tuve, por el cual merecía ser tratado como hijo. Mas el ciego amor del tesoro, no le dejando sentir mis lástimas, tomó mi cabello con su mano izquierda, y con el puñal que en la derecha tenía, rompió mi garganta. Y así nos partimos yo y el miserable cuerpo, antes que de la vida gozásemos. El cuerpo, él lo echó en las aguas de la mar, en cuyas ondas agora anda; y yo, aborreciendo esta lumbre que da lugar a tales maldades, descendí al infierno. Y andando por sus sombras tristes, errado con la luz temerosa do penan los malos, vi grandes compañas de almas recientes que entonces habían ido, y llegándome a ellas, conocí ser de troyanos, y preguntéles qué tan gran desventura hobiese acontecido a Troya, por qué tantos moradores suyos hubiesen muerto; y ellos me contaron la grave fortuna en que había perecido Troya, y mis padres y hermanos, y toda la otra gente. Entonces yo con tristes gemidos me aparté dellos, y fuíme a otras compañías de griegos que había a otra parte, y entre ellos vi el alma soberbia de Aquiles, gravemente suspirando por mi hermana Polixena, de quien él había sido en la vida enamorado: y no pudiendo sufrir el deseo, se apartó de los otros, diciendo que a este mundo venía a decir al ejército de los griegos, que sobre su sepultura matasen a Polixena, porque su alma le fuése a tener compañía. Yo espantado de

tan crueles amores, los cuales me parecían verdaderamente infernales, me partí de aquella horrible región, y me vine a este aire, do pienso andar escondido entre las sombras y nieblas, do no sea visto con espanto de nadie, y pueda yo ver la fortuna de los hombres, y sus vanos cuidados. Estos, pues, que veo delante, me parecen los griegos que vienen de Troya con el despojo que en ella han habido. He aquí sus naves con sus antenas alzadas, esperando los vientos. Y ellos pasean por aquesta ribera partidos en chicas compañías, contando sus hechos de la manera que en Grecia desean decirlos. Al rey Agamenón veo estar lejos, do corren aquellos caballos, parado a mirarlos. Y todos estotros griegos, parece que descansan, como salidos de tan largo trabajo, gozando de su cruel prosperidad. Mas no descansan estos miserables troyanos, que a las naves veo venir con cadenas trabadas, y cargados de sus propias haciendas, para llevarlas do las posean sus enemigos, cuyos esclavos los hizo su mala fortuna. ¡Oh tristes gemidos, que oigo sonar de aquella tienda que está en medio del campo sentada! Allí deben estar las mujeres cautivas y sus hijos pequeños, que a tal alarido las mueven. Mas aquella que veo salir, aquella es Hécuba, reina de Troya, que a mí me parió. ¡Oh cuán mudada la veo de lo que era aquel tiempo pasado, cuando en los ricos estrados de sus aposentos reales, sentada y cercada de nueras y nietos, veía delante sus ojos la felicidad de su vientre, y la prosperidad de su Reino, siendo con gran reverencia acatada y servida de los Príncipes de Asia! Entonces en su presencia mostraba gran majestad, y en la serenidad de su cara y alto denuedo, mostraba quién era. Mas agora, ¿qué

parece así acostada sobre aquel grosero cayado, con sus ropas sucias y mal compuestas, mirando la tierra con ojos llorosos, cativa y menospreciada? ¿Qué parece, sino vejez miserable, guardada para llorar la muerte de todos? ¡Oh madre afligida, este era el fin de tu prosperidad! ¿Este era el pago de tus merecimientos? ¿A esto vinieron a parar las honras, las pompas, los altos placeres que en Troya tenías? ¡Oh áspera muerte! en esto conozco tu gran crueldad, que nunca sigues a quien te ha menester. Mas no quiero detenerme a mirar olvidado en mi pena, por no ser visto de mi madre desventurada, no sea yo causa de acrecentarle sus graves gemidos: mas iré por mi cuerpo y traerlo he a estas orillas, do sea enterrado.

HECUBA. CORO

HECUBA

Llegaos a mí, mujeres troyanas, ayudadme a sustentar este cuerpo enflaquecido con vejez y pesares: sentarnos hemos en esta orilla del mar, veremos las aguas por donde nos han de llevar a ser vendidas en Grecia.

CORO

Vamos, señora, como nos mandas a contemplar nuestros males, porque nuestros corazones se acostumbren a ellos.

HECUBA

Aquí me parece que debemos sentarnos en estos ásperos riscos, porque estos son convenientes estrados para nuestra fortuna.

CORO

Tú, pues, señora, te pon en este asiento más alto, y nosotras estaremos sentadas cabe tus pies.

HECUBA

Los altos asientos solía yo buscar cuando en ellos podía yo mostrar mi prosperidad: mas agora no querría ponerme sino donde me pudiese esconder de los ojos de las gentes. Que como los hombres afeados de algunas graves enfermedades aborrecen la luz y la vista de los que antes conocieron, así yo, cuyo estado ha tanto afeado la fortuna, no querría ser vista de quien antes me vido, o puede saber quién yo soy. Pero pues así os parece, veisme aquí puesta donde queréis, porque tengáis delante los ojos con qué consolaros de todos los males que pueden veniros. ¿Qué liviana será de sufrir vuestra fortuna, si miráis cuál está la Reina de Troya, la mujer de Príamo, la madre de Héctor, la Señora de Asia? ¡Oh! tiempos pasados, idos ya sin esperanza de haber de tornar, ¿por qué me llevastes todos los bienes, y me dejastes sola la vida? ¿Para esto deseaba yo la vejez y las canas, cuando veía que de mí salían tales y tantos hijos? ¿Para esto rogaba yo a Dios que me dejase aquí muchos años, cuando creía que había de ver mi sangre multiplicada por gran número de nietos que honrasen mi sepultura? ¡Oh! ciegos mortales, engañados con los vanos prometimientos que os hace la vida, no conocéis cuán engañados os lleva a ver vuestros males. Creedme que más piadosa es la muerte, pues que os cierra los ojos para que no los veáis: y más piadosa me hobiera ella sido que no esta vida, si hobiera cerrado los míos antes que vieran tan grandes da-

ños como han visto: porque de esta manera mis ojos no vieran a mi hijo Héctor, que era la lumbre dellos, por los pies arrastrado alderredor de los muros de Troya, los cuales con su brazo y gran corazón hasta entonces había él defendido: ni vieran traerlo del carro de Aquiles do él padeció esta deshonra, con sus ojos sangrientos, y su cerebro vertido, polvorosa su barba, y su cuerpo desfigurado. No hubieran visto a Pirro, el cruel hijo de Aquiles, degollar a mi hijo Polites delante mí, y después matar en su sangre a Príamo mi marido y su padre. No vieran quemar mi ciudad, y prender mi persona sin acatamiento, y tenerla agora en esta prisión, donde no me queda por consuelo de tantos males, sino la servidumbre a do mis enemigos me llevan. Agora, desventurada, conozco que no son vanos, como dicen, los sueños de los hombres: porque yo preñada de Páris mi hijo, el cual de Grecia trujo el fuego en que ardió la ciudad de Troya, soñaba que paría una hacha encendida, y todos decían que había de ser después de nacido el perdimiento de nuestro Reino, y que debíamos a él, quitar la vida, porque todos no la perdiésemos: mas yo con la piedad de madre, fácilmente creía que todos los sueños eran engaños, hasta agora, que por haber guardado a él, he destruído mi Reino. Por donde agora esto mirando, me crece un temor en mi corazón que me había venido de un sueño, que soñaba esta noche pasada. Do me parecía que en mis haldas tenía una cierva blanca, de do la llevaba un lobo cruel a despedazarla con sus dientes agudos. ¡Oh Dios que has permitido con tal perdición perecer mi casa real! aparta este ensueño de mi hija Polixena, que es un solo consuelo que has a mis ojos dejado. Otro

tengo apartado de mí en aquesta tierra de Tracia do estamos, que es Polidoro mi hijo, que enviamos a Polimnestor, cuando las cosas de Troya tenían peligro. ¡Ay cómo temo no sea él aquél que yo vi durmiendo, la garganta sangrienta huir de mis ojos! ¿O si es por ventura mi mala fortuna, que aún en el sueño, que fué dado a todos para descanso común, reposar no me deja? Llamadme, mujeres, a mi hija Polixena, que esté aquí conmigo, que gran movimiento siento que hace mi corazón, pensando en ella.

CORO

Yo, señora, voy a llamarla, y estotra compañía quedará aquí contigo.

HECUBA. CORO. ULISES

CORO

Mira, señora, por la orilla del mar, y verás lejos venir gente armada de las tiendas de Agamenón. ¡Ay triste! miedo me ponen en verlos venir.

HECUBA

Ya mis ojos corrompidos con lágrimas no pueden ver en lugares tan apartados. Vosotros mirad, y decidme qué es lo que véis.

CORO

Vemos a Ulises venir acompañado de gente apresurada, aunque algunas veces los hace parar, y habla con ellos, como mostrándoles lo que deben hacer. Agora les hace seña que callen con el dedo puesto en la boca. ¿Si quieren por ventura deshacerse con aquellos cuchillos que traen, de carga tan desventurada,

como somos nosotras? ¡Ay que desmayo me viene mirando el resplandor de sus armas, y sus gestos feroces!

HECUBA

No creáis que nos vengan a matar, que no serían ellos nuestros enemigos, si eso hiciesen.

CORO

En verdad, señora, que vienen los gestos mudados, con semblante de hacer algún mal.

HECUBA

¿Qué mal puede nadie hacer a quien carece de todo bien?

CORO

¿Y tú, señora, ningún bien dices que tienes?

HECUBA

¡Ay! triste yo, que acordado me habéis de mi hija Polixena.

CORO

Ya Ulises llega: a ti, señora, parece que viene mirando.

HECUBA

Verá una triste visión, la cual si él quiere quitar deste mundo, a los vivos quitaría una compañera enojosa, y a los muertos dará un alma, muchos años antes a ellos debida.

ULISES

No sé si sabes, Hécuba, la gran maravilla que ha acontecido en el sepulcro de Aquiles, de la cual a mí me han hecho mensajero los griegos, para que te la contase, y mostrase las causas del acuerdo que sobre ella han tomado.

HECUBA

Mis cosas, Ulises, tienen tanto en sí que pensar, que no tengo espacio para poner el pensamiento en las vuestras. ¿Mas dime, yo te ruego, qué han menester los griegos dar parte a esta cativa de sus acuerdos o de sus consejos?

ULISES

Cosa es que a ti pertenece, la que vengo a decirte. Escucha, oirás un milagro muy grande. Estando Agamenón y sus capitanes mirando el sepulcro de Aquiles, y razonando de sus grandes hechos, vimos salir debajo de la tierra, un bulto a manera de sombra. Y nosotros estando espantados de tan horrible visión, ella nos dijo, que era el alma de Aquiles.

HECUBA

¿A qué tornaba a esta mísera luz?

ULISES

A demandar a los griegos un grave dón. Dinos tú, Hécuba, si debemos negárselo.

HECUBA

No sé más, Ulises, sino que mucho debéis al alma de Aquiles, cuanto yo debo aborrecerlo, pues mató

con su mano la honra y el esfuerzo de Troya, Héctor mi hijo, con cuya muerte acabó nuestra esperanza y comenzó la vuestra. Pero dime, ¿qué demanda era la suya?

ULISES

Cuando nos vido pasada la turbación, que estábamos atentos a oírlo, nos dijo: ¡Oh griegos deudos y amigos! sabed que un deseo muy grave llevé de la vida al infierno, que es el de Polixena, hija de Príamo, de cuyo amor la muerte no pudo apartarme: matadla, yo os ruego, enviadme su alma, si no queréis que padezca muy cruda la pena. No os doláis della más que de mí, por cuyo esfuerzo desta tierra, lleváis honra para todos los siglos. Y con esta voz desapareció de nosotros. ¿Mas qué es esto que así desfalleces, Hécuba? tenelda, mujeres, rocialde su cara.

CORO

¿Para qué la despertaremos del sueño de sus desventuras? ¿Para qué le tornaremos a dar sentido de sus males? dejalda. Por ventura es esta la muerte que ya le quiere ser piadosa.

ULISES

Ya ella de suyo torna en su primera color; ya abre los ojos.

CORO

¡Oh reina desventurada! ¡oh desventura envejecida! abre los ojos, mira estas armas que tanto temíamos, a qué son venidas. Mira que vienen a verter la sangre de tu hija Polixena, y romper tu corazón con las mismas heridas.

HECUBA

Grande temor tengo de lo que decís, como mis temblores os muestran. Mas no puedo yo creer que los griegos querrán ser tan crueles, como son los del infierno. Aquiles tuvo por empresa en la vida, perseguir mis hijos, y destruir mi sangre, y este es el deseo que él debió llevar de esta vida al infierno, que no el amor de Polixena, mi hija. ¿Dime, pues, Ulises, qué acuerdo han tomado los griegos sobre tan abominable demanda?

ULISES

El que debían a la persona de Aquiles, por cuyo esfuerzo vengamos nuestras injurias y honramos a Grecia.

HECUBA

¡Ay triste de mí! ¿según eso cumplir queréis su voluntad?

ULISES

A llevar a Polixena venimos para cumplirla, y Pirro nos queda esperando con los aderezos de la muerte, porque de su mano quiere que el alma de su padre reciba este presente.

HECUBA

¡Oh griegos, crueles vertedores de la sangre troyana! ¿cuándo, decidme, acabará la rabia que tuvisteis de destruir la gente de Asia? Bastaros debiera la muerte de tantos excelentes varones como han perecido con vuestras armas. Debiéraos bastar las penas sin cuento de que habéis cargado mi corazón, sin que agora, apagárades una sola centella que de mi

alegría quedaba. ¿Qué ofensa os ha hecho una niña sin brío? ¿Qué males teméis que os ha de hacer una mujer vuestra cativa? Mejor empleados serían vuestros cuchillos en el cuello de Helena, que os hizo la injuria por do habéis vosotros estado tantos años en destierro, y como viudas vuestras mujeres, con sus hijos huérfanos. Esta debríades vosotros de sacrificar al sepulcro de Aquiles, pues por su causa murió. La sangre désta, honraría vuestras memorias, y sería ejemplo a las mujeres de altos linajes de lo que con sus maridos debrían hacer. Mas si lo habéis por la sangre de Príamo, matadme a mí, que yo soy la fuente de do toda ella manó: dejad a mi hija, no hagáis tal injuria a naturaleza, que así destruyáis la obra más excelente que ella jamás se ha puesto a hacer.

ULISES

Bien conozco que Polixena es la más excelente obra y más hermosa que en nuestros siglos hizo naturaleza, y así Aquiles lo muestra bien; pues ni con la muerte, ni con las penas del infierno ha perdido jamás el amor de su figura; pero es más la deuda que a Aquiles tenemos, que lo que debemos mirar el bien de Polixena. Por tanto, tú, Reina afligida, olvida tus penas lo más que pudieres, y da lugar a la necesidad que cuanto más ya perdieres, tanto menos ternás que temer, y no te dejes llevar do tus pasiones te guían, que ningún remedio hay contra los males forzosos, sino animosamente sufrirlos.

HECUBA

¡Oh Ulises, Ulises! ¿acuérdaste agora cuando en Troya, habiendo entrado de noche a espiar las cosas

que en ella pasaban, fuiste preso y traído delante de mí?

ULISES

Sí acuerdo.

HECUBA

¿Acuérdaste cuán merecida nos tenías la muerte?

ULISES

Sí acuerdo.

HECUBA

¿Acuérdaste bien, que delante de mí, te pusiste las rodillas en el suelo, y juntas las manos con muchas lágrimas, demandándome que te soltase de aquel cativerio, y prometiéndome de serme a mí obediente, y en todas las cosas cumplir mi voluntad?

ULISES

También deso me acuerdo.

HECUBA

¿Pues cómo, dime agora, para esto cumplí tu ruego? ¿Para esto te dí mis joyas, y te puse en libertad, para que agora vinieses a ser el verdugo de una sola vida que tengo? ¿Por qué te enmudeces? Responde. Dime, ¿esa alma que tienes, después que en Troya fuiste tomado, quién te la dió? ¿Quién es la causa que veas el mundo, que goces del aire, que puedas ir vitorioso a ver tu mujer y tu hijo, y a que ellos puedan cumplir el largo deseo que de ti han tenido? Vuelve, vuelve a los griegos, que con tan injusto mensaje te envían, cuéntales la deuda que a mí tenías prime-

ro, y con tu habla suave, muéstrales la gran crueldad que en esto acometen, porque dejen tan crudo propósito, y con esta obra me pagues la vida que tienes, pues yo fuí quien te la dió, y me satisfagas todo lo demás que confiesas deberme.

ULISES

Los bienes que de ti, Hécuba, he recebido, yo los tengo en memoria; mas no es bastante mi vida para por ella no cumplir la voluntad de los griegos mis naturales, pues tantas veces la puse en el peligro de la guerra por ellos; y aun entonces, cuando tú dices que me la diste, por su mandado la puse en aventura. A mí me fué muy grave su mandado por lo que has dicho, pero no digno de ser desobedecido, habiendo en su obediencia trabajado tanto en la vida.

HECUBA

Ya yo sabía, Ulises, que los hombres no guardan fe con los que carecen de prosperidad. Haz tu oficio cruel, pues mis gemidos no pueden moverte; ¿ves? ahí viene la que tú buscas.

HECUBA. CORO. ULISES. POLIXENA

POLIXENA

¿Qué es esto, madre, qué lloras con tan tristes gemidos? ¿Qué quieren estos hombres armados?

HECUBA

Vienen, hija, por ti. ¡Oh hija triste, a qué tálamos te han de llevar!

POLIXENA

¿Cómo, dí, madre, entre tantas desventuras nuestras, me quieren casar?

HECUBA

Sí, hija Polixena, a do nunca me veas.

POLIXENA

El esposo, ¿quién es? ¿a dó está?

HECUBA

Está con los muertos.

POLIXENA

¡Ay madre mía! ¿con hombre muerto me quieren casar?

HECUBA

Sí, hija mía, con muerto, muerta te han de casar.

POLIXENA

¡Oh desventurada, y qué temblores siento en mi corazón! ¿Tan cerca tenía la muerte y no lo sabía? ¿Quién es éste que así cruelmente me ama?

HECUBA

Aquiles, que para te demandar apareció a los griegos en su sepultura, do tú has de morir.

POLIXENA

¡Oh madre, madre desventurada! ¿esto te quedaba por ver al fin de tus días? De ti, triste me duelo, por ti vierto estas lágrimas; que yo cuando me acuerdo

de mí, que era hija de reyes, deseada para casamientos de hombres de altos estados, do hobiese de ser acatada y servida según el merecimiento de mi linaje, por bienaventurada tengo la muerte que me ha de quitar de la cruel fortuna, que agora pasamos, do yo triste temía que mi cuerpo no fuése ensuciado, como no debía, por alguno de nuestros enemigos. O si esto no fuera, ¿qué podía yo esperar sino el casamiento de algún siervo vendido como yo había de ser? ¡Oh madre, madre! no llores tanto, deja ir a tu hija do va contenta a hallar una sola libertad que le dejó la fortuna.

CORO

No hay quien sufra en la vista cosa tan cruda. La cara quiero en tierra poner, y mi cabeza cubierta, si ser pudiere, darme al olvido.

ULISES

Espantado me tiene la hermosura y el ánimo grande desta doncella. Compañeros, quitadla ya de los brazos de su madre para llevarla, que con esta tardanza atormentamos estas mujeres echadas por tierra, y hechas en ella fuentes de lágrimas.

POLÍXENA

Toma, madre, este beso de mi boca postrero, que ya como ves, por fuerza me quitan de ti.

HECUBA

¡Ay, que me arrancáis el alma! ¡ay, que me despegáis el corazón!

POLIXENA

Queda en paz, madre mía, si paz puede haber para ti: y vosotros, guerreros, no toquéis a mi cuerpo, que yo de mi gana andaré este camino.

CORO

Vamos algunas de nosotras con ella.

HECUBA

¡Oh ,hija mía! ¡oh luz de mis ojos! ¿adónde te llevan? ¿dó vas, miserable, cercada de armas? ¿No miras tu madre desventurada, cómo la dejas? ¿Cómo no miras a quien te parió? Mira, hija, estas canas que arranco por ti; vuelve los ojos a mis gemidos, moriremos ambas aquí de dolor; no quedaré yo penando en la vida, y tú no serás herida a cuchillo. ¡Oh hija mía, qué priesa te das a irte de mí! ¿Por qué huyes de tan buena gana de quien con tanto dolor te deja de sí? Dejadme seguirla, iré a defenderla, moriré yo cubriendo su cuerpo, y poniendo mi carne a las primeras heridas. Dejadme, mujeres, no me detengáis, no queráis apartarme la muerte que con más voluntad yo no puedo jamás recebir.

CORO

No pongas, señora, tal fuerza en soltarte, que no dejaremos irte de aquí.

HECUBA

¡Oh fuerza cruel que a mi vida hacéis en querer ampararla! Tenedme muy firme en estos tormentos, que bien sé que la fortuna, mi perseguidora, os mue-

ve a hacerlo, aunque pensáis que es piedad; mas no me habléis de dejarme aquí sola.

CORO

Aquí tras ella nos pongamos sentadas.

CORO. HECUBA

CORO

¡Oh aires de la mar, que movéis contino sus ondas! ¿a qué tierras nos habéis de llevar? ¿Iremos por acaso a servir a los dóricos? ¿o a las tierras do corre el río Apidano? ¿o si nos llevaréis a la isla do la primera palma nació? ¿do está el laurel dedicado a Latona? ¿o a la ciudad que se dice de Palas, a pintar lienzos con seda y aguja? ¿O dónde a otra parte nos llevaréis a ser esclavas en tierras ajenas, do siempre lloremos la memoria de Troya, que agora dejamos humeando en el suelo?

HECUBA

Ya que la fuerza del dolor me parece que ha amortiguado mi corazón para poder no sentirlo tan recio, quiero con vosotras, amigas, hablar de mis cosas. ¿Qué remedio ternía para librar mi alma destos cuidados?

CORO

Ninguno, señora, sino olvidar el tiempo pasado, y pensar en sólo el venidero.

HECUBA

¿Qué puedo esperar del tiempo venidero, con que pueda más consolarme, que con lo pasado?

CORO

Puedes, señora, esperar que Polidoro, siendo de edad, pues tiene para ello bastantes riquezas, podrá librar tu persona deste cativerio, y vengar las muertes, que te son causa de tanto dolor.

HECUBA

¡Ay! aún podría bien ser que aquella flor que de mí salió, después hiciese fruto de sí con que yo me consolase. ¿Pero qué es lo que digo? ¿Qué espero yo ver con tantos años y tal fortuna? ¿O por qué deseo ver a mi hijo en contienda de griegos, do han todos los otros perecido? Vive, mi hijo, do quiera que estás, y goza en sosiego de tu vida suave, pierde el cuidado de vengar a tus padres, que sus casos no tienen remedio. ¡Oh hijo mío! cuando de ti me acuerdo, conozco cuánta fué mi prosperidad, pues habiéndome seguido tan ásperamente mi cruda fortuna, aún no ha podido tanto hacer que no me dejase consuelo de mis pensamientos.

CORO

Consuelo en verdad te puede ser Polidoro, si tú haces cuenta que a él sólo pariste, y que está vivo y hermoso, de adonde se espera que adelante proseguirá tu linaje.

HECUBA

Sí espero yo, que de allí procederá generación adelante, que resucite la memoria de Troya. ¡Mas ay desventurada! estoy yo hablando en esperanza y consuelos, y mi hija muriendo.

CORO

¡Oh señora! ¿qué veo venir por la mar? ¿Es pece, o es tronco? Mas no es sino cuerpo anegado en las aguas.

HECUBA

No alcanzo yo a verlo.

CORO

Niño parece en su pequeña estatura. ¡Oh, qué miembros tan blancos! ¡Oh, qué rubios cabellos!

HECUBA

¡Oh niño desventurado, quien quiera que tú eres, que así pereciste en tan tierna edad! más, mucho más desventurada tu madre si viva la tienes, principalmente si no tenía más de a ti. Traeldo, mujeres, tomaldo del agua, que a tierra es llegado ya, enterrarlo hemos aquí; hacerle hemos con nuestras manos una sepul ura, pues es compañero de nuestras desventuras.

CORO

¡Oh cielo! ¡oh tierra! ¡oh gran poderío de Dios! ¿No pereceríamos ya todos de una caída, sin que para nuestra muerte se hiciesen por menudo tan crudos aparejos?

HECUBA

¿Qué es lo que habéis visto, mujeres? Cata que me ponéis grande espanto.

CORO

Hemos visto tus espantables persecuciones, tus grandísimos males, tus gemidos eternos, tu muerte postrera.

HECUBA

Mostradme qué es eso.

CORO

Veslo aquí, míralo tú.

HECUBA

¡Oh hijo Polidoro! ¿así vienes a consolar a tu mísera madre de la muerte de tu hermana? ¿Así vienes con tus heridas patentes a doblar mis dolores? ¡Oh fuego que siento! ¡oh tinieblas! ¡oh furias! ¡oh infierno! ¿Dónde voy? ¿dónde iré? ¿a quién llamaré? Dadme armas; traeldas, mujeres, iré a Polimnestor, a Polimnestor quiero buscar.

CORO

Grande es la fuerza de la ira. Mirad un cuerpo tan flaco que apenas antes se podía sustentar sobre un cayado, qué enhiesto está, qué fuerte se muestra, qué meneos hace de sí.

HECUBA

Acabad ya, desventuras, de seguirme; hartáos ya, venid si algunas quedan; cubridme todas de pesares y duelo; quitad de mí cualesquier consuelos; apartad lejos la piedad; tenedme en vuestras duras prisiones de tal manera cativa, que ninguna mujer afligida en algún siglo sea a mí comparable; siquiera será en esto excelente, pues no lo puede ser en lo que me prometía mi falsa fortuna.

CORO

Acostumbrada Hécuba a recibir tantas heridas, ya no las teme.

HECUBA

¡Oh sueño de la noche, que en tus sombras figurasteis mis desdichas venideras, cuán verdadero has salido!

CORO

Tristes y verdaderos.

HECUBA

¡Oh mujeres! agora siento que los dolores de nuestros partos, son dolores que parimos, que nos quedan guardados para cuando los graves casos de nuestros hijos sabemos.

CORO

Así lo sentimos nosotras.

HECUBA

Agora, pues, ¿pareceos que debemos algo hacer en caso tan desastrado?

CORO

¿Qué pueden hacer gentes tan flacas como nosotras, y tan menguadas de poderío?

HECUBA

Yo sé qué haremos, que este caso me mueve ya más a venganza que el dolor. Tú, vieja criada, que en mi cámara solías servirme, ve a Polimnestor con el mensaje que te diré; hallarlo has ahí entre los griegos, que yo lo vide ir allá con sus hijos. Dile, pues, que yo mucho le ruego que me venga a hablar, porque quiero decirle dónde queda en Troya nuestro tesoro

enterrado, para que lo guarde a mi hijo Polidoro; y mira en tu gesto no muestres más dolor, o tristeza que requiera tu cativerio. Vosotras, mujeres, llevadme acá ese corpecito, envolverlo he en estos lienzos de mi cabeza, pues no me ha dejado fortuna otras riquezas con qué enterrarlo. Haremos un hoyo en esta arena y esconderlo hemos en él, no lo vean nuestros enemigos; y hiciesen por ventura dél, como de Héctor su hermano hicieron.

CORO

Veslo aquí, señora, limpio y lavado con las aguas que lo traían. ¡Oh mezquino niño, qué herida trae en el cuello! Bien parece la rabia con que lo mataron, que según es grande su herida, un elefante pudieran matar. ¡Qué lindos pechos! ¡qué brazos tan lindos! ¡qué piernas! ¡qué pies! ¡Oh qué cabello de oro! ¡qué frente! ¡qué boca! ¡Qué hermosura tan grande, que aun la muerte no pudo quitarla! No desprendas, señora, tus tocas, no dejes tus canas así descubiertas; ves aquí nosotras tenemos lienzos, que guardamos del despojo de nuestras haciendas.

HECUBA

Atadlo vosotras, que no puedo verlo, ni puedo hablar.

CORO

¿Dónde va Hécuba así desmayada? En aquella peña se sienta vueltos los ojos a la soledad. Dejémosla estar, mientras la cansa el dolor, que es un solo remedio que puede tener para menos sentirlo. Nosotras agora, pongamos este corpecito en este lienzo más

limpio. Los pies así juntos, las manos en el pecho, y bien compuesto su cabellico. Parece flor cortada a la mañana, que está desmayada con el sol del mediodía. Coseldo agora, mirá no rompáis con el aguja sus carnecicas. Así está muy bien. Cojamos agora de aquestas hierbas más verdes de que le hagamos una camita, y la cabecera sembremos de flores. Muy bien está así. Sentémonos agora alrededor dél; guardémoslo todas mientras Hécuba vuelve, porque ella señale el lugar de su sepultura.

CORO. HECUBA

CORO

Ya vuelven las mujeres nuestras compañeras, que con Polixena habían ido. Llamemos a Hécuba, sabremos con ella lo que ha pasado. Señora, despierta, oye, señora. No responde: muerta parece que está. Levanta, señora, verás las mujeres que fueron con Polixena, que han ya vuelto.

HECUBA

¿A dó están?

CORO

Aquí estamos, mira, señora, ya somos llegadas.

HECUBA

¿Mi hija?

CORO

Ya está en reposo fuera de estos nuestros trabajos.

HECUBA

¿Muerta?

CORO

Muerta queda sobre el sepulcro de Aquiles.

HECUBA

Tomad algun arma, y enviadme con ella.

CORO

¿Qué grave acontecimiento es éste, señora? ¿Ya no sabías su muerte, que así echas de nuevo tanta muchedumbre de lágrimas? No pongas tu cabeza en esa piedra tan dura: ves aquí mis rodillas y mis faldas compuestas, a do podrás acostarte. No son los blandos y ricos estrados do tú solías tomar tu reposo, mas son los cojines que nos dejó la fortuna para poder ofrecerte. Alza, señora, un poco más la cabeza, así estarás menos mal. Vosotras, compañeras, sentaos aquí cerca; oiréis las nuevas de la muerte miserable de Polixena, que el cuerpo de Polidoro desde aquí lo veremos. ¿Di, señora, quieres tú saber las nuevas de la muerte de Polixena? ¿No respondes? ¿No quieres oírlas? En ninguna cosa parece viva, sino en estas lágrimas, que arroyo hacen por mis faldas abajo. Espantada estoy, do hay tanta humidad en cuerpo tan seco. Dejémosla agora acabar este llanto hasta que oírnos quiera, y miremos estos mares por donde habemos de ir para nunca tornar. ¡Oh mar extendido de aguas profundas! aunque eres tenido por bravo y cruel, otro mayor hay, que es la fortuna de mayores tempestades que las tuyas, y más continuas. Tus ondas suben no más de cuanto puede subir el agua movida con viento, y bajan después otra tanta caída: mas las de fortuna hasta el cielo suben algunas veces a los que andan en ellas, y en breve espa-

cio los descienden hasta el infierno: como en Hécuba vemos, que habiendo subido a tal gloria de prosperidad, agora la vemos haber descendido al profundo de tantos dolores. Tus ondas, mar, cuando más daño hacen, dan al hombre una muerte muy presta: mas las de fortuna cuando andan en furia no matan antes de dar muchos tormentos primero. Tus ondas sosiegan las más veces del año; mas las de fortuna nunca reposan. De tus tempestades hay ciertas señales para guardarse de ellas, mas de las que ordena fortuna, ningún aviso podemos tener. Para los trabajos que en ti se pasan hay puertos donde ir a parar: mas en la fortuna los puertos que queremos tomar son de mayor tempestad; como agora en Hécuba vemos, que dos solos puertos que para su descanso tenía, se le han tornado en perfecta desesperación de hallar puerto jamás. Pues si yo miro a nosotras, ¿qué más bien podré decir de las ondas de fortuna? ¿qué han anegado nuestra tierra, y llevado con su perdimiento nuestras haciendas y nuestros solares? ¿Qué diré dellas? ¿qué nos traen con nuestros hijos en brazos, para que los llevemos a ser esclavos de nuestros enemigos? Bienaventurados sois los que en Troya perecistes, los que entre sus cenizas quedáis hechos polvo, a quien la vida no duró más de cuanto duró su buena fortuna. Agora conozco que mejor es la crueldad de los enemigos, que mata y acaba, que la piedad que de nosotras, por ser mujeres, tuvieron, con que nuestra vida alongaron para solos tormentos.

HECUBA

¡Oh, cuán verdaderamente habéis hablado de la fortuna!

CORO

Ya me parece, señora, que escuchas lo que decimos: ¿quieres que te contemos agora la muerte de tu hija Polixena?

HECUBA

Decilda, yo os ruego, que saberla deseo.

CORO

Después que de ti nos apartamos, con pasos apresurados fuímos hasta el sepulcro de Aquiles, que está muy alto, sobre tierra, levantado en medio de un campo, y allí hallamos a Agamenón sentado en una silla real sobre unas gradas que hay para subir al sepulcro; y Pirro estaba detrás de la silla, puesto el codo en un canto della con el Rey razonando; y los otros nobles estaban por las gradas sentados; y cuando nosotras llegamos, de todos los campos venía la otra gente corriendo, y subimos con Polixena al sepulcro, que estaba enramado. En poco espacio vimos todo el ejército de los griegos ayuntado en lo bajo mirando a Polixena, como espantados de su hermosura. Luego Pirro se vino a nosotras, y poniendo su capa en el hombro de su paje, puso la mano derecha en el sepulcro del padre, y la izquierda en el lado do tenía la espada; y así estando, mandó a un pregonero, que en alta voz al pueblo dijese que tuviese silencio; entonces, con la cudicia que todos tenían de saber lo que allí había de pasar, callaron en un silencio tan grande que quien no viera, juzgara que aquella era una gran soledad. Luego, Pirro, oyéndolo todos, dijo así: "Padre excelente de perdurable memoria, cuyo grande esfuerzo fué menester para des-

truir tan gran ciudad, recibe el sacrificio que tu hijo te hace: ves aquí la que demandabas, traída para honrar tu sepultura, y cumplimiento de tu voluntad. Cosa áspera parece, en paz y en sosiego un hombre mancebo matar la más hermosa doncella del mundo; pero más áspero me sería no obedecerte. Quiero que agora conozcas qué servicios te hiciera en vida, pues después que eres muerto tanto te acato. Y vosotros, gente de Grecia, bien agradecida, que esto miráis, no os mueva la inocencia de aquesta doncella a creer que hacemos lo que no se debía; porque habiendo de quedar Aquiles mi padre en tan larga memoria de griegos, conviene que todos sepan cuán bien agradecidas fueron sus grandes hazañas; porque los hombres animosos que de nosotros nacieren, hagan en todo como valientes, sabiendo que vivos o muertos siempre ternán su galardón.'' Después que esto dijo, hizo señal a unos mancebos que subiesen a tener a Polixena; mas ella sintiendo para qué los llamaba, dijo: ''No toquéis a mí, hombres de guerra, dejadme morir sin tocamiento alguno de hombre, que yo terné mi cuerpo tan quedo, como tengo perdido el temor de la muerte.'' Oídas estas palabras, el pueblo hablando entre sí, levantaron un grande rumor, y ella entonces con ambas manos rompió sus vestiduras, desde el pecho al vientre, y descubrió su cuerpo, que parecía imagen de alabastro; y así, descubierta, hincando las rodillas en el suelo, le dijo a Pirro: ''Ves aquí todas las partes por do puedes ligeramente matarme; si quieres el cuello, veslo tendido; si quieres el pecho, veslo patente.'' Entonces, Agamenón volvió la cara y limpiaba sus ojos; y Pirro, como dudando, tardó un poco; mas al fin sacó su espada resplandeciente, y

con ella le cortó la garganta. Y aunque estaba en paso tan trabajoso, no se olvidando Polixena de su honestidad, con las manos detuvo sus ropas entre sus piernas, porque en la caída no hiciese fealdad alguna su cuerpo. Cuando esto fué hecho, todos decían por aquel campo, que ninguna mujer parió tales hijos como tú pariste; y movidos de grande compasión, todos le hacían la fiesta, que un cuerpo muerto puede recebir. Cubríanla toda de flores y hojas, y quemaban encienso y otros olores, y hacían grandes prometimientos para adornarle la sepultura. Y el Rey Agamenón nos mandó que viniésemos a decirte, que luego fueses al entierro, porque allí estaría guardado el cuerpo de tu hija hasta que tu fueses.

HECUBA

La fama, hijos, que quisiera yo que en vida tuviérades, ganáis en la muerte. Cuanto fuistes vosotros más excelentes, tanto yo quedo con mayores causas de haber de vosotros dolor. ¡Oh, si alguno hobiese que mis fortunas contase a las gentes que han de nacer, como ellas han sido, porque todos los siglos me ayudasen a gemir mi gran desventura!

CORO

Tiempo es, señora, que a Polidoro enterremos, porque los griegos, si hay viento, querrán luego partirse.

HECUBA

Vamos, ponerlo hemos do jamás a él tocarán los males de nuestra fortuna.

HECUBA. CORO. POLIMNESTOR

HECUBA

Harto hondo está ya este hoyo, no cavéis, mujeres, más.

CORO

Traigamos, pues, a Polidoro; ¿mas quién es éste que viene a nosotras tan acompañado? Polimnestor parece: él es, señora.

HECUBA

Esconded presto ese cuerpo con alguna cubierta, y yo de aquí lo llevaré a nuestra tienda. Algunas de vosotras quedaréis aquí, y las otras me acompañaréis para un gran hecho que tengo pensado.

CORO

Como nos dijeres, señora, así haremos nosotras.

POLIMNESTOR

¡Oh Hécuba, a quien yo siempre he tenido deseo de agradar y servir, mujer que fuiste del hombre con quien mayor amistad en este mundo tuve! en ti se ve, como en las cosas humanas no hay firmeza ninguna. No hay cosa recia contra la fortuna, ni bastan riquezas, ni estado, ni merecimientos, pues tú todo esto tenías, y todo lo tienes perdido; de lo cual he recebido tanta pena, como a las buenas obras pasadas que de ti he recebido, yo debo. Esta tu hija que agora mataron, me ha puesto mucho dolor, así porque murió tan sin culpa como porque sé que tú dello habrás habido gran pena, aunque poco aprovechan

las lágrimas, pues la fortuna ni se mueve, ni se remedia por ellas. Verás, pues, si en algo me has menester; porque ésta tu criada por tu mandado me hizo venir con estos mis hijos del ejército de los griegos, do había ido por saludarlos, para disimular la encomienda que de ti tengo. Y demandarte quisiera a Agamenón que te me diera por cualquier rescate, porque aquí quedarás en mi tierra, conmigo y con tu hijo, si no hubiera miedo que por aquí no sospechasen los griegos el mal que se les queda criando en mi casa. Pero hacerlo he si te parece.

HECUBA

Perdóname, Polimnestor, si los ojos no puedo alzar a mirarte, porque de los males que me han perseguido, me ha quedado vergüenza de ser vista, cual ellos me han parado; pero tus ofrecimientos te agradezco mucho, más por la voluntad que en ellos muestras, que por el provecho que algún consuelo pueda traer. Agora yo te pregunto, ¿mi hijo Polidoro está bueno? ¿deséame ver?

POLIMNESTOR

Tal está que si lo vieses, pienso que de todas tus adversidades te consolarías.

HECUBA

¿Está sano? ¿Muéstrase a buenas costumbres?

POLIMNESTOR

Sano está, y el más hermoso de cuantos pariste, y es de todos más amado y querido en mi casa que estos mis hijos, y muy inclinado a las cosas de caba-

llería. Yo te digo que parece bien hijo de quien es, y que siendo de edad competente, que él hará conocer a los griegos cómo no han acabado de destruir a Troya. Agora quería venirse conmigo a verte, cuando supo que estabas aquí; y aunque yo le decía que no debía venir donde estaban los griegos, no lo llevasen cativo, él no quería sino venirse delante, con tal atrevimiento que me puso temor, y le hice detener en casa por fuerza, guardado.

HECUBA

Hablas, Polimnestor, como quien eres, y de tu persona no se espera otra cosa. Mas, dime, ¿el tesoro hubístelo todo? ¿estáse guardado?

POLIMNESTOR

Guardado está, sin que dél sepa nadie, y si aquello no le bastare a Polidoro, con el mío pienso ayudarle, para los hechos que en memoria de sus padres él quisiera emprender.

HECUBA

Agora, pues, tal amor nos tienes, y tan fiel has sido en guardar lo que te encomendamos, decirte quiero dónde en Troya queda enterrado el tesoro de Príamo, porque de allí lo hayas, y lo guardes con lo otro.

POLIMNESTOR

¿Es mucho?

HECUBA

No es la décima parte lo que con Polidoro te enviamos.

POLIMNESTOR

¿Luego gran suma será?

HECUBA

Así es.

POLIMNESTOR

Pues dime dónde está, que mucho será menester para lo que tengo pensado sobre la destruición de Grecia, aunque agora lo disimulo.

HECUBA

En la huerta de mi casa real, al pie de un laurel que muchas veces verías siendo nuestro huésped, cabe una alberca.

POLIMNESTOR

Bien me acuerdo dese laurel; pero agora que estará todo talado no se podrá conocer, si otras señas no me dices.

HECUBA

Encima de do el tesoro está, verás un montón de tierra, con una piedra negra hincada en él. Mas verás, yo te ruego, Polimnestor, pues tantas cosas confío de quien eres, que en todo guardes la fe, como yo tengo esperanza.

POLIMNESTOR

Pena recibo, Hécuba, que pienses tú que es menester amonestarme con esas palabras; sabe que por harto amonestado me tengo del amistad que contigo y con Príamo siempre he tenido; y aunque ésta no en-

treviniera, mi condición natural es amar poco el dinero, que dígote de verdad, que ninguna cosa en menos estimo, ni por cosa alguna ya menos se me da, si no es encomendado que lo guarde, que entonces la fe a que soy obligado me hace que tenga dello mucho cuidado.

HECUBA

Pues que tal eres, también quiero darte otro tesoro que estas mujeres y yo trujimos con nosotras, el cual, pensando que no te pudiéramos hablar, queríamos enterrar en este hoyo que aquí hacíamos, porque no viniese a poder de los griegos.

POLIMNESTOR

¿Es aquel bulto que está encubierto debajo de aquel paño?

HECUBA

No es cosa tampoco, que mucho más es. Vamos a esta tienda más cercana, adonde nosotras estamos, que allí está escondido.

POLIMNESTOR

Vamos adonde mandares.

HECUBA

¿Son estos tus hijos?

POLIMNESTOR

Estos son.

HECUBA

¡Oh qué lindos, y qué gentiles niños! Plega a Dios, Polimnestor, que nunca los veas en la fortuna que

yo he visto los míos. Vayan ellos con nosotros; y esta tu compañía mándale que se aparte lejos de aquí, no entiendan los secretos en que andamos, no fuesen por ventura descubiertos a los griegos para daño tuyo y mío.

POLIMNESTOR

Vosotros, hombres de mi guarda, tornaos al aposento de Agamenón, y esperadme allí, que yo y mis hijos nos iremos paseando por esta ribera del mar.

HECUBA

Agora vamos; darte he el tesoro.

CORO. POLIMNESTOR. HECUBA

CORO

¡Oh Troya, la gran ciudad, ya no te dirás la nunca vencida! Tus torres muy altas de que estabas cercada, los muros, los templos, la casa real, y los otros sus edificios muy grandes, en tierra están todos humillados a la fortuna, y el suelo do estabas, adonde tantos grandes hombres nacieron, agora será soledad para bestias fieras. Ya no iré yo a deleitar mis ojos por tus calles hermosas, no veré más por tus plazas sentado tu pueblo, no veré ya tus caballeros salir a las fiestas. ¡Oh noche triste, escurecida con tinieblas infernales, que a mí fuiste principio de mi perdición, cuando los griegos en descuido tomaron nuestra ciudad! ¿Cómo nunca de mis ojos te partes? ¿Cómo no puede el sol echarte de mí? Siempre te veo, siempre te tengo delante, acordándome con cuánto descuido estando en mi casa haciendo fiesta por la partida de

los griegos, que ellos con sus engaños nos habían hecho creer, oímos decir que en los muros estaban. Mas, aún no lo habíamos bien entendido, cuando en nuestras casas parecieron con sus armas resplandecientes, y en las manos derechas las espadas desnudas para herir, y en las izquierdas fuego para quemar las moradas. ¡Oh qué clamor por todo sonaba! ¡Qué de humo y de polvo subían mezclados! ¡Cuántos golpes se oían, cuántos gemidos, cuán grandes temblores de los hundimientos de las casas! Y salí yo, mezquina, en medio la calle, y viendo las llamas que a todas partes ardían, me parecía que todos estábamos metidos dentro en una hoguera, a cuya lumbre veía los griegos flacos y negros de los grandes trabajos, con sus barbas crecidas. No creo yo que el infierno es de otra manera, que entonces Troya me parecía; hasta que los enemigos, venciendo con los fuegos que les ayudaban, pudieron acabar de matar los que les daban estorbo y atar los otros en duras prisiones, para llevarnos a ser esclavos en Grecia. ¡Cuán caros nos cuestan, oh Paris y Helena, vuestros amores!

POLIMNESTOR

Dejadme, mujeres, soltadme el cabello.

CORO

Asido tienen nuestras compañeras por el cabello a Polimnestor.

POLIMNESTOR

¡Oh, qué matan mis hijos! ¡Oh, crueles malvadas!

CORO

Tú diste el ejemplo.

POLIMNESTOR

¡Oh, mi ojo derecho, quebrado lo han! ¡agujas me meten por el izquierdo! Valedme, si oís, gente de Tracia.

CORO

Los ojos le quiebran.

POLIMNESTOR

Esperad, esperad, ¿dó huís?

CORO

¡Oh, qué tropel de mujeres sale huyendo! A Hécuba sacan afuera! ¡Ay, qué cosa tan temerosa, los mochachos muertos sacan arrastrando! Polimnestor viene tras ellas, los ojos sangrientos, y la espada en su mano derecha y la izquierda tendida adelante. ¡Oh, qué cosa tan espantable, aunque bien merecida! Vamos allá, ayudarlas hemos.

POLIMNESTOR

¿Dónde está Hécuba? ¿dónde va? ¿dónde iré? ¿por dónde la seguiré? ¿comeré de sus carnes, moleré con mis dientes sus huesos?

HECUBA

¿Qué dices, malvado? ¿qué buscas en esa noche perdurable do te habemos metido?

POLIMNESTOR

¿A qué parte está? hacia aquí la oía hablar.

HECUBA

Quiero apartarme.

POLIMNESTOR

¡Oh, si hubiera algún hombre de tal poderío que agora me prestara sus ojos, para después tornárselos yo con mi vida y mi Reino! Mas quiero correr a todas partes, que con alguna encontraré do emplee mi ira.

HECUBA

Apartaos, mujeres, dejadlo cansar.

CORO

Caído ha, señora, en aquella piedra.

POLIMNESTOR

¡Oh fortuna, que así me destruyes, y así me embarazas, toma esta espada y acábame ya!

CORO

La espada ha echado de sí.

POLIMNESTOR

¡Oh capitanes de Grecia! Venid a vengar vuestro amigo; venid gentes de Tracia a ver vuestro señor; venid, veréis muertos mis hijos, y mis ojos sacados. Venid, veréis cuál me han parado vuestras enemigas las mujeres troyanas. Venid, que tardáis para mi ardor de vengarme.

HECUBA

¿Qué venganza puedes, desventurado, tomar de quien su vida no la quería para más desto?

POLIMNESTOR

¡Oh mujer infernal, que tal has osado! ¿No pudieras pasar sola tu gran desventura, en ti bien empleada, sin que procuraras tener compañía? Mas agora vernán mis valedores, agora vernán a trocar la venganza. ¡Oh vasallos, oh amigos! ¿No habéis entendido mis voces?

HECUBA

Traed acá eso, mujeres que estáis mirando; ponedlo aquí donde está Polimnestor sentado.

POLIMNESTOR

¿Qué es esto, malvada, que mandas traer?

HECUBA

Es el tesoro que a mi hijo Polidoro yo envío.

POLIMNESTOR

¡Oh qué triste tesoro, verdadero tesoro para esconder debajo la tierra! Mis hijos son éstos, que me han bañado las manos de sangre. ¡Oh desventurados, cuya muerte entró en nuestra casa con Polidoro! ¿Qué tenía que ver su mala ventura con vuestra prosperidad? ¡Oh hijos míos, cuya muerte es la postrera cosa que hube de ver en la vida! ¿Pensaréis dónde estáis, que vuestro padre quedó salvo en el mundo, y está entre vuestros cuerpos llagados, sin poder veros, ni echar lágrima alguna, cercado de quien tantos males nos hizo, vistos para que de cruel venganza se harten?

CORO

Agamenón viene, señora, con grandes compañas.

HECUBA

Traed, pues, vosotras el cuerpo de Polidoro.

POLIMNESTOR. HECUBA. AGAMENON. CORO

AGAMENON

Si Troya no estuviera destruída, gran miedo me hubieran puesto las voces que he oído; según me parecían espantables, y de grandísima ira. ¿Mas qué es esto que veo? ¿Es Polimnestor, aquél que está en tierra sentado? El es, y sus hijos aquellos que están muertos cabe él. ¡Oh Dios perdurable, sangre parece que llora!

CORO

¡Cuán espantado están Agamenón, y los que vienen con él!

AGAMENON

¿Cuál furia infernal, Polimnestor, ha puesto tan crudamente las manos en ti?

POLIMNESTOR

¡Oh Agamenón, a quien por sólo el oído conozco, que ya de los ojos todas las cosas me han desaparecido, pues vienes a tiempo que no puedes darme remedio, dame venganza!

AGAMENON

¿Qué venganza habría igual a tan gran desventura?

POLIMNESTOR

Tener yo a Hécuba entre mis manos.

AGAMENON

¿Hécuba es la que ha hecho esto?

POLIMNESTOR

Ella con su compañía. Dámela luego, Agamenón, si algún consuelo piensas darme de tantos males como en mí ves.

AGAMENON

¿Tú, Hécuba, osaste hacer cosa tan espantable?

HECUBA

No te parecerá espantable, Agamenón, si miras qué traen aquí estas mujeres.

POLIMNESTOR

A Hécuba oigo, ¿a dó está? Tenelda, tenelda.

AGAMENON

¿Qué es esto, Polimnestor, que así te levantas? ¿Dó vas tan furioso?

POLIMNESTOR

¡Oh manos inciertas, que no prendéis sino el aire! ¿No me asiríades esta malvada?

AGAMENON

Polimnestor, sosiega, que quiero entender este hecho. ¿Qué defunto es este que aquí traéis, mujeres?

CORO

Señor, es Polidoro, hijo de Hécuba.

AGAMENON

¿Es este tu hijo?

HECUBA

Mío era, y este malvado que lo tenía para criarlo, lo mató y lo echó en las aguas del mar.

AGAMENON

Tú, Polimnestor, ¿mataste este niño? di la verdad, pues se ha de saber.

POLIMNESTOR

Yo lo maté, si es Polidoro, pero con grande razón. Mas no tardes, te ruego, en mandarme entregar la malvada de Hécuba.

AGAMENON

A ambos vosotros veo muertos los hijos, y ambos veo que tenéis grandes causas de quejaros. Decidme este hecho cada uno por sí, y entendido haré lo que fuere razón. Y tú, Polimnestor, primero.

POLIMNESTOR

Por ti, Agamenón, y por la verdadera amistad que contigo he tenido, estoy de la manera que agora vés; y el deseo que de tu seguridad y los tuyos he tenido, me ha puesto a mí en tal desventura; porque sabrás que cuando Príamo conoció el peligro de Troya, me envió con mucho tesoro ese mochacho que ahí dicen que está muerto, para que yo lo criase y pudiese él después vengarle su sangre; de lo cual el mochacho en sus hablas mostraba siempre gran voluntad, diciendo que no deseaba tanto la vida por gozar della, cuanto por tomar venganza en la tuya; y para esto apercebía siempre a todos los troyanos que podían verle, con tanta osadía, y tal denuedo, que nunca

vi cosa más semejante que él era a Héctor su hermano. Viendo, pues, yo cuánta guerra y cuánto afán para Grecia se criaba con este mochacho, lo maté, porque he más siempre estimado tu amistad que no la de Príamo; y porque no me parecía que debía yo complacer a quien tal peligro me enviaba a mi casa. Agora ésta, su madre, hallólo en las aguas de la mar. do yo lo había echado, y viendo que le había quitado la esperanza que ella tenía de vengarse de ti, me envió a llamar, diciendo que quería mostrarme dónde quedaban en Troya enterrados unos tesoros; y yo descuidado de sus engaños vine a ella, y sólo con estos mis hijos, entré en esa tienda do están las cativas, y en medio della, a mí me sentaron en una silla y a mis hijos los tomaron en brazos, y como deseándolos todas ver y tocar; de una en otra los apartaron de mí a diversas partes y entonces sacaron debajo sus ropas unos puñales que para esto tenían y a gran priesa les daban muchas heridas y yo queriendo ir a socorrerlos, halléme detenido por todos mis miembros de las que me tenían cercado. Unas, habían asido mis pies, otras mis brazos, y otras me tenían por los cabellos tirando atrás; y estando así, Hécuba, con las agujas de su tocado me quebró los ojos, y así me quitaron dos vidas dulcísimas, y dejáronme una miserable. Agora, pues, Agamenón, primeramente considera la gran soberbia desta mujer, y el desacatamiento que a ti ha tenido, pues siendo tu cativa, ha hecho en tu ejército contra tu amigo, y en tu ofensa, lo que en Troya siendo reina aún no debiera osar hacer; y de mí mismo podrás considerar lo que a ti desea; porque si a mí por haberle muerto un solo hijo, ella me mató dos y me dió a mí peor muerte; ¿que

piensas que haría de ti si en su poder te tuviese, por cuyo mandado y autoridad tantos hijos suyos han muerto y ha perecido su reino y su estado? Manda, yo te ruego, que me la den en poder, no lleves contigo tan manifiesto peligro a tu tierra para ti y para Orestes, tu hijo, ni te confíes de su flaqueza, que en mí has aprendido cuánto es el daño que puede hacer. Ningún engaño, ni traición, ni ponzoña, dejará de probar para vengarse de ti. Déjala aquí en mi poder, que yo acabaré de librarte de tus peligros, como he comenzado. También de mí te debes doler, que estoy cual ves, sin hijos, sin luz, sin cosa alguna, porque quiera vivir. No me dejes sin venganza del mal que por ti y viniéndote a ver he recebido. Que aunque la sangre de Hécuba ni los tormentos con que ella la verterá si está en mi poder, será bastante consuelo de tantos males, cosa es que mucho desean los que son destruídos de sus enemigos quitarles el deleite de la venganza.

AGAMENON

Oído te he, Polimnestor; agora tú, Hécuba, responde.

HECUBA

Nunca, Agamenón, después de mis desventuras, pensé jamás ponerme a defender mi vida, hasta agora que veo que Polimnestor desea mi muerte. Y porque ningún deseo suyo se cumpla, quiero responder y librarme deste tormento para que me demanda. Y acordándome lo poco que yo, Agamenón, te he merecido, no osara tomar tal empresa si no supiera que para demandarte justicia no hay necesidad de favor, pues sé cierto que para hacerla más te obliga tu mucha

virtud que nadie por obras de intereses te puede obligar. Y aunque la fortuna tan duramente me haya seguido y despojado tan crudamente de marido, hijos, y tierra, y me haya dejado la vida para sólo gemir, bien sé que no por eso querrás tú menospreciar mi derecho, pues los hombres excelentes nacieron para ayudar a los miserables y librarlos de sus desventuras, y no para ayudarlos a caer. Agora, pues, considera, yo te ruego, cómo éste habiendo recebido de Príamo y de mí tales buenas obras, que no hallamos hombre que más obligado nos pareciese a guardar nuestro hijo y nuestro tesoro, se encargó dél, y nos dió fe de pagarnos en esto lo mucho que confesaba debernos; y después al mísero huésped que con esta fe recibió, siendo de edad en que ninguna culpa se puede sospechar, lo robó y degolló y lo echó a do lo comiesen los peces; conociendo él mismo el gran delito que hacía, pues le pareció que debía encubrirle con tanta diligencia de los ojos de los hombres; y aún agora venía el malvado con aquella misma sed con que su fe quebrantó, a saber de mí dó quedaba el tesoro de Troya, con tal cara y tal semblante como si con buenas obras me lo mereciera. De los leones y dragos y otras bestias fieras se cuenta que amparan a aquellos que sienten dellos quererse favorecer; y este hombre peor que drago y león mató a mi hijo, de quien él por su voluntad se había encargado. ¿Qué tigres rabiosos, si razón alcanzasen, matarían los hijos de quien bien los quisiese? ¿O qué malicia tan viva tuvo alguno jamás, que sobre tan gran maleficio mesurase la cara, y pudiese en sosiego hablar con quien él principalmente había ofendido? No escuches este fiero animal, Agamenón, que espanto es oírlo. ¿Confiesa el malva-

do delito tan grave, y demanda venganza a hombre tan justo como tú eres? ¿Qué piensa este hombre abominable? ¿qué eres tú por ventura amparador de tales maldades? Piensa, yo creo, que el avaricia con que tal cometió, es buena excusa para delante ti. Aparta tus ojos y tu pensamiento, Agamenón, de hombre tan malo, y ponte a pensar si hallases tu hijo Orestes degollado por mano de aquellos a quienes encomendado lo dejaste, ¿qué les harías? ¿Qué penas, qué muertes, qué graves tormentos te bastarían para tomar dellos venganza? Pues así debes pensar que es este agravio que a mí se ha hecho; que aunque la fortuna quita los bienes, no quita el derecho ni la justicia a los miserables. Y por esto no me tengas a mí por soberbia ni por menospreciadora de tu majestad, como éste dice, por haberle tratado en tu real como él merece, que en los tiempos oportunos, cuales no se espera que tornarán otra vez, suelen los cuerdos y bien mirados usar de la licencia que saben ligeramente se les daría, si lugar hubiese para demandarla; y no creía yo, que para tan justa venganza, hombre tan justo como tú eres, me la había de negar. ¿Piensas tú, infernal, que en el real de los griegos no hay lugar para hacer buenos hechos? Si yo con mi mano no te hubiera destruído, mil manos de griegos hubiera sobre ti que vertieran tu sangre, por quitar de sí tal pestilencia. Por eso no esperes que de ti habrán misericordia alguna, ni a mí darán sino mucha honra por ello. Esotros espantos, Agamenón, que éste te pone con la crueldad que he usado con él, la cual yo llamo verdadera piedad de las leyes con que los hombres han de vivir virtuosamente, bien ves cómo no son a propósito; porque este malvado, no habiendo de

nosotros recebido injuria ninguna, más antes tales obras que cualquier desagradecimiento suyo mereciera el mal que tiene, quiso engañarnos con la misma amistad, por la cual tanto era obligado a favorecernos. Mas tú ni fuiste nuestro amigo, ni de nosotros recebiste obras porque lo debieses ser; y creeme que yo no deseo mal sino a aquél de quien lo recibo sin culpa. Y a los griegos, yo conozco que fuimos muy culpados todos los troyanos en haberles hecho injuria tan grave y haberla defendido diez años; y conocer hombre su culpa, es gran señal de no desear venganza de su pena; cuanto más, que yo soy tu cativa, y puedes me enviar donde quisieres y apartarme de ti. Y si tenerme quisieres contigo, con haberme librado de la rabia con que éste me sigue, me habrás tanto obligado que de nadie debas más confiar que de mí. Porque como las ofensas de los amigos son causa de grandísima enemistad, según entre mí y éste se ha visto, así las buenas obras de los enemigos, de quienes nada se esperaba, son causa de juntarse a ellos con grandísimo amor. Y si por ventura por compasión te quisieres mover, de mí la habrás mayor, si mirares cuántos más males sufro que éste, y cuán sin culpa mía él me puso en ellos. Y, pues a ti, Agamenón, te ha parecido muy justa la destruición de Troya, donde tantos excelentes hombres han muerto, porque mi hijo Paris, vencido de amor, trujo la mujer de Menelao, en cuya casa había sido bien recebido, sin fuerza y sin muerte de nadie, ¿qué castigo te parece que merecerá el huésped nuestro, que llevó consigo nuestro hijo y vencido de cudicia lo mató? Bien he mirado cómo éste con todas sus mañas ha procurado mostrarte que es tu amigo, y que por ti mató a

Polidoro; pero tú con tu alto juicio conocerás qué amistad puede tenerte no habiendo de ti recebido beneficio alguno, pues con nosotros de quien había recebido tantos no pudo tenerla. Sabe, Agamenón, que aqueste no muestra amistad sino a quien espera robar, y al que quiere matarle los hijos, como a Príamo hizo. Por tanto no creas nada de su amistad, si bien te quieres a ti y a tu hijo Orestes. Aún ya si hubiera contigo destruido a Troya, y socorrídote en tus necesidades, debieras creerle; mas el malvado otra cosa no hizo sino matar un niño inocente y robarle el tesoro, pudiéndolo todo a ti entregar. Por lo cual, verdaderamente, Agamenón, mucho te ha obligado Polimnestor, pues degolló ese tu valiente enemigo que allí ves muerto. Grande ánimo fué menester y grande osadía para hecho tan notable, y mucho le debes por tan grande trabajo como ha pasado por ti. Cierto, en grandes peligros te vieras si Polidoro viviera. No pudo Troya estando entera y potente resistirte en sus muros, y los desperdicios que della quedaban, temía éste que fuesen a destruirte en tu tierra. ¡Oh ciego, oh vano, cuán desatinado te traen tus pensamientos malvados! Encubrías la muerte de mi hijo, de los ojos de Agamenón, ¿y dices agora que por su amor lo hiciste? ¿Llevaste por ella el tesoro que con él te enviamos, y demandas agora otro galardón? El galardón que merecías yo te lo he dado, y otro no esperes del justo Agamenón, que tales acontecimientos toma por ocasión de manifestar a todos su virtud y severidad. Tú, pues, piensa, Agamenón, que lo que aquí hicieres ha de quedar en muy larga memoria de gentes y que en esta sentencia has de mostrar a todos los que en los siglos venideros hablaren de ti, en

qué estima tienes los hombres quebrantadores de su fe y amistad, robadores de sus amigos y vertedores de la sangre de los que por huéspedes tienen. Si a ti te parece que debes favorecerlos, favorece tú a éste; pero si ves cuán abominable cosa es un rey ensalzado para hacer justicia a todos y dar al pueblo ejemplo debido, consentir en un maleficio tan grande como éste ha cometido, no quieras por contentar un hombre tan malo escurecer tu fama, que con tantos trabajos en esta vida has esclarecido.

AGAMENON

La sentencia está dada con haberse el hecho entendido, pues se debe haber por justa la venganza que se toma de quien no guarda la fe.

EXPLICACION DE ALGUNOS NOMBRES

Alejandro, o Paris, hijo de Príamo y raptor de Helena.

Alfeo, o Alpheo, río de la Elide que nacía cerca de Magalópolis y desembocaba en el mar Jónico.

Amyclea, ciudad del Peloponeso, al pie del Taygeto. Llamábasela también Taygeta.

Ares, o Marte, dios de la guerra.

Asclepíades, o Esculapio, considerado como hijo de Apolo y a quien enseñó el Centauro Quirón el arte de la medicina. Divinizado poco a poco por los griegos, llegó a ser uno de los dioses populares.

Axios, río de Macedonia que se denomina hoy Vardari y desemboca en el Golfo de Salónica.

Bromio, invocación de Baco o Dionysos, que significa resonante o estrepitoso, por serlo su culto.

Cárites, o Kárites, las Gracias, Eufrosina, Thalía y Aglae, personificación divina de la belleza y de la

gracia; formaban parte del cortejo de Afrodita y de Eros, y a veces también del de Dionysos.

Cibeles, o Rhea, diosa esposa de Cronos y madre de Zeus, era adorada principalmente en Frigia y en Creta.

Cipria o Cipris, epítetos de Afrodita.

Congio, medida de capacidad para líquidos, que contenía algo más de tres litros.

Corycio, monte de Cilicia, al Noroeste del cabo Sarpedón, en el Asia Menor.

Crathis, nombre de un monte del Peloponeso, y también de un río que nace en ese monte y desemboca en el Golfo de Corinto, cerca de Egas.

Dictina, epíteto de Artemisa o Diana.

Dionysos, o Baco, dios de la alegría y del vino, hijo de Zeus y de Semele.

Dirce, nombre de una fuente situada cerca de la ciudad de Tebas.

Dityrambo, epíteto de Dionysos alusivo a su nacimiento.

Eros, divinidad del amor, considerado como hijo de Afrodita y el más joven de los dioses.

Erinnias, diosas de la venganza, identificadas con las Furias de la mitología latina.

Etnea, región cercana al Etna.

Evios, epíteto de Dionysos.

Evoe, grito peculiar de las Bacantes o ménades en las fiestas de Dionysos.

Hécate, deidad subterránea, que retenía cien años en las orillas de la Estigia las almas de los insepultos. Se confunde a veces con Diana o Artemisa.

Hefestos, Hefaistos, o Vulcano, dios del fuego, hijo de Zeus y de Hera.

Helios, divinización del Sol, hijo de Hiperión.

Herceo, Zeus Herceo, uno de los penates adorados dentro de las casas, según Festo.

Hysias, antigua ciudad situada a las faldas del Citherón, así como la ciudad de Erythras.

Iaceo o Iacco, invocación a Dionysos.

Ismeno, río de la Beocia, cuya fuente estaba al Norte de Tebas.

Leto, o Latona, diosa, madre de Apolo y de Artemisa.

Lotófagos, antiguo pueblo radicado en el Africa Occidental, probablemente hacia Trípoli.

Loxias, epíteto de Apolo.

Moiras, o Parcas, divinización del Destino.

Mycón, isla del mar Egeo.

Nauplia, puerto de Argos y ciudad situada al sur de Corinto.

Nyssa, residencia preferida de Baco, de situación y naturaleza inciertas.

Pirene, fuente consagrada a las Musas, situada al pie de la acrópolis de Corinto.

Plethros, medida griega equivalente a unos 31 metros.

Ponto Euxino, hoy Mar Negro. Llamóse antes Axenos, o inhospitalario, y después Euxenos u hospitalario.

Scirón, bandido del Atica, hijo de Eaco que robaba en el camino de Atenas a Megara.

Sinnis, bandido griego que robaba a los caminantes en el Istmo de Corinto. Murió a manos de Teseo.

Symplégadas o Cianeas, escollos que se abrían y cerraban para destrozar las naves en el estrecho de Constantinopla, hasta que los atravesó la nave Argos.

Tmolo, monte de la Lydia, llámase hoy Tomolitzi.

Trecene, ciudad de la Argólide, llamada hoy Damala.

Trietérides, fiestas de Baco o Dionysos, que se celebraban cada tres años.

Uranos, el cielo tempestuoso.

INDICE

	Págs.
Nota preliminar	5
Medea	27
Hipólito	81
Las Troyanas	137
Las Bacantes	187
Ifigenia en Aulide	243
Ifigenia en Tauride	313
Hécuba Triste	381
Explicación de algunos nombres	431

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN EL
13 DE OCTUBRE DEL AÑO DE 1921,
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE LA NACIÓN, BAJO LA DI-
RECCIÓN DEL DEPARTA-
MENTO EDITORIAL DE
LA ÚNIVERSIDAD
NACIONAL DE
MÉXICO.

88EJ
0

COLUMBIA UNIVERSITY
0026059053

04307151

88E.J
0

APR 4 1969